

OTRA PSICOLOGÍA

CARMELO MONEDERO

OTRA PSICOLOGÍA



edición personal

Primera edición,
agosto 2008

© Carmelo Monedero

Ilustración de cubierta: Carmelo Monedero

Obra coordinada por

edición personal

Plaza Sta. Catalina de los Donados, 3 - 3º

28013 Madrid

Tels. 91 559 29 49 / 55 22

edicionpersonal@edicionpersonal.com

www.edicionpersonal.com

Diseño y maquetación: Javier Sánchez

Impresión:

ISBN: 978-84-612-4405-8

Depósito legal: M-37330-2008

Impreso en Malpe, S.A.

Impreso en España

ÍNDICE

IDEAS Y CREENCIAS	9
LA EXPERIENCIA DE LA VIDA	29
EL AMOR	49
JUICIO Y PREJUICIOS	77
ENDEMONIADOS, LOCOS Y ENFERMOS MENTALES	95
NUESTROS PSICÓLOGOS	123
LA SUGESTIÓN Y EL EFECTO PLACEBO	147
LA OTRA PSICOLOGÍA	161
EL CUERPO Y LA CORPORALIDAD	179
ARTE Y LITERATURA	211
LA CURACIÓN POR LA PALABRA	233
CURRÍCULUM VITAE	251

IDEAS Y CREENCIAS

La Psicología es la ciencia más importante, pero también, paradójicamente, la más irrelevante. Todo lo que podamos saber sobre nosotros mismos nos ayudaría a vivir de una forma más satisfactoria. Es lo que queremos y nos proponemos. Sabemos que vamos a morir y es preciso aprovechar el tiempo lo mejor posible. Son muy pocos los que están contentos con su vida y desearían repetirla. Los sabios pueden aconsejarnos, pero sus reflexiones nos valen poco. Queremos evitar el sufrimiento y vivir satisfactoriamente. Ya ni siquiera pensamos en la felicidad. Del infortunio de los hijos de esta tierra se han aprovechado las religiones ofreciéndonos aquello que no podemos alcanzar. Nos prometen la felicidad, aceptando nuestra existencia desgraciada y mirando a unos dioses inexistentes. A poco que pensemos estos dioses no nos benefician a nosotros, sino a otros. Los beneficiados recurren a todo para conseguir poder y dinero. Es lo que el ser humano siempre ha querido y, si somos sinceros, también nosotros queremos. Si existe una ciencia que nos enseña cómo somos, ella es la que puede ayudarnos. Nadie más. Es cierto que la experiencia de la vida es una buena consejera, pero sus consejos llegan cuando ya no los necesitamos. Los filósofos de todos los tiempos vienen a concluir que conocerse

a sí mismo es lo fundamental. Es necesario responder a la pregunta de qué es el hombre; todo lo demás se nos dará por añadidura.

Hasta hace siglo y medio la psicología la hacían los filósofos inmersos en su mundo grandilocuente. Querían conocer la realidad y, consecuentemente, al ser humano que parecía habitarla. Sus prejuicios le impidieron conseguirlo. Cuando los primeros psicólogos hicieron de la psicología una ciencia, no pretendían otra cosa que aplicar al conocimiento de la psique los mismos medios que utilizaban las ciencias experimentales. Para ellos el ser humano no era sólo psique, también tenía un cuerpo que estudiaban los biólogos y los médicos que tanto estaban ayudando a mejorar la existencia humana. No se preguntaron mucho sobre qué podía ser la psique. Era algo que estaba dentro del cuerpo y que debía ser estudiado minuciosamente. Así nacen los primeros laboratorios para conocer nuestra psicología. El tiempo nos ha enseñado que el resultado de sus investigaciones era irrelevante. También estudiaron a los animales, con la idea de que en ellos la supuesta psique humana se presentaba de una forma más simplificada. Pese a sus esfuerzos no averiguaron nada. Hoy lo sabemos. No conocieron mejor al hombre, pero tampoco a los animales. Décadas más tarde fueron los etólogos los que recibieron los premios Nobel por sus investigaciones del comportamiento animal. Hicieron algo tan sencillo como estudiar a los animales en relación al contexto en el que la naturaleza los había creado.

El primer éxito de la psicología empírica fueron los tests de inteligencia. Están en la mente de todos. Era posible medir la inteligencia; esa característica esencial del animal racional que era el hombre. Desde hace cien años los estamos usando y damos por supuesto que miden la inteligencia. La pregunta que debemos hacernos es si también miden la razón que los filósofos tomaban

por su instrumento fundamental. Inteligencia y razón no son lo mismo. De la inteligencia no sabemos mucho, pero ningún especialista duda de que es lo que miden las pruebas de inteligencia. Quiere decir que si modificamos las pruebas de inteligencia estamos midiendo cosas diferentes, por mucho que los primeros psicólogos empíricos pretendiesen hablar de un factor unitario. Es cierto que existe la palabra inteligencia, pero a nadie se le oculta que se refiere a algo desconocido. Depende de las «habilidades» que midan los tests estaremos midiendo cosas diversas. Si les llamamos tests de inteligencia es porque nos muestran las posibilidades que tienen los sujetos para las ciencias, para las letras, para los negocios, etc. Nos enseñan los rendimientos de esos sujetos en otras tareas análogas que pueden desarrollar en la vida. Esas tareas suelen coincidir, aunque no siempre, con los valores dominantes y, también, con los prejuicios. Un buen músico no se supone, aunque lo sea, que es inteligente, a pesar de ser nuestro ídolo. La inteligencia sustituye a la razón de los idolatrados filósofos, pero sabemos tan poco de la una como de la otra.

Los norteamericanos se hicieron con la batuta del mundo occidental. Ellos se dieron pronto cuenta de que los intentos de conocer la psique conducían al fracaso. La psicología debía ser el estudio de la conducta. La conducta humana es observable y medible. En Europa tuvimos dificultades para aceptar este planteamiento. Nuestra tradición humanista, centrada en el sujeto humano, concordaba poco con observar y medir la conducta de los individuos. La sociología estudiaba los comportamientos colectivos. Los psicólogos, siempre interesados en lo irrelevante, debían estudiar el comportamiento individual. En nuestro país entró a saco el conductismo en las nacientes facultades de psicología. No teníamos tradición a la que agarrarnos o no queríamos tenerla. Siempre nos apuntamos a los vencedores y ahora eran los

norteamericanos. Desgraciadamente, yo que he tenido que pasar por el bochorno de ver a mis compañeros de la universidad dedicados al estudio de la irrelevancia. Era preciso olvidar la universidad si me interesaba la psicología. En la calle se pensaban otras cosas del ser humano, pero no lejos de los libros que compramos en los grandes almacenes.

Coincidiendo con los comienzos de la psicología empírica aparece el psicoanálisis, que está llamado a tener éxito en todo el mundo occidental. La psicología empírica siempre lo rechazó. Los psicólogos académicos querían hacer ciencia y el psicoanálisis no era otra cosa que un entretenido juego de palabras. No les faltaba razón, pero, por lo menos, nos hablaba del hombre y su vida. El arte, el cine, la literatura, la política, la familia, la religión; todo caía bajo la óptica psicoanalítica. Freud inició la psicoterapia y terminó por explicarlo todo. Los psicoanalistas aplicaban su método terapéutico y los demás estaban fascinados por sus interpretaciones. Su éxito en América fue, incluso, mayor que en Europa. No había intelectual, o que lo pretendiese, que no utilizara la terminología psicoanalítica. Todas las escuelas de psicoterapia hundían en el psicoanálisis sus raíces. Los psiquiatras se vieron obligados a elegir entre sus estudios de medicina, que ponían en primer plano el cuerpo humano, y las interpretaciones psicoanalíticas. Los que optaron por ser psicólogos se perdieron en la palabrería psicoanalítica olvidando el cuerpo hipocrático. Yo, en cierto sentido, también me perdí, aunque, como puede verse por mis publicaciones, tomé siempre las interpretaciones psicoanalíticas como eso: interpretaciones que no nos eximen de tener como final el conocimiento de la vida humana.

Es triste decirlo pero el psicoanálisis no cura. Tampoco es una vía para conocernos mejor. Es una especie de religión profana con sus dogmas irracionales. Yo siempre he repetido que el gran

mérito de Freud fue enseñarnos que el hombre no había caído del cielo, sino que había salido de la tierra. Darwin lo descubrió y él intentó llevar su descubrimiento a la psique humana, tal y como en ese momento se conceptuaba. Interpretar lo que dice o hace alguien es buscarle de una forma artificiosa un sentido que nos ciega para observarlo. Cada supuesto paciente termina creyendo las interpretaciones de su psicoterapeuta y utilizando su terminología. Dependía del terapeuta que le hubiese tocado las creencias que iba a desarrollar. Algo parecido a lo que ocurre con las religiones, que tomamos como verdadera la del país o bien la de la familia en la que hemos nacido.

Ni conductismo, ni psicoanálisis. Lo que queda es un cuerpo que cuando habla para quejarse de la vida recibe pastillas. Cuando vamos a un psiquiatra no pasan ni diez minutos en que él pretenda resolver nuestro problema con unas pastillas. Todos tomamos pastillas que nos ayudan a vivir, pero que no resuelven nuestro infortunio. Nos drogamos. Bien mirado es algo positivo. Cada cultura tiene su droga. La nuestra ha venido siendo el alcohol y nadie duda de que ha hecho posible momentos de alegría y plenitud. Pero la pregunta que nos estamos haciendo es si es posible otra psicología.

Los psicólogos académicos norteamericanos descubrieron más tarde que el ser humano piensa. El estudio científico de la conducta había conducido a tal número de banalidades que era preciso ocuparse de otras cosas. La psicología se transformó en el estudio científico de la conducta y del conocimiento humano. Nuestros psicólogos no dudaron en seguirlos ciegamente. Esta psicología dio lugar a terapias conductistas y cognitivas que exhibían orgullosas su sello científico. Simplificando, podemos decir que no valen de mucho. Es posible que no pocos se irriten con estas afirmaciones radicales. Pero lo cierto es que si curan no sabemos cómo lo hacen. Lo que sí es seguro es que la cura nada tiene

que ver con sus supuestos fundamentos científicos. También alguien puede sentirse ayudado realizando ritos mágicos o comunicándose con una figura de madera. La ayuda, en caso de recibirla, se la da él mismo. También es uno mismo el que se ayuda realizando una psicoterapia tradicional. Está claro que esto no le interesa a los psicólogos que viven de sus prácticas clínicas.

En teoría y en la práctica poco podemos esperar de la psicología, esa ciencia que se desenvuelve entre banalidades. La pregunta que debemos hacernos es la de si es posible otra psicología. La respuesta es que sí, aunque lo más probable es que también sea errónea. Durante toda la historia se ha intentado averiguar el sentido de la vida. Siempre se ha fracasado, aunque no faltan las aproximaciones. Los llamados clásicos de la literatura, y también otros literatos, nos han mostrado lo que el hombre es. Su mensaje lo recibimos con emoción. Pero siempre lo han hecho con un argumento. Personas que se matan, que se aman, que luchan por sus ideas, etc. Si fuera posible escribir una novela sin argumento eso sería la Psicología. Así, con mayúscula. No vamos a conseguirlo pero tenemos la obligación de intentarlo.

A todo lo largo de la historia, filósofos, científicos y profanos han pensado que el ser humano es la unión del alma y del cuerpo o, más modernamente, de la psique y el cuerpo. Es lo mismo que creemos hoy. Ésta es la razón de que todo aquel que quiera, responsablemente, conocerse procure tener los mayores conocimientos posibles de lo psíquico y lo somático. Simplificando, podemos decir que lo psíquico se conoce estudiando psicología y lo somático biología, poniendo especial énfasis en el cerebro humano. Yo soy un ejemplo de ello. Estudié medicina y filosofía; en nuestro país no existía entonces psicología. Esperaba que conociendo el cuerpo y el alma tendría una visión global del hombre. Estaba equivocado. Me fascinaba la metáfora de Jaspers, el

padre de la psicopatología. Para él el hombre era como un continente que van invadiendo conquistadores desde costas opuestas. Sus descubrimientos son sorprendentes, pero la gran victoria final llegará en el momento en el que ambos se encuentren. Habrán conocido al ser humano mismo. La clave del sentido de la vida. Por una costa avanzaban los psicólogos y por la otra los neurólogos. Me especialicé en neurología y psiquiatría y dediqué todos mis esfuerzos a conocer lo psicológico. Mi tesis doctoral en filosofía sobre la Alegría fue el fundamento para mi tesis doctoral en medicina sobre la Manía o alegría patológica.

Pronto me di cuenta de que era muy difícil hacer ciencia del espíritu y de la naturaleza al mismo tiempo. Si se avanzaba en la una se retrocedía en la otra. Los buenos neurólogos, por ejemplo, eran malos psiquiatras, a pesar de que en nuestro país, como en Alemania, eran neuropsiquiatras, dando por supuesto la unidad del objeto de estudio. Pero los que conocían el cuerpo ignoraban la psique y viceversa. Cuando surgieron las facultades de psicología se confirmaron todos mis temores. Nuestros psicólogos, copiando a los norteamericanos, no sabían nada del cuerpo, sino, lo que es peor, tampoco de lo espiritual o psíquico. En mis publicaciones, ya desde el principio, proponía diversos puntos de vista para el conocimiento del ser humano, que se concretaban en la sentencia: «Describamos primero para interpretar y explicar, precisamente por este orden, después». Lo primero de todo sería describir, sin prejuicios, lo que vivimos. Después, intentar darle un sentido a estas descripciones, mediante las interpretaciones de las diversas ciencias. Por último, intentar descubrir las correspondencias. La descripción sin prejuicios de los hechos de conciencia debía ser el fundamento de todo. Pero esto era muy difícil por no decir imposible. Ahí tenemos toda la literatura, las artes y los pensadores intentando mostrarnos una y otra vez lo que es el hombre

sin conseguirlo. Los psicólogos académicos norteamericanos tiraron por la calle de en medio y, sin el más mínimo sonrojo, hicieron de la psicología la ciencia de la conducta humana. Luego, como algunos de sus presidentes, tuvieron que avergonzarse.

En nuestro mundo occidental, en el que la ciencia lleva la batuta de todo, el hombre viene a ser el subproducto más brillante. Todo se quiere explicar por el funcionamiento cerebral. Por algo que no conocemos, pero que estamos seguros que puede dar explicación de todo. Se repite que hay que esperar aún tiempo para conocer el cerebro adecuadamente. Mientras tanto leemos una y otra vez, por ejemplo, que la serotonina da fundamento a todo. Los periódicos hablan de este neurotransmisor una y otra vez, y las masas toman indiscriminadamente medicamentos que aumentan las neurotransmisiones serotoninérgicas, sin darse cuenta de que el abuso de antidepresivos es la causa del aumento de las depresiones. Mientras nos drogamos cerramos los ojos y aumenta el sinsentido de la vida. En este contexto materialista siguen existiendo las películas que nos hablan del amor y las canciones populares que expresan los mismos lamentos y júbilos que hace miles de años. Esto explica su éxito. Es la fórmula que tenemos de conocernos a nosotros mismos y a los demás. Pero nuestros literatos y artistas, quién lo duda, no hacen ciencia. Los psicólogos sí dicen hacerla.

Las aportaciones de la psicología son escasas, aunque, justo es reconocerlo, tiene mucho más éxito en enseñarnos que no son ciertas muchas de las cosas que creemos, que mostrarnos lo cierto. Tenemos multitud de prejuicios, algunos de los cuales ya no es posible mantener. Cuando Freud, fundador del psicoanálisis y la psicoterapia, publicó sus teorías tuvo un éxito incontestable. Por fin alguien parecía decirnos qué había detrás de nuestros afanes en la vida cotidiana. Fue el primero en sentarse en un sillón para escuchar lo que la gente decía. Estábamos acostumbrados a oír

cómo curas y profesores hablaban a las masas para decirles lo que eran, lo que querían y lo que debían querer. Él hablaba de sexo en una sociedad que lo negaba, aunque el sexo fuera una bestia salvaje que manipulaba el destino de la humanidad. Por si era poco, ofrecía un método para que pudiéramos manejar nuestros instintos y no fuéramos manipulados por ellos.

Los síntomas histéricos no eran tales, sino la expresión simbólica de los deseos sexuales. A partir de esta interpretación, que parecía dar una salida a nuestros auténticos deseos, sólo repitió una y otra vez lo mismo. Los sueños también eran una pretensión simbólica de la realización de nuestros deseos sexuales reprimidos. Los chistes, los actos fallidos de nuestra vida cotidiana, las religiones, los movimientos sociales; todo era expresión de lo mismo. También, no en vano era neurólogo, lo eran todos los desequilibrios de tipo psicológico. Es cierto que esta teoría parece encajar con la realidad de que el hombre ha salido de la tierra, pero no sabemos a qué le llamaba sexo Freud. Nuestro tan traído y llevado amor era para él una expresión secundaria de este hipotético sexo o pulsión. La psicología empírica nunca creyó en él. Le resultaba evidente que todas sus afirmaciones carecían de base empírica o experimental. Pero su palabrería tuvo éxito entre todos aquellos que esperaban o necesitaban dar un sentido a su vida. Él mismo también lo necesitaba.

Las sociedades liberales, a grandes rasgos, aceptaron las teorías freudianas. Donde reinaba una dictadura, no. Toda la antigua Unión Soviética lo rechazaba, considerándolo, consecuente con su dialéctica, algo inventado por las sociedades capitalistas para ahogar los intereses de los trabajadores. Los religiosos lo condenaban. En tiempos de nuestra dictadura franquista también estaba condenado. Gran parte de nuestros psicoanalistas tuvieron que huir del país. Los intelectuales oficiales rechazaban sus

planteamientos instintivos dominantes, para defender concepciones cristianas del hombre. Los psiquiatras hacían lo mismo; la medicina que conocían tampoco daba apoyo a sus ideas.

Ser psicoanalista en nuestro país era algo rechazable. En este contexto, muchos de los que queríamos salir de ese mundo opresor encontramos en el psicoanálisis un arma contestataria. Nos equivocamos. La práctica psicoanalítica sólo podía ejercerse, como en otros países, entre pacientes de la clase acomodada. Sólo ellos podían pagar tres, cuatro o cinco sesiones semanales de psicoterapia. No se dudaba que era algo que curaba o, por lo menos, ayudaba. ¿Ayudaba realmente? Si dejamos hablar a los psicoanalistas, ellos daban fe, como los curas, de que sí ayudaba. También a ellos había que creerlos, cuando ningún dato objetivo les daba la razón. Cuando, ya recientemente, se puso en evidencia que no valía para nada, ellos, como los religiosos, seguían dando fe de lo mismo. No cabe duda de que estaban muy interesados en su efectividad, pues con los ingresos de sus pacientes satisfacían sus necesidades en la sociedad capitalista. Yo mismo, sin darme cuenta, hacía algo parecido. Hasta que en un momento determinado lo dejé para ser consecuente con lo que se me manifestaba como evidente. Cuando empecé a trabajar como psicoanalista, se repetía, y se tomaba como cierto, que sólo los psicoanalistas eminentes eran capaces de tratar la esquizofrenia. Yo lo hacía. Y en este contexto de prejuicios me abochornaba de mi falta de resultados. Más tarde me di cuenta de que, simplemente, no era yo un pobre terapeuta, sino alguien que observaba la realidad. Hoy día a nadie se le ocurriría decir que el psicoanálisis, como ya apuntó Freud, puede ser utilizado con esquizofrénicos y con niños.

Las aportaciones de la psicología empírica no dejan lugar a dudas de que la terapia psicoanalítica no cura, aunque sigan algunos creyendo en ella. Los profanos suelen aceptar el psicoanálisis,

porque piensan que, como Darwin, pertenece a la ciencia. Será difícil convencerles de lo contrario. Los filósofos lo rechazaron siempre, si exceptuamos los supuestos filósofos católicos que creyeron ver en él más tarde una manera de conocer mejor al prójimo. Lo que en un principio condenaban, condenaba Roma, fue utilizado una vez más para manipular al hombre. Hoy día la mayor parte de los psicoanalistas son creyentes. Donde sí triunfó fue entre literatos, poetas y artistas. El movimiento surrealista vio en Freud la base doctrinal de sus creaciones. No pocos novelistas inscribían en él el sentido de sus narraciones, lo mismo que las películas aquellas de nuestra infancia en las que aparecía el inconsciente freudiano por todas partes. Aunque ellos sabían más del ser humano que los psicólogos, fueron seducidos por ese mundo de sueños propio de psicoanálisis. Algunos aún siguen haciendo lo mismo.

No voy a entrar en los términos y conceptos que popularizó el psicoanálisis. Baste decir que no son otra cosa que una palabrería para entenderse unos con otros y que nos hace ciegos a lo que estamos observando. Valga como ejemplo el inconsciente freudiano. Es cierto que no somos conscientes de todo lo que hacemos, pero es incierto que eso que no conocemos tenga las características y los contenidos de que Freud nos habló. Cualquiera que se haya psicoanalizado durante cientos de horas sabe, perfectamente, que no ha aparecido nada que ignorarse de sí mismo. Lo mismo que nos enseñaron que hay que estar en la disposición necesaria para recibir la fe, los psicoanalistas dicen que si se persiste en las sesiones, lo que sólo les interesa a ellos, un día el inconsciente abrirá sus puertas. Ese día no llega, pero mientras se espera, se va aprendiendo una terminología, palabrería, que da razón de todo. Cuando los más inteligentes se dan cuenta de su error, como entre los religiosos, suele ser demasiado tarde para cambiar las coordenadas de la vida en la que se han instalado.

Existen otras muchas escuelas de psicoterapia, que con ideas y terminología diversas tienen los mismos planteamientos. No parecen curar, o, por lo menos, ayudar. Si lo hacen es igual que puede hacerlo un amigo. Si éste falla podemos ir a un amigo pagado. Pero nuestro psicoterapeuta, como todo ser humano, estará siempre más pendiente de sus intereses que los de su cliente.

Existen otros muchos errores que psicólogos y profanos tienen sobre la psicología. Los primeros se pueden corregir, pero los segundos tendrán que esperar. No está, desde luego, claro que una alta autoestima, como puede leerse en los éxitos editoriales, sea beneficiosa. Es preciso conocerse para poder vivir mejor, pero puede ser negativo tener una elevada idea de sí mismo. Si ello no coincide con la realidad, los demás pagarán las consecuencias. Los sujetos muy agresivos y delincuentes se creen extraordinarios, pero sus prójimos suelen pagar las consecuencias. Hay que pensar también en ellos. Los trabajos empíricos, cuidadosamente diseñados, ponen de manifiesto que no existe una correlación entre alta autoestima y equilibrio psicológico. No hace falta recurrir a ellos. En la vida cotidiana huimos de esos sujetos que hablan alto, que se enfurecen cuando alguien no les atiende o les causa la más pequeña molestia. Su autoestima, su orgullo, les lleva a proclamar su superioridad y la inferioridad de los demás. Nuestros clásicos estaban muy interesados en el honor. Ese honor que cualquiera podía arrebatarnos y que sólo recuperábamos cuando le matábamos. Si el honor es algo, tiene que ser la consecuencia del uso que hago de mi libertad. Es obvio que eso nadie puede quitármelo. Mi madre o mi familia seguirán siendo los mismos aunque el primer desconocido pueda insultarme. Yo debo saber quién soy, no los demás. Si ellos lo saben mejor que yo, tengo que agradecerles la ayuda que me prestan.

En todas las definiciones de las enfermedades mentales se piensa sólo en el individuo y no en la colectividad. Cuando enferma el cuerpo parece cierto que sólo mi maquinaria vital está alterada. Pero lo psíquico no es nada en sí mismo y siempre están implicados los otros. Las enfermedades mentales o alteraciones psíquicas no son de ningún mecanismo como quieren los psiquiatras. Una alteración psíquica es aquella que me impide a mí y a los otros llevar una vida satisfactoria. En realidad la Psicopatología, y soy yo el único que lo digo, es esa ciencia que nos muestra cuáles son las características psicológicas que dificultan nuestro bienestar y el de los demás. En realidad la Psicología y la Psicopatología pretenden lo mismo: enseñarnos los rasgos psicológicos que nos favorecen o dificultan vivir satisfactoriamente. Es cierto que de lo que nos hablan psicólogos y psiquiatras suele estar relacionado con ello, pero es preciso ser conscientes de qué es lo que está aconteciendo. En la mente de todos suele prevalecer la idea de que las alteraciones psíquicas son una enfermedad. La ayuda que recibimos de los medicamentos, lo mismo que en las enfermedades orgánicas, está allí para apoyar esta idea. Gran parte de la población toma psicofármacos de la más diversa estirpe. No pienso que siempre hagan mal, pero sí creo que drogándose no es el sistema de afrontar la vida. Cuando yo terminé la carrera, hace muchos años, a los psiquiatras solíamos llamarlos pastilleros, sin darnos cuenta de que para ellos era el futuro. Es más fácil dar pastillas que tener que pensar en los otros. Sobre todo es más económico en una sociedad capitalista, que se interesa más por las cosas que por el hombre mismo. La psicología empírica no aceptó en un principio los planteamientos organicistas de los psiquiatras. Pretendía hacer otra cosa, y en vez de Psicopatología acuñó el concepto, según sus prejuicios, de Psicología Anormal. Fuera la enfermedad: sólo podemos hablar de anormalidad. La dominancia

de la medicina y de los laboratorios y el hacer de la psicología la ciencia de la conducta condujo al fracaso. Ya pasaron los tiempos en que los psicólogos se enfrentaban a los psiquiatras proponiendo planteamientos más científicos. Era la época en que nuestros psicólogos, que carecían de experiencia y formación clínicas, hablaban frívolamente de lo que desconocían. En otros países no era tan caricaturesco, pero nosotros no teníamos tradición en psicología empírica. Nos limitábamos a copiar. Cuando ello fracasó se entregaron sin condiciones a los prejuicios de los psiquiatras. En nuestro caso a los de los psiquiatras norteamericanos. Es cierto que ellos están a la cabeza del mundo en ciencia, pero también es cierto que su psicología es de todo menos conocimiento del hombre. En este sentido me siento europeo. Nosotros nos interesamos más por el sujeto humano que por sus acciones o conducta. Estamos hartos de sus películas de acción, aunque las estemos viendo desde pequeños.

No es infrecuente que cuando se habla de psicología no pocos piensen en la importancia de la hipnosis. Aunque se supone que siempre existió, sólo en el siglo XIX ocupó un lugar central en la ciencia. Hoy día aún tenemos bastantes sociedades que llevan en su título esta palabra. Muchos de los fenómenos que se dan por ciertos no lo son. En primer lugar está por demostrar que caigamos en situación hipnótica o que cumplamos ciegamente órdenes posthipnóticas. Sí es cierto que algunas personas pueden entregarse sin condiciones a la palabra de otro, pero no es cierto que lo hagan todos. Esa persona que parece regresar a una infancia bajo las exigencias del hipnotizador en realidad no regresa. Hace como que regresa y es siempre la misma que se presenta ante el público. También se considera la hipnosis un medio para curar o hacer desaparecer alteraciones psíquicas. No es cierto. Lo que observó Freud en sus primeras pacientes, y fue el pistoletazo de

salida del psicoanálisis, no puede ser repetido. Los psicólogos académicos, cien años más tarde, han visto en la hipnosis un medio para modificar la conducta y las creencias. No es cierto, pero ello demuestra que no saben muy bien por dónde se desenvuelven. Tampoco se pueden hacer bajo la hipnosis cosas extraordinarias.

Durante siglos se ha creído que nuestras características personales son heredadas e inmodificables. «Genio y figura hasta la sepultura», reza el refrán popular. A principios del siglo XX se dieron cita una serie de circunstancias que demolieron este edificio estructurado. Si la psicología es la ciencia de la conducta, ésta está en función de los estímulos que recibimos. El psicoanálisis exageró la importancia de las experiencias precoces como determinantes de la personalidad de los sujetos. Resultaba inconveniente, y hasta delictivo, afirmar que las características de los individuos estaban condicionadas por su raza o sus genes. Todo era aprendido. Cuando los psicólogos veíamos a un niño con problemas, no teníamos duda de que los padres eran culpables. Si los recibíamos en nuestra consulta no dudábamos en manifestarles nuestro rechazo, con lo que le añadíamos un problema más, sobre todo si se trataba de niños autistas que les hacían la vida imposible. Los padres eran los malos y los niños las víctimas. La realidad es que pocos estudios parecen apoyar estos planteamientos. Las características psicológicas de cada uno de nosotros parecen ser heredadas en lo esencial y son muy difíciles de modificar. Un ejemplo de ello lo tenemos en los hijos de parejas homosexuales, sean gays o lesbianas. No por haberse criado con ellos son más homosexuales que los niños que se criaron con padres heterosexuales. Religiosos y gentes conservadoras no pueden aceptar esto. Incluso algunos de nuestros jueces afirma, diciendo apoyarse en la ciencia, que los hijos de homosexuales lo serán más que el resto de la población. A pesar de lo evidente que a ellos les parece esto no tiene apoyo científico alguno.

También se admite que en trance de morir se tienen experiencias que ponen de manifiesto la existencia de otra vida. Pero todos los estudios realizados concluyen que estas experiencias son una síntesis del estado cerebral del moribundo y de sus creencias. También se admite que sólo utilizamos el diez por ciento de nuestra capacidad cerebral. No hay ningún estudio científico que apoye esta idea.

Podríamos seguir hablando de las creencias de psicólogos y profanos que no cuentan con apoyo alguno, pero a las que les espera una larga vida. La gente necesita algo en que apoyarse. Si antes lo hacían en sus irracionales ideas religiosas, ahora pretenden tener la seguridad que les ofrece la ciencia. Tampoco ahora se hacen preguntas sobre sus supuestos conocimientos científicos. De hecho existen multitud de prejuicios que no se discuten. Los tenemos tan incorporados que forman parte de nosotros mismos y carecemos de la distancia precisa para criticarlos. Cuando afirmamos algo en contra de ellos todo el mundo adopta una actitud de defender su sinsentido con palabras que hemos oído millones de veces.

Aunque los prejuicios que tenemos sobre la psique humana sean irracionales y carezcan de apoyo científico no desaparecerán fácilmente. El ser humano necesita saber sobre sí mismo, aunque lo que sepa sea erróneo. Hasta el nacimiento de la medicina hipocrática los enfermos eran tratados por magos y religiosos. Hicieron falta más de veinticuatro siglos para que se impusieran sus planteamientos. Fue el difícil paso de la magia, los prejuicios, a la ciencia. Hoy día todos los médicos se consideran herederos de Hipócrates. Durante todos esos siglos magos y sacerdotes curaban a los hombres. Los médicos que lo hacían estaban presos, a pesar de esperarles el éxito, de sus prejuicios. Pensemos cómo durante siglos podían recurrir a la sangría para curar las enfermedades.

Cualquiera podría darse cuenta de que más que curar mataban. Eran los matasanos. Hoy no se nos ocurre utilizar esta expresión ante los evidentes avances de la medicina. Hasta que se supo empíricamente que la sangría sólo mataba, no desapareció. La ciencia había avanzado lo suficiente como para demostrar su irracionalidad. Nuestra sangría de hoy son los antidepresivos.

Desde el punto de vista psicológico las cosas fueron mucho más complicadas. Primero los magos y después los sacerdotes se ocuparon del espíritu y del alma. No había psicólogos. Si acaso filósofos cuyos planteamientos no se distanciaban mucho de los sacerdotes. Por muy filósofo que se sea, las cosas que se afirman están condicionadas por el medio sociocultural. A partir del hundimiento del idealismo alemán surgen una serie de filosofías de la vida, entre las que podríamos incluir a Freud, que se hacen la pregunta de qué es el hombre. Ésta es la psicología europea, que fue ahogada por la naciente psicología empírica y que fue, finalmente, promocionada por los psicólogos académicos norteamericanos. La naciente psicología europea era un conocimiento del sujeto humano, mientras que los norteamericanos se concentraron en su conducta. Yo, repito, soy europeo. Pero ni europeos ni americanos terminaron por enseñarnos algo sobre nosotros mismos. Hay que exceptuar siempre a poetas, literatos y artistas.

Con los conocimientos tan irrelevantes que tienen los psicólogos, la pregunta que debemos hacernos es qué función cumplen cuando ejercitan su profesión. Si se produce un atentado o accidente importante, estamos acostumbrados a leer que acudieron psicólogos para ayudar a las víctimas. Antes esto no sucedía y ahora, que somos un país desarrollado, sí. La realidad es que no puedo imaginarme lo que hacen. Yo les he estado enseñando psicología y sé muy bien que no pueden hacer mucho más que cualquier persona bienintencionada. También los demás psicólogos

suelen pensar lo mismo. No imaginamos qué pueden hacer. Pero los psicólogos que están en sus consultas no se diferencian mucho. Cuando salieron de la facultad no estaban preparados para profesión alguna. Sus profesores tampoco lo estaban.

Pero existen los psicólogos y los necesitamos. Es posible que para hacer una evaluación de nuestra personalidad sean mejor que los profanos. Sin embargo, lo que demandamos de ellos es ayuda. Cuando esos profesionales pretenden ayudarnos no saben mucho más que los profanos. Sólo podrán ayudarnos en la medida que creamos en ellos. La palabra sugestión o placebo es la que nos viene a la cabeza. Nos sorprende una y otra vez que los que son tratados por psicólogos y psicoterapeutas hablan de ellos, de los que no saben casi nada, como si fueran seres profundamente conocedores de la psique. Ignoran que son igual que sus amigos a los que no les pagan. Sólo el efecto sugestión puede ayudarnos, aunque siempre será, no cabe duda, peor el remedio que la enfermedad. También el efecto sugestión nos puede ayudar cuando invocamos a un trozo de madera que fantaseamos como la imagen de un ser extraordinario. Pero en este caso tampoco es rentable. Detrás del trozo de madera fantaseado están una serie de creencias y de organizaciones humanas, que debemos creer en ellas para darle vida a la sugestión. Estas creencias condicionarán nuestra vida, y los síntomas desaparecidos serán mucho menos penosos que las obligaciones que nos echamos. Por si fuera poco, durante todo este tiempo perdido no hemos tomado las decisiones que podrían habernos resuelto los problemas que sufríamos.

La sugestión es la que nos cura cuando vamos a un mago o profesional que admiramos ciegamente. Es el efecto placebo que puede medirse con bastante exactitud. También esas técnicas milenarias orientales, que tanto nos fascinan, gravitan sobre el efecto placebo. Sólo ayudan cuando se cree en ellas. Pero todos

esos amigos pagados que dicen ayudarnos, lo que hacen es pensar en que les pagamos. Son seres humanos que, como nosotros, defienden sus propios intereses en contra de los nuestros. Por eso es tan peligrosa la medicina privada. Esos médicos cuando nos diagnostican y tratan, es inevitable, pensarán más en ellos que en nosotros. Al médico que le paga el estado, sea eminencia o no, le da igual hacernos un diagnóstico u otro, o ponernos este o aquel tratamiento. Yo no quiero que sea un genio, sino una persona normal que conoce su oficio y lo practica, desinteresadamente, conmigo. Es posible que muchos piensen que existe una deontología médica más allá de sus intereses. Existe en los libros, pero no, como en otras profesiones, cuando trabajo para ganar dinero. Los psicólogos proponen tratamientos que, si tenemos en cuenta la irrelevancia de sus conocimientos psicológicos, sólo les interesan a ellos.

Podríamos seguir reflexionando sobre los pocos medios con los que cuentan los psicólogos y la necesidad que tenemos de hablar de ellos. Pienso que es suficiente. Lo que nos interesa ahora es saber si otra psicología es posible. Vuelvo a recordar que la psicología empírica ha sido más efectiva en señalar nuestros errores sobre la psique humana que decirnos en qué consiste. En una práctica profesional no es suficiente, aunque sea mucho, saber lo que no es cierto. Vamos a hacer un intento de buscar otra Psicología que sea capaz de enseñarnos algo relevante del ser humano.

LA EXPERIENCIA DE LA VIDA

Si queremos saber del hombre es la experiencia la que tiene que enseñarnos. Suele pensarse que las personas mayores han acumulado mucha experiencia y han alcanzado la sabiduría. En no pocas culturas antiguas se utilizaba esta sabiduría de los ancianos para dirigir la sociedad. Hoy no es así y sabemos que muchos ancianos, por mucha experiencia de la vida que tengan, no son sabios. Es cierto que no por haber vivido mucho sabemos, necesariamente, más de la vida. No podemos acumular la experiencia de la vida que han hecho los millones de generaciones que nos han precedido, aun así si queremos saber de nosotros mismos debemos recurrir a la experiencia. Las ciencias empíricas parten de la experiencia de las cosas. Si queremos saber de nosotros mismos también debemos partir de la experiencia, aunque lo que tratemos de conocer pueda no ser manipulable y observado como algo que no nos pertenece.

La experiencia de la vida no trata tanto de dar razón de lo que vivimos como de conocerlo. Por definición lo conocemos porque lo vivimos. Lo único que hace falta es traducir en palabras eso que vivimos, para que pueda transformarse en una ciencia o, por lo menos, en una disciplina. Ésa sería la Psicología. Ya tenemos una definición de Psicología. No es una disciplina fácil, desde el

momento que debemos narrar, sin recurrir a un argumento, lo que vivimos. Además, tenemos que hacerlo con palabras. Las mismas que utilizan nuestros semejantes, y si queremos comunicarnos debemos utilizarlas en un sentido análogo. No podemos hacer como los locos, que utilizan las palabras para hablar de algo incomprensible. Es preciso comunicarnos y que nos entiendan.

Con los otros tenemos muchas formas de comunicarnos. Los gestos, la vestimenta, la música o la pintura son otras formas de comunicación. En realidad estamos en continua comunicación con ellos. En la soledad de mi cuarto, lo mismo que el científico en su laboratorio, estamos siempre en comunicación con los otros. El valor de nuestras experiencias está en la medida que son aceptadas por los otros. Quiere decir que la Psicología debe ser capaz de comunicar la experiencia de la vida. Pero ocurre que lo que vivimos no sólo debemos expresarlo con las palabras del otro, sino que estas palabras tienen ya un significado que oculta la experiencia misma de la vida. Si hablo del amor a la patria, a los hijos o a dios, estoy afirmando lo que los otros dicen. Las palabras tienen un significado que nos oculta la experiencia de la vida. Quien no ama a su patria o a sus hijos, se repite, es un mal nacido. ¿Por qué? Si me examino a mí mismo e independientemente de lo que digan los otros describo mi experiencia con la supuesta patria o con los hijos, es muy seguro que no coincidiré con las repetidas afirmaciones. No soy un perverso o un degenerado, simplemente, soy alguien que se limita a decir cómo es.

La primera dificultad de la Psicología es describir sin prejuicios, sin juicios previos, lo que vivimos. Esto es lo más difícil.

Si admitimos, ciegamente, los juicios de los otros, estamos negados para conocernos a nosotros mismos. Porque los otros hablan, en el mejor de los casos, de experiencias que han hecho ellos y lo que yo me propongo, al hacer Psicología, es cómo

realmente vivo la vida yo. Durante siglos dios hablaba y su palabra sacaba el mundo de la nada. Si hablaba de demonios o ángeles el mundo estaba habitado por demonios y ángeles. Hoy ya no habla tanto. En realidad nunca habló, fueron otros los que le escucharon. Ellos dan fe y nosotros debemos creerlos y configurar nuestras vidas con su palabra. Con este planteamiento se acabó la Psicología. Si él habló callemos todos. Durante siglos hemos dado esto por supuesto sin discutirlo. Pero a poco que pensemos no sabemos nada de dios por nosotros mismos. Si tengo que hacer Psicología dejando de lado todo lo que afirman otros sobre la vida, para concentrarme en lo que vivo, el que saca el mundo de la nada con su palabra soy yo. Yo soy dios. Ya sé que a muchos esta afirmación les escandaliza. No es para tanto. Si quiero saber de la vida, sin dejarme llevar por lo que dicen los otros, tengo que atenerme a mis experiencias y sacarlas de la nada con mi palabra. Dios es lo que dicen los otros que es y cada uno le da a esta palabra el contenido que le apetece o conviene. Sólo los otros hablan de él, aunque él nunca haya hablado.

Describir la vida, sacarla de la nada con mi palabra, es utilizar el lenguaje y las afirmaciones de los otros. Por eso cuando hablo de prostitución o de perversiones sexuales no soy ajeno a lo que afirman los otros. Si nos dicen hijo de puta reaccionamos con una furia incontenible, sin darnos cuenta de que ese oficio es de los más dignos que podamos imaginar. Si esas mujeres son obligadas a prostituirse, son unas víctimas que debemos ayudar. Si lo hacen libremente, debemos descubrirnos ante ellas porque utilizan su sexo, mediante pago y por tiempo limitado, cuando sabemos que el sexo mueve montañas. Ella no arrastra a los otros, utiliza su cuerpo por un tiempo a cambio de dinero. ¿Por qué nos ofendemos cuando nos llaman hijo de puta? Simplemente, porque los otros consideran que es algo perverso y nosotros nos identificamos

con nuestra madre. Lo dicen los otros. También dicen, aunque no conocen a nuestra madre, lo que ella es. Si yo me lo creo todo, es que el otro sabe mucho más de la vida que yo. Así no es posible hacer Psicología. Tengo que utilizar con precaución la palabra del otro para no caer en la vida que él describe y sus contradicciones. Porque el mismo que nos llama hijo de puta utiliza regularmente la prostitución y ha tenido con ella las mejores experiencias. No tenemos más que ver los interminables anuncios de los periódicos.

Hacer Psicología es intentar alejarse de los demás para enfrentarnos con nuestras experiencias. Esto es muy difícil si tenemos que hacerlo con las palabras del otro y con los prejuicios que conlleva. Pero tenemos que hacerlo. Sabemos que no vamos a conseguirlo, pero debemos proponernos sacar el mundo de la nada con nuestra propia palabra. Este propósito marca un camino que debemos recorrer, que nunca culminaremos, pero es lo que nos proponemos. Averiguaremos cosas, aunque, desde luego, no se nos descubrirá nunca el sentido de la vida.

Lo mismo que el científico en su laboratorio, hemos de encontrar las palabras adecuadas para comunicar nuestros descubrimientos. De lo contrario no habremos descubierto nada. El hombre de ciencia suele recurrir a fórmulas matemáticas que nadie puede rechazar o invitando a repetir la misma experiencia que él hizo. Nosotros también debemos hacerlo. Si nuestra experiencia de la vida es evidente, otros podrán repetirla. El psicólogo debe dar con las palabras adecuadas para que lo hagan. La dificultad de la Psicología es que allí no hay nada concreto que todos puedan percibir, como ocurre con el cuerpo que estudian los médicos. Hay que apelar a la experiencia de la vida de los otros que no está en ninguna parte. Pero ocurre que esto es muy difícil. Ya fue difícil aceptar que la Tierra daba vueltas alrededor del sol o

que la vida era el resultado de una evolución. Todos estaban seguros, por sus prejuicios, de que el sol salía por las mañanas y que las diversas especies habían caído del cielo. Con muchas dificultades pudimos renunciar a lo que nos parecía evidente e indiscutible. Si eso lo hacemos con las cosas que están ahí, mucho más cuando no están en ningún sitio. Es preciso que, como psicólogos, seamos capaces de decir algo que los otros compartan más allá de los prejuicios.

El psicólogo en el laboratorio de la vida, liberado de sus prejuicios, descubre que él es un sujeto que se siente afectado por las incidencias de la vida. Por un lado está él y de otro los demás con los que compartimos la vida. Estamos en el mismo mundo, no tanto porque lo demos por supuesto, como porque está habitado por otros que hablan mi lengua. En todas y cada una de mis experiencias de la vida me resiento respecto de ese mundo que compartimos. Si me dedico a estudiar al sujeto que se resiente, que soy yo mismo, estoy haciendo Psicología y si estudio el mundo que compartimos ciencia. Subjetividad y objetividad son como las dos caras de una misma moneda. Si me dedico al estudio de la objetividad estoy haciendo ciencia y si me dedico al mundo de la subjetividad Psicología. No podemos estudiar la subjetividad sin la objetividad, como se ha venido haciendo. Nuestra manera de resentirnos de la vida nos enseña lo que somos, pero también del mundo que hemos creado con nuestra palabra. Es irrelevante que esto exista o no exista, como les ha inquietado siempre a los filósofos. Lo importante es que se manifiesta y que podemos describirlo.

Estamos acostumbrados a vivir como si existiese un mundo real que estudia la ciencia en el que se desenvuelve mi vida, de la que bien poco sabemos. Este prejuicio es el que hace imposible la Psicología. La realidad es que somos de una u otra manera,

dependiendo del mundo en el que nos desenvolvemos. Yo, los otros y el mundo los hemos creado con la palabra. Lo que le atribuimos a los dioses. Tengo que partir de mí para conocerlo todo. El clásico «conócete a ti mismo» sigue teniendo vigencia. Yo me resiento, es decir, me siento afectado, por las incidencias de la vida. En cada sentir y volver a sentir se manifiesta lo que soy y el mundo en el que me desenvuelvo. Es incomprensible lo uno sin lo otro. Si me siento afectado por el resultado de un examen, por un partido de fútbol o por la bajada de la bolsa, todo ello sólo tiene sentido indisolublemente unido. Recordando a un pensador español, que tanto suele valorarse, yo soy yo y mis circunstancias. Pero las circunstancias no es lo objetivo frente a lo subjetivo, sino que a ambos les estoy dando la vida. El problema de la psicología de todos los tiempos es que primero se ocuparon de las circunstancias y después del sujeto, por lo que la visión del ser humano era la consecuencia de los prejuicios. Algo que cambiaba con las circunstancias. La Psicología estaba condenada al fracaso.

Los que pretenden hacer una psicología científica, por ejemplo nuestros psicólogos académicos, no dudan de que el ser humano es un objeto más que puebla el mundo. Respecto de los otros objetos tiene la curiosa peculiaridad de que es capaz de conocer el mundo que le rodea, por lo que si queremos saber algo de ese mundo tenemos que reproducirlo dentro de nosotros. Los que están más en la verdad son los que hacen una reproducción más fidedigna. Estamos condenados al fracaso. El ser humano es también la ciencia que crea y no la podemos separar de él mismo.

Yo me resiento de la vida y es en esta vida en la que vivo donde surge todo lo posible. Será ciencia si el lenguaje con que lo expreso es irrefutable. Antes de aparecer todas y cada una de las ciencias posibles hubo alguien que las creó. No estaban en ningún sitio para descubrirlas. Freud proyectó una supuesta ciencia

que muchos aceptaron a pesar de sus incongruencias. Los prejuicios que teníamos hacían posible creer en ella. Luego hemos visto que no.

No se trata de oponer la ciencia a la Psicología, ambas tienen que ser compatibles. De lo que se trata es de tomar conciencia que tanto la ciencia como la Psicología son una creación humana que no está en ningún sitio y deben ser compatibles. Por eso yo he repetido que no pocos trabajos empíricos disienten con nuestras creencias psicológicas. Muchas de nuestras creencias psicológicas se contradicen con lo que enseña la ciencia, pero también con nuestra experiencia de la vida.

En ese continuo sentirse afectado por las incidencias de la vida estoy, como el científico en su laboratorio, en diálogo con el otro. Mis resentimientos soy yo mismo en un mundo del que hablo; incluso cuando estoy solo y pienso sigo hablando de él. Sé que cuando aparezca un prójimo le podré decir las palabras que pensé. Le podré comunicar mis descubrimientos. No se trata de un mundo, como ingenuamente creemos, que está ahí, inmodificable, que da fe de su existencia y que los filósofos insisten en querer conocer. Es un mundo que lo es, en tanto que hablo con el prójimo. Depende de lo que esté habituado a hablar, ese mundo cambiará y también cambiaré yo mismo. Si el mundo del que hablo considera algo perverso, y yo lo practico, seré perverso. El sexo ha estado plagado de tabúes, y ha creado multitud de perversos, que acudían a los psicoterapeutas para sobrellevar la carga. La homosexualidad, por ejemplo, ha sido, y en muchos países sigue siendo, una perversión. Lo es porque lo dicen los otros en sus conversaciones y yo en las que tengo conmigo mismo. Es este continuo diálogo con los otros el que me hace ser lo que soy y resentirme de la vida. Donde los homosexuales se liberaron no fue porque acudieran a psicoterapeutas, sino porque, siendo

consecuentes consigo mismos, se echaron a la calle a proclamar sus derechos. Querían ser como verdaderamente eran y no como los demás decían que tenían que ser. Psiquiatras y psicoanalistas los calificaban de enfermos o anormales, aunque ellos mismos, perversamente, practicasen la homosexualidad. Las miles de horas que los homosexuales perdieron en sus consultas y terapias las ganaron el día que mostraron su orgullo en las calles. La psicología estaba al servicio de los prejuicios más allá de la ciencia.

En este continuo dialogar y sentirse afectado constituyo, hablemos en singular, el mundo y yo mismo formando una unidad indisoluble. Pero la pregunta que debo hacerme es si lo que estoy dando por supuesto cuando hablo es algo en lo que creo o es algo que dicen las habladorías. Gran parte de lo que dicen las habladorías, y yo no lo discuto, puede ser falso. No puedo preguntárselo a nadie, tengo que ser yo mismo el que, consultando a mi experiencia, pueda responder. Las habladorías dicen que el que no ama a su patria o a sus padres es un mal nacido. ¿Es cierto? Sólo yo puedo responder. Si las experiencias que hice con ellos fueron más negativas que positivas no tengo por qué amarlos. Pensemos, por ejemplo, en alguien como yo que vivió su infancia y adolescencia en la Andalucía de la postguerra del nacional catolicismo. Los curas amenazaban con el infierno eterno cualquier pensamiento, no acción, libidinoso consentido. Los prejuicios sociales desmentían que todos los seres humanos son iguales en derechos, mientras nos entregábamos, indiscriminadamente, a diversiones en las que se apoyaba todo lo que llevaba a la desgracia. Si yo amaba esto es que era tonto, en el auténtico sentido de la palabra. Yo había nacido allí y era aquello que ellos habían determinado. Pero aunque sea andaluz y no pueda evitarlo, es una desgracia haberlo sido y, además, seguir siéndolo.

La rebelión contra lo que nos hace desgraciados es el sentido de toda auténtica Psicología. Ella es la que tiene que enseñarnos lo que debemos hacer. Los llamados pacientes acuden a sus psicólogos para contarles en privado sus problemas, con el convencimiento de que su terapeuta no se los contará a nadie. Pero la liberación nunca llegará aunque la psicoterapia dure años. Hay que decirle a todo el mundo lo que vemos con evidencia. En ese mismo momento cambiará el mundo en el que me resiento y yo mismo. Es muy posible que muchos otros no quieran seguir dialogando conmigo, tampoco nosotros lo queremos. Decir juiciosamente lo que percibimos, el rey desnudo, derriba los prejuicios y nos hace más libres. Aparecen otros con los que puedo dialogar y no tienen los prejuicios que me esclavizaban. Es muy posible que tengan también sus prejuicios, pero también ante éstos debo decir, juiciosamente, lo que se me presenta como evidente. Puedo estar equivocado, pero es lo que se me presenta como evidente.

La nueva Psicología me aconseja proponerme luchar contra los prejuicios que constituyen mi mundo y yo mismo. Me promete la libertad y supone que me aproxima a la felicidad o bienestar. Nunca lo conseguiré plenamente, pero debe ser la norma de mi vida. A los prejuicios no se les combate razonando. Ahí tenemos a nuestros políticos. Nunca se pondrán de acuerdo por mucho que razonen en el parlamento. Les oímos y experimentamos una sensación de repugnancia. No siempre. El gran error de los filósofos es pensar que razonando, utilizando la razón, llegaban a la verdad. No hay nada que razonar. Simplemente, hay que decir cómo vivimos las cosas y la vida. Lo que se nos presente como evidente debemos comunicarlo para que la vida y yo mismo cambien.

El otro forma parte de mí mismo y en la soledad estoy en contacto con él. Lo que llamamos mi vida íntima no es otra cosa que lo que dialogo conmigo mismo sin que se enteren los otros. Es lo

que hago con mi psicoterapeuta. Eso no cambia nada. Se manifiesta sólo en mi manera de resentirme. Por eso ocurre que cuando aparece un otro concreto tengo que defender ante él mi identidad. Es lo que experimentamos cuando un desconocido nos mira y pensamos en una posible relación erótica. Al desconocido lo constituimos en el juez supremo de nuestra vida. Nos aproximamos con temor aunque, lo más probable, es que respiremos relajados cuando comprobemos que no ha captado nuestra vida íntima. Podemos seguir siendo el lobo vestido con piel de oveja. No son todos tan inquietantes como el posible amante. Lo que puedan pensar gentes de países lejanos no me inquieta. Quizá tampoco me inquieta mucho lo que piensan los de países próximos o mis vecinos. Si reflexionamos se nos hace evidente que sólo unos pocos son los inquietantes. Padres, amantes, amigos y colegas. No mucho más. Son con los que de verdad comparto la vida y me inquieta la opinión que tienen de mí. Ellos y no yo son los que sacan el mundo de la nada con su palabra. Yo me veo obligado a ocupar un lugar adecuado en el mundo constituido por ellos. El sufrimiento de la vida, el valle de lágrimas, es el lugar en el que me han puesto. Yo debo continuar con mi propósito de decirles cómo se me presenta a mí la vida. No es suficiente con que lo piense en mi intimidad o que se lo cuente al amigo pagado que es el psicoterapeuta. Tengo que ir a esos otros inquietantes, a esos dioses, y decirles con tranquilidad y exactitud cómo es mi experiencia. En el mismo instante que hablo con el padre, amigo o amante, el mundo y yo mismo cambian.

La nueva Psicología nos ayuda a ser libres y, seguramente, más afortunados. Es cierto que nuestro propósito de ser consecuentes con lo que vivimos puede conducirnos a situaciones insostenibles. Nuestro jefe puede echarnos del trabajo o los jueces llevarnos a la cárcel. No somos héroes, por lo que el propósito de autenticidad

no debe ser ciego al mundo de los prejuicios. A medida que avanzamos, los otros con los que dialogamos se parecerán más a nosotros. Pero siempre existirán las normas jurídicas que debemos respetar. En una sociedad democrática representan los intereses de todos los otros. El bien común. Si no lo representan, no va a venir dios a decirlo como quieren los curas. Hay que ser auténtico en la medida en que puede ser rentable. La finalidad del hombre no es conocer la verdad. Nunca la conoceremos, pero sí sabemos lo que tenemos que hacer para ser más felices y vivir mejor.

Se ha repetido que es preciso comprender a los demás. Amarlos parece ya demasiado. No hay que comprenderlos. Se lo he repetido a mis alumnos muchas veces. No podían entender que esto se dijera en la materia de psicoterapia. Para tranquilizarles y les aclaraba que también yo les comprendía en determinadas situaciones: cuando me pagaban. Cuando actuaba como psicoterapeuta. Pero no es que tengamos dificultad de comprender a los demás, es que no podemos. Parejas que han convivido muchos años llegan al final de la vida y están convencidos de que no se conocen. El tiempo que gastamos en comprender a los demás lo estamos perdiendo para tomar las decisiones pertinentes a la conducta de los otros. Las mujeres, por ejemplo, comprendían por qué sus maridos las agredían. El trabajo, los problemas de la vida, el temperamento masculino, su infancia problemática; todo ello daba razón de sus agresiones. Mientras realizaban este trabajo humanitario estaban perdiendo un tiempo precioso para denunciarlos. Si no aceptamos que una persona agrede a otra, no hay nada que comprender. Sólo, en la medida de lo posible, intentar que esto no suceda. Por eso cuando conozco a alguien cuya conducta no acepto, no lo comprendo. Me limito a decirle que no estoy de acuerdo con lo que hace y no quiero relacionarme con él. Si todo el mundo actuara así, muchos, como los curas, cambiarían.

Lo que llamamos psique parece estar formado por inteligencia y afectos, razón y pulsiones o conocimiento y sentimientos. Muy poco para el ser humano. Nadie duda de que el hombre es capaz de conocer, ahí está toda la ciencia, y tener una afectividad. ¿En la nueva Psicología qué significa esto? Se llama inteligencia o conocimiento a la capacidad que tiene de sacar el mundo de la nada con su palabra. Y los sentimientos o afectos no son otra cosa que ese continuo resentirse en las incidencias de la vida. Ya hemos dicho que son las dos caras de una misma moneda. Lo que conocemos muestra nuestro diálogo con los otros con sus juicios y prejuicios. Y el resentimiento cómo nos ubicamos en ese mundo. Ambas cosas las construyo yo mismo. Ni conocimiento ni afectos están en ningún sitio. El mundo objetivo es del que hablamos y el mundo íntimo es como nos ubicamos en él. Ambos pueden cambiar, aunque estemos convencidos de la autonomía del mundo material. Es posible que muchos lectores estén sorprendidos de la poca importancia que le doy al cuerpo. No es así. El mundo objetivo lo construimos fuera de nosotros y el mundo íntimo dentro del cuerpo. Las religiones piensan que el alma, o lo que sea, está en el cuerpo. No está en ningún sitio, soy yo quien lo hago así. Las religiones orientales lo hacen de otra manera.

Si el mundo objetivo, del que se ocupa la ciencia, es una construcción de mi yo dialogante, parece que lo condenamos a algo irrelevante. No es así. El mundo objetivo es aquello de que hablamos y el mundo de la ciencia es aquel en que más estamos de acuerdo. Tenemos que estar de acuerdo, porque la comunicación dialogante es tan perfecta que no puede ser negada. Ello no ha impedido que muchos descubrimientos científicos hayan sido negados por mentes retrógradas que decían hablar por boca de dios. Cuando la evidencia no se puede negar ya es ciencia. La ciencia demuestra que su diálogo es transparente mediante

razonamientos impecables. Esto vale para el mundo constituido, pero no para el hombre mismo que es el creador del mundo íntimo y del mundo objetivo en su eterno diálogo. Aquí no se trata de razonar, sino de describir lo evidente. Es la otra Psicología.

Lo que nos aporta la ciencia es decisivo para la Psicología que proponemos. Es cierto que la descripción de la experiencia de la vida nos descubre lo evidente. Pero para que esta evidencia se mantenga es preciso defenderla de los prejuicios que, por mucho propósito de autenticidad que hagamos, siempre los tendremos. La psicología científica nos aporta datos, que pueden servirnos para sustentar nuestras descripciones. Ante algo discutido debemos afirmar: yo lo vivo así y, además, los datos científicos de que dispongo lo apoyan. Ésa es la razón por la que yo recurro una y otra vez a la psicología empírica. Ya es suficiente con que la ciencia nos diga lo que no es cierto, somos nosotros los que tenemos que integrar sus datos en esa psicología descriptiva, la Psicología, que estudia la intimidad como la otra cara de la objetividad.

Los datos científicos nos ayudan a combatir los prejuicios, siempre que tengamos claro que la verdadera Psicología es la descripción de la experiencia de la vida. Cuando los psicólogos norteamericanos hicieron de la psicología la ciencia de la conducta estudiaban algo que no tenía nada que ver con el sujeto humano. Muchos años de investigación llevaron a la conclusión de que no valía para nada. No era ni siquiera una ciencia humana. Esto no impidió que intentaran aplicar sus supuestos conocimientos a modificar la conducta. Ya dijimos que la psicología académica americana no se interesaba por el sujeto como los filósofos europeos. Ellos sí lo hicieron. Nietzsche, Schopenhauer, Bergson, Dilthey, Ortega, Sartre, incluso Freud, nos hablaron de él. Si no triunfaron es porque no eran los ganadores de las guerras y de la economía. Allí estaban también todos los literatos que siempre

nos hablaron de él. La auténtica Psicología hunde sus raíces en Europa y es preciso no dejarse seducir por el imperialismo americano como hemos hecho.

Ha sido, y es, muy triste ver cómo nuestros psicólogos académicos siguen ciegamente lo que dicen los norteamericanos. Lo mismo que desde pequeños vemos películas de acción americanas, nos interesamos en la conducta. Por lo menos ellos podían intentar hacer ciencia, pero nuestros primeros psicólogos académicos, curas y hombres del franquismo, se entregaron ciegamente al vencedor. Renunciaron a nuestra herencia europea para practicar una supuesta ciencia para la que no estaban preparados. A lo mejor no ha sido tan negativo, si tenemos en cuenta que, sin querer, erradicaron el supuesto humanismo cristiano que impide toda psicología. Los curas han desaparecido de nuestras facultades de psicología.

La conducta humana era aprendida según los principios bien conocidos de la psicología del aprendizaje. Los cuadros clínicos que los psiquiatras diagnosticaban eran aprendidos. ¿Cómo? Según los principios bien conocidos, repetían enfáticamente, de la psicología del aprendizaje. Curar a alguien o, mejor, modificar su conducta era llevarle a desaprender lo aprendido. Esos principios los conocían observando perros, ratas y palomas. También en ellos podían provocarse neurosis experimentales. Todo era fascinante, pero todo era falso. Ni llegaron a conocer el comportamiento animal, ya vimos que esto lo hicieron los etólogos, ni menos el comportamiento humano. Hasta hace una década los psicólogos que salían de nuestras facultades habían aprendido esto y lo practicaban en la clínica. Pobres de nosotros. A todos se les aplicaban las supuestas reglas, incluso a los niños autistas, a los que la más mínima sensibilidad debía hacernos quererlos, al menos, como hacemos con nuestros perros.

¿Cómo se puede llegar a este estado de cosas? Los prejuicios tienen su propia dinámica de la que es difícil evadirse. Si la psicología científica, según nos enseñaban los maestros, era el estudio de la conducta, sólo faltaron unas décadas para que se aplicase a la conducta patológica o anormal. Por absurdo que ello pudiera parecer a cualquiera que conociera el tema, como los psiquiatras, nuestros psicólogos seguían seducidos por sus prejuicios. Ahora todos están de acuerdo conmigo y se avergüenzan de sus creencias supuestamente científicas.

Cuando hace unas décadas los psicólogos académicos norteamericanos se dieron cuenta de que el hombre también piensa, la psicología se transforma, sin olvidar del todo la conducta, en la ciencia de lo cognitivo. Naturalmente, ahora los cuadros descritos por los psiquiatras son en lo esencial alteraciones cognitivas. La depresión que todos pensamos, y los médicos también, que viene a ser una tristeza excesiva, ellos, siguiendo con sus prejuicios, nos descubren que es una alteración cognitiva. Todo es conocimiento. Esto es lo que enseñan los psicólogos académicos ahora con el mismo énfasis. Hay que modificar el funcionamiento cognitivo de las personas infortunadas para poder ayudarlas. Es en lo que estamos. Por eso cuando vamos a un psicólogo pidiendo ayuda, por absurdo que pueda parecer, damos por supuesto que nos dirá lo que debemos pensar. Y si no lo pensamos lo hará él por nosotros. Es lo que le han enseñado. Estamos en una sociedad liberal en la que se reconoce que cada uno puede pensar lo que quiere, pero cuando vamos a un psicólogo él nos dice lo que debemos pensar. Incluso las palabras que debemos decirnos. Hemos perdido nuestra libertad con el amigo pagado. Como hemos dicho ni antes ni ahora ayudan, más allá de la sugestión o efecto placebo, como muestran todas las investigaciones empíricas.

También nuestros psicólogos han visto con sorpresa que lo cognitivo no se diferencia claramente de lo afectivo. Descubren la llamada inteligencia emocional que no sólo arrasa en las librerías de los grandes almacenes, sino también entre nuestros psicólogos académicos. Ya dijimos que las pruebas de inteligencia sólo miden lo que miden, que no sabemos lo que es, pero que son predictivas de otros rendimientos. El corazón, decía Pascal, tiene sus razones que la razón no conoce. Ahora los psicólogos académicos han descubierto los afectos. Parece que ya lo estudian todo, pero su camino no lleva a ninguna parte, a pesar de que la batuta la lleven los psicólogos americanos. Ellos realizan, hay que reconocerlo, multitud de investigaciones valiosas por su metodología e inversión de tiempo y dinero. Están a la cabeza de la ciencia, pero no del conocimiento humano. Sus investigaciones estudian la inteligencia, la sabiduría, los afectos, las emociones, los sentimientos, etcétera, etcétera. Pero dan por supuesto que detrás de cada palabra existe una realidad susceptible de ser investigada. Es lo que también piensa el hombre de la calle, cuando lo cierto es que no hay nada. Sólo un acuerdo con los otros para entendernos. Por eso si están estudiando los afectos, en un momento determinado se pasan a las emociones y después a la inteligencia. Están diciéndonos, y son conscientes de ello, que se desenvuelven en un campo inaprensible. Por eso sus conclusiones, como antiguamente, son sólo provisionales. Ellos no pueden, como cuando nosotros íbamos al colegio, distinguir perfectamente entre serafines, ángeles y arcángeles. Había un amplio acuerdo porque no se referían estos términos a realidad alguna. Nuestros profesores se habían puesto de acuerdo sobre su contenido semántico. Pero cuando las palabras se refieren a la vida misma, que tenemos ahí y somos nosotros, no tienen esa precisión. La realidad muestra una y otra vez su insuficiencia.

La psicología, como otras muchas ciencias, se desenvuelve en los prejuicios. Pero otras psicologías pueden, a lo mejor, ser de utilidad. La psicología académica muestra una y otra vez su ineficacia y cambia, como los políticos, cuando ven que sus ideas ya tienen poco éxito. Todo esto que estamos diciendo es un ejemplo que ilustra los prejuicios humanos.

Prejuicio es dar algo por cierto sin llegar a discutirlo. Creemos tanto en nuestros prejuicios que somos ellos mismos. Los prejuicios constituyen nuestro mundo objetivo y el íntimo. Somos nuestros prejuicios. Una auténtica Psicología debería darnos la posibilidad de conocerlos y compararlos con lo que nos enseña la vida. Estamos seguros de amar a nuestros padres, hermanos, la patria o los hijos. En la medida que hagamos este acto de fe nunca podremos saber cómo en realidad nos relacionamos con ellos. Por eso cuando insultan a mi madre salto enfurecido. En vez de pensar que es intocable, debemos preguntarnos cómo la vivimos. Tampoco somos envidiosos; es un vicio muy feo. Si soy de sexo masculino debo ser un hombre y agredir a quien ponga en duda mi virilidad. Si soy una mujer me defenderé de quien dude de mi honestidad. Los roles masculino y femenino los asumimos ciegamente y estamos dispuestos a ofrecer nuestra vida por ello. Nos negamos, o no podemos, a ser como somos. Las religiones son asumidas ciegamente también y, ahí está la historia, damos la vida por ellas.

Los prejuicios son todas esas cosas que creemos sin tener la posibilidad de discutirlos, porque forman parte de nuestra vida misma. Si son prejuicios es que yo no he hecho la experiencia de lo que digo creer. Me lo han dicho otros que sí la hicieron y yo me lo creo. Son todas las religiones. La única posibilidad de derrumbar los prejuicios es ser consecuentes con nuestras experiencias juiciosas. Esas experiencias en las que se muestra cómo soy y el mundo. Los prejuicios están en mi continuo diálogo con los otros.

Los padres, los poderosos y todos aquellos que creemos que su palabra vale más que la mía, son la fuente de los prejuicios. La única posibilidad es poner entre paréntesis sus afirmaciones, para atender lo que a mí verdadera y juiciosamente se me manifiesta. Cuando lo tengo claro debo decirlo. No a mi confesor o psicólogo, sino a todos esos sabios de esta tierra que hablaron antes que yo.

Hay que combatir los prejuicios, y eso es lo que estamos haciendo, con nuestras experiencias juiciosas. Podemos equivocarnos pero siempre es mejor que me equivoque yo, que sea esclavo de las equivocaciones de los otros, que a poco que pensemos sólo les benefician a ellos. Por mucho que luchemos contra los prejuicios siempre los tendremos, pero siempre ganaremos en esta guerra. La auténtica Psicología nos ayudará. Prejuicios tenemos todos, pero los psicólogos se llevan la palma. Esto no ocurre porque sean menos inteligentes, sino por lo que estudian. Ya Descartes, cuando escribió el discurso del Método, mostró su sorpresa de que en cada cultura y en cada país las cosas eran diferentes. Lo que unos tomaban por indiscutible otros lo ignoraban o negaban. Había que dudar de todo, aunque él cayera también en nuevos prejuicios.

Nuestros clásicos, si así podemos llamarlos, mostraron verdadera inquietud por la honra. Ese supremo valor que, según ellos, alguien podía quitarnos en un momento de descuido. No sólo se deshonoraba a la mujer violada, también a todos sus familiares aunque vivieran en Nuevo Méjico. Nadie lo discutía y asistían emocionados a los teatros donde se representaban los dramas. Hoy sabemos, no cabe duda, que nadie puede quitarnos algo que hemos alcanzado en el uso de nuestra libertad. Si la honra es algo es porque, libremente, la hemos conseguido con nuestra noble actuación. Esta evidencia no ha impedido que durante siglos la honra o la dignidad sea algo intocable. Hoy día luchamos, ciegamente, para defender nuestra autoestima ante lo demás. El violador,

el que insulta, hace algo rechazable. Pero no el violado o insultado. Debemos defendernos y tenemos a la ley de nuestra parte. No somos el perro del hortelano que encuentra su valor y el sentido de su vida cuando descubre su estirpe.

Los roles masculino y femenino se basan en prejuicios. No soy yo quien determina cómo me debo comportar, sino los otros. Un hombre tiene que cumplir, si quiere ser tomado como tal, una serie de normas. La mujer tendrá las suyas. Se cree ciegamente en ello. Somos como dicen los demás, cuando lo que teníamos que hacer es preguntarnos, independientemente de nuestro sexo biológico, cómo vivimos la vida. La gran mayoría piensa que estos roles masculino y femenino tienen un fundamento biológico. Puede que haya algo de esto, pero en la medida que soy capaz de experimentar mi vida debo, sin prejuicios, ser consecuente con lo que vivo de mí independientemente de lo que digan los demás. Así se ha liberado la mujer; tomando conciencia de sí. Son tan libres e inteligentes como los hombres. Hasta hace muy poco eran otra cosa; algo inferior que debía ser dirigido por el hombre. Si no se sometía podía ser matada. Ahora sigue ocurriendo en diversos países.

También son los prejuicios los que dictan nuestro comportamiento sexual. Aunque no se hable mucho de ello, todos parecemos tener claro lo que haremos en una relación sexual. Hasta hace muy poco los contactos bucogenitales —cunilingus y fellatio— eran considerados síntomas de graves enfermedades mentales en los libros de psiquiatría. Hoy día no lo vemos así y todos los consideramos comportamientos deseables. Cuando iniciamos una relación sexual tenemos previsto unas actuaciones prejuzgadas, cuando lo que teníamos que hacer es, sin prejuicios, seguir nuestros deseos. Es cierto que debo contar con los de la otra persona. Pero entre dos se puede contratar todo. Yo intentaré complacer al otro y el otro a mí. El contrato debe estar hecho de tal forma que

para mí sea beneficioso. Está claro que no es un contrato verbalizado, sino una interacción entre los amantes. Las prostitutas, como podemos ver en sus anuncios, dicen a las claras lo que se puede contratar con ellas.

Las religiones, lo hemos repetido, son un conjunto de prejuicios, desde el momento que sus sacerdotes dan fe de algo que nosotros no hemos experimentado. Me sentiré culpable de los que ellos califican de pecado y me alegraré de la práctica de sus virtudes. Mi mundo objetivo y mundo íntimo estarán en gran parte constituidos por sus prejuicios. Temblaremos ante el infierno eterno. Esa maldad que se enseña a los niños y que merece el mayor de los castigos. También nos sentiremos felices o transportados en el contacto con sus dioses. Muy difícilmente podremos liberarnos de los prejuicios asumidos en la infancia. Ellos nos han hecho ser como somos. Por eso la educación recibida es decisiva. Todos pretenden controlarla.

Podríamos seguir hablando de nuestros prejuicios. Vamos a detenernos ahora aquí. Lo que queremos dejar claro es que el estudio del sujeto humano, las ciencias del espíritu, es algo que se escapa una y otra vez. La única posibilidad es proponerse luchar contra los prejuicios que nos conforman para llevar una existencia juiciosa. Ser psicólogo es actuar juiciosamente. Es una disciplina en que la teoría y la práctica están indisolublemente unidas. La ciencia está allí para ayudarnos y decirnos lo que no es cierto, pero a partir de esto es el pensamiento juicioso el que tiene la palabra. Una vez que se ha descubierto lo evidente podemos volver a los datos científicos con el convencimiento de que ya cuentan con un fundamento más adecuado. Describamos, juiciosamente, para poner la ciencia a nuestro servicio. En nuestro caso la Psicología pone la ciencia a su servicio.

EL AMOR

Lo primero que debemos decir es que todos sabemos del amor porque lo hemos vivido, pero que cada uno lo constituye según sus prejuicios. Si le preguntamos a un biólogo, no durará en afirmar que ese desear a otro, que la vida ha creado durante millones de años de evolución, tiene la finalidad de mantener la vida. Amamos a aquellos que mejor pueden promocionar la vida. Los médicos no dudarán en que se trata de una función del cuerpo. Si son neurólogos se referirán, cómo no, a la serotonina, el hipocampo y los lóbulos frontales. Si son endocrinólogos acentuarán los cambios hormonales. Los psiquiatras, lo mismo que los psicólogos, se ocupan poco de él, pero cuando lo hacen no encubren que si es excesivo debemos considerarlo un desequilibrio. A los psicoanalistas no les interesa mucho. Son las pulsiones que llevan una vida inconsciente, que las sublimamos y le damos una categoría social aceptable. Muchos padres no dudarán que el amor a los hijos encarna el amor más puro y desinteresado. Los poetas acentuarán la plenitud de la vivencia que da sentido a sus vidas. Los filósofos verán en el amor el entusiasmo del encuentro con el ser. Los curas no dudan en repetir que dios es amor y que amar a dios es el principio y fin de todas las cosas. Así podríamos seguir indefinidamente, pero lo que resulta evidente es que amor es lo que yo, sin

prejuicios, vivo como amor. Debo erradicar todo lo que doy por supuesto y que constituye mi mundo íntimo y el mundo en el que me ubico.

Soy yo el que tiene que averiguar lo que es el amor, desconfiando de la experiencia que otros dicen haber hecho. Lo primero que se me hace evidente es que el amor está en todas partes. No sólo en las llamadas revistas del corazón, sino en todas las películas, obras de teatro, poemas y novelas. Siempre se habla de él y parece ser el tema central de la vida. Las canciones le ponen música y nos aproximan a él. Los cantantes son ídolos del pueblo. Está claro de lo que hablan: es de una relación apasionada del hombre y la mujer, en la que el contacto corporal íntimo juega un papel decisivo. Voy a llamarle amor a esa experiencia, en la que se presenta un otro que da sentido a mi vida. El amor no tiene sexo, pero implica el sexo de nuestro cuerpo. Quiere decir que no debo llamar amor a otras experiencias. Los padres, como me gusta repetir, no aman a los hijos. Eso es otra cosa, por mucho que digan unos y otros. Si nos preguntamos cuántas novelas, poemas o canciones hablan del amor, la respuesta que damos es, prácticamente, todas. Pero si nos preguntamos cuáles son las que se refieren al amor de los padres a los hijos, nos quedaremos en blanco. Esta pregunta se la he hecho a catedráticos de literatura y se han quedado en silencio. Resulta evidente que la relación de los padres con los hijos es otra cosa, para la que no debemos utilizar la misma palabra. No digamos cuando hablamos de amor a dios, a la naturaleza, a la ciencia o a la patria.

Hablamos del amor y no nos damos cuenta de que cada uno, con sus prejuicios, lo constituye de una manera diversa. Aunque la palabra sea la misma se refieren a cosas distintas. Yo, consecuente con lo que veo, prefiero llamarle amor a una relación íntima con otra persona en la que experimento vivencias positivas.

Con los amigos tengo una relación positiva, pero no tan íntima. Esto no quiere decir que los valore menos. Todo lo contrario. He repetido hasta la saciedad que sin amor se puede vivir, pero sin amigos no. Ahora estamos estudiando el amor, no la amistad.

Ese resentirse, sentir y volver a sentir, que es mi vida, en el amor alcanza sus máximos. Puedo tener experiencias positivas, pero también negativas. Por eso lo deseamos y lo tememos. El amor tiene mucho que ver con el sexo. Acostumbramos a distinguir entre sexo y amor, dando por supuesto que el segundo es mucho más sublime que el primero. No es así. No hay sexo sin amor ni amor sin sexo, aunque los prejuicios nos lleven a distinguir lo que está unido. Son muchos los interesados en separarlos. Los curas dicen que amemos a dios y al prójimo como encarnación de dios. El sexo no consagrado es pecado. Lo que observamos es que los mismos que defienden esto, pueden tener comportamientos perversos difícilmente imaginables por los profanos. Pensemos en los curas pedófilos que reniegan de su pecado y hacen a sus víctimas culpables. También, reyes, nobles y capitalistas están interesados en separar sexo y amor.

Cuando amo experimento que un otro juega un papel fundamental en mi vida. Me siento atraído hacia él, y cada vez que me aproximo estoy más cerca de mi realización, que culmina en el orgasmo. Los otros no son siempre sexuados. Realizo mi vida entre prójimos que no tienen cuerpo, sólo cuando constituyo a alguien como ser sexuado, y le doy un papel protagonista en mi vida, le amo. He sido yo el que le ha dotado de un cuerpo con genitales. Soy yo el que ve en el contacto íntimo con él el sentido de mi vida. Los que distinguen entre amor y sexo son perversos. Ése es el concepto de perversión, más allá de lo que dicen psicoanalistas, psicólogos y psiquiatras. Es lo que hacen todos esos que dicen dirigir el amor a su familia y el sexo a las prostitutas. Ni aman, ni su sexo

tiene un sentido. Puedo ir con una prostituta acordando el tiempo y la forma de relación. Pero cuando llegue al orgasmo no podré evitar que me sienta realizado. Luego, una vez duchado, me iré con mi familia. Ha sido amor, pero, libremente, le he quitado toda posibilidad de futuro. Soy un perverso que me dejaré hundir en el sexo anónimo. Los curas cuando hacen sexo están, según ellos, pecando. No pueden amar y caen en perversiones incomprensibles para una persona normal que no dice amar a dios.

Separar amor y sexo es habitual a lo largo de la historia. Todos están interesados en ello. Sabemos muy bien que por muchos intereses creados que haya, el poder de los genitales, del amor, puede destruirlo todo. Ahí está toda la literatura. Una solución fácil era privarle a las mujeres del sexo. Si no podían amar, no dejarían nunca a esos maridos que se entregaban a la prostitución. Ahora no es así. Las mujeres empiezan a ser iguales que los hombres y el amor se transforma en lo que es: un azaroso encuentro de dos libertades.

Cuando constituyo a un otro como sexuado y le doy la llave de mi vida, no he hecho otra cosa que intentar llenar el vacío que me agobia. El otro no ha hecho nada, soy yo el que le dota de un cuerpo y el mundo que constituyo está en función de ese cuerpo, que está situado en un lugar determinado y tengo que aproximarme a él. La aproximación es azarosa, pero no puedo renunciar a ella. No soy como Dante que se solaza en la pasiva contemplación de su amada. Esto no es amor, sino una desacralización de los prejuicios cristianos. Es algo perverso, desde el momento que lo amo no tiene nada que ver con el objeto amado. No es que el amado esté en algún sitio. Sólo yo lo tengo, pero la relación íntima hará que me refugie en su cuerpo y ocupe un lugar en su mundo. No estamos en el mismo mundo y la angustia que tengo es que no pueda ocupar un lugar en el suyo.

Existe un acuerdo general en el que una cosa es el enamoramiento y otra el amor. A poco que reflexionamos nos damos cuenta de que nuestros literatos y nuestras canciones suelen hablar del enamoramiento. Nuestro Don Quijote también. Esa promoción del enamoramiento nos oculta el amor. Cuando me enamoro sé muy bien que eso no es amor. Es inútil escribir poesías o darse golpes en el corazón como hacen nuestras folklóricas. Enamorarse es algo unilateral que si no culmina en el encuentro íntimo no es nada. Yo, como otros muchos, he amado a personas que ignoraban que las amaba. Era una fantasía mía, de la que no puedo decir que me avergüenzo, pero no era amor. El amor empieza en el momento en el que se produce el encuentro íntimo. Si no llega sigo enamorado, y es triste ver cómo nuestros poetas nos describen su situación. El encuentro íntimo supone que tomo contacto con ese cuerpo en el espacio y en el tiempo, y, además, que hablamos para comunicarnos nuestro mundo objetivo e íntimo. Hasta ese momento mi palabra había sacado todo de la nada. Ahora también mi amante habla y me ubica en su mundo. Yo me resiento de la ubicación y lucharé para defenderme. Pero mi amante, si también me ama, hará posible que nuestros mundos coincidan y podamos compartirlos. Compartiéndolos, disfrutaremos de la vida. De esas mismas cosas que antes conocía, pero que ahora adquieren un talante especial. Amar y ser amado, ésa es una aspiración que todos tenemos. No es fácil de realizar.

Cuando alguien ama intensamente no suele ser correspondido. Es más, es suficiente que la persona con la que nos entendemos y amamos nos deje o amenace con hacerlo para que la amemos más. Es absurdo, pero es así. Es más fácil amar a quien no nos ama que a quien nos corresponde. Estamos más preparados para enamorarnos que para amar. Todo nos lleva a confundir el

enamoramamiento con el amor. Pero el amor empieza, no lo olvidemos, en el momento que entran en contacto dos libertades. Los dos tienen que ser libres. No podemos comprar al amante como se compra un perro. Podemos, pero no nos amará. Querer libremente a una persona libre no es fácil. Pero eso es el amor, no lo que estamos acostumbrados a observar en nuestro entorno, en los que el interés mueve los corazones. Nuestros artistas y nuestros empresarios compran lo mejor del mercado. No son pocos los que se han vendido con éxito. Siempre ha ocurrido así.

La pregunta que debemos hacernos es la de si el amor, a pesar de lo que digan los prejuicios, es posible. Olvidemos que es algo que tiene que durar siempre. Es lo que queremos cuando amamos, pero sabemos que no podemos alcanzarlo.

La vida es una sucesión de alegrías y tristezas. Cuando realizo mis deseos me alegro, cuando no, me entristezco. Cada experiencia que tenemos me afecta positiva o negativamente. En este resentirme se manifiesta lo que soy en relación al mundo que vivo. Si quiero conocerme no tengo nada más que observar de lo que, verdaderamente, me alegro y entristezco. Si soy sincero sabré quién soy. Sabré que no soy amigo de quien digo serlo, porque me alegro de sus desgracias, que, lo más probable, sólo quiero, por simplificar, poder y dinero. Soy así aunque no tenga por qué serlo. Son los prejuicios los que me han conformado. Cuando me exprese juiciosamente ante los sabios de esta tierra cambiaré. Pero será difícil.

Detrás de las alegrías está lo que quiero ser, y de las tristezas las dificultades que encuentro para conseguirlo. En mi diálogo con los otros sufro de mis limitaciones. Soy un ser incompleto que busca su identidad. Cuando me enamoro lo que hago es darle a un otro particular, poseyendo un cuerpo, un papel protagonista en mi vida. Me entra el vértigo de realizar en mi diálogo con él lo que los otros me impiden en la vida cotidiana. No sólo dialogaré

con palabras, sino que toda mi comunicación con él, encarnado en su cuerpo, adquiere su máxima plenitud. Los demás suelen respetar lo que llaman mi intimidad, cuando, paradójicamente, es mi plenitud que culmina en el orgasmo.

Con el amado realizamos todo aquello que el mundo objetivo, constituido en el diálogo con los otros, me impide. Es posible que el lector se sorprenda de que unas veces hablemos en singular y otras en plural. Es lo mismo. Cuando hablo en singular no estoy haciendo introspección, como pensarían los psicólogos académicos. Si existe una Psicología, está estudiando lo mismo en todos los seres humanos. Todo lo descrito es universal, aunque parezca ser mi particular experiencia de la vida. Si no lo es, han sido los prejuicios los que me han cegado.

Tengo temor ante el amado desconocido. Mi enamoramiento teme que sea como los otros y no me dé la posibilidad de realizarme. Por eso me acerco temeroso. Pero ese otro encarnado no está tan en el uso de la palabra como los otros, sino que se me presenta como un cuerpo que puedo ver y tocar. Ese cuerpo es él mismo. Algo que puedo poseer y llevarme a la plenitud. En ese momento creeré saber lo que es amar y si soy pintor pintaré y si soy literato escribiré. Todos me entenderán, porque todos quieren lo mismo. Todos quieren realizarse en un mundo lleno de limitaciones. Los genitales del cuerpo amado son la identidad misma del amado. Puedo abarcarlos fácilmente en mi realización vital. Es posible que muchos no quieran que el amado hable. El silencio es plenitud desde el momento en el que no oigo las palabras terribles que me sacarán del paraíso. Por eso son pocos los que quieren palabras, en vez de cuerpos parlantes que pueden comprar.

No sé si debemos seguir llamando amor al enamoramiento. Lo es en tanto que pone en juego el sentido de mi vida, no lo es porque se aleja del mundo objetivo y se desarrolla en la fantasía. El

amado tiene un cuerpo y está allí, pero será de verdad amado cuando hable. No sólo con palabras, sino con cualquier gesto que me indique su mundo objetivo e íntimo. Es posible que se parezca bastante a mí, porque compartimos muchos prejuicios, empezando por la lengua. Yo siempre he dicho que el amor comienza cuando empiezo a conocer al amado. No sólo cómo es, sino, lo que es más importante, el uso que hace de su libertad. Me gustaría que me amase sólo a mí y para siempre. Eso es lo que queremos y muchas leyes lo apoyan. Si da sentido a mi vida, no puede llevarse. Si me deja, como ocurre en los pueblos primitivos, lo mataré. Pero sabemos que el amado es tan libre como yo y, en el uso de nuestra libertad, nos proponemos estar juntos. Nunca sabremos si durará siempre. Las religiones, complaciendo a sus fieles, pueden considerar que la unión es imperecedera y la ha sellado dios. Se acabó la libertad y el amor.

Somos celosos, porque el amado puede destruir nuestra identidad en cada momento. Es suficiente con que ame a otro, para que la fe que da de mis valores se venga abajo. No sólo me siento traicionado si ama a otro, es suficiente con que lo desee para que me sienta traicionado. Si queremos salir de este círculo vicioso debemos haber encontrado nuestra identidad antes de amar. Soy lo que soy y nadie puede robármelo, pero si encuentro a alguien a quien amar, esta identidad será compartida. Nadie puede llevarse mi honra como dramatizaban nuestros clásicos. Lo que no se acepta del amado es que mienta, porque habré compartido mi pobre identidad con alguien desconocido. No se trata de obviar sus mentiras, es que éstas imposibilitan el trato que hemos hecho. Pensamos que amar es la toma de contacto carnal y sublime con otro. Lo es, pero el amor comienza por decir la verdad. Es el acto de amor que puedo manejar. No mentirle al amado ni que él me mienta, porque el amor empieza cuando se

produce el encuentro de dos libertades. Para eso tenemos que conocernos. Al prójimo no se le puede amar como predicán los curas; casi lo único que podemos hacer por ellos es presentarnos como somos. Así podrán aceptarnos o rechazarnos. Eso es lo que le exigimos a nuestro amante, pero debemos empezar por hacerlo nosotros.

Ni qué decir tiene que en nuestras sociedades capitalistas la mentira está a la orden del día. Mentimos continuamente, porque tenemos otros intereses más allá del amor. Por ejemplo, el dinero. Sabemos que el amor puede romper los intereses creados, pero también sabemos que el amor pasa y el dinero permanece. Al final triunfa el dinero. Tampoco el enamorarse está ajeno y los valores y prejuicios de la sociedad capitalista. Si amo a alguien para convivir con él, no es de extrañar que me interese por su cultura, sus aficiones y, por supuesto, su dinero. Porque amar con la intención de convivir, de llevar una vida en común, no puede prescindir de los prejuicios de la sociedad en la que vivimos. Sería conveniente distinguir entre amante y pareja. Amante es alguien a quien amo sin proyecto de futuro, y formo pareja con alguien que hago proyecto de futuro. Yo pensaría que amo más al amante que a mi pareja. Con el amante no tengo intereses ajenos al amor y, por si fuera poco, respeto su libertad. Es cierto que también, como debe ser, no me juego con él mi identidad. Con mi pareja hago la vida cotidiana, que con sus prejuicios y demandas ahogan el amor. Entre amante y pareja existen todas las situaciones intermedias. Es conveniente delimitar estos conceptos para entendernos. Sin olvidar que el amor nace en el momento que dos libertades interaccionan.

Decir la verdad no es algo que tengamos que hacer sólo cuando amamos. Siempre debemos hacerlo. Ya nos enseñaron desde pequeños, y lo repiten los prejuicios, que en ocasiones

debemos mentir para no hacer daño. Nunca, si ello nos lleva a que nos perciban de otra forma. También el tan cacareado amor al prójimo empieza por no mentir. Es lo único que podemos hacer por los demás. Si les digo, como es verdad, lo poco que me interesan sus vidas y lo mucho que me interesa la mía, les estaré dando la información adecuada para que defiendan sus intereses. La supuesta caridad retrasa la llegada de la justicia. Las monedas que damos a un pobre no son nada respecto a los impuestos que debemos pagar. Durante siglos los trabajadores pensaban que sus dueños y los curas defendían sus intereses. Hasta que no se dieron cuenta de que les engañaban no empezó la justicia.

No engañar al amado, aunque corramos el riesgo que deje de amarnos. Dos personas que están juntas porque quieren, haciendo uso de su libertad, son personas que se aman. A medida que se relacionan este amor irá creciendo y ya no estarán solas en la vida. Lo comparten todo, incluso esos nuevos seres humanos que les sucederán. En cualquier momento, son seres libres, la relación puede romperse. Si no han mentido no existen culpables. Pero si el amor ha ido creciendo es más improbable la ruptura.

La amistad tiene cosas en común con el amor. Con los amigos, si verdaderamente lo son, compartimos la vida. No es una relación en la que la corporalidad se encuentra en primer plano. Con el amigo comparto la forma de ver la vida. Con él estoy hablando sobre lo mismo, sin tener que inquietarme como ante los sabios de esta tierra. No es tanto que los amigos tengan que ser virtuosos como se piensa, sino que también libremente están conmigo porque quieren. Hacen uso de su libertad para no mentir y para estar seguros de que nuestra visión de la vida es satisfactoriamente compatible. No nos jugamos tanto como en el amor, pero compartimos la vida. Su vida es, en cierto sentido, mi vida. Me alegro de sus alegrías y sufro por sus sufrimientos.

Si como suele suceder, quiero a quien no me quiere, no podemos hablar de amor. Lo que estoy manifestando es que he constituido a un otro como sexuado con los prejuicios que forman mi vida y de los que no puedo escapar. Por eso puedo amar, como dicen algunos, a un dios que me amenaza con el infierno eterno y, por si fuera poco, no tiene cuerpo. Los prejuicios no es que muevan montañas, es que sacan de la nada todo lo posible. ¿Quién puede inventarse un ser más perverso que todos los seres humanos y, al mismo tiempo, decir que es amor? No se lo preguntemos, pero ya sabemos lo que nos dirán.

El amor no tiene ética. No se trata de ser generoso o egoísta, de lo que se trata es de ser libres y utilizar esta libertad para amarnos. Si soy libre para amar, también lo soy para satisfacer al amado. Tendré que hacerlo si no quiero que me abandone. El sexo, hemos dicho, no tiene sexo. Es igual para el hombre que para la mujer. Todos tenemos una experiencia de la vida en la que los otros ponen barreras. Por eso necesitamos instituir a alguno para que, privadamente, pueda satisfacer nuestros deseos.

Las religiones utilizaban nuestra tendencia a amar. Pero suelen hacerlo impulsándonos a amar a todos. El cristianismo es un buen ejemplo. Sus curas nos ordenan amar a los otros y no dudan en repetir que dios, del que nada sabemos, es amor. Sus sermones tienen siempre un fondo común. Tal como nos comportemos con los otros, nuestros hermanos, dios se comportará conmigo. Amor no es lo que nace en mi relación libre con otro concreto, sino en mi relación con dios. Sus prejuicios me llevan a amar a quien odio y a no poder amar a quien amo. Yo nunca he odiado más que cuando, por amor a dios, me veía obligado a amar al prójimo, incluido los enemigos. Esto me destruye y, si tiene éxito, es porque utiliza toda la fuerza que el amor tiene en mí. Lo utilizaban

para unos fines que desconozco. Seguramente, ellos mismos no saben lo que están haciendo, pero también son las víctimas no tanto de separar sexo y amor, sino de destruirlo todo.

Dijimos que perversión es separar el amor del sexo. Freud no dudó de que los neuróticos son perversos que no pueden asumir sus pulsiones reprimidas inconscientes. Lo reprimido permanece allí siempre, dominando nuestras vidas y produciendo toda suerte de sintomatología. La solución estaría en tomar conciencia de lo inconsciente, asumirlo, e integrarlo en nuestra actividad cotidiana. Esto se conseguiría psicoanalizándose. Ya hemos visto que no hay inconsciente freudiano por ninguna parte. Los deseos sexuales reprimidos están allí y somos conscientes de ellos. Para el maestro serían rasgos de inmadurez que, al evolucionar durante la terapia psicoanalítica cumplirían su misión de conservar a la especie. Sorprendentemente, lo mismo que la tradición judeocristiana. La homosexualidad, por ejemplo, es una perversión. Una inmadurez que él siempre consideró patológica, a pesar de encontrarse tan próximo a ella. Hoy día sabemos que lo que la sociedad rechaza no tengo por qué rechazarlo yo. En vez de animar a los homosexuales a que maduren y culminen en la heterosexualidad debemos decirles que lo sean. Así se curarán y no serán manipulados por sus psicoterapeutas. No deja de ser sorprendente, aunque comprensible, que el supuesto liberador de la sexualidad también la impedía.

Tanto los curas como Freud separan sexo y amor. En esto no se diferencian de toda la sociedad que está interesada en destruir lo que forma una unidad. Si amo a dios estoy incapacitado para amar, porque me he puesto al servicio de intereses ajenos. Si me entrego al sexo anónimo me destruyo como persona. Esta perversión puede llevarnos a infortunadas paradojas. Utilizo a las prostitutas, pero soy una persona digna y respetable. Son ellas las despreciables y no admito que las comparen con mi madre. Yo

las humillo y no soy culpable, sino decente. Hoy día estamos saliendo de este contrasentido y hay países en los que es delito no tanto el ejercicio de la prostitución como el hacer uso de ella. Tienen razón. Amando a dios he transformado, yo solo, el sexo en prostitución. Ellos con los que lo practico pienso que son los perversos y no tengo inconveniente en degradarlos y hundirlos. Lo hago por amor a dios. Ser perverso es separar sexo y amor como si fueran cosas diversas. Forman una unidad indisoluble que podemos llamar sexo o amor. Yo prefiero la palabra amor.

Esta Psicología de la que hablamos no tiene por qué cerrar sus ojos ante la ciencia. Los científicos dan por supuesto que existe un mundo que nos rodea que podemos investigar y al que todos tienen acceso. Demostrar que es así o de otra manera es difícil, pero no cabe duda de que me puedo poner de acuerdo con los otros a partir de la experiencia. Los datos que nos ofrecen son verdaderos, en la medida que son el producto de un auténtico diálogo con los demás. Los psicólogos no se han ocupado mucho del amor. Es algo que se escapa y que no lo perciben los sentidos. No obstante el mundo de la ciencia tiene algo que decir. Cuando amamos cambian nuestras funciones corporales. Los latidos del corazón, la excitación genital y la transpiración. Se activan diversas zonas del cerebro y se desactivan otras. Cambian los neurotransmisores y la constelación hormonal. Amamos, pero de eso, que está allí, no sabemos nada, ni necesitamos saberlo. Pero es cierto que sin el cuerpo no podríamos amar y precisamos de ese cuerpo para poder hacerlo. No pocos biólogos pensarán que la naturaleza es tan sabia que ha utilizado todos sus resortes para que nos reproduzcamos. Es muy posible que tengan razón en sus interpretaciones, pero lo cierto es que el amor es como lo hemos descrito. A veces la ciencia choca de frente con los prejuicios. Entonces éstos pierden la partida. Si la ciencia nos enseña, sin

lugar a dudas, la evolución de la vida sobre la tierra, debemos aceptarlo. Los mismos curas terminan por aceptarlo, olvidando que llevaron a la hoguera a quienes lo dudaban.

Según nos enseñan los psicólogos empíricos se enamoran más, lo cual no quiere decir que amen más, las personas con baja autoestima, aisladas, agresivas, ansiosas y con tendencia a la depresión. No nos extraña que busquen en el amor la solución al sinsentido de su vida. Pero tampoco debe extrañarnos que traten de controlar al amado y le impidan el uso de su libertad. Lo mismo que contamos con antidepresivos para drogarnos ante los infortunios de la vida, puede que se descubra la droga del amor, si por ello entendemos que reproduce en el cuerpo lo mismo que cuando amamos. Si los antidepresivos no han hecho otra cosa que aumentar las depresiones, la droga del amor nos incapacitará para amar. Eso lo saben muy bien nuestros drogadictos.

En esta nueva Psicología no hemos recurrido a los estudios que literatos, intelectuales y poetas han hecho sobre el amor o arte de amar. No ha sido necesario ni vamos a hacerlo, porque lo que queremos demostrar es que es posible hacer otra Psicología sin partir de lo que otros han dicho. Ese otro tipo de trabajo no es el que nos proponemos. También puede hacerse y ya lo han hecho muchos. Si hemos renunciado a ello, es porque eso sería llevar a cabo una penosa investigación en la que habría que descubrir los presupuestos o prejuicios de los que parten. Entonces este libro tendría muchas citas que avalasen las informaciones. No hemos querido eso, sino decir qué nos enseña la experiencia de la vida.

¿Amar es una ciencia, un arte o una virtud? Seguramente participa de los tres conceptos, aunque no se identifica con ninguno. Amo a mi amada o amado haciendo uso de mi libertad, pero debo actuar en consecuencia. El amor es ciego, dice la sabiduría popular. Pero será mucho más ciego si me juego en él toda mi identidad.

Viendo como se comporta mi amado debo actuar en consecuencia. Así de difícil y así de sencillo. Tanto él como yo seremos transigentes en tanto salgamos beneficiados. El amor se construye cuando dos libertades se encuentran felizmente. Esta felicidad o satisfacción es la medida del amor. Cuando la interacción es negativa no existe.

Aunque hemos huido de las citas, la Psicología que propongo no debe estar alejada de nuestra vida cotidiana. Todos nos hemos enamorado y amado, por lo que todos tenemos algo que decir sobre el amor. Es conveniente que los oigamos. No podemos oír a todos. Los intelectuales ya sabemos lo que dicen. Las religiones también. Los literatos, los poetas y los artistas hacen posible que vivamos el amor. Un campo infinito de investigación. Vamos a fijarnos en las canciones. No en las óperas que fascinan a la clase dominante, tampoco en las que arrasan el mundo entero. Tomaremos las letras de nuestro cante flamenco de mediados del siglo XIX. Los que las cantaban eran personas sometidas, discriminadas y en muchos casos gitanos. Pero expresaban sus sentimientos amorosos con todo su dramatismo. Estas letras adquieren toda su dimensión al ser cantadas y pido al lector que sea capaz de entrar en su cante hondo. Las transcribiré con la fonética que nos legó el inolvidable Machado y Álvarez. No creo que los que las cantaban supieran más del amor que otros, pero sí expresaban dramáticamente sus resentimientos, que adquirirían sentido en el mundo objetivo e íntimo que habían constituido en relación con los demás. Sus quejidos nos enseñan que para ellos el amor era dolor profundo y también, en menos ocasiones, motivo de felicidad. Como siempre a lo largo de la historia se sorprendían de que el amor fuera eso y les arrastraba a preguntarse por el sentido de la vida. Estaban sumidos en sus prejuicios, pero el grito desgarrado con el que emiten sus vivencias nos hablan de sus dramáticos

resentimientos. No deja de ser sorprendente que casi todas las letras se refieran al amor. Nos están diciendo que ése es para ellos el sentido de la vida. Describen mucho, razonan poco. Cuando la poesía popular se mezcla con la culta, como en las coplas, la cosa cambia. Quedémonos en lo popular y, dentro de ello, en el flamenco. Hagamos el esfuerzo de situarnos en la España del siglo XIX con la esperanza de que los gritos desgarrados del pueblo nos dejen ver, más allá de sus prejuicios, lo que somos.

El enamorado pierde la razón y hace proyectos fantásticos.

*Er queré quita er sentío;
lo igo por esperensia,
porque a mí ma suseío.*

*En un cuartito los dos,
beneno que tú me dieras,
beneno tomara yo.*

El flechazo amoroso abre un mundo feliz y encuentra en la relación con el amado la realización personal. Los infortunios de la vida, la continua comunicación con los otros, se resuelven en la fantasía de una relación exclusiva con el amado y su cuerpo. Esto es un poco loco, o totalmente; lo sé, pero es así. La fantasía de plenitud contrasta con la realidad de que el amado no está a mi disposición. Aquí el «quejío» rasga el viento y el cante hondo nos muestra todo su dramatismo. Pero antes surge la necesidad de aproximación rodeada de incidencias dramáticas.

*Arrimaté a mi queré,
como las salamanquesas
s'arriman a la paré.*

*Por cogé la sarsamora
me clabaíto una espina
que hasta er conrasón me yora.*

*Yo bibo con l'alegría
que tu ropa y tu persona
con er tiempo han de ser mías.*

*Vente conmigo y jaremos
una chosita en er campo
y en eya nos meteremos.*

Aproximarse al cuerpo amado, como «las salamanquesas, s'arriman a la paré». Me acercaré a tu cuerpo y tu persona; serás mía. Viviremos juntos. Pero la aproximación al amado no sólo son las alegrías imaginadas, sino que el intento se sufre dramáticamente porque las fantasías no se hacen realidad. Entonces hasta «er corazón me yora». No es que no pueda tomar posesión del amado, es que no me corresponde. Sigue el sufrimiento. Él es libre y vive en unas circunstancias que no puedo controlar.

*¿Dónde m'arrimaré yo,
si no hay un pecho en er mundo
que quiera darme caló?*

*Compañerita del arma
si tú tienes compromiso,
¿por qué no me desengañas?*

*Hijo e mis entrañas,
hijo er corazón;
como te acuestas llorando,
me acostaba yo.*

*Der sentío prebalico,
y si en la calle te encuentro,
movimiento jase el arma
ma esapartarse der cuerpo.*

Aquí es donde el cante hondo se explaya. Una cosa son mis deseos y otra la realidad con la que tropiezo. Lo mismo que las aspiraciones ante el amor son excesivas, los fracasos son dramáticos. Ya la vida dejó de tener sentido. Ya mi madre había vivido lo mismo. Somos así y la vida carece de sentido. Es cierto, la vida carece de sentido cuando queremos encontrarlo en el amor. Cuesta aceptar la realidad del amado cuando me estoy jugando con él toda mi identidad. «¿Por qué no me esengañas?». Si eres libre di la verdad y «desegañamé». No quiero ser tu dueño, pero debes decirme si me quieres o no para que yo me organice.

Los esclavos tienen dificultad para aceptar la libertad de los demás. A ellos les han manipulado y no dudan en manipular a los amados. Quieren tomar posesión de ellos. Pero no es sólo que ellos no sean libres, sino que se dan cita una serie de circunstancias que se lo impiden. Durante muchos siglos los hombres tomaron posesión de las amadas, que debían serles fieles absolutamente. No existía el amor aunque ellos, a pesar de los prejuicios, creyeran en él. Creían en algo que destruían. Cuando este amor parecía existir surgían los celos. No podían aceptar que el amado, en el uso de su libertad, quisiera a otro o tuviera el más mínimo deslíz.

*Yo me voy a gorbé loco,
porque una biña que tengo
la está bendimiando otro.*

*Tengo un marío celoso
que no me deja bibí;
de ese mar que se resela
de ese mesmo ha de mori.*

El esclavo no sabe de la libertad y no sabe que al quitársela al amado le quitarán la que cree haber conseguido. El celoso vive que le arrebatan la libertad. Sufrirá, pero sufrirá aún más cuando le arrebatan la vida. El que ama y el amado deben ser libres. Pero no por virtud, sino porque es la única forma de vivir tranquilos. Quiero que el amado me ame, no tanto por el hecho en sí de quererme, sino por que él lo quiere. Yo quiero también estar con él. Ésa es la máxima garantía que puedo tener; que quiere estar conmigo. Si en algún momento él o yo no quisiéramos habría que irse o buscar a otro. Entre el todo y la nada existen todas las situaciones intermedias posibles. Es con el amado con quien tengo que concertar el grado de compromiso que, libremente, queremos tener. Puede ir desde vivir juntos hasta vernos de tiempo en tiempo.

El drama del amor es que el amado no me corresponde. Yo quiero un grado, o un tipo de compromiso, que el otro, en el uso de su libertad, no comparte. Debo aceptarlo. Pero los prejuicios me han llevado a que quiera todo o nada. Tremendo error que suele ser sancionado por las leyes. Ellas hablan de matrimonio. En nuestro país hasta hace pocos años era indisoluble. Hasta que la muerte nos separe, solían decirnos, y ello seducía a los esclavos.

Todo era mentira. Es posible que dos personas se unan hasta que la muerte los separe, pero sólo será amor si lo hacen en el uso de su libertad.

Como esclavo quiero tomar posesión del que da sentido a mi vida. Un sentido que los otros me niegan, que yo lo vivo en cada resentimiento, y al que con dificultad quiero renunciar. Los lamentos que nos conmocionan del cante hondo es porque no puedo conseguirlo. Todos nos lamentamos con él, olvidando que dándonos por vencidos en la batalla hemos alcanzado la libertad.

*Meresía esta serrana
que la fundieran de nuevo
como funden las campanas.*

*D'aquellos quereles
no quió yo acordarme,
porque me llora mi corasonsiyo
gotitas e sangre.*

*Por mi mala suerte
he venio a dá
con un hija de una mala mare,
jartita e roá.*

El problema de los que aman es que el amado no se comporta como ellos esperan. No lo aceptan. Se lamentan, pero lo único que se les ocurre es que los otros tienen que cambiar. Están equivocados, tienen que cambiar ellos y hacer uso de su libertad para que también los otros cambien. Es más bonito imaginarse al príncipe azul que todos esperamos, pero es más realista adaptarnos, libremente, a quien nos quiere. Esto es difícil y rompe las relaciones.

*En er queré no hay bengansa;
tú t'has bengao de mí;
castigo tarde o temprano
der sielo t'ha e bení.*

*Toítas las mañanas
m'alebanto y digo:
er luserito que a mí m'alumbraba
ya no está conmigo.*

*E noche no duermo,
e día tampoco;
sólo en pensá'n la mía compañera
me güerbo yo loco.*

La pérdida del amado lleva a la resignación o a la revuelta. De bueno se ha transformado en malo y es preciso destruirlo, por el daño que me ha hecho. Ha estado pasando siempre y hasta hace poco la justicia no ha tomado carta en estas agresiones. Lo que estamos viendo es cómo viven el amor los flamencos del cante en sus soleares y seguirillas. Piensan poco en la libertad. Si una mujer es mala, cuando le deja o le engaña, es porque su madre ya era así. Se da por supuesto que la maldad se hereda o se aprende. En los desgarros no hay mucha reflexión. Sólo los lamentos que salen de los prejuicios.

Podríamos haber tomado otras canciones. Las conclusiones, desde otro punto de vista, serían las mismas. La copla popular, de gentes más libres e influenciadas por la poesía culta, hacen otras reflexiones. Éstas son de la misma época.

*Gitana, si tú me quieres
y me tienes boluntá,
ar gachó que te camela
dile que no güerba má.*

*Por tí abandoné mis hijos;
mi mare loca murió;
ahora m'has dejao tú...
¡No tienes perdón de Dios!*

*Pensaba la muy tontona,
pensaba que yoraría:
no sabe que en la taberna
benden cañas de alegría.*

Vino y mujeres. Ya tenemos la España profunda. El vino, como otras drogas, difumina el mundo objetivo y el íntimo. Por eso las utilizamos y nuestras mejores experiencias de la vida pueden tener lugar bajo sus efectos.

Si quisiéramos sintetizar lo dicho el resumen sería: cada uno ama como es. Dime cómo amas y te diré quién eres. Esto no significa que yo sea algo. Amo según mis prejuicios y mi vida juiciosa. El posible dicho popular podríamos traducirlo: dime cómo amas y te diré cuáles son tus prejuicios y el uso, juicioso, que haces de tu libertad. En la medida que mis prejuicios son vencidos por las experiencias juiciosas cambia mi manera de amar. Cuando, por ejemplo, dejo de pretender amar al dios de los creyentes, para amar al otro que se me presenta, he cambiado yo y ha cambiado mi amor. Si dejo de alienar mi amor en el poder y el dinero, seré otro. No hay nada que permanezca. Lo que siempre es constante es vivir en el amor, con el otro concreto un intento de realización

personal, que mi permanente relación con los otros me cosifica en un mundo objetivo en el que me resiento. No nos sorprende ahora que Dante, Teresa de Jesús o Juan de la Cruz hablen de amor. Nos estaban diciendo a donde les habían conducido sus prejuicios. Es suficiente que conozcamos sus amores, para que sepamos cómo eran ellos. Siempre los seres humanos han encontrado su identidad en el amor, en unas experiencias que les arrastran.

Muchos prejuicios pueden matar el amor. Nos asfixian en este valle de lágrimas sin esperanza alguna. El lamento de estos amantes nos traspasa. Si queremos llegar más allá en el conocimiento del amor, ahí tenemos todas las ciencias como la biología, la medicina o la sociología. Sus aportaciones, que ya no pertenecen a la Psicología, pueden enriquecernos, pero no destruirán nunca lo que ya sabemos. Si un biólogo nos dice que el amor está al servicio de la evolución y mantenimiento de la vida, su interpretación no destruye, sino que enriquece lo que ya sabemos. Nos aclara la fuerza del amor, que es capaz de arrastrar a las mentes más equilibradas. Sin embargo, la existencia de homosexuales contradice sus afirmaciones. Si nos enseñan las partes del cerebro que se excitan y se inhiben cuando amamos, sabremos que el cuerpo se hace eco de él. Todas las ciencias pueden enseñarnos algo del amor, pero siempre serán interpretaciones respecto de lo que estamos seguros. Este amor que conocemos no lo destruirá la ciencia, lo enriquecerá con posibles interpretaciones. Lo más que podrá hacer es atacar alguno de mis prejuicios. Pero puede que no sea suficiente para derrumbarlos. La ciencia me dirá, sin lugar a dudas, que cuando amo a otro cuerpo no estoy amando a dios. Pero soy yo, siendo consecuente con mi experiencia juiciosa, el que tengo que aceptarlo. Ella me habrá ayudado a salir de mi ceguera, pero soy yo el que debe hacer uso de su libertad para

aprender algo de mí mismo. La gente puede seguir amando a dios, y considerarlo la esencia del amor, aunque la ciencia afirme lo contrario.

Conviene insistir en que la Psicología, si existe, es la primera de las ciencias o disciplinas, respecto de la cual las demás adquieren sentido. Esto no debe sorprendernos si tenemos en cuenta que el hombre es el creador de todas las ciencias. También la psicología empírica es una interpretación que está en función de la experiencia de la vida.

La repetida afirmación de que el hombre es la unión del alma y el cuerpo, de lo psíquico y lo somático, que todos tomamos como cierta, debe ser replanteada. De lo psíquico sabemos por la Psicología y de lo somático por las ciencias positivas. No se trata, como suponíamos, de un continente descubierto desde costas opuestas. El encuentro alborozado no tendrá nunca lugar. Debemos conocer la que da origen a todas las ciencias y darnos cuenta de que ellas nos informan sobre el hombre mismo. En mí continúa relación con los otros creo un mundo objetivo, un mundo real, sobre el que dialogo. Depende del diálogo que establezca, que este mundo, y yo mismo, sean una u otra entidad. Sólo la experiencia de la vida estará allí siempre presente para sacarme de la alienación. Esta experiencia sólo será cierta en la medida que, como hace la ciencia, sea perfectamente comunicable. Comunicación y alienación son indisolubles. Por eso debo luchar para que mi comunicación verbalice mis experiencias; pero no las que me imponen los otros con sus prejuicios. El amor no es lo que dicen ellos, sino lo que nosotros vivimos.

Cuando amamos, mi cuerpo vivido se transforma en un objeto entre los objetos. El cuerpo vivido es arrastrado a un objeto situado en el cosmos del que se ocupa la ciencia. Pero con ciencia o sin ciencia amaré corporalmente. Si el error de tiempos anteriores fue

que el alma, lo psíquico, estaba cegada por el cuerpo, el de los momentos actuales es que el cuerpo da explicación de lo psicológico. Cuando hablamos de depresión pensamos en la serotonina y cuando hablamos de amor en las hormonas. Parece que el cuerpo, la materia, se ha impuesto al espíritu. No es así. Amo cuando busco mi identidad, cosificada en mi diálogo con los otros, en una relación íntima. Fracasaré o no fracasaré dependiendo de lo que me juegue en ello.

La descripción que hemos hecho del amor ha acentuado más el papel constituyente de los prejuicios en la experiencia amorosa. Hemos dicho, incluso, dime cómo amas y te diré qué prejuicios tienes. Lo hemos hecho así porque damos por supuesto, sin llegar a discutirlo, que todo lo relacionado con el amor es auténtico. Intelectuales, literatos y nuestras folklóricas dan fe de ellos. Pero inseparablemente de los prejuicios la experiencia amorosa es un resentirse en el que se manifiesta mi protesta juiciosa. Es la experiencia de la vida más radical en la que se ponen en evidencia los prejuicios que nos constituyen y los atisbos juiciosos. Eso es lo que tratan de mostrarnos literatos y poetas. Nadie dudaría de que tras leer sus novelas o escuchar sus canciones sabemos más del amor que antes. Nos lo han contado con un argumento y en un contexto que nos conmueve, pero en el que es difícil hacer la distinción entre el papel constituyente de los prejuicios y las experiencias juiciosas. Han hecho posible que sepamos más del amor, pero han sido incapaces de enseñarnos cómo debemos amar.

Yo soy lo que vivo cuando amo. Allí se me hace evidente el mundo en el que desarrollo mi vida y los intentos de recuperar mi identidad. No es cierto que amar sea bueno y odiar malo, como estamos acostumbrados a oír estereotipadamente. Éste es el mayor de los prejuicios y que los otros manejan para manipularme. Me manipulan tanto que me hacen ser como soy. Yo me

identifico, simplificando, por lo que amo y por lo que odio, y debo estar tan orgulloso de lo uno como de lo otro. Es más exacto decir que yo me identifico por lo que acepto y por lo que rechazo. Ésa es mi identidad y dentro de ella puedo realizar mi vida libre. Los mismos que nos dicen que amar es bueno en sí mismo rechazan el odio. Pero el odio en unas determinadas condiciones. Si soy español y odio a los franceses es algo positivo. Hay que amar a la patria y despreciar todo lo demás. No vamos a seguir con este juego en el que nos alienan los prejuicios que nos incapacitan para amar y odiar. Para aceptar lo que me conviene y para ignorar lo que me hace daño.

El amor supone encontrar en un otro específico la realización que el mundo interpersonal nos impide. Por eso lo buscamos todos y a través de él tenemos la posibilidad de conocernos. No es el sentido de la vida, sino que él adquiere sentido en ella. Somos en la interpersonalidad y en ella nos resentimos. Nos alegramos y entristecemos, pero los otros, con los que estamos en perpetuo diálogo, nos configuran en algo determinado ubicado en mi cuerpo. Me rebelo contra ello, pero los otros me impiden realizar mis deseos. Es entonces cuando busco en el amor mi realización personal. Configuro a un otro como ser sexuado que da sentido a mi vida. Ese sentido que los demás me niegan y que nunca alcanzaré, aunque en determinados momentos de mi relación íntima crea culminarlo. Este huir de la alienación de los otros buscando mi realización en el amor es mi vida. El dramatismo con el que vivamos nuestros fracasos amorosos dependerá de la identidad que nos juguemos. En la medida que soy más juicioso, en que más me amo a mí mismo, la aventura amorosa va perdiendo su dramatismo.

Qué es lo que, en último término, deseamos, es difícil saberlo, porque nuestros deseos están alienados siempre en lo que sentencian los otros. Esos otros que amamos y con los que hablamos. Lo

JUICIO Y PREJUICIOS

Si queremos conocer al ser humano, que es lo que debe proponerse la Psicología, es preciso que tomemos conciencia de nuestros prejuicios. Somos nuestros prejuicios y las protestas que hacemos contra ellos. El amor es la protesta por excelencia que suele culminar en el fracaso.

Cuando visitamos diversos países y lugares no deja de llamarnos la atención cómo podemos metamorfosearnos. Cada país tiene su lengua, sus costumbres y sus creencias. La religión de unos es diferente en otros. Lo que para unos es cierto, otros lo ignoran. Tenemos la impresión de que nada permanece. Ello podría inducirnos a dudar de todo lo que creemos, aunque demos por sentado que el ser humano siempre es el mismo. Hechas estas reflexiones, seguiremos viviendo de nuestros prejuicios, de los que somos indiferenciables. Prejuicio es todo lo que damos por cierto sin llegar a discutirlo. Es más, no podemos discutirlo porque sobre ellos hemos construido nuestra identidad. Para reflexionar sobre algo hace falta tomar distancia y ver cómo se manifiesta. Si soy hombre o mujer, de esta nación o de aquélla, seré como está mandado. A poco que reflexionemos nos damos cuenta de que detrás de los prejuicios está lo que dicen los otros y que yo asumo sin discusión. Una prostituta es algo rechazable y me encolerizaré

si alguien dice que mi madre lo es. No lo discuto. Mi cólera será una muestra de lo que soy y de mis prejuicios. Los otros lo han dicho todo, y yo, como hijo de esta tierra, me configuro a su medida. Si quiero conocerme tengo que desvelar el papel que juegan los otros en mi configuración personal. También reaccionaré violentamente si me llaman maricón. Los otros lo encuentran algo rechazable y no puedo identificarme con ello. Ni siquiera que lo digan. La fuerza de los insultos reside en que lo mismo que los otros me han hecho como soy con su palabra, esa misma palabra puede destruirme. Me lo creo todo. Es posible que piense que las prostitutas deben ejercer libremente su profesión y que los maricones tienen derecho a elegir su orientación sexual, pero en la medida que sigo configurado por los prejuicios los insultos atentarán contra la imagen de mí mismo. Estamos confiriendo, anecdóticamente, a la palabra del otro el poder de determinar lo que las cosas son. Mi palabra no vale nada, es el otro quien está en el uso de ella. Pero no sólo nos sentimos afectados por los insultos, es que queremos que los otros, en general, tengan una imagen positiva de nosotros mismos. Lucharemos por ello, y nuestra vida no será otra cosa que intentar ocupar un lugar adecuado en el mundo que han diseñado.

Desde que nací no he hecho otra cosa que adaptarme a lo que dicen los otros. Aprendí su lengua y me configuré con ella. Me integré en sus hábitos y costumbres. Cuando era pequeño no tenía capacidad de ser otra cosa que lo que ellos decían. De mayor todo se había cristalizado en mí, de forma que mi camino estaba ya dibujado. Es posible que adoptase una actitud contestataria, pero ésta no podía triunfar si no la compartían otros. Si queremos conocer a alguien, conozcamos sus prejuicios; ellos nos desvelarán el sentido de su vida. No hagamos como los psicoterapeutas, que pretenden meterse en su dinámica psicológica y ver lo que no

funciona en ella. Creen que lo mismo que las alteraciones orgánicas se entienden como disfunción de mecanismos biológicos, las psíquicas lo serán de los mecanismos psicológicos. Esta traslación de lo orgánico a lo psíquico es otro prejuicio que oculta lo que somos.

La moda, en su concepto más amplio, es otro prejuicio. Gustamos de la moda y nos sumimos en ella, con el convencimiento de que es eso lo que queremos, sin darnos cuenta de lo más evidente: que son los otros los que determinan nuestros gustos. Es posible que hayamos creído descubrir que tal peinado o corte de pelo es el que nos va bien, pero no dejará de sorprendernos que los otros hacen lo mismo que yo. Ir a la moda es considerado por no pocos algo positivo. Son los que se acomodan a los prejuicios para dar una buena imagen. La mayoría lo hacemos. Basta que traspasemos unos kilómetros la frontera de otro país, para que todo cambie. No sólo la lengua. La comida y las bebidas son otras. A pesar de la globalización eso se mantiene. Los otros nos han dicho lo que tenemos que comer y beber y no dudamos de que es lo mejor. La mayoría de los españoles están convencidos de que nuestros vinos son los mejores. Los franceses no dudan de que son los suyos. Así podríamos seguir. Nadie cambiará, porque ha realizado la vida con su vino en diálogo con los otros.

Si los prejuicios tienen que ver con lo que afirman los otros, están muy implicados en el lenguaje. No en el lenguaje que estudian los lingüistas, sino en la manera de comunicarnos. El lenguaje es, quizá, la forma más perfecta de comunicación, pero existen otras muchas. Si nuestros prejuicios nos han sido dados por los otros, es porque ellos dan fe de su autenticidad. Ellos cuentan con las experiencias que fundamentan su evidencia. Yo los acepto sin discusión. Es lo que hago con mi religión. No estoy configurado por los prejuicios que me transmiten chinos o japoneses. Los

prejuicios que me moldean vienen de los más próximos. Del auténtico prójimo que es el padre, la madre y otros sujetos que ocupan un lugar importante de mi mundo. Para unos serán curas, para otros futbolistas y para muchos los poderosos. A todos ellos los califico yo de sabios de esta tierra. Son todos esos, no muchos, cuya palabra infalible saca las cosas de la nada. Yo no he vivido nunca en la nada, porque siempre me han hablado, pero no cabe duda de que para mí sólo son unos pocos los que hablan palabras de verdad. Los sabios de esta tierra.

No soy yo y mis circunstancias, como les gusta repetir a nuestros intelectuales. Soy mis circunstancias, imposibles de conocer, y me resiento ante ellas. Esa continua alienación en los otros que me hace ser lo que soy no se realiza asépticamente. Mi vida, lo hemos dicho, es un continuo resentirse de todas y cada una de las experiencias que hacemos. No somos una máquina que modificamos sus mecanismos y sigue funcionando. Cada vez que me resiento lo hago en referencia al mundo que comparto con los otros. Quién se resiente; no lo sabemos. Me resiento negativamente cuando me insultan y positivamente cuando apruebo un examen. Pero ello no es independiente de mis prejuicios, sino que se entiende a partir de ellos. Tendríamos que pensar que en la forma en la que nos encarnamos en los prejuicios somos de una u otra manera. No son pocos los que no se adaptan a los roles diseñados para ellos. Pero el verdadero problema está en que a pesar de la protesta, tienen dificultades para descubrir su propio mundo, más allá del que los otros han diseñado para él.

La vida, me gusta decir, es dura. No sólo resulta inalcanzable lo que nos proponemos, sino que continuas dificultades requieren nuestra atención. Sin contar con la evidencia de que hemos de morir. Este continuo estar atareado no nos deja vivir, aunque si no

lo estamos caemos en el aburrimiento y la soledad. Nada tiene de extraño que en esta situación surjan voces diciéndonos el camino que tenemos que seguir.

Mi relación con los otros es decisiva, en tanto que me han configurado. Son iguales que yo, porque hablan mi lengua y desarrollan su vida en el mismo mundo. Ese mundo que está ahí y que mis sentidos lo perciben de la misma forma. Pero más allá de lo que puedo percibir están todos los prejuicios. Mi cuerpo ocupa un lugar en ese mundo que percibimos y yo no soy nada sin él. Cuando me resiento, es mi cuerpo quien se resiente. Si me alegro se muestra activo y volátil; si me entristezco es pesado y agobiante. Por eso cuando hablamos del amor nos señalamos el corazón. No tenemos el cuerpo mudo de los libros de anatomía y fisiología. Es un cuerpo parlante, en el sentido de cómo lo percibimos es cómo vivimos la vida. Decir que el amor está en el corazón es mucho decir, para los griegos era la base de la inteligencia. Pero sí es cierto que sin cuerpo no podemos amar. Mi cuerpo vivido soy yo mismo y, al mismo tiempo, un objeto más de los que pueblan el mundo material que nos muestran los sentidos.

Si estoy alienado en el mundo material que percibimos y en el discurso de los otros, como es la realidad, parecería que no somos sujetos de nada. No es cierto. Cada experiencia de la vida me muestra, en su resentirse, el compromiso con el mundo en el que me encuentro arrojado. Si son positivas suponen mi realización, si son negativas mi fracaso. Soy inteligente en la medida que mi discurso personal se mantiene ante los demás, y tengo afectividad porque no asisto impasible a las experiencias de la vida. Ser juicioso es ser consecuente con lo que se muestra como evidente, aunque todos los prejuicios afirmen lo contrario. Cada vez que pongo en palabras mis descubrimientos, lo mismo que el científico en el laboratorio, estoy cambiando el mundo y a mí mismo.

Me interesa decirle al otro, a los sabios de esta tierra, lo que es cierto, para que mi palabra creadora tenga protagonismo en el mundo. Por eso debo decirle a mi supuesto amante que no le amo. Dejaré de ser su amante y tendré posibilidades de encontrar el amor. No le hago daño porque él desea lo mismo que yo y puede comenzar de nuevo. Se daba por cierto que nos amábamos, pero no era cierto.

En mis relaciones con los otros debo decir siempre la verdad. Olvidémonos de la existencia de una verdad inmutable. Debemos decir cómo vivimos nosotros el mundo y las personas, aunque sigamos siendo esclavos de todos los prejuicios y lo que digo hoy mañana sea otra cosa. La relación con los otros es decisiva e inevitable porque somos ellos mismos. Lo que tengo que hacer es sopesar, juiciosamente, nuestros prejuicios. Ya hemos dicho que si no sabemos nada de dios, soy yo el que ocupo su lugar. No seré, desde luego, ese dios que habla un lenguaje desconocido con terribles amenazas. Soy un dios que se limita a decir cómo vive, realmente, las cosas, sacándolas de la nada con la palabra. Estar en el uso de la palabra, que es el concepto de salud mental, ante los sabios de esta tierra, que no tienen por qué coincidir con nuestros sabios oficiales. Ellos son esas personas concretas, no muchas, cuyos prejuicios me alienan. Son unos sabios familiares y cercanos. Es muy seguro que ellos, con variaciones, nos transmitan los prejuicios vigentes en mi sociedad. Pero es de ellos de quien los recibo y están en primera línea. Luego vendrán los demás.

El prejuicio por excelencia son las religiones. Todos somos víctimas de ellas, tanto los que las acepten como los que luchan en contra. Con el planteamiento que tenemos parecería fuera de lugar hablar de religión, puesto que suponen una acumulación de prejuicios sobre hechos de los que no tenemos experiencia alguna. Yo no sé nada de lo que cuentan los curas y, por lo tanto,

no los creo. Debería quedarme ahí y olvidar el asunto. Pero, como psicólogos, debemos preguntarnos cómo es posible que ese acopio de absurdos lleguen a condicionar la vida humana y sumirla en la desgracia. La vida es dura, pero la religión la hace desgraciada. Si damos por supuesto lo que dicen los curas, sin tener experiencia alguna de ello, nos alienamos en prejuicios que nos destruyen.

Dios es amor; se ha repetido y se repite de forma esperpéntica. Nosotros sabemos que sólo es posible hablar de amor cuando existe una relación íntima entre dos personas. Si, perversamente, hablamos de amor a dios pretendemos hacerle nuestro amante. Amándolo tomaremos posesión, o cohabitaremos, con el sabio de los sabios que sacó todo de la nada con su palabra. Es una relación imposible, aunque no pocos de nuestros místicos experimentasen en la supuesta relación orgasmos celestiales. En su enajenación habían dotado a su dios imaginario de un cuerpo con el que se fundían. Una perversa fantasía, aunque no dudasen, como en el Cantar de los Cantares, buscarle en los campos por la noche. Preferían amar a Cristo a cuyo cuerpo estaban acostumbrados por el trabajo de los artistas. Alguno podrá pensar que si se lo pasaban bien, no hacían daño a nadie. No es cierto. Detrás de todo ello estaba, y está, la iglesia católica que es la religión de la que hablo. Las demás son, igualmente, absurdas pero esta religión es la que mejor conozco y la que sufrimos en nuestros medios. La realidad es que yo no he tenido ninguna experiencia de dios, por lo que no puedo decir nada juicioso sobre él.

Los otros debo amarlos en dios. Los católicos ven a dios en el prójimo. Lo que hicisteis por cada uno de ellos por mí lo hicisteis, repiten. Yo no puedo ver al dios del que me hablan los curas en los demás. Si los respeto y estoy dispuesto a ayudarles es porque son iguales que yo. Están en el mismo mundo y hablan de él.

Tengo que luchar contra sus prejuicios alienantes, entre ellos los religiosos, pero comparto la vida con sus virtudes y sus defectos. No puede decirse que los amo, sino que los respeto como a mí mismo. El hecho que la religión haga gravitar su reflexión sobre los otros y sobre el amor es porque ambos son el centro de nuestra vida. Es lo más importante y lo más manipulable. Todos queremos que alguien resuelva nuestro conflicto con los otros, ignorando que debemos ser nosotros mismos los que debemos combatir. De esta cobardía se aprovechan los curas.

Hemos hecho a dios a nuestra imagen y semejanza. No puede ser de otra manera puesto que no sabemos nada de él. Si tenemos que representárnoslo, lo hacemos con cuerpo de hombre. No en vano siempre el hombre ha dominado a la mujer. ¿Por qué nos inventamos a dios? La respuesta es simple: porque la vida es dura. Sabemos que tenemos que morir y que nuestra vida está llena de dificultades. No queremos, lo que es inevitable, vivir para la muerte. Ahí ponemos a dios para que nuestra vida continúe eternamente. Pero no soy yo quien me lo invento, son otros. Pertenece al mundo de los prejuicios. Si me lo inventase yo, bastaría pensar que concreta esos sentimientos de plenitud que vivo en el amor. Que todos vivimos en el amor. Todos lo deseáramos, nada impide desearlo, pero los prejuicios dicen otra cosa. Ellos son los que han triunfado.

La religión nos ha llevado a toda suerte de maldades y perversiones, pero sigue estando ahí. Si no queremos morir es preciso que ya muramos en esta vida. Por eso no nos extraña que durante siglos muchos jóvenes se hayan enterrado en conventos de por vida. Nos decían que era por amor a dios y rezar por el prójimo. Hoy sabemos que estas oraciones no tienen ningún efecto para curar o ayudar a nadie. Los católicos no combaten las ideas, sino las personas. Según ellos todos los que les critican son unos

degenerados, sin darse cuenta de que ellos mismos son la esencia de la perversión. Es falso que si dios no existe, como se ha repetido, todo está permitido. Es más cierto lo contrario. Si dios no existe allí están los otros, que son como yo, y que expresan sus deseos. Creer en lo irracional y hacerlo nuestra norma de conducta nos puede llevar a todas las infamias.

Puede que alguien piense que estamos dedicando mucho tiempo a algo que muchos rechazan y que no influirá en los creyentes. No les falta razón. Pero los prejuicios religiosos están tan extendidos que, aun no creyéndonos católicos, configuran nuestra vida. Nuestros filósofos, pensadores y literatos estaban, sin darse cuenta, dando clases de religión hasta bien entrado el siglo XIX. Las costumbres, el derecho y la psicología están inmersos en los prejuicios cristianos. Nadie duda del libre arbitrio. Somos libres y las leyes están ahí para evaluar el uso que hacemos de nuestra libertad. Si por libre se entiende poder hacer una cosa u otra, no lo somos. En cada experiencia de la vida podemos seguir lo que dicen los otros o lo que yo, juiciosamente, deseo. Lo primero es lo que solemos hacer. Para actuar según vemos nosotros las cosas, es preciso recorrer un camino difícil. Los creyentes parecen tenerlo fácil. En cada momento saben lo que tienen que hacer. Si no lo hacen dios los castigará. Pero es muy posible que si hacen otra cosa sean más juiciosos. Si se ven obligados a amar a quien odian, le odiarán aún más. Cualquiera que haya intentado cumplir este mandamiento sabe que nunca odió tanto, como cuando sus prejuicios le llevaron a querer amar a sus enemigos. Si hubiese actuado juiciosamente, se alejaría de sus enemigos y estos vivirían más tranquilos.

Los prejuicios religiosos no son las doctrinas de la iglesia oficial, que se concretan en catecismos y tratados de teología. Mis prejuicios religiosos son los que tengo. Y los tengo porque alguien

me los transmitió. Ésos son los que debo eliminar juiciosamente. Podemos ver cómo cada persona tiene su peculiar manera de vivir la religión. Es su psicología. La iglesia católica, como tal organización, tiene una historia llena de maldades y contradicciones. Su amor a los hombres en la teoría ha coexistido con su alianza en el poder. Pensemos en el lujo que despliega el Vaticano, para estar más cerca de los pobres. Y también la conducta de los curas que muchas veces se contradicen con lo que predicán. Negarán el daño que hacen humillando aún más a sus víctimas. Si nos preguntamos si son culpables debemos responder que no sabemos, lo que sí es evidente es que hacen daño. Por eso es conveniente repetírselo. Es posible que algunos creyentes se entreguen a los demás sin condiciones. Pero la iglesia católica terminará por expulsarlos si no defienden sus intereses.

Aun sin saberlo, todos colaboramos más o menos con los prejuicios católicos. Nos casamos por la iglesia, bautizamos a nuestros hijos, hacemos ceremonias religiosas cuando morimos. Aunque no sea así, asistimos a procesiones de Semana Santa y romerías. En mi Sevilla natal, cuando llega la Semana Santa, toda la ciudad se pone a disposición del transporte de imágenes. Muchos de mis paisanos dirán que ellos no son creyentes. Tienen razón si por tales entienden los que se creen el catecismo. Pero en la práctica están colaborando con la multinacional del Vaticano. No sólo es un botellón o el contexto adecuado para beber vino y relacionarse. Olvidan que sus cofradías responden punto por punto a los prejuicios católicos. El Rocío es lo mismo. Bailar o cantar no impide que estemos allí dando fe de los prejuicios que nos constituyen. Mientras le pedimos a las imágenes de madera que nos solucionen nuestros problemas, estamos perdiendo un tiempo precioso para intentar resolverlos. Es triste ver toda una ciudad, todo un país, entregado a apoyar los prejuicios.

La pregunta que debemos hacernos, como psicólogos, es si la religión mejora nuestras vidas o las dificulta. La respuesta es que la religión nos hace más infelices. Por el miedo a la muerte morimos antes. La vida no es ese valle de lágrimas que sólo encuentra su sentido en el amor a dios. No, la vida es dura y adquiere sentido en el amor, aunque pueda estar sujeto a todas las incidencias de las que nos hablan las canciones, los poetas y los literatos. Para al final, inevitablemente, morir. Por eso hay que aprovechar los escasos momentos de felicidad, como sentencia el saber popular. Aprovecharlos llevando una vida juiciosa.

Conocerse a sí mismo es tomar conciencia de cómo los prejuicios configuran mis vivencias y la protesta juiciosa que me lleva a ser de otra forma y vivir en otro mundo. Un psicólogo no puede ayudarme, por lo menos los psicólogos que estudian en nuestras facultades. La expresión popular de ser más uno mismo puede prestarse a confusiones. No es que yo sea algo determinado asfixiado por los otros, es que yo me creo estando en el uso de la palabra. Los psicólogos piensan que junto a cómo me presento a los otros, existe un otro que no se atreve a mostrarse por temor a las represalias. Una especie de doble personalidad. Esto es otro prejuicio. Yo soy lo que soy y puedo cambiar, pero detrás no hay nada. Freud preconizó otras personalidades ocultas que es preciso desenmascarar. No hay nada detrás más allá de lo que conocemos, pero, con muchas limitaciones, podemos cambiarlo. Detrás no hay alma ni nada. No podemos apelar a lo desconocido para dar razón de lo que conocemos.

Los prejuicios religiosos no pueden demostrar su realidad. Son algo que me comunican los otros y debo hacer un acto de fe para creerlos. Son irracionales, pero en la medida que me los creo configuran mi vida. Si algo se considera pecado, procuraré evitarlo. Si me dejo arrastrar por ello me sentiré culpable. Los dioses que

inventan los hombres suelen ser extremadamente rigurosos y vengativos, por lo que la vida de los creyentes se desenvuelve entre temores y angustias. Se sienten tan condicionados que llegan a inmolarsse por sus creencias. La pregunta que debemos hacernos es la de cómo es el hombre para que pueda sumirse en semejante irracionalidad. La mayor de todas es apelar a la fe, algo que no es verificable por nosotros. A poco que los atendamos, nos daremos cuenta de que los creyentes no cuentan con ninguna información especial; carecen de lo que presumen. El hecho de que vayamos a morir explica esta irracionalidad. No aceptamos que nuestros días estén contados y estamos dispuestos a todo para cambiarlo. Nuestra psicología está configurada por los prejuicios religiosos. También los que se declaran no creyentes tienen dificultades para liberarse de estos prejuicios. Seguirán, por ejemplo, convencidos de que amar es bueno y odiar es malo como les han enseñado desde pequeños.

El comunismo, otra religión, defendió que todos éramos iguales. No debe existir la propiedad privada y los ciudadanos deben trabajar por el estado que encarna a los otros. Sus raíces judeocristianas no se han acentuado lo suficiente. Pero su fracaso consistió en pensar que cada uno de nosotros, en el mundo que percibimos, podemos trabajar por los demás. Lo mismo que no amo al prójimo no puedo trabajar para él. El sistema fracasa porque nadie está interesado en los demás. La versión materialista del amor al prójimo no contó con la psicología humana. Si voy a morir, cómo pueden interesarme los otros. Por lo menos otras religiones ofrecen una vida ultraterrena.

La ignorancia de que dan muestra los religiosos no quiere decir que carezcan de inteligencia. Todos somos inteligentes en la medida que dialogamos con los otros y configuramos un mundo donde se realiza mi vida y la de ellos. Lo que ocurre es que ese

diálogo puede gravitar en el mundo de lo comprobable, como la ciencia, o sobre el mundo imaginario como es el caso de las religiones. Simplificando, podríamos decir que hay religiosos inteligentes pero, al mismo tiempo, profundamente ignorantes. Ya hemos dicho que los psicólogos no saben muy bien qué es la inteligencia. Para nosotros es esa capacidad de diálogo perpetuo con los otros. Un diálogo que no se limita sólo a la comunicación verbal, sino que abarca todas las formas de comunicación. Soy inteligente en la medida que me comunico, pero ignorante en tanto que me refiero a cosas inexistentes, que no pueden ser objeto de experiencia. Puedo especular sobre dios y las tres personas en las que se diversifica, llegando a niveles de sutileza sorprendentes. Es así porque soy inteligente, aunque haga una exhibición penosa de mi ignorancia. Con frecuencia pensamos que los curas están equivocados pero que son cultos. Han estudiado latín y a los clásicos, por ejemplo. Eso no les saca de su ignorancia, porque utilizan a los clásicos, que tenían sus propios prejuicios, para sumirlos en la ignorancia.

Si la inteligencia es capacidad de comunicación con los otros, no debe sorprendernos que podamos ser inteligentes de muchas maneras. Haciendo ciencia, con especulaciones filosóficas o cantando una canción popular. Todo lo comunicable es signo de inteligencia; la ciencia, la música, las artes. No es una función del alma, como pensaron nuestros ancestros, ni una función psíquica, como creyeron los psicólogos empíricos. Por eso no deben extrañarnos esas nuevas versiones de la inteligencia —emocional, sensorial, intuitiva, etcétera— de las que nos hablan unos y otros. No hay que sorprenderse. Es normal que la inteligencia esté en todo. Siempre nos estamos comunicando. Este concepto de inteligencia poco tiene que ver con la razón de los filósofos. No se trata, como nos enseñó Platón, de darle una coherencia al discurso, se trata de señalar el mundo empírico que nos da la razón. Los políticos

razonan pero no consiguen ponerse de acuerdo. No hace falta discutir nada, lo que tienen que hacer es representar los intereses de unos determinados ciudadanos. Entre nosotros estamos acostumbrados a oír cómo los políticos, y los ciudadanos, calificaban a los contrarios de subnormales. No son subnormales, están defendiendo los intereses de una determinada parte de la población. No hay nada que razonar, sólo ponerse a trabajar por ello.

La inteligencia se ha desarrollado en el hombre, según nos enseña la ciencia, a lo largo de millones de años. Los animales se comunican entre sí, y esta comunicación es esencial en su supervivencia. En el hombre la comunicación alcanza su más alto nivel. Luchando por la vida. Luchando contra los otros que quieren arrebatarme el poder. Fue preciso que apareciera un órgano tan complicado como el cerebro y un lenguaje exacto. Los animales que éramos nos fuimos socializando, sin olvidar por completo los instintos de conservación individual y de la especie. No nos extrañe que ambos estén representados en el amor. El cuerpo está preparado para ello. Animal racional han repetido, no sin razón, la mayoría de los filósofos occidentales.

No todo lo que nos transmiten los otros es falso, pero yo tengo que ponerlo entre paréntesis hasta que pueda comprobarlo. Por mucho que los prejuicios aparezcan como evidentes, se debe hacer de ellos un examen juicioso. Es lo que intentamos nosotros con la Psicología. La ciencia, en general, es un sistema de comunicación que apela a la experiencia. Es la primera en luchar contra los prejuicios. Ahí tenemos las violentas reacciones que ha provocado en las religiones el progreso científico. Por muchos que los prejuicios le atribuyan a dios poner a la tierra en el centro del universo, la realidad es que gira alrededor del sol. Hoy día las religiones se han retirado a especular en sus conventos, pero sus prejuicios siguen teniendo vigencia.

La filosofía occidental no se ha librado de los prejuicios. Los religiosos siempre han estado presentes. En la actualidad, cuando termina por triunfar la ciencia sobre la filosofía, siguen vigentes los prejuicios. Ya dijimos que la importancia de Freud, además de oír a los otros, era decirnos que el hombre había salido de la tierra y que toda su dinámica psicológica correspondía a ello. Su prejuicio fundamental fue considerar lo psicológico como una especie de aparato, que podía alterarse como el cuerpo y podíamos estudiar su dinámica.

Los locos, aunque puntúen en las pruebas de inteligencia, no son inteligentes. Loco es alguien que nos comunica, no siempre, algo groseramente falso y no comprobable. No es un religioso que tiene una comunidad con la que dialoga y comparte sus prejuicios, es alguien aislado que no comparte con nadie sus creencias. No piensa estar loco, sino que dice la verdad, por eso los demás le recluyen en un manicomio por la fuerza. La esencia de la locura consiste en interrumpir la comunicación con los otros. Esto se manifiesta en sus comportamientos inadecuados y en su lenguaje, que al haber perdido su capacidad de comunicación, termina por desfigurarse y hacerse incomprensible. Es posible que, como los curas, mantenga su diálogo incoherente al mismo tiempo que haga una vida aparentemente normal, pero a diferencia de ellos no encontrará seguidores. El loco ha optado por aislarse y desconoce a los demás. Las religiones lo conocen muy bien y saben dar en los puntos flacos. No pocos sabios han sido tomados por locos. Los prejuicios lo calificaban de tal, pero antes o después se comunicaron porque lo que defendían podía comprobarse.

Las personas inteligentes no son, necesariamente, sabias. La sabiduría consiste en comunicarse sobre lo comprobable más allá de lo que afirman los prejuicios. Una persona sabia no tiene que ser muy inteligente. Basta con que sepa comunicar sus experiencias

adecuadamente para que lo sea. Ese sabio de laboratorio que sorprende con sus descubrimientos y ese sabio de la calle que nos conmueve con sus afirmaciones. El diálogo entre los sabios y los ignorantes es un diálogo de sordos, por muy inteligentes que sean unos y otros.

Vivimos en ese mundo del que hablamos y en él nos resentimos. Este continuo resentir nos enseña dónde estamos y cómo somos. Lo que llamamos afectos o afectividad es la manera en la que nos resentimos. Si queremos saber cómo somos no tenemos más que describir nuestra experiencia. No existe nada oculto, por mucho que digan los psicoanalistas o psicólogos. Siempre soy como soy y el día que cambie seré de otra manera. Inteligencia y afectividad forman una unidad indisoluble. El sentirnos afectados positiva o negativamente nos está indicando que aspiramos a ser otra cosa en ese mundo del que dialogamos. Todo cambiará cuando hablemos de nuestras experiencias juiciosas. En ese momento, en tanto que forman parte de mi comunicación con los otros, han tomado carta de realidad y seremos más sabios. Nuestro distanciamiento de los ignorantes será cada vez mayor.

El diálogo, por ejemplo, con los religiosos dejará de tener sentido. No puedo confirmar con mi experiencia de la vida sus afirmaciones, por lo que estamos hablando de cosas diferentes. Mis interlocutores serán otros. Es posible que una cosa sean nuestras creencias y otra lo que hablamos con los otros. Podemos ocultar lo que pensamos para evitar riesgos innecesarios. Pero esas creencias que parecen pertenecer a mi vida privada no se diferencian, esencialmente, de nuestras públicas afirmaciones. Están creadas en el diálogo que mantengo conmigo mismo. Un diálogo que he hecho con el lenguaje del otro del que quiero ocultarme. Pero mis prejuicios no cambiarán hasta que no me manifieste, juiciosamente, ante los sabios de esta tierra.

El motivo de que la psicoterapia de los psicólogos no cure es que no basta manifestarse juiciosamente ante ellos. El diálogo con el amigo pagado no es mucho más efectivo que el diálogo conmigo mismo. Él no le contará a nadie nada. Lo mismo que yo hago con mis reflexiones íntimas. Una psicoterapia efectiva sería, si acaso, aquella que supone un ejercicio previo para estar en el uso de la palabra. Un político no cambia hasta que expone sus ideas. Nosotros también debemos actuar como los políticos y cambiar de partido si es necesario. Cambiar de interlocutores.

Podemos ser inteligentes e ignorantes, y sabios y poco inteligentes, si queremos utilizar las expresiones de los psicólogos. Las llamadas pruebas de inteligencia miden las aptitudes valoradas en nuestra sociedad, que suelen coincidir con las de la clase dominante. Por eso lo que se llama inteligencia cambia. Para los religiosos será algo diferente que para los científicos. En el primer caso el diálogo será sobre algo inexistente y en el segundo podremos ir allí donde nos señalan para comprobarlo. Si los religiosos matan la vida, los hombres de ciencia la dejan donde está. Podemos ser creyentes y científicos, podemos hablar de lo que existe y de lo que no. Pero en la medida que hablamos de lo inexistente somos unos ignorantes sabios que han destruido su vida. Los prejuicios religiosos matan la vida. Son la nata que cubre un pastel oculto que acaban por destruir. La religión ha sido creada por locos que hablan nuestra lengua y a los que nosotros les concedemos más importancia que a nuestros juicios. Son locos, pero no tanto, desde el momento que han sabido verbalizar, y dar carta de realidad a las problemáticas que nos avasallan. Podemos caer en la tentación de creerlos. Lo cierto es, como podemos comprobar, que ellos se dejan llevar por otros valores muy diferentes a los que predicán y destruyen toda experiencia juiciosa.

Si somos juiciosos es muy posible que no amemos a nuestros padres ni a la patria, que odiamos más que amemos, que seamos egoístas, etc. No somos como dicen que tenemos que ser. No es preciso cambiar, sino tomar conciencia de ello y actuar en consecuencia. No se trata de pecados; somos así, y no cambiaremos hasta que lo aceptemos. Si cambiamos es porque no nos interesa ser así. Nuestros prejuicios nos llevan a enamorarnos locamente. Ésa es la religión mundana que todos proclaman. Es preciso que no neguemos estar enamorados, pero también que las desgracias que este amor puede acarrear nos las hemos buscado nosotros mismos. A partir de ese momento cambiaré y me enamoraré y amaré de otra manera.

Las creencias religiosas nos enseñan hasta qué punto puede dejarse arrastrar el hombre por los prejuicios y entregar, ciegamente, su vida a ellos. Los inventores y propagadores de las religiones no eran locos, puesto que tan bien parecían conocer al prójimo, aunque utilizasen estos conocimientos de psicología para configurar unos seres humanos degradados. Ofrecen un sentido a su vida del que carecen utilizando el amor como estrategia. No emprenden esta tarea por maldad, sino porque se la creen. Son víctimas de lo que pregonan, por lo que el supuesto amor que les arrastra termina en todas las formas de perversión, que para el no creyente resultan inconcebibles. Son todos esos prejuicios que destruyen a los otros y a ellos mismos. España, como país, buscó su unidad en las creencias religiosas que no ayudaron a la humanidad, sino que dificultaron la llegada de la libertad.

ENDEMONIADOS, LOCOS Y ENFERMOS MENTALES

La Psicología nos enseña cómo somos y nos ayuda a vivir. La realidad es que los psicólogos no cumplen el fin que se proponen. No nos ayudan a vivir. Cuando padecemos por los azares de la vida se limitan, si son psiquiatras, a diagnosticar una supuesta enfermedad y, si son psicólogos, a aconsejarnos según la moda o los prejuicios dominantes. La mayoría de nosotros, que no somos ni psiquiatras ni psicólogos, no tenemos nada que decir. Como ante los antiguos médicos, los llamados matasanos, adoptamos una actitud escéptica, pero las circunstancias, los prejuicios, nos llevan en ocasiones a solicitar su ayuda. Esto ocurre cada vez más. No tanto porque se impongan como profesionales, como porque necesitamos a alguien que nos ayude. Son numerosos los prejuicios que configuran toda esta arquitectura.

Cuando se creía que el alma era esa especie de espíritu que habitaba nuestro cuerpo, eran los magos y los sacerdotes los que nos curaban. Hasta la llegada de los médicos hipocráticos estar enfermo era equivalente a estar endemoniado. Un espíritu maligno había tomado posesión de nosotros y era preciso expulsarlo. El mismo Cristo expulsaba el demonio de los cuerpos y, en ocasiones, mantenía diálogo con él. Los prejuicios habían configu-

rado todo. Los hombres no dudaban de estar poseídos y los magos de poseer la fuerza o habilidad de expulsar a los malignos. Hoy nos resulta esto esperpéntico, pero era así.

El demonio nos habitaba por ser pecadores y los sacerdotes los controlaban. El absurdo no lo es tanto, si pensamos que entonces los seres humanos eran así. Tenían una psicología construida por los prejuicios, que se correspondía a la perfección con el mundo que habitaban. A algunos endemoniados, tal era su maldad, más que intentar liberarles del maligno, se los ajusticiaba. Recordemos la Inquisición. Los médicos hipocráticos, fundadores de la medicina científica, se limitaban a considerar la enfermedad, del tipo que fuera, una alteración corporal. Su propuesta tardó muchos siglos en hacerse realidad. Hasta hace poco más de un siglo las ideas dominantes eran las religiones y los tratamientos, que hoy llamaríamos psicológicos, administrados, fundamentalmente, por los sacerdotes. Si el prejuicio sentenciaba que éramos la unión del alma y el cuerpo, no debe extrañarnos que todo lo que hoy llamamos psicológico tuviera que ver con el alma. Hasta hace muy pocos años se sentenciaba que las potencias del alma, por ejemplo, eran memoria, entendimiento y voluntad. Hoy no pensamos en ello, pero fue así. Si pecábamos, porque nos lo habían dicho, nuestro psiquiatra era el cura que nos absolvía y volvíamos a estar sanos. Nos sentimos culpables de nuestros pecados. Éramos así, aunque una actitud juiciosa pudiera liberarnos de esos prejuicios. Éramos así y recibíamos el tratamiento psicológico adecuado. Es cierto que muchos creyentes se revelaban, juiciosamente, contra los prejuicios, pero también es cierto que tenían pocas posibilidades de triunfar.

Nuestra historia occidental nos enseña que los prejuicios religiosos seguían manteniendo su vigencia incluso entre los no creyentes. Ahí están nuestros filósofos. La gran mayoría seguían adheridos a los prejuicios cristianos y no se diferenciaban, en lo

esencial, de los sacerdotes. Los endemoniados tenían, realmente, el demonio en el cuerpo. Las descripciones que hacen de su situación lo confirman. El demonio les provocaba malos pensamientos y atentaba a sus virtudes, lo que se concretaba en muchas ocasiones en vivencias sexuales. Ellos luchaban contra las tentaciones, pudiendo dominarlas o sucumbir a ellas. Si hacían huir al maligno eran santos y si sucumbían a él, lo que era más frecuente, caían en el pecado. Su psicólogo, el confesor, les sanaba. Tanto el mundo en el que vivían, como ellos mismos, eran un producto de los prejuicios. Dime qué prejuicios tienes y te diré yo a ti quién eres.

Pero los prejuicios, por muy asumidos que los tengamos, no pueden destruir por completo las experiencias juiciosas. Por mucho que amasen a dios, allí estaban ellos para dar fe que era el prójimo al que amaban, a un prójimo con su cuerpo, que posibilitaba una verdadera comunicación íntima. El verdadero amor estaba presente, por mucho que estuviera alienado en el amor al dios espiritual. El amor que habita mi cuerpo está siempre ahí para conseguir sus fines. Por eso, según repiten nuestros místicos, mientras más se progresa en el amor a dios, más aumentan las tentaciones. También mientras más se progresa en el supuesto camino de santidad, menos se cree. Son ellos los que saben que no creen. Estas confesiones nos sorprenden en algunos que fueron ejemplares en su ayuda a los demás. El juicio, ahogado por los prejuicios, se rebelaba contra la muerte. Si no luchamos contra nuestros prejuicios estamos muertos. Los líderes religiosos son los que menos creen. Saben muy bien que lo que predicán lo han inventado ellos y la experiencia juiciosa reclama sus derechos. Pero, lo mismo que los místicos, no deben caer en el pecado. Lo vencerán a costa de mantener un comportamiento perverso. La perversión es dejarse llevar por lo juicioso, pero bajo la condena expresa de los prejuicios.

Si tuviéramos que hacer una psicología dentro de la tradición judeocristiana tendríamos primero que hacer un análisis pormenorizado de sus prejuicios y analizar cómo cada persona los vivía. Cambiaría de unos a otros, pero en lo esencial todos los seres humanos coincidían. La manera de curar sus desgracias también estaba prevista en los prejuicios: la confesión. Es posible que algunos intentasen escabullirse de la tiranía, pero no lo conseguirían. Si hablaban del amor humano, como Dante, estaban hablando de algo muy parecido al amor a dios. Si somos sinceros, juiciosos, debemos reconocer que lo que cuenta en sus poemas no nos interesa nada. Los prejuicios dan por supuesto que es un baluarte de la cultura. Puede que nos resulte útil para hacer psicología de la época, pero si queremos saber del amor, no debemos perder tiempo en leerlo. No me interesan sus paseos por el infierno, el purgatorio y el cielo. Nada de esto existe, aunque estas excursiones nos enseñen mucho de los hombres de entonces.

No debemos olvidar que la tradición judeocristiana tiene mucho que ver con Grecia y Roma. También ellos tenían sus prejuicios religiosos que configuraban su psicología. Los creadores de nuestras religiones los tomaron a su manera, pero ahogaron al ser humano. En esta asfixia, un querer volver una y otra vez a los clásicos es una constante en nuestra historia hasta hace un siglo. Ahora ya no tenemos que volver a nada, porque hemos asumido la herencia clásica. Si queremos saber del amor o de la amistad no necesitamos volver a Ovidio y Cicerón. Lo que es el amor, aun sin poderlo determinar con exactitud, lo sabemos mejor que ellos. Si nos interesan sus libros es para conocer cómo eran los seres humanos entonces. Nos interesa conocer su psicología. No es posible conocer la historia sin la Psicología, porque lo que aconteció es lo que vivieron nuestros antepasados.

También la psicología de nuestros ancestros nos muestra sus momentos de felicidad. No tiene sentido hacer un diagnóstico de las enfermedades que padecían nuestros místicos. Sus éxtasis se dejan entender por sus creencias. Sólo ellas nos hacen comprender sus descripciones. Pero también nos damos cuenta de que sus explosiones de amor a dios no se diferencian mucho de nuestros orgasmos. El cuerpo está siempre allí exigiendo sus derechos. Entonces no existía una psicología empírica, como hoy pretendemos hacer. El conocimiento del alma era conocimiento de dios, y el del cuerpo, del demonio. Nada más se sabía, sólo las irracionalidades que ello determinaba. Nos interesa la psicología de la época no tanto porque seamos los mismos metamorfoseados por los prejuicios, como para conocer hasta dónde llegan los otros en la configuración de mí mismo. Es cierto que el cuerpo, la biología, está siempre allí exigiendo sus derechos, pero no debemos olvidar que esta misma corporalidad es el resultado de una evolución.

Los psicólogos antiguos veían lo que les dictaban sus creencias. Órdenes religiosas que desde hace siglos se dedicaron a cuidar a los desequilibrados mentales no aportaron conocimiento alguno sobre las alteraciones psíquicas. Convivieron con ellos, y puede que ayudasen, pero no sabían nada de ellos. Seguramente, mientras les atendían estaban amando a dios, y cuando no, dejándose llevar de sus perversiones. A mí siempre me sorprendió que no hubiesen aportado nada a la historia de la psiquiatría. Para conocer a los otros es preciso abandonar los prejuicios. En caso contrario sólo nos conocemos a nosotros mismos. Es triste, pero debemos olvidar nuestros prejuicios, lo que somos, para conocer a los demás. Por eso es preciso escuchar y esforzarse por entender. Eso podría ser, en un sentido amplio, amar al prójimo.

Con el paso de los años nuestros endemoniados se transformaron en locos. No eran pecadores, sino enfermos que había que curar. Para la tradición hipocrática tanto las alteraciones físicas como las psicológicas lo eran del cuerpo. El cambio de endemoniado a loco no se hizo sin la oposición de la tradición judeocristiana. Incluso hoy día los curas avezados dicen distinguir entre endemoniados y locos. Los primeros deben acudir a un exorcista y los segundos a un psiquiatra. En realidad, qué casualidad, fue a partir de la Revolución Francesa que los locos fueron liberados de sus cadenas y tratados como enfermos. El gesto de Pinel, rompiendo esas cadenas que los identificaban con los malvados, ha pasado a la historia. Puede decirse que la psiquiatría nace con él. No deja de ser sorprendente que las ideas revolucionarias, que triunfaron en el mundo entero, marquen el nacimiento de una nueva Psicología. El ser humano ya no es tanto santo o pecador como feliz o infeliz. Nuevas ideas, nuevos prejuicios, van a dar lugar a otra Psicología que hizo posible la actual psicología empírica.

Una vez que los locos dejan de ser pecadores o delincuentes comienza una nueva carrera. Son enfermos y como tales hay que tratarles, lo cual no supone que los anteriores prejuicios se hayan superado por completo. Ahora los médicos ocupan un lugar preferente. Faltan cien años para que la medicina sea, verdaderamente, una ciencia y la psicología está en manos de los filósofos sumidos en la tradición judeocristiana. Los prejuicios de médicos y filósofos se suman para comprender y atender los supuestos enfermos. Durante todo el siglo XIX se recorre un largo camino que culmina en el diagnóstico de las supuestas enfermedades mentales. En todo este tiempo los tratamientos van desde la comprensión y condescendencia ante su desequilibrio, hasta la extrema violencia de las camisas de fuerza, las duchas de agua hirviendo o la privación de comida. Ni qué decir tiene que los

pacientes pertenecen a las clases menos favorecidas, no en vano estamos en plena revolución industrial. Ya en el mundo de la ciencia el hombre es un sujeto y objeto que puebla el mundo. Pero allí están los filósofos para hablarnos de su psicología.

Los desequilibrados habían sido liberados de sus cadenas, pero la sociedad los metía en manicomios rodeados de murallas de por vida. Hasta mediados de siglo XX entrar en un manicomio, no importa cuál, era una condena de por vida. Si las alteraciones psicológicas eran poco relevantes, el ambiente del manicomio era tal que impedía toda socialización. El tratamiento provocaba la locura. Los psiquiatras seguían siendo matasanos. Su psicología cristiana podía llevarlos, como sabemos, desde una aceptación incondicional hasta el autoritarismo sangrante. Los filósofos estaban allí para apoyarles con sus afirmaciones de que los locos no podían hacer uso de las potencias del alma. Los psiquiatras no solían llegar mucho más allá. Eran médicos y estaban allí para diagnosticar y curar o, mejor, encerrar en los manicomios. Al final terminaría por triunfar la medicina científica. En ella la psiquiatría es una especialidad médica más que, como en las otras, debe diagnosticar y tratar. Es posible que no pocos estén de acuerdo con ello, pero olvidan que sólo piensan en el cuerpo. Es el prejuicio de los médicos que esperan, y siguen esperando, que algún día se descubran las alteraciones orgánicas que condicionan los desequilibrios psíquicos. Mientras tanto mandan pastillas.

Los prejuicios que llevan a medicalizar los desequilibrios psicológicos no fueron compartidos por todos los filósofos. Muchos que se divorciaron de la tradición judeocristiana se interesaron por el ser humano como principio y fin de todas las cosas. Son los que han pasado a la historia. Pensemos en Nietzsche, Marx, Husserl, o Freud. Estos filósofos de la Vida, que encarnan las inquietudes psicológicas de los europeos, no son capaces de derrumbar los

prejuicios antropológicos. Son muchos siglos de tradición religiosa. Nuestros psiquiatras, aceptando la medicina como ciencia indiscutible, se ven en la tesitura de tener que elegir entre las teorías psicológicas más diversas. Por un lado están los filósofos de la Vida, entre los que debemos incluir literatos y artistas, y por otro la naciente psicología empírica desgajada de la filosofía, que se presenta como una ciencia. Los de los países comunistas no dudan en seguir los planteamientos materialistas y llevar a los manicomios a todos los que discrepan. No debe extrañarnos, si pensamos en la Inquisición. Los prejuicios dictatoriales llevan a la deshumanización.

En los países capitalistas u occidentales la situación no era muy diferente. Yo todavía recuerdo que la primera paciente que vi en el manicomio de Miraflores de Sevilla era una señora acomodada que se había atrevido a engañar a su marido. Una loca. También estaban allí los homosexuales arrestados por la policía. La pregunta que debemos hacernos es la de las ideas psicológicas que tenían nuestros médicos psiquiatras. Tenían más o menos los mismos prejuicios de siempre y se habían puesto a su servicio. Los conocimientos de psicología de los psiquiatras son mínimos o nulos. Puede que muchos piensen que su práctica clínica les conducen a ellos. No es cierto, todos estamos continuamente con los demás y no sabemos psicología. Las ideas psicológicas de los psiquiatras provienen de sus prejuicios médicos, que les han llevado a considerar al sujeto humano como el resultado de sus funciones corporales. Es cierto que el hombre no ha caído del cielo, sino que ha surgido de la tierra. Pero una vez que apareció tiene un protagonismo, siempre en peligro, que debemos conocer.

Junto a sus prejuicios organicistas los psiquiatras solían hacer exhibición de sus inquietudes antropológicas. Se hacían pasar por amantes de la filosofía y la religión, y discurseaban, banalmente, sobre todo lo divino y lo humano. En tiempos de la dictadura

franquista esto era esperpéntico. Parecían sólo pensar en Heidegger y la cultura y, en la práctica, se comportaban como médicos. No querían saber nada de las psicologías de la Vida. En Europa ocurría algo parecido. Todos seguían con el prejuicio indiscutido de separar el alma del cuerpo.

La irrupción de Freud en la psiquiatría hizo tambalear sus cimientos. El que era neurólogo, no psiquiatra, parecería destinado a confirmar todos los prejuicios establecidos. No fue así. Su libro *Proyecto de una Psicología para Neurólogos*, que no quiso publicar, parecía estar en esta línea. La realidad es que sólo lo había escrito presionado por su adorado amigo W. Fliess. Se lo inventó todo y no podía ser el fundamento neuropsicológico de los psiquiatras. Pero para él sí jugó un papel decisivo, puesto que muchos de sus principios antropológicos, que tanto arrastraron, los tomó de ahí. Por causalidad, como en las religiones, surgieron los prejuicios que reinaron entre parte de los psiquiatras. Yo he repetido siempre que la importancia de Freud es haber llevado a la psicología los planteamientos evolucionistas, que tan frontalmente chocaban con la tradición judeocristiana. El éxito de Freud hay que verlo desde este punto de vista. Queríamos otro hombre y él nos ofreció esta posibilidad. Su impacto en la psiquiatría se tradujo en la existencia de los psiquiatras, que diagnosticaban y trataban con pastillas, y los psicoanalistas, que intentaban comprender e interpretar los problemas humanos. Los enfrentamientos fueron violentos, pero lo mismo que los partidos políticos se ven obligados a ponerse de acuerdo en determinadas materias, ellos se distribuyeron las alteraciones psicológicas. Los psiquiatras diagnosticarían y tratarían los locos y los psicoanalistas los problemas humanos. En términos más técnicos podemos decir que las psicosis eran para los psiquiatras y las neurosis para los psicoanalistas, aunque las rencillas eran continuas.

La distribución del trabajo entre psicoanalistas y psiquiatras respondía también a intereses más bajos. Como han acentuado muchos, y puede comprobarse, si pertenecemos al medio sociocultural elevado, es más que probable que nos diagnostiquen de neurosis y nos recomienden un tratamiento psicoanalítico; si a un medio más bajo, nos diagnosticarán de psicosis y nos internarán. No se trata de científicos puros, sino de sujetos interesados. Yo intenté en mi *Psicopatología General* y otras publicaciones, sin mucho éxito, poner de acuerdo a los dos partidos. Defendían intereses diferentes. Las diversas escuelas psicoterapéuticas, que se desgajaron del psicoanálisis, tenían planteamientos análogos, aunque en muchas ocasiones no chocaban tan frontalmente con los prejuicios existentes.

En esta lucha entre los dos partidos surgen los psicólogos empíricos que terminan, como hemos dicho, por llevar sus prejuicios a la explicación y tratamientos de los problemas humanos. Si la psicología es la ciencia de la conducta, modifiquemos las conductas indeseables y sustituyámoslas por las deseables. Eso parece ser lo que queremos. Si tengo dificultades para hablar en público o dejar de fumar, eliminémoslo y todo irá mejor, lo mismo que cuando me curo de una enfermedad. Si los psiquiatras quitan los síntomas con pastillas, los psicólogos los hacen desaparecer con sus conocimientos. Este planteamiento resultaba de tal pobreza antropológica, que no pocos profesores nos avergonzábamos de estar en una Facultad de Psicología. Era penoso. Cuando se extiende la psicología empírica al estudio del conocimiento humano, parecen abrirse nuevas perspectivas. Pero la situación no cambia mucho. Si antes las problemáticas humanas eran alteraciones de la conducta, ahora son, además, alteraciones cognitivas. Nuevos prejuicios psicológicos.

La psicología empírica es un tercer partido que entra en colisión con los dos existentes. En un primer momento los psicólogos empíricos quieren alzarse con el poder. No lo consiguen porque la

medicina, los psiquiatras, están en él. Ese poder que está muy en relación con la muerte. Los médicos, quién lo duda, hacen que vivamos más y de una forma más satisfactoria. Cuando llega la muerte la batalla está perdida, por lo que nuestros psicólogos académicos, siempre en contra del psicoanálisis y la psicoterapia, adoptan los prejuicios psicológicos de los psiquiatras. Se dan por vencidos y ya no les llenan de descalificaciones como hacen nuestros políticos entre ellos.

Los tres partidos que se disputan ayudar al hombre a vivir la vida tienen psicologías diversas. Empecemos por el psicoanálisis y los psicoterapeutas. Cuando Freud funda el psicoanálisis inaugura la psicoterapia. Escuchando a los otros llegamos a conocerlos y es posible decirles las palabras que les liberarán. El planteamiento es correcto, pero la forma de llevarlo a cabo se pierde en un sinnúmero de prejuicios. Es cierto que su psicología lo es, en el sentido de que es capaz de dar razón de todo. Las alteraciones psicológicas, la psicología del hombre normal, de la historia y las estructuras sociológicas, de la ciencia, la religión y el arte. Nada se le escapa. Ésta es, sin duda, la razón de su éxito. Es consciente de que el hombre es el crisol que crea todo, y es preciso volver a él para encontrar todas las respuestas, pero se equivoca cuando interpreta. Para él lo que vivimos no es tanto lo que se nos manifiesta, sino el resultado de fuerzas inconscientes incontroladas.

El inconsciente freudiano no existe. Es preciso hacer un acto de fe para creerlo. El prejuicio reside en identificar el supuesto aparato psíquico con los procesos orgánicos. No en vano su formación básica fue de fisiólogo y neurólogo. Las pulsiones inconscientes dominan nuestra vida consciente, por mucho que nos apoyemos en la realidad. Si queremos saber de nosotros mismos, es preciso ir más allá y descifrar el sentido de la experiencia. La manera de conseguirlo es interpretando los hechos. Debemos

interpretar los sueños, lo mismo que las manifestaciones neuróticas, la psicología de la vida cotidiana, la ciencia y todo lo demás. Él ofrece una manera, prejuzgada, de hacer interpretaciones que tiene mucho éxito entre artistas, poetas y literatos. Sin embargo, todas las dictaduras, religiosas o no, están en su contra.

La práctica psicoanalítica, como es bien sabido, supone realizar un monólogo interminable, sólo interrumpido por las interpretaciones del psicoanalista. Cada interpretación saca al paciente de su discurso para dirigirlo en una determinada dirección, que viene a concretarse en estereotipos como el complejo de Edipo y de castración, o mecanismos de defensa como la proyección o racionalización. Son las etapas precoces de la vida las que determinan nuestra psicología, lo que le enfrenta con los prejuicios judeocristianos, que ven en el alma la fuente de todo sentido humano. Se pasan por una serie de fases —oral, anal y genital— libidinosas. La fijación o retroceso a estas fases supone una inmadurez, que no llega a culminar en la cohabitación equilibrada entre el hombre y la mujer con la finalidad de perpetuar la especie. Todo lo demás son perversiones, no haber madurado, que es preciso tratar. Los prejuicios judeocristianos se mantienen a pesar de la aparente confrontación y se hacen coexistir con las teorías evolucionistas de los biólogos.

La configuración de la personalidad —ello, yo y super-yo— culmina la dinámica psicológica. Como buen biólogo Freud siempre defendió que la vida del ser humano era el resultado del encuentro entre las pulsiones biológicas y una realidad determinada. Parece razonable, pero al final de sus días propone la existencia de dos instintos o pulsiones contrapuestas: el instinto de vida y el instinto de muerte. Estas reflexiones metapsicológicas, como aceptan los mismos psicoanalistas, dan razón de todo lo humano y las reciben los pacientes en las interpretaciones de sus

psicoterapeutas. La realidad es que no podemos hablar de Freud como creador de una psicología definida. A lo largo de su vida fue cambiando de manera de pensar, a pesar del dogmatismo con el que proclamaba sus afirmaciones. A él esto no le resultaba sorprendente, sino un progresar más y más en el conocimiento humano. Por eso cuando se le cita es preciso decir a qué época nos estamos refiriendo. A partir de su muerte quedan sus escritos inmodificables. Durante su vida expulsaba de su lado a los que discutían sus afirmaciones. A su muerte lo hicieron sus seguidores. Lo mismo que en las religiones.

Quizá el libro más leído de Freud sea la *Interpretación de los Sueños*. Sólo los alumnos de mi facultad, prestos a licenciarse como psicólogos, no lo han leído. En su versión original se repite hasta la saciedad que los sueños son una realización simbólica de deseos libidinosos infantiles reprimidos. No parecen tener sentido, pero podemos captarlo mediante interpretaciones. Son la vía regia de acceso al inconsciente imprescindible en un tratamiento psicoanalítico. Cerca del final de su vida se dio cuenta, lo que todos sabemos, de que nuestros sueños insisten en ser desagradables. Ya lo habían dicho todos lo que leían sus libros, pero lo importante no era lo vivido, sino lo interpretado. Cuando ya próximo al final de su vida está en condiciones de aceptar lo evidente se corrige, sin el más mínimo rubor, y acepta que los sueños son un intento de realización de deseos. Se quedan en un intento; unas veces fallido y otras exitoso. A poco que pensemos ésa es la vida misma: intentar satisfacer nuestros deseos.

Freud no duda en fundar una asociación, lo mismo que Pablo, que mantenga sus metamorfoseantes teorías. Sus seguidores, como los religiosos, son los guardianes de su doctrina y excomulgan a los que no las siguen. Es duro pertenecer a esa religión, porque exige también la renuncia a pensar libremente. Pero merece

la pena sacrificarse porque una vez admitido se estaba en condiciones de ganar más dinero. Para ello, entre otras cosas, es preciso pagar a un psicoanalista ortodoxo durante años. Hoy no es tan estricto, pero lo ha sido durante años. No es así porque hay otras muchas formas de psicoterapia, que también suelen crear sus propios grupos y creencias. Depende de la escuela a que pertenezca nuestro psicoterapeuta que, como en la religión, creamos unas cosas u otras. Estaremos completamente convencidos. Sus prejuicios son incorporados en mi psicología y soy incapaz de librarme de ellos.

No podemos extendernos a hablar de las múltiples escuelas entre las que se distribuyen los psicoterapeutas, baste decir que todos hacen interpretaciones que se corresponden con sus teorías, sus prejuicios, sobre la génesis de los problemas humanos.

La psicoterapia psicoanalítica no se aplica a los locos. Son las personas que tienen problemas de adaptación los que acuden a ella. Hablan libremente y su terapeuta, de vez en cuando, interpreta. El paciente no sabe de psicología más de lo que le dice su terapeuta. Por lo menos eso cree él. El terapeuta habla palabras de verdad que no discutirá. Si lo hace, el maestro no dudará en afirmar que se trata de un mecanismo de defensa para no afrontar sus problemas, que son los de todos, y curarse. Así se sucederán las sesiones durante meses y años hasta que el paciente aprenda la jerga psicoanalítica. Ningún psicoanalista sensato pensará que está curado, pero tiene poco sentido seguir. El paciente más que dado de alta, lo que suele interesar poco a su psicoanalista, se marchará.

El éxito de las teorías freudianas se explica, como el de las religiones, porque da razón de cualquier comportamiento humano. Eso puede resultar tranquilizante en una vida humana sin sentido aparente. Es mejor que las religiones monoteístas en el sentido que sus afirmaciones, aunque soliciten un acto de fe, parecen poder

constatarse. También están de acuerdo con lo que nos enseña la biología. Sólo que sus interpretaciones son prejuizadas y deben ser admitidas. Las ciencias empíricas no confirman, prácticamente, ninguna de las hipótesis freudianas. En esto la psicología académica es radical. Pero tampoco resulta efectivo para curar los desequilibrios. Es muy frecuente oír a los psicoanalistas, lo mismo que a los religiosos, que lo que afirman lo han comprobado ellos en sus tratamientos. Nos piden un acto de fe en sus palabras, cuando la ciencia, que es más rigurosa, desecha sus afirmaciones. Tampoco es una terapia efectiva. Esto ya lo había aceptado Freud al final de su vida, como los místicos nos sorprenden dudando de su fe. No estamos en situación de citar trabajos de investigación, sino de reflexionar sobre sus conclusiones. En mi docencia universitaria lo explico con todo detalle.

La psicoterapia sólo ayuda en la medida que hablo con otro. Pero cuando ese otro es un amigo pagado, corro el peligro de sumirme en sus prejuicios y haberme cegado para siempre. Sólo las personas que ni necesitan ni esperan nada de la psicoterapia pueden salir indemnes. Pero la gente seguirá yendo a los psicólogos, porque necesitan ayuda, lo mismo que seguirán con sus ritos religiosos. Ya sabemos su ineffectividad en las psicosis y en gran parte de las neurosis. Nos falta por tomar conciencia de que el poder que pongo en mi psicoterapeuta se lo doy yo, y antes de dárselo debo conservarlo para, estando en el uso de la palabra, luchar contra los prejuicios.

Todos los psicoterapeutas dan por supuesto que existe una psicología en la que pueden intervenir. Tienen razón en el sentido de que el hombre es claramente manipulable por los prejuicios, pero se equivocan si piensan que esto puede ayudarles.

Freud fue siempre consciente de la peculiar relación que establecen los clientes, o pacientes, con su psicoanalista. Terminó por llamarle transferencia. El paciente transfería a su analista todas

sus formas de relación interpersonal y también todas sus problemáticas. Era preciso saber manejarla, lo que sólo era posible si el analista se mantenía en una actitud de neutralidad y se limitaba a reflejar, como un espejo, lo que recibía. Esta transferencia, dependiendo de su problemática, le podía llevar a interrumpir el tratamiento por considerar a su analista un destructor o, lo que era más frecuente, se sometiera a él sin condiciones, esperando recibir de él la ansiada salud. Una vez que la transferencia encarna todas las problemáticas y expectativas que el paciente vive es preciso disolverla para que sea él mismo el que se responsabilice y les dé solución. En realidad la cura se produciría cuando se analiza la transferencia, lo mismo que había venido haciendo con los sueños. Un psicoanálisis, en realidad, se resumía en el análisis y devolución al paciente de lo que había puesto en él. Pero esto no se conseguía casi nunca, con lo que el tratamiento, el psicoanálisis, se hacía interminable. No había manera de acortar los plazos, ni siquiera de ver el final. Era pesimista respecto de la capacidad curativa del método.

En realidad la doctrina de la transferencia parece impecable, si olvidamos que el psicoanalista interpreta. No es un espejo mudo que refleja lo que recibe, sino que lo devuelve configurado por sus prejuicios como pueda ser el complejo de Edipo o la interpretación de las resistencias. La transferencia misma sería una resistencia desde el momento que el paciente transfiere, inconscientemente, a otro lo que no quiere ver en él. Durante el tratamiento es preciso esperar pacientemente a que la transferencia se configure adecuadamente y reproduzca esas vivencias precoces que le llevaron a la neurosis. Por eso cuando acudimos a un psicoanalista nos dirá, si se lo creyó, o si le conviene, que cuente con un año o dos, como mínimo a ritmo de tres sesiones semanales, de tratamiento. En este tiempo el novicio, como el seminarista, aprenderá la doctrina. Después podrá predicarla.

La pregunta que debemos hacernos es la de hasta qué punto es lícito someterse a los designios de otro para que nos manipule. Lo hicimos con los curas, porque nos creíamos que hablaban por boca de dios, lo hacemos con nuestro terapeuta porque habla la voz de la ciencia. Pero la ciencia no está en ningún sitio. Lo que existen son prejuicios que no sabemos muy bien a quién benefician. Si los comparamos con los religiosos podremos hacernos alguna idea aproximada. Vuelvo a insistir en que mejor son los prejuicios de mi psicoterapeuta, que están más al alcance de mi experiencia, que los de los religiosos que se escapan por todas partes y apelan a ese amor divino que da sentido a mi vida.

De todas las escuelas de psicoterapia es el psicoanálisis la más alienante. Lo mismo que las religiones heterodoxas son más benévolas que las troncales, las diversas escuelas psicoterapéuticas, que se apartaron del psicoanálisis, también lo son. No rompieron con la herencia freudiana, como otros no rompen con la cristiana. La pregunta que debemos hacernos es la de si tiene sentido que la psicoterapia exista. Dando por descontado que seguirá existiendo, pues el ser humano pide ayuda, la respuesta no es fácil. Si no tenemos un amigo que nos escuche, recurramos a pagarlo. Pero si al amigo le pedimos que nos quiera a nuestro terapeuta le debemos pedir que sea normal, inteligente y con los prejuicios cotidianos. Que no pertenezca a ningún grupo de presión. Su experiencia clínica es secundaria. Todos los trabajos empíricos ponen de manifiesto, sorprendentemente, que mientras menos experiencia tienen más pueden ayudar. Entendiendo experiencia el haber seguido una formación sistemática. Debemos esperar que nuestro terapeuta sea una persona normal. Esto no es fácil, puesto que muchos eligieron esa profesión pensando en ayudarse a ellos mismos. No lo consiguieron y luego pretenden

que los demás lo consigan. Tampoco los curas conocieron a dios, pero nos instan a creer en él. Busquemos el amigo con el que hablar.

Todo lo que hemos dicho se refiere a la psicoterapia individual. Existe también la psicoterapia de grupo, en la que varias personas se reúnen regularmente con un terapeuta para analizar sus problemas. Este tipo de psicoterapia sí se muestra más efectiva, pero no porque tenga una base científica mayor. Si leemos los libros que tratan sobre psicoterapia de grupo no pueden ser más decepcionantes. Cada escuela repite respecto del grupo las mismas afirmaciones que hace en la terapia individual. Algunos insisten, enfáticamente, que se trata de psicoterapia de grupo, en el sentido de que el grupo, como tal totalidad, debe ser objeto de análisis. Y el grupo como totalidad hace sus transferencias con el terapeuta que los dirige. Esto no es la terapia de grupo que ayuda. El efecto terapéutico del grupo hay que buscarlo en la relación con los miembros que lo forman. Es una pequeña sociedad que tiene ocasión de analizar sus prejuicios. La ayuda mutua es el factor terapéutico fundamental. Se trata de unos amigos de ocasión que pueden ayudarnos y la transferencia con el terapeuta juega un papel secundario. Si el director del grupo, el terapeuta, adopta una actitud autoritaria existen todos los peligros descritos.

Hoy día estamos de acuerdo que la psicoterapia sólo es utilizable con los neuróticos. Todos somos un poco, o mucho, neuróticos. Con los psicóticos no vale. Freud decía que ellos, en su narcisismo, no establecían una relación emocional con su terapeuta, con lo que no tenía ningún poder sobre ellos. Lo cierto es que resulta importante, si no para su cura, sí para su socialización. No debe extrañarnos, si tenemos en cuenta que un loco es alguien que ha optado por evadirse del mundo interpersonal. El papel del terapeuta es secundario. Existen grupos en todo el mundo, como

los Alcohólicos Anónimos, que se reúnen sin terapeutas. Ni los quieren ni los necesitan. Son amigos de ocasión que se reúnen para apoyarse.

Lo mismo que la bibliografía sobre la psicoterapia de grupo es decepcionante, también lo es que los psicoterapeutas la consideren algo secundario comparado con la individual. La razón es, seguramente, que vivimos en sociedades capitalistas, en las que la lucha por el poder es fundamental. Nos manejamos entre individuos, cuando estamos en un contexto sociocultural del que ellos son apéndices. Es preciso investigar y trabajar más con la psicoterapia de grupo. No seamos optimistas, porque los prejuicios que nos configuran están siempre ahí dando fe de nuestra identidad.

Si vemos lo psicológico desde el punto de vista corporal tenemos a los psiquiatras. Para ellos todas las alteraciones psicológicas lo son del cuerpo. Puede ser que algo afecte a nuestro cerebro donde asienta lo psíquico, o que nuestros genes le hayan predisuesto a reaccionar de una forma determinada. Las alteraciones psicológicas hay que buscarlas en el cuerpo. Las conocidas enfermedades cerebrales son un buen ejemplo. Junto a su sintomatología neurológica dan lugar a alteraciones psicológicas. Deben ser tratadas por los neurólogos. Cuando se descubren las causas somáticas de una alteración mental pasa a ser estudiada y tratada por los neurólogos. Nada parece ser más razonable. La epilepsia era una tercera psicosis endógena junto a la ciclotimia y la esquizofrenia. Sobre ella los psiquiatras desplegaban toda su fantasía, describiendo cómo la presentaban los literatos y la padecían personajes famosos. Tenía algo de excelso y abominable que fascinaba a todos. Cuando aparece el electroencefalograma el misterio se derrumba y, como alteración cerebral que es, pasa a ser investigada y tratada por los neurólogos. Los psiquiatras no hicieron ningún examen de conciencia para no repetir los mismos errores. Todo lo contrario.

La epilepsia, como otras muchas alteraciones cerebrales, remiten al cerebro las alteraciones psicológicas. Los avances en el conocimiento del cerebro y sus alteraciones en las últimas décadas ha ido sacando de la psiquiatría muchas de sus enfermedades paradigmáticas. En el cajón de sastre quedan aún las alteraciones psicológicas, cuyas disfunciones cerebrales aún no conocemos, y todas esas psicosis, como la esquizofrenia, en las que los genes juegan un papel decisivo. No sabemos, aunque los periódicos nos informan con cierta regularidad de los descubrimientos, cuáles son las disfunciones o alteraciones cerebrales que las condicionan. La depresión, se repite hasta la saciedad, es una alteración de la transmisión serotoninérgica. Hay que tomar antidepresivos para corregirla. El cerebro, genéticamente, está predispuesto a ella. También el temperamento de las personas, como ya decían los médicos hipocráticos, está condicionado por los genes y juega un papel decisivo en la configuración de nuestro carácter. La irrupción del psicoanálisis supuso una hipervaloración de las experiencias precoces en la configuración de nuestra personalidad. La psicología empírica, desde otras coordenadas, defendía lo mismo. Lo cierto es que hoy tendemos a valorar, como nuestros ancestros, más la herencia. El éxito de los psicofármacos hace el resto.

El caso es que todo confluye en la psiquiatría para apoyar la idea de que somos un producto del funcionamiento corporal. Por lo menos las alteraciones psíquicas. No deja de ser sorprendente que psiquiatras y psicoterapeutas tengan posturas tan contrapuestas, unos poniendo énfasis en las experiencias de la vida y otros en las disfunciones orgánicas. La explicación es que cuando la experiencia no está allí para dar fe nos dejamos llevar por los prejuicios. La psicología que utilizan los psicoterapeutas no es una ciencia, pero tampoco la de los psiquiatras. Cada uno dice lo que ha oído y se deja llevar por la dialéctica de sus prejuicios. En

el caso de los psiquiatras cuando la experiencia habla se acaban los prejuicios, pero junto con ellos lo que tratan de investigar. Son los neurólogos los que, con sus propios prejuicios, seguirán investigando.

Ante esta situación yo he propuesto siempre en mis libros de psicopatología distinguir, o clasificar, las supuestas alteraciones psicológicas en cuadros clínicos preferentemente somáticos, preferentemente psicodinámicos y preferentemente endógenos o genéticos. Se hace gravitar sobre preferentemente. En cada caso que estudiemos debemos intentar determinar el papel que juegan los diversos factores. Si juegan un papel fundamental las circunstancias que ha vivido el sujeto, podremos comprender que haya evolucionado de esa manera, sin olvidar que sus condicionamientos genéticos pueden explicar parte de lo que observamos. El tratamiento es también, preferentemente, psicoterapéutico, sin olvidar que nos encontramos ante alguien con unos determinados condicionamientos biológicos. Si el paciente padece una enfermedad cerebral conocida, podemos explicar sus alteraciones, preferentemente, como consecuencia de ella, sin olvidar que ha vivido unas determinadas circunstancias, que juegan un papel en la génesis de sus síntomas y que tenía también unos determinados condicionamientos genéticos. El tratamiento debe ser, preferentemente, médico, pero debemos atender psicológicamente a su psicología alterada que, en parte, podemos comprender. En el caso de que las alteraciones se expliquen, preferentemente, por sus condicionamientos genéticos, debemos estimar también el papel que han jugado en él las experiencias vividas y, en su caso, las posibles alteraciones orgánicas. En estos casos el tratamiento es tan médico como psicológico. Los genes no podemos cambiarlos, pero allí tenemos una psicología cuya génesis podemos seguir.

Se ha repetido hasta la saciedad que somos el resultado de la herencia y del medio en que nos hemos desarrollado. En el caso de las alteraciones psicológicas hemos de tener en cuenta ese tercer factor que son las enfermedades orgánicas. Delimitar el papel que juegan cada uno de los factores no supone un diagnóstico tradicional, como lo hacen muchos psiquiatras; a los pocos minutos de ver al paciente ya lo han diagnosticado de depresión y recetado anti-depresivos. Todo va muy rápido. Delimitar el papel que juega cada uno de los tres factores citados requiere un estudio detenido y un amplio conocimiento de las investigaciones. Un clínico no es alguien, que como sentencian los profanos, debe tener ojo clínico. No es un artista, sino alguien que pone sus conocimientos científicos al servicio de resolver un caso concreto. La ciencia es lo que está en los libros y no la aprende cada médico viendo a sus pacientes. Hace muchos años que no es así. Es preciso hacer una historia clínica pormenorizada, teniendo siempre presente los tres factores de los que hemos hablado y determinar su protagonismo en el sujeto que estudiamos. Esto requiere tiempo y que el psiquiatra sea capaz de aplicar lo que aprendió, y está aprendiendo, a su cliente. La máxima, describamos primero, para interpretar y explicar, precisamente por este orden, después, sigue teniendo vigencia.

No se trata de diagnosticar, sino de hacernos cargo de la situación de la persona que tenemos delante y proponerle soluciones. Ello contrasta con los pocos minutos que nuestros psiquiatras nos dedican en la seguridad social. Yo en ningún caso defiendo la medicina privada, porque lo que espero es que mi médico, sin ser ninguna eminencia, conozca su oficio y que sea neutral a la hora de hacer un diagnóstico u otro, y mandarme un tratamiento u otro. Es más que suficiente.

Los psiquiatras estudiaron medicina y tienen el prejuicio de diagnosticar. Dan por supuesto que lo mismo que ocurre en el cuerpo debe traspasarse a lo psicológico. Comprueban que las

enfermedades cerebrales pueden provocar alteraciones psicológicas y no dudan que siempre sea así. Lo que nos enseña la historia de la psiquiatría es que, contrariamente a sus creencias, las mismas enfermedades cerebrales pueden tener sintomatología psíquica completamente diferente. Diagnosticar una enfermedad somática por su sintomatología psíquica no es posible. Pero tampoco podemos hacer lo contrario: determinar el desequilibrio psicológico a partir del diagnóstico somático. Ellos creen, todos creemos, en la existencia de un paralelismo psicofísico. Es un prejuicio que no discutimos y si se cuestionase desarmaríamos a psicólogos y psiquiatras. También al hombre de la calle. Si algo vivimos, quién lo duda, algo pasa en el cerebro. Es cierto, pero los prejuicios que nos configuran hacen imposible encontrar la correspondencia. Ésta es la razón por la que muchos investigadores de las funciones cerebrales se han olvidado de lo que dicen los psicólogos. Para poder avanzar era necesario olvidarlas. La correspondencia entre órgano y función se desvanece. La función crea el órgano, han repetido incansablemente los biólogos. Hay que estudiarlos uno en función de otro. Sólo en el caso del cerebro nos encontramos sin función precisa.

El psiquiatra diagnostica las alteraciones psíquicas y las trata con medicamentos. De las que se descubrieron las lesiones orgánicas que las condicionan, las tratan otros especialistas. Pueden olvidarse de ellas. De las alteraciones que no conocen la enfermedad orgánica que las condiciona, hacen una selección de los síntomas o alteraciones psíquicas para establecer un diagnóstico. Los diferentes diagnósticos en psiquiatría cambian de país a país, de ciudad a ciudad y de psiquiatra a psiquiatra. En nuestro mundo globalizado hace ya años que intentaron ponerse de acuerdo. La Organización Mundial de la Salud ofreció unos criterios diagnósticos, para que los psiquiatras de diversos países pudieran entenderse entre ellos.

Detrás de estos criterios no había una investigación subyacente. Lo único que trataron es que la misma palabra tuviese el mismo significado para todos. También lo hicieron los teólogos con los ángeles o los arcángeles. Pero que estemos de acuerdo en el significado no quiere decir que eso exista.

Las psicosis endógenas son el campo de acción específico de los psiquiatras. Son la ciclotimia y la esquizofrenia, y aledaños. Ya han perdido la fascinación por la enigmática esquizofrenia. Lo que hay detrás de la palabra esquizofrenia, su contenido semántico, no se diferencia mucho de lo que popularmente se entiende por loco: alguien que, groseramente, desvaría. No le falta inteligencia, para eso están los tontos. Todo el siglo XIX lo utilizaron los psiquiatras en delimitar los cuadros clínicos, que, naturalmente, se especificaban por sus síntomas o alteraciones psicológicas. A comienzos del siglo XX, Kraepelin, psiquiatra alemán descubridor de las clasificaciones, describió un cuadro que llamó demencia precoz, en el que se incluían otros diversos ya descritos. Una útil amalgama y un concepto incomprensible. No son pocos los que dicen que este catedrático de psiquiatría se vio obligado a poner un índice en sus libros de texto, y de ahí proviene la clasificación de las enfermedades mentales. No les falta razón.

Pocos años después otro psiquiatra, Bleuler, acuña el concepto de esquizofrenia para referirse a los mismos pacientes. La realidad era que ni estaban dementes, puesto que conservaban la inteligencia, ni la alteración tenía por qué manifestarse en etapas precoces de la vida. El gran Kraepelin pensó que eran como los dementes seniles, pero en las primeras etapas de la vida. A Bleuler le faltó tiempo para escribir sobre la esquizofrenia en la tercera edad. Todo había cambiado, pero ambos se referían a los mismos pacientes. Eran sus prejuicios los que les hacían ver, claramente, lo que observaban. El término de esquizofrenia lo seguimos utilizando aunque

su contenido se metamorfosea continuamente. Los periódicos hablan de esquizofrenia y en el lenguaje popular se emplea el término para referirse a cualquier situación en la que dentro de una unidad aparecen fuerzas encontradas. Puede ser en un partido político, en una empresa o en un equipo de fútbol. Es algo que destruye la unidad. Los psiquiatras la diagnostican con el mismo desparpajo que la depresión. Etimológicamente, que es lo que entiende el pueblo, esquizofrenia significa alma o psique dividida. Son esos sujetos poseídos por algo extraño que los destruye. Los endemoniados siguen presentes. La realidad es que muy pocos de los que reciben este diagnóstico tienen una doble personalidad. No importa, el término se sigue utilizando porque cuenta con una fuerza enigmática.

De los esquizofrénicos, de los locos, no sabemos la alteración cerebral que padecen, lo que sí sabemos es que se dan en determinados círculos familiares y que el cambio de contexto sociofamiliar, como ocurre en los hijos adoptivos, no modifica mucho el pronóstico. Los síntomas que les atribuyó Bleuler eran básicamente afectivos: vacío afectivo, aislamiento y autismo... Las locuras que decían eran algo secundario. Esto no es lo que piensa el hombre de la calle de los locos. Lo que más les llama la atención es el absurdo de su discurso. Ésta es la razón por la que otro alemán, Schneider, ofreció los síntomas fundamentales que permiten hacer el diagnóstico de esquizofrenia. Describe muchos, y es suficiente que observemos alguno de ellos para que debamos hacer el diagnóstico. Las alteraciones que él describe, más de acuerdo con el saber popular, son básicamente cognitivas. En el espacio de una década, y en el mismo país, la esquizofrenia se metamorfosea. Debemos suponer que con el mismo nombre estaban diagnosticando cosas diversas. Pero si nos pasamos a Francia los criterios para su diagnóstico son diversos. Lo mismo podemos decir de otros países.

Detrás de los cambios diagnósticos nos estamos refiriendo a cosas diversas. Y si, globalizados, llegamos a tener criterios uniformes, nos entendemos pero no sabemos de qué hablamos. La investigación empírica no nos desvela el misterio. Pero los psiquiatras, como médicos que son, están seguros de que un día no lejano descubriremos las alteraciones cerebrales que la condicionan. Mientras tanto administran psicofármacos, antipsicóticos o neurolépticos, que ocultan sus síntomas sin curar la enfermedad.

El esquizofrénico termina, antes o después, por tener una forma de existencia autista. Es decir, vive en su mundo, alejado de los demás. A veces puede dar la impresión de ser una persona normal, pero a poco que investiguemos, nos encontraremos con sus ideas locas. En los casos extremos vive una vida ritualizada alejada de los demás y el lenguaje se torna incomprensible. Ya no sabemos quién es, porque no puede comunicarse, pero por su comportamiento y expresiones sabemos que está en otro mundo. Valorará siempre más sus ideas locas que las que intercambia con los otros.

En la actualidad, la globalización o supercomunicación tiende a uniformar los criterios diagnósticos. La DSM-IV, propuesta por los psiquiatras norteamericanos, ofrece una serie de criterios diagnósticos. Si antes las enfermedades mentales eran unas pocas, ahora se describen más de trescientas. Para la esquizofrenia se ofrecen una serie de síntomas debiendo padecer algunos de ellos para hacer el diagnóstico. Cualquier profano pensaría que dependiendo del tipo de síntomas nos encontraremos ante una u otra cosa. Nada de eso, el paciente debe presentar dos síntomas, entre los cinco descritos en el primer apartado, durante un mes y cumplir con los cinco apartados restantes, alguno de los cuales exige, como mínimo, seis meses de duración para ratificar el diagnóstico. Es de los diagnósticos más elaborados. Aparte se ofrecen también, con toda exactitud, los criterios diagnósticos para otros cuadros esquizofreniformes.

De la DSM-IV podríamos hablar indefinidamente, pues ella es la que mejor encarna los prejuicios de los psiquiatras, avalado por la relevancia de la ciencia en Norteamérica. No es éste el lugar, pero sí es preciso hacer una serie de reflexiones. En primer lugar que no se trata del resultado de ninguna investigación, sino de acuerdos entre los psiquiatras. Se reúnen y, según su experiencia clínica, cada uno manifiesta lo que considera más específico de las enfermedades en cuestión, lo que se concreta en un relato de síntomas. Si no se ponen de acuerdo se hace una votación. En realidad no están muy lejos de los teólogos cuando consensúan el sentido de las palabras. Si no existen investigaciones empíricas que los justifiquen, que no las hay, puede que hablen de lo inexistente. Pero el prejuicio fundamental es que nadie duda de que están diagnosticando una enfermedad y que están especificando sus criterios diagnósticos. En el prólogo mismo nos aclaran que ellos no dicen nada del sujeto que la padece, sino de su enfermedad. Se supone que si curamos la enfermedad, como quitamos una piedra, el sujeto queda sano. Esto puede que ocurra en la medicina somática, pero es inconcebible en la psicológica. Las alteraciones psicológicas nos están hablando del sujeto y no de una supuesta enfermedad. Los psiquiatras prefieren pensar de otra manera más sencilla y que no complica tanto la relación con sus pacientes. Aunque no son pocos, en el mundo entero, los que utilizan los criterios de la DSM-IV, no aportan cambios revolucionarios. De la I a la IV edición se han ido abandonando los presupuestos psicoanalíticos, para hundirse más en la medicina. A los promotores de la última se les conoce por neokraepelianos en recuerdo del psiquiatra alemán.

Pero lo más esperpéntico de estos criterios diagnósticos es que pueden ser utilizados por cualquiera. No hace falta saber medicina o psicología para diagnosticar, es suficiente con tener el

manual a mano, o el breviario en el bolsillo, para que cualquiera pueda establecer un diagnóstico con toda precisión. No cabe duda de que el psiquiatra está más pendiente del breviario que del paciente, para determinar las pastillas que debe prescribir. Además, muy americano, siempre ofrecen para cada enfermedad una serie de síntomas de los que, aleatoriamente, debe el paciente padecer dos, tres o cuatro. El término de neurosis, por su raigambre psicoanalítica, ha desaparecido. El éxito de los criterios diagnósticos, a pesar de sus irrationalidades y prejuicios, es sorprendente, lo que pone de manifiesto la necesidad que tenemos de ellos.

El estar de acuerdo sobre lo inexistente impide conocerlo. Uno de los motivos por lo que no se conocerá la causa de la esquizofrenia, la locura por antonomasia, es porque bajo este confuso término se ocultan realidades diversas. Si se descubre una alteración orgánica en un paciente diagnosticado de esquizofrenia, no la tendrán todos los que reciben ese diagnóstico. Los que la tengan, como ya ha sucedido, serán tratados por los neurólogos. Ahora nos interesa saber qué piensan los psicólogos.

NUESTROS PSICÓLOGOS

Junto a los psiquiatras y psicoterapeutas que se ofrecen para ayudarnos están los psicólogos. Califico así a los que han estudiado psicología en la universidad y tienen ese título oficialmente reconocido. No son todos iguales, pero tienen en común el haber sido formados en lo que yo califico de psicología académica. Esa psicología que se enseña en nuestras universidades. En otros países ocurre algo parecido, pero vamos a centrarnos en el nuestro, que es el que mejor conozco. La primera promoción de psicólogos, bastante reducida, salió en Madrid y Barcelona. Hoy día son muchas las universidades que expenden este título y hubo un momento que la psicología era la tercera carrera más solicitada.

Durante unos quince años, antes de existir la licenciatura, era posible estudiar psicología en la Escuela de Psicología de la Universidad de Madrid. Estaba situada en la antigua universidad de la calle San Bernardo. Constaba de dos cursos. Un primer curso común y un segundo especializado en psicología clínica, industrial o pedagógica. Sólo podían inscribirse los licenciados. También, cómo no, curas y monjas. Los promotores y directores de esta Escuela eran varios catedráticos de la universidad franquista formados en la filosofía escolástica. También estaban los psiquiatras oficiales. Sus directores ejercieron a su manera el autoritarismo y son, sin duda,

responsables de lo que ocurrió después. La actitud de nuestras facultades de psicología suele ser la de tenerlos como padres benefactores de la psicología científica, que es la que ellos defendían.

Yo he conocido y sido profesor desde la Escuela de Psicología hasta la actualidad. Puedo describir en primera persona lo que he vivido y que no se diferencia en lo esencial de lo acontecido en otros países a los que estábamos mimetizando. Psiquiatras y psicoterapeutas estaban representados, pero la aspiración de hacer una psicología empírica, científica a ser posible, es el núcleo.

Recordemos que la psicología empírica surge a finales del siglo XIX. Hasta ese momento eran los filósofos, además de los religiosos, los que se ocupaban del hombre. Intentar conocerlo mediante las experiencias de laboratorio suponía analizar los elementos que, una vez asociados, configuraban la arquitectura humana. Se estudiaban primero las sensaciones, con el convencimiento de que un conjunto de sensaciones organizadas darían lugar a la percepción. Las percepciones asumidas a las representaciones y todo unido al pensamiento y psicología humana. Pronto los investigadores se dieron cuenta de que las sensaciones, que daban por supuestas, no existen en sí mismas. Existen percepciones que dan sentido a las supuestas sensaciones, que pueden variar en una u otra situación. Hay que estudiar las formas. Estamos en la época que los psicólogos se solazan en enseñar dibujos que, con las mismas sensaciones, tienen significado opuesto o diferente. Tampoco se progresa mucho en este camino, y se supone que son las estructuras cerebrales las responsables de la forma o *gestalt* percibida. En este momento no se piensa en ayudar a nadie, sino en conocerlo. Eso sí, surgen los tests de inteligencia, que son la aportación más importante de la psicología empírica y son conocidos y utilizados por todos. En realidad tienen poco que ver con los trabajos de laboratorio, mucho más con la estadística.

De la época de los laboratorios nos queda poco. Estudios de las sensaciones, del tiempo de reacción y del reflejo psicogalvánico. Se trataba de poner en relación la intensidad de las estimulaciónes con el nivel de sensación. Así surgen los famosos umbrales. Determinar el tiempo transcurrido entre la estimulación y el tiempo de reacción. Ver cómo cambiaba la conductividad de la piel cuando el sujeto recibe una descarga eléctrica u otra estimulación. En realidad estaban tratando de poner en relación lo psíquico con lo somático y los conocimientos del momento no habían progresado tanto como para conseguirlo. Trabajo en balde sobre temas irrelevantes.

Como el ser humano resultaba muy complicado los psicólogos de laboratorio recurrieron a los animales, con el convencimiento de que con ellos todo sería más fácil y podrían extender sus conclusiones a los humanos. Cómo aprenden las ratas, las palomas o los perros era decisivo. Ya dijimos que ni aprendieron de los animales y destruyeron el conocimiento humano. Las neurosis, a que nos hemos referido, eran aprendidas. La comparación del comportamiento animal con el humano era la regla y se repetían una y otra vez las mismas afirmaciones. Esto no ha sido superado por completo, porque de tiempo en tiempo vemos cómo un psicólogo de laboratorio ha descubierto en los animales las causas de los conflictos humanos.

Las pretensiones de la psicología empírica se difuminan. La aparición del psicoanálisis, y su éxito, también se explica por el vacío que dejan los laboratorios. Es preciso cambiar. La proposición de cambio viene de Watson, un psicólogo norteamericano. Olvidémonos de lo psíquico y quedémonos en lo que hacemos. Lo que ocurre en nuestro interior es irrelevante. Lo importante es nuestra conducta, que está en función de los estímulos recibidos. La psicología se transforma en la ciencia de la conducta. El cambio

es abismal. Mucho más para nuestros escolásticos de Madrid, que tras la segunda guerra mundial se pasan al bando de los vencedores y terminan por arrasar en nuestras facultades. Para ejemplificar la importancia de sus conclusiones a Watson le gustaba repetir, jocosamente, que le dieran un niño y que podía hacerlo presidente de los Estados Unidos. También, jocosamente, nosotros podemos decir que, después de lo que vemos, no nos extraña.

La psicología conductista da un vuelco a la psicología. Todo es aprendido y todo se puede desaprender. De la psicología del aprendizaje sabemos por los estudios de laboratorio. A partir de ellos podemos conseguir que alguien aprenda algo deseado y desaprenda lo indeseado. Los psicólogos se lo creen todo y lo ponen en práctica. La modificación de conducta, que es una asignatura en nuestras facultades, trata de ayudarnos. Es muy fácil, se elimina lo indeseable y se sustituye por lo deseable. Nuestros psicólogos académicos no ven más allá. A mí, que me interesaba el ser humano, me resultaba esperpéntico estar de profesor en estas facultades de psicología. Para cada tratamiento especificaban con toda exactitud los métodos de intervención y se mostraban orgullosos de los éxitos obtenidos. De cara a los psicoterapeutas era fácil, pero sus pacientes no podían decir lo mismo. Los principios de psicología del aprendizaje que creían aplicar los sacaban de los animales. Con el paso del tiempo ellos mismos se fueron dando cuenta de que si lograban cambiar determinadas conductas humanas, era muy difícil saber a qué principios respondían. Todos los datos venían a confirmar que cualquier teoría era válida para dar razón de los cambios. Lo que sí parecía jugar un papel fundamental era la relación que el paciente establecía con su terapeuta conductista. Pero eso ellos no querían verlo, porque les hacía acercarse peligrosamente a la rechazada psicoterapia. No olvidemos que muchos de sus llamados tratamientos eran

violentos o inhumanos, porque no dudaban en utilizar el castigo para modificar las conductas indeseables. Hay películas sobre ello.

Nuestros psicólogos salían de la universidad, unos pocos, prestos a poner en práctica algo que desconocían, pero que estaban seguros de conocer. La mayoría trabajaban en otras cosas porque no encontraban un oficio de acuerdo con su formación. También eran más lo que se dedicaban a psicoterapia que a modificación de conducta. Como en la universidad no lo habían estudiado se inscribían en alguna de las muchas escuelas de psicoterapia. Otros se limitaban a actuar como tales. Es triste pensar que sus conocimientos en psicopatología, imprescindibles para la clínica, eran muy deficitarios. También sabían poco de los niños cuando los trataban. Si empleaban con ellos la modificación de conducta, manipulaban a alguien que desconocía lo que le estaban imponiendo.

El conductismo no es, desde luego, psicología. A lo más estudio del comportamiento. La Psicología se ocupa del sujeto humano y debe utilizar sus conocimientos para ayudarlo. Era triste ver que los alumnos se inscribieron en una facultad con la intención de conocerse a sí mismos y a los otros, y lo que aprendían no tenía nada que ver con eso. Muchos la abandonan pronto, pero otros muchos eran absorbidos por los prejuicios que provenían de los sabios de esta tierra. Por lo menos de los que tenían que enjuiciar sus exámenes. En mi labor docente he sido siempre consecuente con mis planteamientos. He procurado difundirlos, pero la realidad era que la psicología oficial, o lo que fuera, iba en otra dirección. Para hacer carrera académica no se podía estar de mi parte. En los concursos para profesores tampoco se podía estar de mi parte. En los tribunales para profesores o catedráticos tenía que pasar por la vergüenza de ver cómo se consagraban candidatos

que no tenían muchos conocimientos de los problemas humanos. Se los habilitaba ante mis ojos, y con mi voto en contra, para seguir difundiendo los mismos prejuicios.

El número de psicólogos académicos ha aumentado en los últimos años. Cuando salieron de sus facultades se encontraban desarmados ante su profesión, pero pronto, condicionados por la demanda de ayuda, se consideraron en perfectas condiciones para hacerlo. Tal como habían aprendido, los principios bien conocidos de la psicología del aprendizaje lo explicaban todo. El miedo a volar, a hablar en público, las obsesiones, la tartamudez, la angustia, la depresión, las alucinaciones, la delincuencia, etc. Todo era aprendido. Pavlov, Skinner y Bandura eran sus referencias científicas. Referencias, hoy bien lo sabemos, que no nos enseñan nada sobre el ser humano. También reeducarles era sencillo. Si Pavlov nos descubrió los reflejos condicionados, por el camino inverso, la desensibilización sistemática, se podrían curar las fobias y angustias. Si Skinner nos enseñó que las conductas reforzadas se hacían más frecuentes, era preciso castigarlas o no reforzarlas. Si Bandura nos dijo que imitamos las conductas que reciben gratificaciones en los otros, procuramos asumirlas nosotros mismos. Era suficiente proyectar modelos que recibían castigos por la conducta rechazable. Homosexuales y delincuentes fueron tratados de esta manera y también todos los que aparecían por sus consultas. Puede que nos resulte extraño, pero sólo estaban haciendo lo que les habían enseñado.

Muchos profesores de la facultad de psicología estábamos asombrados de a lo que había llegado la psicología. Los psicoterapeutas, con todos sus prejuicios, no ignoraban tanto al ser humano. A mí no se me hubiese ocurrido nunca, como les decía a mis alumnos, consultar a ninguno de mis colegas si tenía un problema. Prefería contárselo a la primera persona que pasaba por la

calle. Pero ni entre ellos mismos se pedían ayuda. Eran sus clientes los que la solicitaban, pensando que estaban acudiendo a un científico, como ellos decían. Los psicoterapeutas seguían con sus prejuicios tradicionales y sus clientes no dudaban que con ellos se conocían más a sí mismos.

Con estos planteamientos no nos extraña que nuestros psicólogos académicos despreciasen a los psiquiatras. Lo que éstos hacían no era ciencia y debían buscar sus propios fundamentos. En vez de la tradicional psicopatología que estudiaban sus adversarios ellos proponían la Psicología Anormal. Repetían que se aprendía, igualmente, que la normal, sólo la valoración social de los resultados era la que la hacía considerarla anormal. Los desequilibrios psicológicos provocados por enfermedades cerebrales conocidas no era de su incumbencia. Si acaso, una vez producidos, podían aplicar a ellos los principios bien conocidos de la psicología del aprendizaje. También rechazaban el título de psicólogo clínico, que respondía a conceptos médicos y que, en la práctica, actuaban como ayudantes de los psiquiatras. Era absurdo hablar de enfermedades o alteraciones mentales. No había que diagnosticar nada, sino evaluar cliente por cliente, mediante tests y pruebas estandarizadas, para después poner en práctica los principios bien conocidos de la psicología del aprendizaje. Todo parecía funcionar correctamente. La única pega es que no sabíamos cuáles eran esos principios.

Estamos hablando en pasado, pero es lo que piensan nuestros psicólogos. Es lo que aprendieron en la universidad, aunque cuando terminaron la carrera estaban convencidos de que no sabían nada de psicología. En su práctica profesional, eran seres humanos, se dejaban llevar también por pensamientos más sensatos, que los aproximaban a los hombres de la calle. Es lo que hacen cuando leemos u oímos que en los accidentes graves se

recurre a los psicólogos. Ayudan porque lo hacen sensatamente, pero no por sus conocimientos académicos. Seguramente, su formación universitaria, unida a su madurez, es lo efectivo. Pero lo que yo me planteo es si es posible otra Psicología que nos enseñe más sobre nosotros mismos.

Nuestros psicólogos, apoyados en una supuesta ciencia, parecen estar en las antípodas de nuestros curas. No lo están, pues también tienen sus propios prejuicios, que imponen sin elección, a sus clientes. La diferencia es que estos prejuicios no los llevan fuera del mundo a una transcendencia vacía, sino que están al alcance de la mano. Ésta es la razón de que su labor, contando con su sensatez, podamos considerarla positiva. Pero lo que estamos buscando es otra cosa; si es posible la existencia de otra Psicología, porque siempre hemos sabido que los seres humanos se pueden ayudar los unos a los otros.

La oferta y la demanda mantiene la profesión de nuestros psicólogos, que han terminado por convencerse, no todos, de que sus planteamientos son insostenibles. En los últimos años los psicólogos académicos norteamericanos, como siempre, han empezado a darse cuenta de que el hombre piensa. No es que no lo supieran, lo sabemos todos, sino que no se consideraban en condiciones de hacer un estudio científico de nuestras capacidades cognitivas, a pesar de que hace casi un siglo que aparecieron, en Europa, las pruebas de inteligencia. Nuestros psicólogos aceptan lo cognitivo, aunque algunos persistan en su conductismo recalcitrante. No hace falta que renuncien a lo que saben, sólo añadir los trabajos empíricos sobre el conocimiento humano. La mayoría optan por esta dirección que les aproxima más a los psiquiatras. Nuestras facultades de psicología los expulsaron a casi todos, para colocar en su lugar a profesores que no tenían ni idea de la psicopatología tradicional, que data de cientos de años. Pretendían partir de cero

y, en mi opinión, en la nada se quedaron. Ahora reclaman el título de psicólogo clínico y luchan por todos los medios para que lo consideren una profesión sanitaria. Ser psicólogo clínico, en las actuales circunstancias, no es fácil. Debe obtener una de las pocas plazas del PIR para hacer la especialidad, que se desenvuelve en el campo de la clínica y los hospitales. Con todo lo que aprendieron deben comenzar de nuevo, y no nos sorprende que los psicólogos que aprobaron el PIR se ofrezcan como directores de cursos de psicología clínica. Los MIR en medicina son aprendices, pero los PIR, en las mismas condiciones, son profesores. No les falta razón, porque lo que se aprende en las facultades de psicología no tiene nada que ver con la clínica.

Los psicólogos que no pasan el PIR no pueden, teóricamente, dedicarse a la clínica. Se hace la excepción con los que trabajaban durante años en este campo y pueden justificarlo. Esto lleva a la situación que son muchos los psicólogos jóvenes que se ven obligados a practicar la clínica sin el título correspondiente. Yo siempre les digo a mis alumnos que cuando terminen la carrera pueden dedicarse a lo que quieran. Es el estado el único que tiene que darles permiso. A un médico no podría decirse lo mismo, pero los psicólogos no tienen por qué pagar la factura de nuestra psicología académica. Es el estado el que tiene que velar por ellos. En la práctica, vuelvo a insistir, son muchos los psicólogos psicoterapeutas que se mueven en la clínica. Con título o sin título, pero suelen inscribirse en alguna organización privada. Lo que aprendieron en la facultad no les vale para nada.

Los planteamientos de los psicoterapeutas, como hemos dicho, carecen de fundamentos científicos. Son prejuicios que se transmiten y asume la sociedad. Por eso no nos extraña que en los sitios más diversos se cite a Freud, Jung o Adler para apoyar determinados argumentos. La sociedad comprende a estos filósofos de la Vida, pero no sabe

de qué hablan los psicólogos académicos. A modo de ejemplo diré que los libros sobre psicología que se venden en los grandes almacenes tienen planteamientos propios de la psicoterapia. Los de la psicología académica no los encontramos, porque no responden a lo que deseamos. Esto no nos disculpa de olvidar la ciencia, porque por muchos prejuicios de los que se parta al final se impondrá la experiencia.

Desde hace más de tres décadas existen multitud de trabajos de investigación que tratan de estimar la efectividad de la psicoterapia. Todos vienen a coincidir en que puede ser efectiva, pero mucho menos de lo que pensamos. La menos efectiva parece ser el psicoanálisis. Puedo decir que no he encontrado ningún psicoterapeuta que los conozca. Me parece escandaloso que se dediquen a algo cuyos efectos desconocen. Todos repiten que los resultados los ven ellos mismos y que con eso tienen suficiente. También es suficiente para los psicólogos académicos, según sus prejuicios, saber que la psicoterapia no cura. Hay un libro publicado por varios catedráticos de modificación de conducta en el que se afirma, sin el más mínimo rubor, que de la psicoterapia no hablan porque no existe ningún trabajo científico sobre ella. Sus prejuicios les llevan, a pesar de su nivel, a ignorar lo evidente. Hay miles de trabajos sobre ello y hechos con la mejor metodología posible. Lo mismo que hay muchos manuales que resumen sus resultados. No ver lo que no está uno en condiciones de ver es la regla. Los prejuicios nos dicen todo y no podemos discutirlos. Lo lógico sería que ellos, líderes de la ciencia psicológica, los conocieran. No es así. Eso es lo que aprenden nuestros psicólogos.

Las investigaciones sobre resultados de la psicoterapia y la modificación de conducta no son fáciles. Es preciso tomar un grupo de pacientes y dividirlos, al azar, en dos: uno el grupo experimental, que recibe el tratamiento, y otro el grupo control, que no lo recibe. No faltan los problemas deontológicos, pues se debe

dejar de lado a muchos pacientes que lo necesitan. Lo habitual es que los no tratados reciban una atención inespecífica. Son muchos los que mejoran sin el tratamiento en cuestión. Al final, pasado un cierto tiempo, se evalúan con pruebas psicotécnicas los resultados. Si los grupos se diferencian significativamente, porque los del experimental han mejorado más, el tratamiento es efectivo. Lo mismo y con más facilidad puede hacerse con técnicas de modificación de conducta. Para eliminar variables extrañas se recurre a que ni los que valoran ni los que tratan conozcan las características de las personas tratadas. Los resultados los valoran otros psicólogos que desconocen casi todo.

No podemos detenernos con los resultados de estas investigaciones, baste decir que del optimismo inicial, de que todo curaba, se ha pasado a un cierto escepticismo, lo que no oculta que los medios de tratamiento parecen ayudar. El motivo por el que ayudan es discutible e interpretable, pero de las tres grandes variables que se dan cita —diagnóstico, tratamiento y terapeuta— parece ser esta última variable la que juega un papel fundamental. Volvemos a lo de siempre, un ser humano puede ayudar a otro cuando la relación que establece con él es positiva. Las investigaciones a que nos referimos no se diferencian, en lo esencial, de las que hacen los psiquiatras para estimar el efecto de sus fármacos. Al grupo experimental se le administra el fármaco y al grupo control no. Si la diferencia es significativa, el fármaco es efectivo. También se investiga el efecto placebo, utilizando un tercer grupo que recibe los mismos comprimidos pero sin ninguna sustancia efectiva. Todas las investigaciones concluyen que mejoran más el grupo experimental y el grupo placebo que el grupo control. En más de la mitad de los casos no es posible diferenciar el grupo experimental del grupo placebo, lo que pone de manifiesto el efecto sugestión o placebo. En los trabajos bien diseñados los

médicos no saben si tratan con el psicofármaco a investigar o con el placebo, los que valoran los resultados son unas terceras personas ajenas a la investigación, que tampoco conocen a qué grupo pertenecen los que están valorando. Los laboratorios, claro está, no están muy interesados en esta rigurosidad.

No vamos a seguir hablando, por el momento, del efecto placebo o sugestión, que juega un papel decisivo en la ayuda psicológica. Nuestros psicólogos académicos cuentan con su ciencia y su práctica, que parece ubicarles en el campo de la ciencia. Es lo que reclaman. Los escolásticos promotores de la psicología empírica estaban convencidos, como era propio del franquismo, de la armonía entre fe y razón. La religión y la ciencia no se contradicen, sino que se apoyan mutuamente. Los primeros catedráticos decanos de nuestras facultades eran curas. Ahora ya no quedan, lo mismo que los psiquiatras. La ciencia, como cabía esperar, erradicó la religión. Pero a pesar de todas sus protestas, no puede decirse que nuestras facultades de psicología destaquen por su rango científico. Se limitan a repetir, estereotipadamente, lo que dicen los psicólogos académicos norteamericanos. No hace falta más que ver los libros de texto que utilizan nuestros psicólogos. Hacen actos repetidos de fe en la ciencia, pero la desconocen. Llevan a cabo multitud de supuestos trabajos científicos, pero ignoramos sus aportaciones. Casi no existen. Por eso no debe extrañarnos que nuestros psicólogos desconozcan los mismos trabajos que ellos mismos dicen defender: los trabajos de investigación sobre psicoterapia y modificación de conducta. Son como aquellos médicos de antaño que confiaban en su ojo clínico para resolver los problemas que se les planteaban. No son los únicos profesionales que desconocen su profesión. Muchos se limitan a hacer propaganda de sus servicios y a dar una buena imagen.

Si nuestros psicólogos se alejaron de los curas, ahora no dudan en acercarse a los denodados psiquiatras. Los curas se equivocaron cuando creyeron ver en la naciente psicología empírica un apoyo para sus prejuicios. Así no conocían más la supuesta alma que defendían, sino algo diferente que comprometía sus creencias. Los psiquiatras seguían en su línea de siempre. Diagnosticar enfermedades y mandar medicamentos.

Cuando nuestros psicólogos, porque lo dicen los norteamericanos, hacen de la psicología también el estudio empírico del conocimiento humano, no cambia mucho la situación. Ahora la psicología además de la conducta estudia lo cognitivo. De nuevo volver a copiar lo que hacen otros sin estar preparados para ello. Esto es así, porque la formación de nuestros profesores de psicología es tan pobre que no pueden afrontar metas muy complicadas. Pero han aprendido una cosa: que las alteraciones psicológicas lo son también del conocimiento humano. La depresión siempre ha sido considerada una alteración afectiva del estado de ánimo. Para nuestros psicólogos lo es cognitiva, por lo que también tienen que ser cognitivas las terapias. Repetirán hasta la saciedad que el pensamiento negativo de los depresivos es preciso hacerlo positivo. Se dan instrucciones para que lo cambien, como negarse a mantener pensamientos negativos y obligarles a pensar sólo en lo positivo. Hay que ver el vaso medio lleno y no medio vacío, repiten.

Las terapias cognitivas, como la racional emotiva de Ellis, no parten de la psicología académica, como cabría esperar. Este psicólogo, conocido mundialmente, se inventó su propia psicología decepcionado por la psicoterapia tradicional. Hay que hablar con los pacientes depresivos y demostrarles, claramente, que su visión negativa de la vida no tiene sentido. Nuestros psicólogos repiten estereotipadamente las frases que animan a concebir la existencia como positiva. Eso es lo que deseamos todos; es lo único que

queremos y nuestros psicólogos parecen haber dado con la piedra filosofal. Lo que ofrecían curas y filósofos lo ofrecen ellos ahora. También nos piden un acto de fe en ellos. Tengo que creer en ellos y aceptar que me digan lo que tengo que pensar. Mi libertad parece haberse esfumado. Si consigo el bienestar todo vale.

Yo no creo que podamos sacar a los depresivos de su visión negativa y sin futuro de vida mediante ejercicios mentales. Cuando tenemos un amigo deprimido le damos consejos y al final concluimos en decirle que tiene que salir él de esa situación. Familiares y amigos le repetirán esto mismo que le hundirá más. Si cayó en la depresión está dando muestras de que no puede salir. Al final, los antidepressivos, las drogas, lo conseguirán. Los trabajos empíricos muestran que las técnicas cognitivas pueden ser efectivas. Existe el efecto placebo en cualquier tratamiento y será más fuerte mientras más creamos en nuestro psicólogo. También usarán técnicas para aumentar la autoestima, porque están convencidos de que la valoración positiva de uno mismo nos ayuda. Nada más lejos de la realidad, como muestran multitud de investigaciones empíricas. Es el daño que hacen muchos psicópatas y dictadores, que están convencidos de ser superiores y salvadores de los otros.

También para ellos los esquizofrénicos tienen una alteración cognitiva. Esto casa más con la creencia de los psiquiatras. Pero también con el saber popular, que considera el decir locuras lo propio de los locos. De su distanciamiento de otras disciplinas es triste ver a nuestros psicólogos académicos dogmatizando sobre sus propias teorías e ignorando lo que sabemos desde hace siglos. Descubren continentes ya descubiertos por lo alejados que suelen estar de la clínica psiquiátrica. Ya nos lo han dicho: lo que observamos en los esquizofrénicos es aprendido y se manifiesta en alteraciones cognitivas que repercuten en toda su psicología. Por fortuna son los psiquiatras los que los tratan con sus antipsicóticos,

que aunque no los curen hacen su vida más llevadera. Si nuestros psicólogos intervienen es para labores más secundarias, como mejorar su socialización. Primero medicamentos y después socialización, eso es todo lo que podemos hacer.

Los psiquiatras también se han dejado influenciar por la psicología académica. Cuando leemos sus publicaciones no podemos muchas veces distinguirlos de las de los psicólogos. Están planteadas de forma muy parecida. Esto no debe extrañarnos, puesto que los psiquiatras se ven obligados a tomar de fundamento la psicología que existe en el momento. Los cirujanos tomaron la anatomía y la fisiología para sus intervenciones, ellos, la psicología y la psicopatología para diagnosticar enfermedades. La DSM-IV, de la que hemos hablado, es el resultado del encuentro de psicólogos clínicos y psiquiatras, aunque el peso de los segundos sea mucho mayor.

Nuestros psicólogos han terminado por renunciar a su psicología anormal para entregarse sin condiciones a la psiquiatría. Esta renuncia a su identidad es fácil de explicar. En primer lugar hemos de tener en cuenta la insuficiencia de sus planteamientos, a lo que debemos añadir el poder de facto con el que cuentan los psiquiatras. Están en la seguridad social y son los que tratan, oficialmente, los desequilibrios psíquicos. La utilidad de los medicamentos que recetan no se le escapa a nadie. La mayoría de personas que tienen problemas psicológicos son tratadas por los psiquiatras. Nuestros psicólogos luchan sin descanso para jugar un papel en la clínica. Lo han conseguido en parte, pero la autoridad de los psiquiatras nadie la discute. Sólo ellos pueden recetar medicamentos, que todos aceptamos sin más discusión.

La negativa a diagnosticar enfermedades y sustituirla por la evaluación conductual ha perdido fuerza. Nuestros psicólogos diagnostican ahora con los mismos criterios que los psiquiatras. Lo hacen en sus consultas y en sus investigaciones. La DSM-IV es

la referencia inevitable cuando seleccionan una muestra para sus investigaciones clínicas. No la discuten y no pocos creen, como he podido comprobar, que está hecha por psicólogos. Ya hemos dicho que seguir en esta línea de prejuicios impide que sepan lo que están investigando. Para ellos es lo mismo. Es el lenguaje que todos emplean y es entendido por todos. Por eso no debemos esperar de ellos nada extraordinario. Repiten lo mismo, con la convicción del que ignora lo que dice.

Un tema para el que no estamos preparados es el de los trastornos psicósomáticos. Nuestros psicólogos menos aún. Desde todos los tiempos se ha creído en las relaciones del alma y el cuerpo o, más tarde, de lo psíquico y lo somático. Eran estas relaciones psicósomáticas las que ocupaban a los primeros psicólogos europeos en sus laboratorios. No averiguaron nada más allá de lo que era evidente. En nuestras facultades, teóricamente, se estudia psicobiología, pero se ignoran las enfermedades somáticas. Es difícil poner en relación lo psíquico y lo somático, lo hemos repetido, y más aún cuando no se conoce. Quiere decir que no debemos esperar de ellos que nos ayuden en este campo. A lo más, nos enseñarán técnicas para bajar la tensión arterial o regular el corazón, pero los medicamentos pueden muchísimo más. Nuestra medicina no está preparada tampoco para diagnosticar el componente psicológico que tienen todas las enfermedades orgánicas. Fueron los psicoanalistas los que primero se ocuparon de ellas y en nuestro país la figura de Rof Carballo. Pero no ha quedado nada. Nuestros psicólogos no conocen las enfermedades orgánicas, por lo que muy difícilmente pueden visualizarlas desde el punto de vista psicológico. En el resto de los países la situación no es muy diferente, porque la agilidad de la medicina organicista no admite competencia. Aunque se avanza en este terreno, aún no parece haber llegado la hora.

Otra faceta en la que nuestros psicólogos no están muy preparados es para la evaluación y tratamiento de las problemáticas evolutivas. El paso previo es conocer la evolución psicológica bien, para poder hacer después una estimación de sus variaciones. Yo he comprobado que mis alumnos no estaban preparados para ello. No obstante es frecuente oírles que cuando terminen la carrera se dedicarán, transitoriamente, a tratar niños con dificultades de adaptación o aprendizaje. Lo más difícil en teoría, pero que en la práctica se traduce en hacer lo que solicitan los padres que son los que pagan. Todos los trabajos empíricos ponen de manifiesto que los niños que fueron tratados psicológicamente durante la infancia, no tienen un futuro significativamente mejor que los no tratados. Los mismos disléxicos no parecen mejorar más que los no tratados.

Dada mi experiencia docente, que siempre ha sido en la universidad y en la facultad de psicología, he tenido buena ocasión de conocer a nuestros psicólogos. Como cosa positiva puedo decir que se dejan influenciar poco por los éxitos editoriales. Están más pendientes de lo que pasa allí, en su facultad. Nuestro sistema universitario no consiste en razonar, sino en aprenderse las cosas de memoria. Sólo el tiempo suficiente para repetirlas y aprobar el examen. Lo que aprenden en una materia no lo relacionan con otra; son dos exámenes diferentes. Al principio se muestran orgullosos, si se lo creen, de estar haciendo una psicología científica. Se lo han repetido miles de veces. Los que no abandonan los estudios, cuando están viendo el final de ellos, se sienten angustiados. No saben en qué trabajarán y no se consideran preparados para nada. Entonces se paralizan o, por el contrario, quieren terminar cuanto antes para aprender algo útil. Las materias que explico, muy relacionadas con la clínica, suelen interesarles, más que por la materia misma por el diferente planteamiento que hago de las

cosas. No se trata de algo revolucionario, sino simplemente de tomar conciencia del estado de la cuestión de los temas a tratar. No pocos están encantados conmigo y me prometen, sin que yo se lo pida, que seguirán mi línea de reflexión. Cuando terminan la carrera todo cambia. Reconocen que tengo razón, pero eso no es lo que quieren los demás. Ni nuestros psicólogos, ni nuestros psiquiatras, ni nuestros curas. Les parece muy bonito en teoría, pero no se atreven a llevarlo a la práctica. Yo estoy orgulloso de que me recuerden con cariño, aunque no quieran saber mucho de mí.

La psicología que aprenden nuestros psicólogos debe cambiar, aunque sus prejuicios no se diferencien en lo esencial de los que tienen otros. Todos sabemos que nuestro nivel pedagógico es bajo y que nuestras universidades no van a la zaga. En el mundo de la ciencia no estamos mal, pero todo se empobrece cuando nos alejamos de ella. La psicología académica, que pretende ser científica, es un buen ejemplo de ello, aunque sus profesores repitan machaconamente lo contrario. Nuestros psicólogos sólo han oído eso y no han tenido nunca la ocasión de practicarlo. En todo el tiempo que llevo en la universidad sólo he podido comprobar el interés de los profesores en conservar su puesto, si es de funcionario mejor, y no crear problemas. Echar a un profesor es, prácticamente, imposible. Por eso yo la llamo, a la universidad, como el cuento, el Castillo de Irás y no Volverás. Tampoco están interesados en alguien que aporte nuevas ideas. Es mejor seguir con la rutina, lo que se traduce en recibir con alborozo a profesores mediocres.

Pero de lo que sí podríamos tomar conciencia es de la insuficiencia de los planes de estudio que asfixian a nuestros psicólogos. En primer lugar, que ofrezcan la posibilidad de entrevistar personas que solicitan ayuda durante toda la carrera. Lo hacen los que estudian medicina, pero nuestros psicólogos salen de la facultad

sin haber entrevistado a nadie. Reclaman ser una profesión clínica y no tienen nada que ver con la clínica. Sus profesores tampoco. Se desenvuelven en la omnipotencia del pensamiento autista, rechazando toda realidad que le contradiga, incluidos todos los trabajos científicos que dicen defender y conocer. Con cuatro ideas, prejuicios, en la cabeza lo resuelven todo.

Los fundadores de nuestra psicología académica, como escolásticos que hacían profesión de científicos, fueron los que impusieron su ramplonería. Hacer profesión de científicos, como hacían profesión de fe, y seleccionar un profesorado, de por vida, irrelevante. Ni psicoterapeutas, ni psiquiatras. Esta rotundidad alejó a nuestros psicólogos de la clínica para siempre. Por suerte allí estaban las terapias cognitivo-conductuales al alcance de todos. Es lo que practican, sin haberlo aprendido, una vez que salen de la facultad. La pobreza científica, de lo que presumen, es impresionante. Los mismos trabajos empíricos de sus maestros norteamericanos no pueden entenderlos. Ese tomar palabras, como afectos, sentimientos, estados de ánimo o emociones, intentando delimitarlos empíricamente, supone un grado de razonamiento para el que no están preparados. Tampoco los psicólogos norteamericanos lo están mucho, pero no tienen inconveniente en recurrir a los pensamientos de nuestros filósofos de la Vida. Ellos ni pueden ni saben, porque dicen, eso es filosofía. También las cosas que yo digo. Se han propuesto no saber nada del hombre. Es cierto que no todos son así, pero son los que identifican más a nuestras facultades. El resto, entre los que puedo incluirme yo, llevamos una vida autónoma, haciendo uso de la libertad de cátedra que nos concede el estado.

Los alumnos que reciben con ilusión la posibilidad de hacer una psicología científica terminan decepcionados. Pero cuando tienen que colocarse lo importante es encontrar trabajo. Hacen lo

que sea y se transforman en lo que hemos dicho. Es alentador que nos digan que la psicología es una ciencia. Ya no debo dejar mi destino a los azares de la vida, sino que podré controlarlo. Ni ciencia, ni psicología. No pretendo decir cómo deberían ser los planes de estudio. En mi facultad se cambian continuamente, poniendo especial atención en defender los intereses de los amigos. Hablo del tipo de profesores que necesitan, pensando en aquellos que pretenden ayudar a otros. Los que llamamos psicólogos clínicos.

Psicoterapeutas y psiquiatras deben figurar en los cuadros de profesorado de nuestras facultades de psicología. A ello hay que añadir la posibilidad de que sus alumnos hagan prácticas clínicas. Para eso hace falta que sus profesores salgan de la torre de marfil, mejor de hierro, y se pongan en contacto con el mundo que les rodea; con psicoterapeutas y psiquiatras. También con instituciones y hospitales que atienden a pacientes.

Lo que deben conservar, y poner en práctica, es su intención de hacer una psicología científica. Ése es el brillante que guardan y es preciso tallarlo. Los psicoterapeutas aportarán la práctica de atención a los demás. No deben adherirse a ninguna escuela. Todos son válidos, siempre que estén dispuestos a tallar el diamante. A comprobar empíricamente sus afirmaciones. Los alumnos no deben adherirse a una escuela, sino a la ciencia. Esto no es fácil, porque los psicoterapeutas se agrupan en escuelas que, como las órdenes religiosas, compiten entre ellas. Los mejores psicoterapeutas son, supuestamente, aquellos que no están dispuestos a cambiar en el momento que se les muestre lo contrario. Ya hemos dicho que existen multitud de trabajos científicos sobre psicoterapia que los psicoterapeutas suelen ignorar. Nuestros psicólogos no deben ser así.

Profesores psiquiatras que tengan un conocimiento humano partiendo de la corporalidad. Ni psicoterapeutas ni psiquiatras necesitan ser genios. Mejor si lo son, pero lo que importa es que

sean personas que ofrezcan su propio punto de vista, respetable siempre, pero dispuesto a cambiar si aparecen datos nuevos. Ellos no suelen agruparse en escuelas, porque tienen detrás toda la medicina, y el estado que les sustenta. Están en el mundo de la ciencia, aunque, como psicólogos, disten de ella. Aceptar los errores; que los psiquiatras vuelvan a ser profesores en las facultades de psicología. Además de sus conocimientos aportarán su enraizamiento social. Algo del que carecen los psicólogos. Cada palabra no alude a una realidad independiente, por mucho que queramos. En el campo de la ciencia, que es el que nos interesa, todo se confunde. La torre de hierro en la que se envuelven nuestros profesores de psicología, lo único que está dando fe es de su inseguridad y desconocimiento. Hay que salir y relacionarse con todos. Y mucho más si somos psicólogos que hablamos del hombre, principio y fin de todas las cosas.

También nuestros psicólogos necesitan maestros filósofos o humanistas. En la tradición de nuestros filósofos de la Vida, y que estén dispuestos a describirla, sin prejuicios, cómo se manifiesta. Nada de religiosos. Aquí podría encuadrarse otra Psicología que yo propongo y que da sentido a todo lo demás. Una Psicología que converge en la ciencia.

El propósito de la Psicología debe ser describir sin prejuicios la experiencia de la vida. Pero como esto no es posible, tomar conciencia en estas descripciones del papel, inevitable, que juegan los prejuicios. Esto que intentan hacer los literatos debemos hacerlo nosotros sin argumento. Para ello debemos seguir en la tradición europea y no renunciar a nuestra historia. Después de esto, debemos investigar empíricamente para enriquecer nuestras descripciones.

Entre los psicólogos que aceptan mis planteamientos está Laura, a quien aún no conocía cuando expuso la siguiente carta en el tablón de educación de la facultad de psicología de Madrid,

cuando yo había terminado mi labor docente en las aulas y que me hizo llegar un profesor de la universidad.

Gracias Carmelo,

Escribo esto cuando nos han dado las vacaciones. Estoy terminado de leer un libro que saqué de la biblioteca Antropología y Psicología, interesada por un autor específico del que escuché hablar a algunos compañeros, Carmelo Monedero. Hubiera sido un placer participar de sus clases, como lo está siendo la lectura de su libro, hacía tiempo que no me satisfacía una lectura así. Me está haciendo entender un poco más las cosas, que de eso se trata, de reflexionar y avanzar. Parece que no caía muy simpático por aquí, tal vez no aceptaron los demás su visión divergente de la realidad. Recuerdo la única ocasión que tuve de escucharle en una charla que dio en la facultad, creo que a modo de despedida, sólo había dos o tres profesores entre los asistentes, ¿por qué?, tal vez estarían tan ocupados como el resto del alumnado, que es incapaz de acudir a una charla de vez en cuando, siendo al final la universidad una prolongación del instituto sin que muchos participen de las actividades que ¡todavía! ofrece y de las que podrían aprender. Monedero fue claro, criticó la ciencia de la conducta que se considera la psicología, amenazó con que iba a hablar de cuestiones como el ¡amor! en la facultad de psicología, que le perdonáramos, pasando por advertirnos que si teníamos alguna posibilidad de ser psicólogos después de cursar la licenciatura nos habían castrado... Ahora estábamos llenos de prejuicios, de etiquetas, nos habíamos quedado estudiando la conducta y no el propósito, atendiendo una parcela de la realidad. La realidad objetiva sí, pero también la realidad íntima. La alienación o la libertad. La vuelta a la conciencia. Cuando hablamos del

desinterés del estudiante que cada uno mire su parte de responsabilidad. Me estoy leyendo ese libro en mi tiempo de ocio para aprender, sin un examen que me califique. A punto de acabar dejo atrás las aulas, con el buen sabor de boca que me dejaron pocos profesores que me hacían pensar, por los que merecía la pena ir a clase, implicarse. Atrás dejo otras muchas caras, la mayoría, que dictaron apuntes, venían con caras largas, amenazaban con exámenes y trabajos, que aburrieron y aburrieron, que hablaban de construir conocimiento y nos hacían memorizar, que hablaban de la necesidad de un cambio en la enseñanza y en la práctica no escucharon al alumnado. Algunos ni siquiera hablaban correctamente..., imagino que fruto de la endogamia universitaria que coloca a quien no debe. Del sistema de evaluación ni hablo. Como dice Carmelo Monedero «todos veían al rey desnudo y nadie se atrevía a decirlo».

A todo el que abre la mente, gracias.

Laura, alumna 5º curso psicología

LA SUGESTIÓN Y EL EFECTO PLACEBO

El poder que tiene el médico sobre su paciente va mucho más allá de la técnica que utiliza para curarle. Si estamos convencidos de que nuestro médico es una eminencia o que se interesa por nosotros mejoraremos mucho más que si creemos lo contrario. Ésta es la razón por la que muchos acuden a los médicos privados. No les cabe duda de que son mucho más buenos que los de la sanidad pública, que se limitan, estereotipadamente, a cumplir con su trabajo. Pocos son los que nos hablan con entusiasmo de estos últimos, mientras que se deshacen en alabanzas ante los otros. Algunos llegan tan lejos en su entusiasmo que no dudan en acudir a curanderos extraordinarios. Todos los sugestionados por sus benefactores se sienten mejor, que aquellos otros que muestran su descontento. Por lo tanto, dadas las circunstancias, las personas más seductoras tendrán más éxito en su profesión. Ya hemos dicho que todas las enfermedades tienen un componente psicológico. Sobre él actúan sus cuidadores.

Este efecto sugestión podemos medirlo. Sabemos por experiencia que existe, pero además podemos cuantificar sus efectos. Si queremos, por ejemplo, saber si un psicofármaco es efectivo, debemos administrárselo a unos pacientes, y a otros que creen estar tomándolo. Para valorar el efecto de todos esos antidepresivos

que están en el comercio es preciso que se los administremos a un grupo de pacientes, al mismo tiempo que a otro grupo le damos unas pastillas análogas diciéndoles que reciben un antidepresivo efectivo, pero que en realidad no contienen medicamento alguno. También, si queremos, podemos tomar un tercer grupo de depresivos que no harán ningún tratamiento, sólo la atención convencional de su psiquiatra. Si queremos ser rigurosos todos los pacientes deben ser diagnosticados con criterios análogos, e incluso medida su depresión con escalas realizadas para ello. Cada uno de los pacientes depresivos debe ser asignado, al azar, a uno de estos tres grupos. Los psiquiatras que los manejan, si queremos ser aún más rigurosos, deben ignorar a qué grupo pertenecen sus pacientes. Tampoco los que los evalúan tras seis meses de tratamiento. Si el antidepresivo que investigamos es realmente efectivo, el grupo tratado con él debe mejorar muy significativamente respecto de los otros. No ocurre así, las diferencias no son tan significativas. Nos sorprende comprobar que los que reciben las pastillas, con antidepresivo o sin él, suelen mejorar más que los que no las reciben y que en más de la mitad de los casos es imposible encontrar diferencias. Quiere decir que lo realmente efectivo no ha sido tanto el antidepresivo como la creencia en sus efectos. Esta creencia está avalada por el psiquiatra que, en realidad, no sabe lo que está tomando su paciente. Si el psiquiatra sabe los que toman y los que no toman el antidepresivo, mejoran más los que toman la supuesta sustancia efectiva. No cabe duda de que su psiquiatra, al estar convencido de lo que administra, es capaz de seducir más.

Los métodos para estimar el efecto de los antidepresivos pueden perfeccionarse indefinidamente. En cualquier caso sus resultados nos aportan mucha más información que la que intuitivamente creemos conocer. Tras cinco décadas de utilización masiva

de antidepresivos se concluye que los actuales no son más efectivos que los antiguos, a pesar de que nuestros psiquiatras acostumbran a recetarnos el último que se está comercializando. La sugestión, efecto placebo, es tanto o más curativa que los compuestos químicos. Los psiquiatras no suelen estar muy interesados en estos resultados. Las multinacionales menos aún; no en vano el gasto en antidepresivos es de los más elevados entre todos los medicamentos. La práctica clínica oculta las evidencias.

Los psiquiatras están seguros, y no les falta razón, de que los antidepresivos son efectivos, porque ayudan a los pacientes. Los mismos razonamientos podríamos hacer respecto de otros psicofármacos, que valen más para drogar que para curar. Pero nosotros, que ahora somos psicólogos, queremos investigar en qué consiste ese efecto placebo o sugestión. Después de estas consideraciones no nos extraña que las psicoterapias o técnicas de modificación de conducta tengan los mismos efectos. Pero también debemos preguntarnos si nos resulta rentable curarnos sin saber por qué.

Estamos hablando de trabajos científicos y por eso nos sorprendemos. No podemos imaginarnos que la psiquiatría, una rama de la medicina, pueda ser así. Es así por lo que tiene de psicología y el resto de especialidades también lo son, en cuanto aceptamos la presencia de factores psicosomáticos. Todos los pacientes son sugestionables y modifican su sintomatología. Lo que ocurre es que esta sugestión les lleva a depender de sus médicos cuyos designios se les escapan. Yo siempre digo que la medicina privada debería estar prohibida, porque aunque la sugestión parezca ayudar, en la práctica sólo se mantiene en la medida que dependemos de otro. Un otro que estará más pendiente de defender sus intereses que los nuestros. Es un ser humano por mucho juramento hipocrático que haga.

Las personas que nos sugestionan, sean psiquiatras o psicólogos, son sabios de esta tierra. Ya he dicho que en la Psicología que propongo, los prejuicios nos configuran. Nos hacen como somos y configuran, en correspondencia, el mundo en el que vivimos. Los prejuicios y lo que dicen las habladurías no suelo discutirlo, me acomodo a ellos. A poco que piense, está claro que si no son el resultado de mi experiencia lo son de la de los otros. Mi psiquiatra dice que este compuesto químico cura. Mi psicólogo, que una determinada técnica. Yo estoy allí para creérmelo y beneficiarme. Este acto de fe lo hacemos una y otra vez ante la ciencia. Cuando compro un televisor o un ordenador estoy seguro que funciona. Los fabricantes partiendo de los conocimientos existentes lo han hecho así. Yo no estoy en condiciones de comprobarlo, a no ser que sea un especialista en el tema. Pero estoy seguro que muchos podrán hacerlo. En cualquier caso, este voto de confianza concreto ni configura mi vida ni mi mundo. Eso ocurre con todos los conocimientos científicos. Están ahí, en los libros, y todos pueden comprobarlo. Cuando atiendo a un sabio de esta tierra, sin su palabra desaparece el mundo que ha creado para mí. Es lo que pasa con nuestro psiquiatra o nuestro psicólogo. Yo doy por supuesto que lo que dice está en los libros, pero como hemos visto no lo está tanto. Le hemos dado el don de la palabra a alguien que no la tiene. La utilidad de su ayuda está en función de que yo no estoy en uso de ella. Salgo beneficiado sólo en apariencia, porque me he transformado en un esclavo de otro, o, si resulta excesivo, le he concedido un papel protagonista en mi vida. Protagonismo que yo he perdido.

La historia de la sugestión es la historia de la sumisión del hombre por el hombre y, como no podría ser de otra manera, de la psicoterapia o ayuda psicológica. Cuando las religiones, ya lo hemos dicho, dominaban el mundo, los sacerdotes o predicadores

eran los sabios de esta tierra, aunque ellos insistían en hablar la palabra de los dioses. Todas las religiones son iguales, aunque las monoteístas dejan menos margen de acción. El sabio entre los sabios ha hablado y todos debemos callar. Si no callamos seremos destruidos. El ser humano, como hemos visto, busca ayuda en su infortunio. Antes recurriendo a los dioses, ahora a psiquiatras y psicólogos, además de a la ciencia en general. Éstos no le dan ninguna solución ante la muerte como hacían los sacerdotes. Pero estos sabios de esta tierra se apoyan en la ciencia. Eso creemos, aunque no sea cierto.

Los sacerdotes son sabios de esta tierra también. Es igual que ellos se crean o no lo que dicen, lo importante es que estemos convencidos de que tienen la palabra de dios. Tienen la palabra del hombre y hacen uso de ella para sugestionarlo. Nos lo creemos porque la vida es dura, pero también porque no creemos en nosotros mismos ni en el poder de nuestra palabra. Si creemos en ellos o los tenemos incorporados en los prejuicios, de por vida estaremos sugestionados. La confesión, por su efecto placebo, nos tranquilizará. El pecado, según lo describen ellos, nos angustiará y estaremos dispuestos a repetir, estereotipadamente, que dios es amor y debemos amarlo en el prójimo. Nunca saldré de este laberinto hasta que, consecuente con mi experiencia, tome las decisiones adecuadas para satisfacer mis deseos. Ya no hay dios y debo enfrentarlo todo.

Las religiones son una forma de psicoterapia. Las occidentales nos ofrecen en otra vida lo que no conseguimos en ésta, las orientales se centran un poco más en ésta. La diferencia entre los curas y nuestro terapeuta es que el cura dice hablar por la boca de un dios inalcanzable y que no conocemos su lengua, mientras que nuestro psicoterapeuta dice hablar en nombre de la ciencia. Siempre es mejor hacer un acto de fe en lo cognoscible que en lo

inalcanzable. La historia está ahí para mostrarnos la irracionalidad de lo que dicen los curas, pero los designios de dios, repiten, son inescrutables.

No es cierto que los creyentes sean más felices o, simplemente, vivan más relajados que los agnósticos. Si tenemos ocasión de verlos en nuestras consultas nos quedamos sorprendidos del valle de lágrimas que se han constituido. En la vida cotidiana también nos llama la atención su vida ramplona o perversa. Ramplona porque carece de meta y sentido. Perversa porque es una continua lucha por no hacer lo que desean y caer vergonzosamente en ello. No salimos de nuestro asombro cuando leemos los miles de millones que la iglesia católica ha tenido que pagar por los delitos de pedofilia de sus curas. Para la iglesia es sólo un pecado que se puede perdonar, para nosotros agnósticos es algo inconcebible. No lo es tanto, si como hemos dicho, la perversión es la consecuencia, en último término, de separar el sexo y el amor. De separar lo que está unido. No tratamos de decir que estos curas eran malos. Somos psicólogos y lo que nos interesa es el poder configurador de los prejuicios. El efecto placebo de las religiones es dañino, porque nos quita la posibilidad de, en cualquier momento, ser consecuentes con nosotros mismos y con nuestros deseos.

El confesor es un psicoterapeuta porque me sugestiona. Su poder es infinito, porque habla por la boca de dios. Muchas veces no es necesario que hable. Escucha como mi psicoanalista, pero estoy convencido de que mi palabra no cae en saco roto. Le he hablado a alguien poderoso, una eminencia del alma, y me curará. También puedo hablarle, igualmente, a cualquiera de las esculturas o cuadros que pueblan su iglesia. Estoy seguro que me escuchan. El efecto placebo no tardará en llegar. Los creyentes nos darán fe de que fueron ayudados y no dudarán en acudir una y

otra vez allí para consolar sus penas. Es cierto que están sugestionados y como con su psiquiatra o psicólogo reciben ayuda. Pero la pregunta que debemos hacernos es siempre la misma: si la ayuda recibida es rentable. Un confesor o una escultura pueden ayudarnos cuando tenemos un hijo enfermo o un marido que nos arremete. Es cierto, se ha hecho durante miles de años, pero lo juicioso es ir al médico o a la comisaría. Éste es el camino adecuado para que la situación cambie. Por mucha sugestión que tengamos todo seguirá igual. Para los no creyentes resulta evidente que los curas trabajan para cosas mucho más terrenales de lo que dicen. No puede ser de otra manera. Si miramos con ojos de los hijos de esta tierra a las religiones, nos quedamos sorprendidos de las motivaciones que ocultan. Su amor, pervertido, al mundo nos explica mucho mejor su comportamiento que su supuesto amor a dios.

Las religiones siempre jugarán un papel en la vida humana. También en su psicología. No podemos olvidarlas, porque el alma de nuestros clásicos no se ha separado aún de la psique que estudian los psicólogos empíricos. No obstante a partir del Renacimiento el ser humano se ha ido distanciando de las religiones. La vuelta a la naturaleza hizo posible la ciencia que ahora nos asombra.

El efecto de la sugestión se manifiesta no sólo en la cura de las alteraciones psicológicas, sino en la configuración de la misma psicopatología. Hoy no hay endemoniados. Pero antes no había las enfermedades que ahora conocemos. Las depresiones actuales no existían antes. Los prejuicios configuraban otras alteraciones. Hoy día si alguien dice haber tenido la aparición de una virgen o algo parecido no dudamos en mandarlo al psiquiatra, aunque unos pocos sean aceptados como emisarios. Ahí tenemos a Lourdes o Fátima. Los que confesaron estas visiones fueron creídos por

muchas personas, porque los prejuicios los sustentaban. Eran enfermos, que profetizaban para una sociedad enferma. Lo que hoy llamamos depresión, y tomamos por una enfermedad, cambia de un sitio a otro. Los pueblos primitivos responden de otra manera a los azares de la vida. Pero incluso los que viven en sistemas capitalistas también se diferencian. Los católicos cuando se deprimen, según nos muestran los estudios empíricos, tienen más sentimientos de culpa que los protestantes. Eso dentro de la misma tradición religiosa. Pero los prejuicios cambian. Si nos aguarda el infierno eterno, no es de extrañar que nos sintamos culpables y hagamos propósitos de la enmienda. La psicopatología es el resultado de la herencia y medio, de biología y prejuicios. Los psiquiatras se esfuerzan en querer demostrar, sin éxito, que las enfermedades mentales son, en lo esencial, igual en todas las culturas. Lo que cambia es la apariencia de sus síntomas. Es mucho decir. No existe una entidad que se mantenga igual a sí misma y se metamorfosee según las circunstancias.

Si tenemos clasificaciones de las enfermedades mentales de uso internacional, no es tanto porque existan como porque debemos entendernos. Sólo valen para nuestro tiempo. La misma esquizofrenia, que encarna la esencia de la enfermedad mental por antonomasia, que es la locura, no existía antes de la revolución industrial. Antes sí habría locos, pero eran otra cosa. Algo que armonizaba más con los prejuicios vigentes. La sugestión los configuraba y los exorcismos o las hogueras de la Inquisición los curaba. No podemos cerrar los ojos ante esta gran evidencia. Yo he dicho siempre que existen tres grandes revoluciones en la historia de la psicopatología. La primera es cuando Pinel libera a los locos de sus cadenas. Son enfermos. Un siglo después Freud nos enseña que las alteraciones psíquicas son la consecuencia de la confrontación con un principio de realidad determinado. No

tomó conciencia de los prejuicios, se limitó a dar fe de lo que observaba e hizo interpretaciones. La tercera revolución es cuando los psiquiatras se dan cuenta de que las alteraciones mentales están muy relacionadas con el contexto sociocultural. Estamos en la época de la llamada ahora revolución del sesenta y ocho. No se trata tanto de pacientes que sufren una enfermedad, como de personas que responden a un contexto determinado. No hay que encerrarles y privarles de libertad, sino socializarles. La idea es correcta, pero los hechos no han respondido a ellas. No están encerrados pero andan por las calles desamparados, dando fe de cómo la sociedad se desentiende de ellos si no comparten sus prejuicios.

Las famosas pacientes histéricas que Freud analizó y fueron el fundamento del psicoanálisis no existen hoy día. No hay tales enfermas. Entonces la mujer, como se ha dicho, sólo podía protestar de la condición de esclava yendo a las barricadas o sumiéndose en la histeria. Lo segundo era más sencillo. Nuestros místicos encontraron en su histeria los signos de santidad que los prejuicios cultivaban. Hoy día resulta muy ilustrativo, si no fuera penoso, leer cómo vivían sus experiencias. No eran locos porque sus prejuicios coincidían con la mayoría. Sus síntomas habían sido sugeridos por los otros, aunque ellos no podían evitar implicarlos, juiciosamente, en su experiencia de la vida. Por mucho que hablasen de amor a dios, estaban intentado amar a los hombres. No nos olvidemos de la biología; existe un cuerpo que hace posible que la sugestión y los prejuicios configuren su psiquismo. Sin ellos no existe la psicología.

Teniendo en cuenta que la historia se escribe en presente, deberíamos situar el nacimiento de las técnicas de tratamiento psicológico en Mesmer. Este médico vienés, que vivió entre 1758 y 1828, y que se hizo famoso por sus capacidades terapéuticas.

Curaba a sus pacientes poniéndoles las manos y decía estar dotado de un magnetismo que era capaz de influir a los demás. Era un magnetismo animal, para identificarlo del material que observábamos en los metales. Se hizo muy famoso y gentes de los lugares más diversos acudían a él para ser curados. Se mostraba como una personalidad atractiva, teatral y sugerente, de forma que todos caían subyugados por él. No sólo él tenía ese magnetismo terapéutico, sino que era capaz de transmitirlo al agua. Sus pacientes se la compraban y también les curaba.

Podemos pensar que Mesmer era un curandero como los actuales, que también dicen poseer poderes especiales. Es posible, pero lo que nos interesa ahora es acentuar que no justificaba sus habilidades terapéuticas, como los sacerdotes, por poderes ultraterrestres difíciles de comprobar, sino por una fuerza biológica especial. Aunque sus afirmaciones eran falsas, las atribuía a la naturaleza. Eso mismo es lo que concluyeron los sabios de la Academia de Ciencias, a raíz de la denuncia que recibieron por sus manipulaciones. Concluyeron que, efectivamente, podía curar, pero que lo hacía por medios naturales. Estos sabios aceptaron que los medios que utilizaba no eran espirituales, sino materiales. No hicieron falta muchos años para que todos negasen la existencia de un magnetismo animal que no podía detectarse de ninguna manera. A pesar de sus seguidores, carecía de fundamento esta terapia. La pregunta que deberían haberse hecho, como nosotros, es la de si no hay magnetismo qué es lo que cura. Está claro que es la sugestión y la buena disposición de los europeos, a pesar de estar en plena Ilustración, a dejarse dominar por los prejuicios.

Durante el siglo XIX pasa a primer plano la hipnosis. Los médicos la descubren y tratan de aplicarla a sus tratamientos. Estamos en la época en que los médicos repiten y difunden sus experiencias con la hipnosis. Están asombrados. Un sujeto bajo la situación

hipnótica no recuerda nada de lo vivido en este estado, pero es capaz de cumplir órdenes que no conoce. A su propia personalidad se le puede sugerir otra que conviva con ella. A las pacientes histéricas que estaban en el hospital de la Salpêtrière bajo la hipnosis se les quitaban sus síntomas. Charcot, maestro de Freud, se permitía en las sesiones clínicas públicas eliminar los síntomas histéricos. La paciente entraba enferma e inmovilizada y salía curada. La hipnosis parecía poderlo todo. Incluso presentaba al mismo tiempo dos pacientes histéricas y, mediante hipnosis, lograba que al final de la sesión una saliera con la sintomatología de la otra. La hipnosis valía para eliminar síntomas, pero también para ponerlos. La fama de este médico en París era grande.

Las curas hipnóticas no duraban mucho tiempo. Al poco las pacientes, que eran mujeres, volvían a presentar la misma u otra sintomatología. Freud quedó fascinado ante la terapia hipnótica y cuando volvió a Viena no dudó en seguir utilizándola. Los avances de la medicina en esa época eran lo suficientemente científicos, como para que no se utilizara la hipnosis en el tratamiento de enfermedades claramente orgánicas. El inicio del psicoanálisis se lo debemos a la práctica de la hipnosis. Esta forma de tratamiento espectacular cayó pronto en desuso, aunque desde hace unas décadas ha vuelto a renacer con los nombres más diversos. En España algunos la llaman sofrología, aludiendo a su equilibrado talante cognoscitivo. Un nombre de etimología griega con aires orientales. En los últimos años nuestros psicólogos académicos han descubierto la hipnosis y no dudan en calificarla de una técnica de modificación de conducta. Esta técnica no supone un comunicar al paciente lo que debe pensar, sino imperiosamente sugerírselo. De ella se pasa a la relajación, que utilizan también muchas terapias de conducta. Mientras estamos relajados no estamos angustiados, por lo que parece una situación adecuada para eliminar las angustias.

La hipnosis, qué duda cabe, es un olvidarse de sí mismo y dejarse llevar por la palabra del terapeuta. Entregarse a él sin condiciones de forma que no sólo están en su poder mis pensamientos y afectos, sino también muchas de mis constantes vitales. Debemos preguntarnos si esto es razonable y, también, si cura. Es lógico que un cirujano manipule mi cuerpo, pero no es aceptable, pienso, que un psicólogo arrastre mi vida. De otra parte, no es cierto que bajo la hipnosis sucedan cosas extraordinarias, como nos revelaron los médicos del siglo XIX. La mayoría de los fenómenos que describieron no se dan o, si acaso, en contadas personas. Tampoco lo que vemos en televisión es nada extraordinario. Los hipnólogos suelen presentar ciertas personas que, como los religiosos, dan fe de lo que quieren demostrar. La mayoría de las personas no son en absoluto hipnotizables.

No es una casualidad que el psicoanálisis surja utilizando la hipnosis y con un peculiar tipo de pacientes que ahora no existen. Freud reconocía que no era buen hipnotizador y optó por dejar a los pacientes que hablasen libremente, con el convencimiento de que, antes o después, terminarían contando sus problemas. No es que le faltara habilidad, es que era médico y no un seductor. Llama la atención la importancia que dan nuestros psicólogos académicos a la hipnosis y la relajación, dos técnicas popularizadas por los médicos muchos años antes. Ocurre que, casualmente, coinciden con muchos de sus planteamientos encaminados a modificar la conducta y pensamientos de sus clientes. No es infrecuente ver cómo sus profesores recurren a descripciones de hace más de un siglo. Descripciones en desuso, pero que para ellos tienen un sentido, en facultades en las que no existe acceso a la clínica. Incluso alguno de nuestros jueces, llevados por la corriente, aceptan como pruebas datos obtenidos bajo la hipnosis.

La relajación está en la mente de todos. Cuando alguien está nervioso le decimos que se relaje, porque sabemos que si está tranquilo padecerá menos y estará en mejores condiciones de razonar. Sabemos que conviene estar relajado, sin tener que acudir a psicólogo alguno. Pero también sabemos que la relajación por sí misma no cambia nada, ni es capaz de resolver los problemas que se nos presentan. Nuestros psicólogos, que presumen de practicar una ciencia, no dudan de irrumpir en el psiquismo como el cirujano en el cuerpo.

Los psicoterapeutas cuando practican su oficio están hipnotizando, en el sentido de que sugieren a sus clientes, sin mucha posibilidad de crítica, un conjunto de creencias que no tiene ocasión de discutir. Los pacientes están sugestionados y en una situación que les impide tomar decisiones. Mientras más prejuicios tenga nuestro psicoterapeuta más estamos sugestionados por él. El problema se plantea si pensamos que sin sugestión no hay terapia.

Con este planteamiento, la actitud del psicólogo clínico ante su cliente debe ser la de observador. Estar en condiciones de recibir sin prejuicios la información que recibe. No hacer un diagnóstico y visualizar un tratamiento estereotipado, que lo que conlleva es no ver lo que tiene presente. Debe eliminar los prejuicios de la gente de la calle y, específicamente, los de sus compañeros psicólogos. Yo he repetido, ante el asombro de mis alumnos, que un psicólogo clínico es alguien que, a diferencia de la mayoría, no sabe nada de psicología. Pone entre paréntesis todo lo aprendido para tomar conciencia de cómo es la persona que tiene presente. Cuando lo ha conseguido, sí está en condiciones de recurrir a sus conocimientos empíricos para dar una explicación de los hechos y determinar la manera de ayudarlo. Pero este recurrir a la psicología empírica no es volver a las estereotipadas interpretaciones de

las que hemos hablado. La ciencia es lo que está en los libros. Una vez conocido lo que su cliente manifiesta debe hacer un repaso de sus conocimientos y ver la manera de ayudarlo. Es posible que tenga que acudir a los libros o buscar información.

Si ha entendido lo que dicen los libros tendrá conciencia de la importancia de la sugestión. El debe estar en condiciones de poner entre paréntesis sus prejuicios para poder observar la realidad. Su cliente no, y esperará ayuda de sus prejuizados conocimientos y valía personal. No debe decepcionarle desde el principio, sino que quede en evidencia cuáles son sus posibilidades. Tendrá un amigo pagado que pondrá a su servicio lo que enseña la psicología, pero deberá ser él mismo el que afronte y resuelva, con su ayuda, los problemas que la vida le plantea. No puede esperar todo de él, sino de los medios de que dispone. Lo que otros llaman transferencia no se produce, porque no se da lugar a ello. No pocos clientes o pacientes preferirán estar sugestionados. Si se dejan llevar por su sugestión dependerán de su terapeuta y nunca harán uso de su libertad. Como la mayoría de las personas que están determinadas por sus prejuicios, es muy posible que rechacen esta ayuda psicológica y prefieran depender de alguien mientras se dedican a otras tareas laborales o familiares. Nuestros psicólogos deben ser humanistas. No es que vuelvan a la filosofía que abandonaron, sino porque hagan del hombre lo que es: el principio y fin de todas las cosas. La solución no está en volver a Platón y renunciar al prozac, como pretenden algunos. Hay que observar, sin prejuicios, lo que tenemos presente.

LA OTRA PSICOLOGÍA

Vamos a exponer ahora los principios de esa otra Psicología, así con mayúscula, apoyándonos en las observaciones hechas hasta el momento. Partiremos de la experiencia de la vida, haciendo gravitar nuestras descripciones en lo que se nos manifiesta evidente y que, por lo tanto, no precisa de demostración. Más tarde iremos de la experiencia a la ciencia, poniendo especial énfasis en lo que esta Psicología puede enseñarnos sobre la vida.

Vivir es tener, continuamente, experiencia de algo. A veces ese algo está muy definido y compruebo que los demás lo viven igual. Si percibo una silla no dudo de que otros la experimentan igual y puedo conversar sobre ella. Otras veces lo que experimento no es tan definido, como cuando observo un cuadro o escucho una melodía. Sé muy bien que algo está allí, aunque también sé que mi experiencia no coincide con la de los otros. A veces estoy pensando en algo y no dudo de que los otros no lo conocen, a no ser que yo se lo comunique. Es algo privado que yo puedo hacerlo público. En la medida que otros lo conocen ha dejado de ser una fantasía para transformarse en real, lo cual no quiere decir que yo tenga razón.

Nuestra vida es un continuo hacer experiencias que se suceden unas a otras. Pero se trata de experiencias que las hago yo en un mundo determinado. No soy un espectador neutral, sino que

me siento afectado y comprometido con ellas. A veces la experiencia es exultante y conmovedora, como ante la súbita aparición del ser amado. Nuestra vida parece haber cambiado. Pero otras muchas veces la experiencia es más anodina. Compramos el periódico, tomamos el metro o saludamos al portero. También nos sentimos afectados por el titular de su portada, por el retraso del metro o la forma en que nos ha saludado. Si no nos sintiésemos afectados, si ello fuera posible, es que estamos percibiendo lo mismo que conocemos. No ha existido experiencia, aunque más tarde alguien nos informe de lo que estaba sucediendo y yo no me había dado cuenta.

En todas y cada una de las experiencias que hacemos no asistimos neutrales e impasibles. Nos sentimos afectados por ellas. Unas veces nos alegramos y otras nos entristecemos. También pueden producirnos temor, placer, dolor, felicidad o aburrimiento. Si quiero saber cómo soy no tengo más que describir la manera en la que me siento afectado por las experiencias de la vida. Ése es el objeto de estudio de la Psicología; el conocimiento de mí mismo. En mis alegrías y mis tristezas me conozco como soy, y eso sólo puedo conocerlo yo mismo. Es posible que los demás me vean de otra manera, pero soy yo el que se manifiesta en mis alegrías y tristezas. El sujeto que protagoniza mi vida. Quiere decir que hacer Psicología es describirme a mí mismo.

Pero no me siento afectado, positiva o negativamente, en la absoluta soledad. Me siento afectado en un mundo determinado. Un mundo que comparto con los otros. Cuando me alegro de aprobar un examen o de encontrar un trabajo, me alegro en ese mundo que comparto con los otros. Ése es el sentido de mi alegría, por la que la descripción de mí mismo es la descripción del mundo y de los otros que lo habitan. La experiencia de la vida es el crisol que genera todo. La ciencia, la filosofía, la literatura, etc.

Si me dedico a describir al sujeto que soy, estaré, al mismo tiempo, describiendo el mundo que me ha tocado vivir y comparto con mis semejantes. Si pretendo hacer Ontología, en sentido amplio, describiré el mundo que comparto y en el que estoy comprometido. Son, como he repetido, las dos caras de una misma moneda. Depende del punto de vista que adoptemos que estemos haciendo Psicología u Ontología.

En la experiencia de la vida queda delimitado el yo, los otros y el mundo que compartimos. Se trata de un mundo objetivo, porque tanto ellos como yo estamos en él.

El otro habla mi lengua, no tanto porque utilice mis mismas palabras, sino porque cuando nos comunicamos nos referimos a lo mismo. No se trata tanto de un mundo real inmodificable, sino de un mundo apalabrado que confiere sentido a mis experiencias. Por eso me alegro de aprobar un examen. Eso me permite ocupar un lugar satisfactorio en ese mundo. Ese mundo puede cambiar si hablamos de otra cosa. Pensemos en los mundos de las diversas religiones. Si dejamos de ser creyentes ha cambiado el mundo que compartimos y nosotros mismos. Del mundo que hablamos no dudamos de su existencia, a pesar de que cada persona extraña, o extranjera, parece tener el suyo. Si hacemos salvedad de lo que podemos describir, de la mayoría de las cosas que creemos estar seguros, sólo lo estamos porque se habla de ello. No sólo las religiones; el honor, la intimidad, el amor a la patria o nuestro rol sexual lo han determinado los otros y yo lo asumo sin discusión. A poco que nos cuestionemos nos damos cuenta de que nuestros prejuicios forman parte indisoluble de nosotros mismos y nuestro mundo.

Yo y mi mundo están constituidos por los prejuicios. Es cierto, pero también es cierto que en nuestra manera de resentirnos existe la posibilidad de disentir, juiciosamente, del papel que juegan

ellos en nuestra vida. Eso es lo que se propone la otra Psicología y debemos perseguir cada uno de nosotros. Debemos tomar conciencia del papel que juegan los otros en la configuración de mi vida. Es difícil luchar contra los prejuicios porque hemos configurado nuestra vida en relación a ellos. Cualquier propósito juicioso parece ponernos en una situación de riesgo. La juiciosa afirmación de que si no sabemos nada de dios soy yo mismo el único dios posible nos conmociona. Parece un acto de soberbia infinita que merece castigo, cuando lo único que hace es verbalizar algo real. Si lo aceptamos, ya no existe ese dios del que hablan los prejuicios para castigarnos.

Poner a prueba los prejuicios no se hace tanto por estar en la verdad, como pregonan los desalmados filósofos, como por alegrar nuestra vida. La única razón para luchar contra los prejuicios es que nuestras experiencias de la vida, en un mundo nuevo, sean más positivas. Quiero estar alegre y comunicar mi alegría con los otros. Todos los otros no son iguales para mí, aunque las leyes, con toda razón, así lo determinen. Los otros con los que me comunico son los que determinan el mundo y a mí mismo. Unas veces están presentes y otras no. En la soledad de mi cuarto, como el científico en su laboratorio, estoy en continuo diálogo con ellos. Forman parte de mí mismo. Yo lo califico de otro inmanente. Con él estoy siempre en diálogo; un diálogo que también es una experiencia de la vida desde el momento que me alegra o entristece. Pensemos en lo que nos sentimos afectados cuando queremos decirle algo chocante a nuestro padre o a un amigo. Puede que nos angustiamos sólo de pensarlo. El diálogo está ahí configurando mi vida, pero sólo cambiará cuando me enfrente con ellos. Además del otro inmanente, que forma parte de nosotros mismos, existe un otro trascendente que aparece de tiempo en tiempo. Es la presencia del padre, del amigo, del hermano o del jefe que me hacen

medir mis palabras. En el amor el otro trascendente adquiere todo su dramatismo. Antes de hablar con el amado tiemblo ante su mirada, porque, dadas mis expectativas, puedo ponerme en cuestión. Lo que se cuestionará es el lugar que ocupó en el mundo. En realidad soy yo mismo quien me cuestiono y no creo estar en condiciones de ser observado por otro. Cuando hable con el amado es posible que me tranquilice, porque constataré que no ha visto lo que yo temo que vea.

Los otros trascendentes son todos aquellos que ponen en cuestión mi vida. Si estoy sumido en los prejuicios, podré comprobar que ocupó un lugar irrelevante en este mundo. Cada otro trascendente es un sabio de esta tierra que nos enjuiciará y pronunciará su sentencia. Desearíamos, sumidos en los prejuicios, ocupar un lugar privilegiado en ese mundo. Pero eso no es posible y la única salida es mentir. Manifestarme de otra forma que la que mis resentimientos evidencian. Seguir con los prejuicios es optar por la esclavitud y la mentira, por el temor continuo de ser descubierto. La salida de esta situación es dejarme llevar por mis experiencias juiciosas, detrás de las cuales late la evidencia de que aunque otros digan que las cosas son así, yo las vivo de otra manera. No existe ninguna apelación posible. Esto se lo digo a los religiosos: del mundo que hablan yo no tengo experiencia alguna y, además, me hace daño. Pero se lo digo también a todos los que hacen afirmaciones que no comparto.

En la medida que voy siendo más juicioso cambiará mi diálogo con los otros, en el sentido que ya hablo de otras cosas. Es posible que mis interlocutores también cambien, porque los antiguos sabios de esta tierra no quieren saber nada de mí. Habré hecho uso de mi libertad para crear un mundo más libre. Mi identidad juiciosa no me la puede arrebatar nadie, porque soy yo mismo el que se mantiene a sí mismo. Si le llamo honor a esto, no

nos lo puede arrebatarse el primero que pase, como dogmatizaban nuestros clásicos. Para ser juicioso no basta reflexionar, juiciosamente, en la soledad de nuestro cuarto. Es preciso ir allí, a los sabios de esta tierra, para decirles lo que pienso. Sólo así cambiaré yo y mi mundo. De ambos hablaré con los otros y encontraré mi lugar. Ésa es la razón por la que decimos que estar sano, si se puede seguir utilizando esta expresión, es estar en el uso de la palabra.

Conviene insistir en que no estamos solos en el mundo y que no podemos cambiarlo todo. Siempre estarán los otros, que rechazarán más o menos nuestras aseveraciones. Incluso pueden llegar a matarnos. Quiere decir que ser juicioso no es ser irresponsable. Nos proponemos ser juiciosos para satisfacer nuestros deseos más auténticos. En un enfrentamiento radical con los demás tenemos perdida la batalla antes de comenzarla. Cambiar el diálogo, la comunicación, con los otros no se hace de un modo brusco, sino progresivamente. A medida que se progresa en este camino va cambiando el mundo y nosotros mismos. Lo que al principio parecía imposible de alcanzar se sobrepasa con creces. Si amamos dominados por los prejuicios, llegaremos a los enamoramientos frustrados de los que todos nos hablan. Son tan grandes nuestros prejuicios que sólo un amor indescriptible puede arrasarlos. Si amamos juiciosamente, tendremos a alguien que comparte nuestra vida sin estridencias y que no se lo puede llevar todo si nos abandona.

La lucha contra los prejuicios es contra los míos y, al mismo tiempo, de los otros. Soy lo que dicen los otros y debo dejar constancia de que no estoy de acuerdo. Por eso la otra Psicología, como debe esperarse, tiende a modificar el mundo en el que nos desenvolvemos. Tengo que luchar por mí y por los otros porque somos iguales. Queremos lo mismo y merecemos el mismo respeto.

Esto no significa que debamos amarlos, como se repite insistentemente. Son iguales que yo, pero sus prejuicios me alejan o me aproximan a ellos.

Un amigo es alguien que comparte la vida conmigo. La comparte porque tenemos una actitud juiciosa análoga, aunque nuestros prejuicios no se diferencien mucho. Siempre tendremos prejuicios, lo importante es proponernos ser juiciosos. Ni amo al amigo ni debo sacrificarme por él como sentenciaban los clásicos. Comparto la vida con él y me resulta satisfactorio. Ésta es la razón por lo que le quiero. En la medida que soy más juicioso tendré mejores amigos. Los prejuicios me llevan a utilizarlos más allá de lo que a ellos les conviene. Lucho por mi amigo porque lucho por mí, me alegro de sus éxitos porque me alegro por mí. Si he ido con mentiras todo será diferente. No sabemos con quién estamos relacionándonos y si nos portamos bien el uno con el otro lo hacemos por obligación, que oculta una envidia malsana. Quiero a mi amigo porque estoy bien con él y compartimos la vida. Por eso le defiendo y no quiero perderle.

Optar por la existencia juiciosa es optar por la libertad. No se trata tanto que elijamos entre una y otra posibilidad, como, a pesar de nuestros prejuicios, optar por lo que considero evidente. Cada vez que nos resentimos hacemos una valoración de la experiencia, que evidencia cómo estamos comprometidos en ella. Si la valoración es positiva, nos alegramos o sentimos satisfechos. En estas circunstancias es muy posible que no pongamos en cuestión los prejuicios que nos constituyen. Pero en las experiencias negativas sí debemos cuestionarnos nuestros prejuicios. Estamos ante la disyuntiva de aceptar lo que dicen los otros o revelarnos y ser consecuentes con lo que se me manifiesta a mí. No tengo por qué aceptar, sin discutirlo, que la vida es triste o un valle de lágrimas. Debo rebelarme y optar por lo que me beneficia. Si me hundo en los prejuicios la batalla está

perdida. La libertad está en luchar contra los prejuicios para imponer mi individualidad. Esto no quiere decir, como piensan muchos psicólogos, que soy otra cosa diferente a lo que me condicionan los demás. No existe ninguna personalidad oculta, sino la continua protesta de verme sumido en los prejuicios.

Soy libre y tengo que hacer uso de mi libertad, aunque viva esclavizado de mis prejuicios. Es muy posible que estos prejuicios beneficien a otros, pero lo que a mí me importa es que no me benefician a mí. El propósito juicioso modifica el mundo y a nosotros mismos de una manera imprevisible. Es una aventura que hemos de correr. En el amor y la amistad adquiere todo su protagonismo. Cuando me enamoro no me lo juego todo. El uso que he hecho de mi libertad no me lo pueden arrebatar. Quiere decir que no voy al amor buscando todo el sentido de mi vida, sino con la intención de compartir el que ya tengo. Yo he repetido que sólo una persona que es capaz de estar sola está en condiciones de amar. Compartir el uso que hacemos de nuestra libertad es el sentido del amor. Es un placer infinito, porque la vida cotidiana, con sus prejuicios, nos lo impide. Dime cómo te enamoras y te diré yo a ti quién eres. Allí están tanto los prejuicios que me constituyen como el uso que hago de mi libertad. La única traición que puedo esperar del amado es que me engañe. No porque tenga relaciones sexuales con otra persona, sino porque se me muestre como no es. Este engaño supone que yo me he entregado a alguien inexistente y corro el riesgo de perder la conquista emprendida. La conquista de mí mismo y del otro amado. No se trata de amar al prójimo indistintamente y mucho menos a dios. Lo que debo pretender es amar a quien quiero amar.

El amor tiene sus dificultades, que provienen de que el otro no soy yo mismo, por mucho que el sentir popular quiera tomar posesión de él y los juristas lo sancionen. Existe un acuerdo, un

prejuicio, que nos lleva a tomar posesión del amado. Por mucha fuerza que tenga el prejuicio somos libres. No puedo tomar posesión de la libertad del amado, sino esperar que haga uso de ella para estar conmigo. Es un riesgo que corro, lo mismo que él lo corre conmigo. En cualquier momento puede romperse la relación, pero es probable que, si hemos construido un mundo y una identidad juntos, la relación sea difícil de romper. Decir te quiero o te amo es confesar que he encontrado en el otro parte importante del sentido de mi vida. Los amantes hablan, pero sus palabras adquieren sentido en la íntima comunicación que se establece entre ellos. Es posible que yo esté cansado de amar y opte sólo por el sexo. Lo hacemos muchos, escaldados de la aventura del amor. Hemos dicho que esto conduce a la perversión. A la escenificación repetida del amor sin comprometerse con sus consecuencias. Es una posibilidad, lo que no impide que siga queriendo encontrar en el amor el sentido de mi vida. Ya hemos visto que las creencias religiosas pueden conducir a ignorar el daño que podemos hacer a los demás. No sólo ignorándolos, sino destruyendo a los otros. El verdadero amante protege al amado, porque él colabora a dar sentido a su vida. No lo hace siguiendo ninguna ética oculta, sino por él mismo.

La amistad no se diferencia mucho del amor, pero tiene sus propias características. No puede decirse que amo a mi amigo, como escuchamos a poetas exaltados. Amar, lo hemos dicho, es siempre una relación íntima con alguien corporalizado. Con el amigo comparto la vida en un nivel de comunicación más distante, lo que no impide que mi amigo juegue un importante papel en mi vida. Lo que nos une es la experiencia juiciosa. Es más que posible que compartamos los prejuicios, no en vano vivimos en la misma sociedad, pero compartimos también la actitud juiciosa que adoptamos respecto de ellos. Los amigos tienen que

ser sinceros. Si mi amigo me engaña yo me estoy relacionando con alguien imaginario. Tendré el sentimiento de que algo no funciona. No me alegraré de sus alegrías ni me entristeceré con sus tristezas. La envidia estará en primer plano y tendré que hacer esfuerzos por comportarme adecuadamente.

El amigo me conoce y yo conozco al amigo. Nos conviene la relación y hemos optado por mantenerla. Se repite hasta la saciedad que hay pocos amigos auténticos; los dedos de una mano sobran para contarlos. Si esto es así, debemos preguntarnos si nos manifestamos cómo somos. Sólo diciendo la verdad podemos tener amigos. No es que estemos en posesión de la verdad y nos dignemos a compartirla. Lo que le decimos al amigo es cómo vivimos la experiencia de la vida en la que están comprometidos nuestros prejuicios y la protesta juiciosa. Él puede rechazarnos o, por el contrario, pensar que a él le interesa compartir eso mismo. En ese caso me alegraré de sus alegrías y me entristeceré con sus tristezas. También estaré dispuesto a ayudarlo siempre.

Los psicólogos hablan de inteligencia y los filósofos de razón. En la otra Psicología la inteligencia no es otra cosa que la capacidad de diálogo con los otros. Somos inteligentes si podemos dialogar. Dime con quién dialogas y te diré yo a ti la inteligencia que tienes. Podemos dialogar de lo inexistente. Ahí están los religiosos y muchos filósofos. Será el contexto sociocultural, con sus prejuicios, el que diga lo que es inteligencia. Durante siglos lo que hablaban los esclavos o el pueblo no era inteligente, tanto que casi no tenemos consciencia de ello. Inteligente era el diálogo de la clase dominante. También asumir aquello de lo que hablaban era condición previa para triunfar. Cuando llega la psicología empírica aparecen las pruebas de inteligencia. Ellas nos dicen lo que debemos medir, aunque son incapaces de definir la inteligencia. Es suficiente con que prevean determinados rendimientos. Con

este planteamiento no debe extrañarnos que las personas inteligentes pertenezcan a determinados medios sociales. Está muy mal visto decir que los pueblos primitivos o determinadas razas son menos inteligentes. Es lo que comprueban las pruebas de inteligencia tal y como están diseñadas. Pero la pregunta que debemos hacernos no es si unos son más inteligentes que los otros, sino qué criterios hemos seguido para medir la inteligencia.

La inteligencia, si existe, debemos independizarla de las enseñanzas establecidas. Lo que queda es esa capacidad de diálogo que tenemos. En la medida que nos comunicamos más somos más inteligentes y en la medida que no nos comunicamos lo somos menos. Los locos, a pesar de sus locuras, se comunican. Son inteligentes. Los tontos, sin desvariar, se comunican menos. Todo ello puede medirse, siempre que se especifiquen los criterios seguidos en la medida. Los primeros psicólogos empíricos estaban convencidos de que existía una inteligencia única —factor g— que se manifestaba, diversamente comprometida, en las tareas a resolver. Es posible, pero lo que es evidente es que cada tarea que miden las pruebas de inteligencia miden eso y no otra cosa. Es suficiente con que las pruebas de inteligencia sean capaces de prever determinados rendimientos. A grandes rasgos sí podemos decir que lo consiguen. El hecho de que ahora se hable de inteligencia emocional pone en evidencia que la llamada inteligencia no se refiere sólo a capacidades cognitivas, sino también afectivas.

Nos comunicamos con los otros resintiéndonos en la experiencia de la vida. Ya hemos dicho que en este resentirse está presente tanto el mundo objetivo que conocemos, como yo mismo que me resiento. Ambas dimensiones forman una unidad. Si la vemos desde el punto de vista del mundo objetivo estudiamos la inteligencia, si la vemos desde el punto de vista afectivo o emocional la afectividad. Una visión en exceso unilateral, como la que

tenían las pruebas de inteligencia tradicionales, nos ofrece sólo lo cognitivo, pero también los prejuicios que imperan entre nosotros. Es preciso ver siempre el fondo y la figura si queremos conocer al ser humano.

La razón de los filósofos no es tan interesante. Ellos nos conciben como animales dotados de razón. Animales racionales, que utilizan la razón para conocer la verdad. Hasta hace muy poco tiempo esa verdad consistía en reproducir en nuestro interior lo que estaba fuera. La fidelidad de la reproducción indicaba nuestra sabiduría. Ya hemos visto los prejuicios que conlleva este planteamiento. Pero lo que nos interesa ahora es preguntarnos de qué razón hablaban. Nuestros religiosos decían que teníamos fe y razón, y a partir del Renacimiento que tenían que estar de acuerdo. No existe acuerdo entre la hipotética potencia del alma y la función cerebral. Pero en ambos casos estaban hablando de un diálogo con los otros. Si el diálogo era sobre los dioses intervenía la fe, si era sobre el mundo, la razón. Utilizando esta última pretendían hacer ontología. Es lo que pretendían hacer, pero para ello tenía que existir la razón. Dime lo que haces y te diré quién eres. La terminología de los filósofos nos habla de una razón desencarnada. Allí no están presentes los afectos ni el resentirse de la vida. Parece que el hombre posee en su interior un laboratorio que es capaz de diseccionar la realidad externa. No existe esa razón y sólo los prejuicios la configuran unilateralmente. Ya hemos visto que nuestros filósofos no se liberaron de los prejuicios religiosos. Tampoco del prejuicio de la razón. Toda la obra de Husserl la da por supuesta. El Descartes contemporáneo, de cuya herencia disfrutamos, no habla en sus múltiples escritos de los afectos o sentimientos. A veces lo hace de pasada, porque lo que le interesa es el conocimiento de la realidad. Cree tanto en la razón,

que no se da cuenta que lo que conocemos está comprometido con nuestros afectos y prejuicios. Estos dos filósofos no superaron los prejuicios que decían combatir. Descartes apelando a dios y Husserl ignorando que el lenguaje de sus descripciones estaba implicando en los prejuicios que pretendía combatir. No podemos poner entre paréntesis nuestros prejuicios, porque habitan en las palabras que utilizamos con los otros. Este diálogo nos configura y lo más que podemos y debemos hacer es proponernos seguir nuestras experiencias juiciosas.

Fe, razón e inteligencia son dimensiones de la subjetividad que adquieren su sentido en relación a la objetividad que constituyen. Esa objetividad de la que hablamos, y que no está en ningún sitio, la sacamos de la nada en nuestro diálogo con los otros. En el caso de la fe, de la que nos adoctrinan curas y teólogos, se supone que es algo que tenemos o podemos tener para conocer a dios. Si somos juiciosos nos resulta evidente que no sabemos nada de dios. Pero si nos dejamos arrastrar por los prejuicios, por lo que dicen los otros, estaremos convencidos de que conocemos a dios. Precisamente, de ese dios del que hablan los curas. Si descubriéramos un otro dios, no tendríamos a ningún interlocutor para hablar sobre la divinidad. Seríamos unos locos, que utilizamos las palabras de los otros para no hablar de nada. Yo no tengo ninguna experiencia sobre dios, son los otros, los curas, los que me dicen cómo es esa experiencia y, como sabios de esta tierra, terminan por constituir mi intimidad. El prejuicio asumido me conduce a tener fe o, por lo menos, a creer que la tengo. Ya vimos que los psicoanalistas no están muy lejos de los curas cuando nos piden tener fe en sus interpretaciones. No son pocos los que hacen este acto de fe y se pierden en la palabrería de sus interpretaciones. La diferencia es que, por lo menos, se refieren a un mundo que está ahí y puedo percibir.

No sólo desconocemos a dios, sino que del mismo Jesucristo sé muy poco o nada. Lo que nos cuenta la tradición y los escritos responde más a las necesidades de los hombres que al personaje real. Por eso la iglesia católica no duda en afirmar que también para conocerlo es preciso tenerle y, en cualquier caso, son ellos los que nos informan con toda exactitud de cómo era. Estamos en la situación anterior. Son los sabios de esta tierra, los curas, los que nos dicen qué debemos creer. Son ellos los que conocen a Jesucristo y nosotros debemos asentir. Admitimos tan ciegamente sus afirmaciones, los prejuicios, que estamos convencidos de que le conocemos. Para liberarse de estos prejuicios no hay nada que razonar, sólo consultar a la experiencia de la vida y ver cómo ésta se manifiesta. Una vez que sabemos que no tenemos fe es preciso decirselo a los otros. También en ese momento estamos capacitados para darnos cuenta de las motivaciones que mueven a nuestros religiosos y de la función social que cumplen. Ya sabemos que no tienen la fe que predicán y la distorsión humana que propician.

Aunque no pocos estén seguros que ignoran lo que es la fe, no dudan de que tienen razón. Si la fe es esa dimensión subjetiva que adquiere su sentido por los dioses que conoce, la razón lo adquiere por la verdad. Los filósofos no han dudado de que el hombre es racional. Eso es lo que hace posible que conozcamos la verdad que ellos se proponen estudiar. Si no fuéramos racionales se acabaría toda filosofía y nuestros juicios serían una palabrería vana. Si la fe la juzgamos por los dioses a los que tiene acceso, la razón debemos juzgarla por las verdades que conocemos. Como filósofos somos mucho más modestos, puesto que venimos a concluir que no conocemos realidad alguna, sino lo que se manifiesta a nuestra conciencia de la vida. No es la misma la razón de la que nos habla Aristóteles de la que nos habla Descartes o Husserl. Dime lo que conoces y te diré qué razón tienes. Esto quiere decir

que aunque la palabra razón permanece nos estamos refiriendo a experiencias diversas. Somos razonables en la medida que establecemos un diálogo creativo con los otros. No hay nada detrás que podamos medir o percibir.

Los prejuicios nos llevan a admitir que tenemos una razón, como si de algo se tratase, y cuando la perdemos estamos locos. Pero sólo estamos locos cuando somos incapaces de dialogar. Todo esto que estamos diciendo es para aclarar qué es lo que entiende la otra Psicología por inteligencia. Como hemos visto no podemos decir qué es ni dónde está, sino que debemos limitarnos a conceptualarla como lo que miden las llamadas pruebas de inteligencia. Los psicólogos no pretenden, como los filósofos, que la inteligencia nos habilite para conocer la verdad. Sólo pueden afirmar que las llamadas conductas inteligentes nos habilitan para determinados rendimientos que son positivamente valorados. Ahora sí podemos hablar de conductas inteligentes, porque estamos ya en el contexto de las ciencias empíricas. Siendo inteligente se obtienen buenos rendimientos académicos y una elaborada adaptación a la vida. Si las llamadas pruebas de inteligencia midieran otras conductas habilitarían para otras cosas. En nuestras sociedades capitalistas ganar dinero es algo esencial. Esto no pueden preverlo las pruebas de inteligencia tradicionales y se constata que los factores emocionales juegan un papel importante para triunfar en la vida. No es preciso hablar de inteligencia emocional como estereotipadamente se repite. Si ganar dinero es signo de inteligencia ése es su concepto y debemos dejar en segundo plano las calificaciones académicas.

Si estamos poniendo en relación la fe de los curas, la razón de los filósofos y la inteligencia de los psicólogos es para acentuar que las tres están conceptualadas de forma análoga. No son tres entidades que forman una unidad, sino tres conceptos que se identifican por los prejuicios que las constituyen. Para identificar en qué

consisten es preciso acudir a la experiencia en la que se constituyen y describir el mundo objetivo que evidencian y la forma de resentirse ante él. Esto puede hacerse con la fe y la razón. En el caso de la inteligencia de los psicólogos primero existen las pruebas y más tarde debemos describir a qué mundo se refieren. La fe, por ejemplo, sabemos lo que es. Después podemos diseñar pruebas empíricas que midan sus efectos. Los trabajos empíricos ponen de manifiesto que cuando se reza por un paciente, tanto si él lo sabe como si lo ignora, no se cura más. Podemos deducir en este caso que la fe carece de fuerza. En las pruebas de inteligencia sólo podremos describir lo que solemos llamar inteligencia.

El mundo de la percepción, el que indagan las ciencias positivas, es aquel que está allí presente y podemos describir sus características en perfecto acuerdo con los otros. No podemos ignorarlo y ésa es la razón de que tienda a ser considerado como el único real. Lo que perciben nuestros sentidos está en la realidad. Los colores y los sonidos y los olores están allí dando sentido al mundo en el que nos desenvolvemos. La percepción ha sido objeto de multitud de investigaciones y no vamos a insistir sobre ella, sólo acentuar que existe un total acuerdo en la existencia de ese mundo y los que lo deforman son considerados locos.

También suponemos que tenemos una personalidad; un conjunto de características psicológicas que interaccionan entre ellas. Es verdad que no somos todos iguales, lo sé porque otros me lo dicen y yo me considero diferente. Los psicólogos empíricos han trabajado mucho investigando la personalidad. Ahí están sus estudios que constatan las diferencias entre unos y otros. En un principio nuestras características personales lo eran de nuestra alma. Bien pronto se tomó conciencia de que tenían mucho que ver con los condicionamientos sociofamiliares. También era difícil establecer tipologías, de forma que la psicología de la personalidad fue

interesando cada vez menos. Era difícil de abarcar. Quedaba claro, ya lo sabían nuestros clásicos, que ciertas características llamadas temperamentales parecían tener una raíz biológica. El planteamiento organicista de los psiquiatras hizo pensar que la personalidad era inmodificable. Repetían, como el saber popular, que genio y figura hasta la sepultura. Hoy no lo defienden tanto y todos estamos seguros de que lo que llamamos personalidad es el resultado del encuentro de nuestra biología y el medio en el que vivimos.

No podemos concebir la supuesta personalidad de una forma mecanicista. No tenemos una serie de funciones psíquicas que se organizan para un fin determinado. Somos alguien que se caracteriza por una peculiar forma de afrontar la vida, a la que sólo podemos tener acceso si la verbalizamos. Puede que nuestro comportamiento tenga una serie de peculiaridades, pero el sentido de lo que los demás observan sólo puedo explicarlo yo. Por eso la psicología conductista no está estudiando nada, por muchas protestas de rigurosidad que haga. El mismo comportamiento puede tener sentido completamente diverso en cada uno de nosotros. Es necesario explicarlo para que se entienda. Es lo que hacemos con los locos. Se comportan de una forma extraña, pero lo que nos hace saber que lo son es cuando les preguntamos por qué actúan así. Un supuesto loco puede ser, simplemente, un delincuente, lo mismo que un delincuente ser un loco. Los prejuicios de la psicología conductista condujo a los psicólogos a ignorarlo todo.

El lenguaje, que está en la base de lo que defendemos, es la sede de los prejuicios. No se trata tanto del lenguaje que estudian los lingüistas, como de ese medio de comunicación que encuentra en la palabra su realización más óptima. Cuando los lingüistas contemporáneos nos sorprendieron con sus aportaciones, no faltaron psicólogos y psiquiatras que hicieron gravitar sus reflexiones sobre ellas. Todo era muy brillante, pero no nos hacía conocer mejor al ser

humano. El lenguaje, más que lo que está en los libros, es un sistema de comunicación que no siempre recurre a la palabra. Lo importante del diálogo con los demás no es tanto el medio que utilicemos para comunicarnos como lo que comunicamos. Comunicamos nuestros prejuicios y nuestras experiencias juiciosas. Determinadas palabras, por nuestros prejuicios, nos ofenden. Otras nos halagan. No soy consciente de las palabras que empleo, sino de estar comunicándome. Cuando no utilizo mi lengua materna, la palabra, la fonética, la gramática y la sintaxis están allí dificultando el diálogo. Si utilizo mucho otra lengua terminaré por acomodarme a ella, pero tendré que integrarme en el medio que la utiliza.

De la experiencia de los otros sé por lo que me dicen. Es esa experiencia que, por definición, yo califico de prejuicio y que debo validar con mi actitud juiciosa. Eso es lo importante y el lenguaje de los lingüistas pasa a un segundo plano. Cuando hablo de mi amigo Serafín no sé qué palabra estoy usando. Me estoy refiriendo a cómo yo lo vivo. La fonética se pierde en la semántica. Me estoy comunicando, aunque esté sólo pensando en él. Si a Serafín le acabo de conocer, la palabra sí es el recipiente donde meto lo poco que sé de él. A medida que me relaciono con él este saco irá desapareciendo para ponerme con contacto con esa persona tal y como la percibo. La palabra juega un papel decisivo en el tratamiento psicológico.

Ya conocemos la otra Psicología, que es la que nos muestra lo que el ser humano es. En esta entidad juegan un papel decisivo los prejuicios constituyentes, pero también la valoración que hacemos de ellos y la rebelión. Conocemos, podríamos decir, el objeto de estudio de la Psicología, en el que los clásicos estudios sobre la inteligencia y la personalidad adquieren una nueva dimensión. También podemos estudiar temas que sobrepasan los planteamientos psicológicos, como pueden ser el amor y la libertad.

EL CUERPO Y LA CORPORALIDAD

Si queremos ubicar la Psicología en el campo de la ciencia debemos situarla en el cuerpo humano. Sus planteamientos básicos no cambiarán, pero los estudios empíricos adquirirán un sentido nuevo. Esta afirmación puede que sorprenda a los hombres de ciencia y a los psicólogos académicos, pero no debemos olvidar nunca que lo creado por el hombre, que es todo, no puede tomarse como medida de él mismo. La creación es del ser humano, y no podemos aplicar a su conocimiento las normas, principios y leyes que observamos en lo creado, que es el producto de mi diálogo con los otros. Es posible que muchos tengan dificultad para comprenderlo, porque los prejuicios nos aseguran todo lo contrario. Ellos son los que nos hacen conocerlo a partir de las ciencias empíricas, olvidando que es él mismo el que las ha creado y, difícilmente, podemos aplicarle a él las mismas reglas. Nuestros creyentes están convencidos de que dios sacó el mundo de la nada con su palabra. Primero pensaron que él, que podía ser amor o venganza, mantenía su identidad independiente. Podía haber creado otra cosa. Por la influencia de nuestros clásicos, a partir del Renacimiento, quiso verlo en la naturaleza. Era igual de irracional. El ser humano en su perpetuo diálogo con el otro saca las cosas de la nada. Por sus creaciones le conoceremos. Conoceremos sus prejuicios, pero no a él mismo.

Hacer psicología empírica es dotar a ese ser humano que conocemos de un cuerpo. Habita un cuerpo que ocupa un lugar determinado en el mundo material y que protagoniza esa vida de que nos habla la otra Psicología. No existe psiquismo alguno que podamos analizar como hacemos con el cuerpo. Sólo podemos determinar qué papel parece jugar este cuerpo en la experiencia de la vida. Los biólogos nos dicen, y no cabe duda, que el cuerpo es sexuado. Existen mujeres y hombres y su estructura sexual está al servicio de la conservación de la especie. Es cierto. Saber esto nos enseña que la configuración del cuerpo a lo largo de millones de años está en función de cumplir esta finalidad biológica esencial. Pero por muy claro que lo veamos la realidad es que el sexo no tiene sexo, como he repetido, es evidente. Existe la homosexualidad, y el amor entre personas del mismo sexo es el mismo que entre las de sexo diferente. Eso es así, por mucho que digan los biólogos. Los prejuicios suelen basarse en la biología para condenar la homosexualidad. Es inútil, el ser humano, que todo lo crea, dice lo que el amor es. Después vendrán los hombres de ciencia a darle un lugar en la naturaleza.

Hay que oír al ser humano y ver cómo vive la experiencia de la vida. Hoy tenemos muchos menos prejuicios sobre el sexo y el amor, aunque sepamos que sin el cuerpo no sería concebible. Necesitamos el cuerpo para comunicarnos íntimamente. Necesitamos los genitales para darle sentido, así como una serie de dinámicas psiconeurohormonales. Pero el que dice lo que es el amor soy yo. Los roles sexuales, que tenemos tan asumidos, son otros tantos prejuicios que nos alienan. No son los demás los que determinan cómo debe ser mi actuación sexual, soy yo mismo escenificando mis relaciones de amor. Es posible que observemos en los animales determinadas conductas amorosas que queramos traspasar al ser humano. Es inútil. Lo que la naturaleza distingue, el ser

humano lo uniforma. Los roles masculino y femenino tienden a uniformarse. Es posible que la dificultad del diálogo amoroso entre el hombre y la mujer tenga raíces biológicas, pero lo que la naturaleza separa el ser humano lo uniforma. El ser humano, que merece ese nombre, está convencido de que todos somos iguales, aunque la biología nos muestra con toda claridad que está por el triunfo de los más fuertes. El diálogo puede con la biología. Esto no quiere decir que a un psicólogo no le interese lo que nos dicen los biólogos. Sí nos interesa, y nos permite ubicar correctamente al ser humano, lo que ocurre es que no nos enseña mucho de su humanidad.

El cerebro es el órgano cuya función fundamental, además de otras muchas, es lo psíquico. No podemos vivir sin cerebro y sus disfunciones nos explican mucho de nuestras dificultades en la vida. Puedo modificar mi vida interviniendo en él, pero es muy posible que, salvo alteraciones concretas, modifique el sentido de la experiencia alienada que me revuelve continuamente. Es lo que también hacen los psiquiatras mandando antidepresivos. Para ellos todo, o la mayoría, son depresiones. Es preciso modificar el funcionamiento cerebral para eliminarlas. Este prejuicio somatista, lo mismo que los religiosos, pone el balón fuera de juego. Ya no podemos actuar juiciosamente, porque han adormecido el daño que nos hacen los prejuicios. El alcohol también puede conseguirlo, si bien la acción de esta droga es más social y compartida. Beber en compañía es ponerse de acuerdo con otro para divertirnos. Para diversificarnos y que la experiencia de la vida no sea tan evidente.

Ya vimos que el psicoanálisis daba una explicación de todo. Pero para conseguirlo recurría a la interpretación. Es Freud, o el psicoanalista, el que nos dice lo que vivimos. Nos lo dice partiendo de unos prejuicios que debemos asumir y que nos alejan

de nosotros mismos. No podemos curarnos sumiéndonos en los prejuicios, sino afrontándolos juiciosamente. Por eso no cura, como tampoco curan las terapias cognitivo-conductuales. Sólo la sugestión nos ayuda, pero ofreciéndonos nuevos prejuicios que, comparados con los religiosos, son menos alienantes.

Sin el cuerpo la Psicología sería inconcebible. Vemos con nuestros ojos, oímos con nuestros oídos y olemos con nuestra nariz. Eso es lo que hace posible nuestro psiquismo, que es el resultado de la evolución de la vida. Hablar de nuestra Psicología es hablar de nuestro cuerpo. Cuando hablábamos de la mirada del amado desconocido que nos cosifica, estábamos refiriéndonos a lo que veíamos. Pero la experiencia de la vida es más que eso. La esperanzada inquietud que vivíamos no la explicaban sólo nuestros ojos. Ellos aportaban el escenario, pero éramos nosotros los que poníamos el argumento. Lo mismo podemos decir de nuestras relaciones amorosas. El cuerpo ofrece el escenario donde nos jugamos nuestra identidad. Pero lo importante es el argumento. Eso lo saben muy bien los literatos, pero parecen ignorarlo nuestros psicólogos. El cuerpo está ahí poniendo la decoración, pero nosotros somos los protagonistas. Ninguna intervención sobre el cuerpo puede sacarnos de nuestros prejuicios. Si se lesiona el cerebro o lo drogamos no somos nunca más inteligentes o sabios. Hemos estropeado la puesta en escena y el argumento, la acción, se ve dificultada.

Nuestro cuerpo está ahí dando razón de nuestra vida, pero lo trascendemos una y otra vez cuando vivimos. En ese mundo del que hablamos nuestro cuerpo no existe. Sólo si me golpeo, enfermo o amo hace acto de presencia para exigir sus derechos. Pero tampoco ese cuerpo que hace acto de presencia es el que está en los libros. El amor lo vivimos en el corazón. Allí lo ponen los prejuicios del saber popular y no tan popular. Amar con el

corazón es, según parece, amar de verdad. Nuestras folklóricas no lo dudan, pero tampoco nuestros intelectuales. Lo que están queriendo decir es que el cuerpo está siempre allí dando fe de nuestra existencia. Todo lo que sabemos de Psicología está corporalizado. Los prejuicios son siempre la utilización del cuerpo. Podemos castigarlo como hacen algunos religiosos o llevarlo al éxtasis. Cuando cumplimos con los ritos estamos utilizando el cuerpo como objeto. Ha dejado de ser esa realidad trascendida, para convertirse en un objeto manipulado. Con el amigo comparto la vida, con el amado pongo su cuerpo en primer plano y participo de su protagonismo en la vida. La relación íntima es hacer del amado lo que verdaderamente es: un cuerpo parlante con el que puedo mantener una relación íntima. Le amo en tanto que su cuerpo es significativo de su vida en la que quiero participar. Si se convierte en un cuerpo mudo, sin sentido, no puedo amarle. A lo más que llego es a la obscenidad de utilizarlo. Soy un perverso que se solaza en la materia.

Los animales están preparados para aprender lo que deben aprender. La evolución de las especies lo tiene previsto, pero no lo tiene si cambiamos el medio donde tienen que desarrollarse. La única manera de saber de ellos es ubicarlos en el contexto ambiental para el que están preparados. Al prescindir del contexto, los psicólogos empíricos, cómo vimos, no supieron nada de ellos y mucho menos del ser humano al que intentaban aplicar sus conclusiones. Esto no impidió que nuestros psicólogos creyeran haber descubierto las leyes que explicaban su comportamiento y, lo que es más absurdo, las aplicasen al ser humano. La pregunta que debemos hacernos es para qué nos ha preparado la naturaleza. La respuesta es que nos prepara para lo que hacemos, aunque tengamos un cierto margen de movimientos. Cumplimos con la conservación de la especie, aunque la vida moderna pueda

llevarnos a abandonar nuestro cometido. Las afirmaciones de amor a los hijos son tan absolutas y arrogantes, que casi nadie duda de que encarnan el verdadero amor. Ya hemos dicho que esto no es cierto. No pocos religiosos ven en esta llamada de la naturaleza la voz de su dios y no dudan en condenar todo lo que se oponga a ella. El hombre mismo puede oponerse a la naturaleza, lo que nos está indicando que haciendo uso de su libertad no se somete a ella. Lo que la naturaleza dice, o decimos que dice, es un prejuicio que debemos discutir.

El cerebro humano está preparado para hablar y, lo que es lo mismo, para comunicarse. Es sorprendente que en tan poco tiempo aprendamos a la perfección nuestra lengua materna. Un niño de dos años, que sólo pronuncia algunas frases, comprende ya todas las descritas en la gramática. Tenemos un cerebro parlante que si no funciona a la perfección no hablaremos. Se puede afirmar que por la forma en la que un niño aprende a hablar conocemos el estado funcional de su cerebro. También sabemos que si no estimulamos adecuadamente el cerebro mientras permanece inmaduro, ya nunca podrá cumplir sus funciones elaboradas. La función crea el órgano, se ha repetido. El cerebro no es una excepción. Hablando hacemos que funcione correctamente. Si está alterado, que no inmaduro, no lo conseguiremos. Lo que no es cierto, como defendía el psicólogo conductista Skinner, es que aprendemos la lengua según los principios bien conocidos de la psicología del aprendizaje. El niño conoce la lengua mucho antes de poder practicarla.

La forma en la que nuestro cerebro está preparado para comunicarnos encuentra en el lenguaje su máxima expresión. Pero también nos comunicamos de otras muchas maneras. Nuestros movimientos, nuestras miradas o la moda que utilizamos también hablan de nosotros. No cabe duda de que en la especie

humana ha tenido la comunicación de unos con otros un papel esencial. Comunicándonos durante milenios hemos progresado en la comunicación y hemos legado a nuestros descendientes esta capacidad que va en aumento. Los animales también se comunican entre ellos. El lenguaje puede ser por ruidos, movimientos u olores. Como nos muestran los etólogos tienen formas de comunicación para las que el ser humano no está preparado. Se comunican para vivir. También hay animales que la naturaleza los preparó para valerse por sí mismos, pero siempre en su contexto. Nuestros perros se comunican entre ellos y con nosotros. Cada día leemos nuevos trabajos que investigan esta comunicación. Afectivamente se parecen a nosotros. Quieren ser amados y ponen todos los medios a su alcance para conseguirlo. Cuando les frustramos pueden ser rencorosos, pero pronto ponen todo al servicio del amor que necesitan. Nosotros no somos así, pero reconocemos que son nuestros mejores amigos. Los únicos amigos que podemos comprar con dinero.

La naturaleza nos prepara para comunicarnos y conseguir sus ocultos fines, pero nosotros terminamos usando esta comunicación para alcanzar los nuestros. Esto es así, porque llegamos a comunicarnos tanto, que nos individualizamos respecto de los otros. El otro habla mi lengua y, como le conozco, sé que quiere lo mismo que yo. Sus intereses chocan con los míos y hay que ver quién es más fuerte. Recurrimos a lo imposible para conseguirlo. Los engañamos diciendo que son nuestros amigos cuando, en realidad, queremos hacerlos desaparecer. Ahí está toda la literatura. Los animales hacen algo parecido, pero a nosotros nos resulta demasiado grosero. También los retrasados mentales o los locos nos muestran a las claras sus motivaciones, aunque ellos no se den cuenta. Nosotros mentimos. Nos negamos a descubrir nuestros planes destructivos. Lo hacemos por el poder y podemos

hacerlo por el amor. Nuestra capacidad de comunicación es tan perfecta, que no tenemos más remedio que ocultarnos si queremos seguir viviendo. Nuestra sociedad democrática habla del respeto a la intimidad. Las dictaduras arrasan con sus ideas nuestra intimidad.

Al amigo lo engaño haciéndole creer que le quiero, cuando en realidad deseo su destrucción. Pero la sociedad hace lo mismo con todos. Los políticos dicen defender nuestros intereses aunque vivamos en una dictadura. En realidad están defendiendo los suyos o los de unos pocos. En una democracia pueden defenderlos si sus intereses coinciden con los míos. Yo tengo que votar no dejándome llevar por los prejuicios, sino actuando juiciosamente. Eso es lo que me interesa a mí y a todos los ciudadanos. Mientras mejor nos comuniquemos, y más conscientes seamos de nuestros prejuicios, más viviremos en una democracia. La naturaleza nos ha preparado para ello. No es preciso pensar en un designio divino. Es así, como podía ser de otra manera. La explicación hay que buscarla en la vida misma.

Las religiones son los prejuicios que arrasan. Los no creyentes no están libres de ellos, porque la mayoría de las cosas que se dan por sentadas provienen de la religión. Su éxito se explica porque debemos morir. Dificilmente podemos aceptar eso cuando llevamos una existencia atareada. Pretendemos alcanzar determinadas metas y no tiene sentido que desaparezcamos. Nos rebelamos. Los religiosos nos muestran caminos imaginarios, los psicólogos están convencidos, y no les falta razón, de que si no tenemos metas en la vida nos deprimimos. La depresión aparece cuando el futuro no tiene nada que ofrecer. Entonces sólo queda nuestro pasado para mostrarnos cómo hemos fracasado en la vida. Nuestros psicólogos nos dicen que sólo pensemos en positivo. No podemos hacerlo por más que nos presionen. Nuestros psiquiatras

recurren al cuerpo y recetan sus drogas. La sugestión nos salvará; las drogas también, pero el sinsentido de la vida estará siempre presente.

No nos preguntamos la razón del aumento de las depresiones en nuestra sociedad. Cuando yo comencé a trabajar como psiquiatra era un cuadro clínico poco frecuente. Hoy día la mayoría de nosotros tiene el riesgo de caer en ella. Esto no se explica si pensamos que vivimos mejor, pero sí se aclara si tenemos en cuenta que nos comunicamos mucho más. A más comunicación menos ligazones afectivas; esos contactos que la naturaleza había previsto. Desaparece la manada y surge el individuo. La otra Psicología, siempre cambiante, tiene que tener esto en cuenta si quiere ayudar al ser humano.

Tenemos afectos y sentimientos. La naturaleza nos lo dio y nosotros los administramos. Para el saber popular la psicología se ocupa especialmente de los afectos. Éstos serían inconcebibles sin el cuerpo. Ya los psicólogos de hace más de cien años se dieron cuenta de que si eliminamos todos los cambios somáticos cuando tenemos una emoción, ésta desaparece. Si recibo una buena noticia salto de alegría, mi corazón late más deprisa y mi pecho respira más ampliamente. Esta alegría no hubiese sido posible si paralizamos su expresión corporal. De ahí que se repitiera que no lloramos porque estamos tristes, sino que estamos tristes porque lloramos. Esto no quiere decir, como ellos pensaban, que nos limitemos a percibir los cambios de nuestro cuerpo. Si me drogo cuando recibo la mala noticia puede que no llore, pero cuando pase el efecto de la droga lloraré o, por lo menos, me entristeceré. En cualquier caso allí está el cuerpo para informarme cómo la mala noticia incide en mi vida.

Pero por mucho que actuemos sobre el cuerpo para que la emoción no se produzca, ha tenido lugar un cambio en el mundo objetivo que me afecta seriamente. La emoción es la forma brusca

de vivirlo. Tan brusca que el cuerpo lo protagoniza en primer plano, junto a las representaciones que me alegran o entristecen. En ellas me veo, con mi cuerpo, protagonizando los cambios. La emoción se ha definido siempre como un afecto violento consecuencia de una representación. En nuestra terminología es un resentirme, conmocionarme, por cambios súbitos en el mundo objetivo. En ese mundo que comparto con los otros, y en el que mi cuerpo no sólo ocupa un lugar, sino que me comunica con él. Son cambios reales, aunque, paradójicamente, puedan no tener realidad. Me conmociono por la inesperada presencia del amado, por el premio en la lotería o por la muerte de un amigo. Mi diálogo con el mundo objetivo ha cambiado y es preciso que yo también me adapte al cambio. También puedo emocionarme ante la presencia de una imagen religiosa, que me está diciendo cómo debo vivir. Sabemos porque lo dicen los prejuicios, pero yo pienso que es real, que pertenece al mundo objetivo.

En mis emociones me conozco a mí mismo a través del cuerpo que habito. Un cuerpo parlante, desde el momento que siempre está en comunicación con los otros. Nos emocionaremos en función de las cosas que nos afecten. La emoción solicita de mí un cambio brusco, que rompe la vida que estoy realizando. Existen otros muchos afectos o sentimientos que, como resentimientos que son, nos informan sobre nosotros mismos. A veces parecen mucho más sutiles, como cuando miramos un paisaje o contemplamos una obra de arte. También allí está presente el cuerpo para decirnos cómo lo vivimos. Todos los afectos, así como el resentimiento, nos están informando del lugar que ocupamos en el mundo objetivo. Si son positivos nos alegramos, si son negativos nos entristecemos. Estamos simplificando, pero lo que nos interesa ahora es acentuar que la otra Psicología da un sentido a los sentimientos, cualesquiera que sean. En todos está el cuerpo allí, en

unos dando fe del cambio producido y en otros reubicándonos en la mundaneidad. Es lo que experimentamos cuando oímos una música, una canción u obra de teatro. Nuestro estar en el cuerpo ha adquirido una levedad que flota en el mundo gozosamente errante. Los éxtasis de nuestros místicos lo vivían en el cuerpo que sentían levitar. La comunicación con su dios hacía que estuviesen en un mundo celeste. Los que no tenemos sus prejuicios los vemos en un cuerpo como los nuestros que nos muestra su forma de vida. Mis afectos no son independientes de mis prejuicios, sino que los escenifican. Pero si estamos atentos a ellos podremos conocernos mejor y la forma de luchar contra ellos para ser más libres.

Se habla de estados de ánimo para referirme a la fórmula afectiva que habitualmente tenemos y que juega un papel decisivo en nuestra vida afectiva. Podemos ser optimistas o pesimistas. Si somos optimistas cualquier cambio en el mundo objetivo lo consideraremos positivo. Si somos pesimistas tenderemos a ver el lado negativo. Está claro que todos preferimos ser optimistas, pero lo cierto es que tendemos a preocuparnos. La vida es dura. Nuestro estado de ánimo nos está informando de la forma habitual que tenemos de resentirnos. Es este estado de ánimo el que se altera en la depresión o la manía. En la depresión nos hundimos en el resentimiento y en la manía nos alegramos locamente por todo. Los maníacos, según los psiquiatras, son más locos que todos los locos. Es preciso internarlos, porque su omnipotencia les lleva a prescindir de los demás y a agredirlos. Su cuerpo es tan activo como ellos. Hablan sin parar, son hiperactivos y se muestran eufóricos. Han roto con el mundo objetivo y abandonados en sí mismos no tienen límites. Ellos no los tienen, pero, como locos que son, los otros los internan en hospitales. No nos soluciona nada decir que la manía es una enfermedad, como quieren los psiquiatras, es el extremo resentimiento de sentirse libre.

La depresión es mucho más frecuente que la manía. Nos deprimimos cuando nuestro mundo objetivo nos ahoga y no nos ofrece futuro alguno. Allí está mi cuerpo para dar fe de ello. No tengo ganas de nada, me siento cansado y experimento todo tipo de molestias corporales. Los psiquiatras han repetido que se trata de una tristeza corporalizada, porque el cuerpo inmóvil pasa a un primer plano. Ella nos predispone a todo tipo de enfermedades corporales. Eso también lo saben los psiquiatras y, en general, los médicos. El cuerpo ya no puede ocupar un lugar en el mundo objetivo y deja de funcionar. No es esa realidad que trascendemos continuamente para vivir la vida, sino un mecanismo que ha dejado de funcionar. Muchas enfermedades psicosomáticas están dando fe de que nuestro cuerpo está allí sin poder ser utilizado. La gran mayoría de las veces nuestros médicos se limitan a tratar las alteraciones corporales sin pensar en nada más. Máxime si se puede constatar una alteración orgánica. Estamos en el mundo objetivo, en nuestro cuerpo, y cuando no podemos estar éste deja de funcionar correctamente. Curando el cuerpo no solucionamos la problemática de nuestros pacientes.

Los tratamientos antidepresivos actúan sobre el cuerpo. Preferentemente sobre las funciones cerebrales que se corresponden con los afectos. Pero actuando sobre ello lo que estamos impidiendo es que alguien viva los problemas que tiene. No actuamos sobre la causa de la depresión, sino que impedimos que ella se manifieste. Impedimos que alguien afronte su relación con el mundo objetivo y que tenga la posibilidad de elegir juiciosamente. Los antidepresivos no curan, sino que drogan; ésa es la razón fundamental del aumento de las depresiones. En la sociedad en la que vivimos nos comunicamos tanto, que cada vez estamos más solos ante los otros y ante la muerte. En algunos casos la

depresión es tan profunda que aboca al suicidio. A esos sí debemos ayudarlos, y también a todos aquellos que padecen una enfermedad física.

Los prejuicios configuran la depresión y la determinan cuando no nos ofrecen posibilidades de vivir. Algunos prejuicios religiosos nos ayudan a no deprimirnos renunciando a la vida. Los prejuicios sociales que nos condicionan a una forma de vida determinada nos hacen deprimirnos si fracasamos en el intento de ser como deseamos, que suele coincidir con lo que dicen los otros. Una ayuda psicológica debería estar encaminada a modificar nuestros prejuicios.

El cuerpo está en todas partes. Cuando entramos, cuando salimos y cuando fantaseamos lo que vamos a hacer. Eso sin cuerpo sería inimaginable. Pero ello no justifica que actuemos sobre él para resolver nuestros problemas. Una pregunta que no tiene respuesta es, según conocemos las cosas, cómo es posible que la materia viva tenga conciencia de sí misma. Decir que tenemos un alma es hoy día un prejuicio poco convincente. Los animales también sienten, y muchas veces tenemos la impresión de que no se diferencian tanto de nosotros como se dice. Pero no pueden contárnoslo. Sus formas de comunicación están muy tipificadas. Pero sienten. Está claro que a lo largo de la evolución de las especies en un momento determinado la materia empezó a sentir. Habían nacido los animales, aunque no faltan los que defienden que las plantas también sienten. Si sienten no pueden contárnoslo. Somos materia sintiente y no entendemos qué relación existe entre la materia y la toma de conciencia. Son dos mundos diversos, pero íntimamente unidos, que la naturaleza ha creado para promocionar la vida. Por eso no debemos olvidar que el cuerpo está siempre ahí dando fe de nuestra existencia.

Si repasamos la historia nos llama la atención que lo que nuestros ancestros vivían tenía poco que ver con lo que sucedía realmente. Luchas religiosas que ocultaban deseos de poder, guerras

razón, pierde un miembro, sigue viviéndolo. Es lo que se conoce con el nombre de miembro fantasma. Puede sentir y mover el brazo que no tiene. Está en los hábitos de su cerebro y continúa, inconscientemente, utilizándolo. La experiencia de la vida le enseñará que el miembro no está allí y tendrá que adaptarse, juiciosamente, a ello. No nos sorprende que muchos locos o desequilibrados se dejen arrastrar por su cerebro cuando la vida le niega posibilidades. Rompen con la experiencia, rompen con los otros, y se entregan a su cerebro, negándose a toda experiencia juiciosa. Por eso, aun siendo inteligentes, no entrarán en razones. Han renunciado a la interpersonalidad y son incapaces de distinguir entre juicio y prejuicio. Han perdido el juicio, como muy bien sentencia el saber popular. Sólo le quedan los prejuicios que salen de su boca. Un diálogo consigo mismo que le saca del mundo objetivo. Como ya no dialoga, el lenguaje va perdiendo su sentido de comunicación y se deteriora. Inventa palabras incomprensibles, llamadas neologismos, que nos están hablando de su irracional mundo objetivo, que ya es subjetivo. Puede aclararnos el sentido de sus palabras y lo comprenderemos, pero estamos convencidos de que no sacan las cosas de la nada. Ellos son locos que, como los dioses, no nos quieren escuchar. Cuando Bleuler acuñó el término y concepto de esquizofrenia, la locura por antonomasia, nos dijo que lo que la identificaba era su tendencia a configurar formas de existencias autistas. El loco se ha separado de los demás para vivir en el solipsismo. Ya hemos dicho que esta huida raramente es masiva. Siempre le quedan una serie de hábitos que le unen a los demás y puede entenderse con ellos. Pero si está loco, preferirá siempre sus locuras.

El loco, como los cuerdos, tiene el cuerpo en el cerebro. Si tenemos en cuenta que en el cerebro está todo, no debe extrañarnos que cuando pierda esa unidad funcional que le lleva a relacionarse con

el mundo objetivo, pueda salir cualquier cosa de esa caja de Pandora. Es un hecho constatado que en las diversas formas de epilepsia, sobre todo las que afectan al lóbulo temporal, pueden aparecer todos los síntomas que atribuimos a la esquizofrenia. En esta descarga neuronal sincrónica aparece lo que está allí, que es lo que sabemos de la vida. Para muchos es una alteración de la memoria. La epilepsia se ha caracterizado siempre por sus ataques. En todas sus formas existe una descarga neuronal hipersincrónica que tendrá unos u otros caracteres dependiendo de la zona descargada. La diferencia del epiléptico con el loco es que tras la crisis la situación vuelve a la normalidad. La epilepsia no es una entidad unitaria, sino la aleatoria descarga neuronal hipersincrónica de las neuronas cerebrales. En las clásicas crisis de gran mal, con pérdida de conciencia y convulsiones, se descargan todas las neuronas cerebrales.

Esta corporalidad de la Psicología no ha escapado a muchas escuelas de psicoterapia. Los partidarios de la bioenergética, por ejemplo, defienden que todos nuestros conflictos psicológicos se manifiestan en nuestro cuerpo. No sólo en nuestras actuaciones sexuales como dicen todos, sino en nuestras actitudes corporales y nuestros movimientos. Para ellos basta observar el uso que hacemos del cuerpo, para conocer los problemas que tenemos. No les falta razón, pero se equivocan cuando están convencidos de descifrar el lenguaje corporal, y querer solucionar los problemas actuando sobre el cuerpo, mediante ejercicios y relajaciones. Observar una persona nos enseña mucho sobre ella, pero es preciso que hable para que la conozcamos. Los convencidos de la doctrina bioenergética suelen aceptar los planteamientos psicoanalíticos, por lo que la observación y actuación trabaja con el inconsciente freudiano.

Todo lo que decimos del cuerpo y la corporalidad no justifica que caigamos en el simplicismo de considerar los desequilibrios psicológicos como siendo la consecuencia de

alteraciones cerebrales. Eso no lo explica todo y supone aplicar a lo psíquico los conocimientos médicos. Un prejuicio difícil de erradicar.

Conviene insistir que en el momento del nacimiento el niño se encuentra en un profundo estado de inmadurez. Vive un conjunto de sensaciones anónimas que no hacen distinción entre él y los otros. Su cerebro está diseñado para comunicarse, para hablar, pero sólo lo hará si le hablan. En sus balbuceos se manifiesta la infinita cantidad de fonemas que salen de su boca. Parece saber que cuando llora le atienden, pero sólo se relacionará con el mundo que le rodea cuando diga mama, papa o nene. Si utiliza sólo estas tres palabras, toda su realidad se distribuirá entre ellas. Luego irán apareciendo otras y su mundo se irá diversificando. Nos sorprenderá la facilidad con la que aprende a hablar y, más aún, a comprender lo que se le dice. Después del primer año se desplaza por su cuenta, mantiene una relación de reciprocidad con los objetos que pueblan su mundo y se reconoce en el espejo. Su imagen, que es él mismo, es lo que los otros ven de él. Ha surgido el cuerpo y va a convivir siempre con la corporalidad, que es el uso que él hace de su cuerpo.

El cerebro inmaduro precisa las estimulaciones adecuadas para cumplir su tarea, aprendida durante miles de años, de integrarse en una interpersonalidad desarrollada. Está preparado para ser un animal racional. Llegar a la madurez requerirá años. Hasta la llegada de la pubertad, sus diálogos son subjetivos, en el sentido de que habla de lo que él vive, pero es incapaz de ponerse en el lugar de los otros. Esto lo consigue cuando alcanza la racionalidad. Paradójicamente, también coincide con el nacimiento del amor maduro. Utilizando términos tradicionales podríamos decir que el cerebro tiene unas potencialidades que se van formalizando con su integración en la sociedad. Si vive aislado no hablará

ni aprenderá el sentido de las cosas. Todo lo que aprende configurará su cerebro para siempre. Es como un ordenador al que no pudiéramos borrar los programas introducidos. El contexto socio-familiar, con todos sus prejuicios, estará allí para siempre y no podrá desprenderse de ellos, pero son los que le han sacado de la nada y configuran su cerebro.

De lo que decimos se desprende la importancia de las primeras experiencias de la vida que quedan grabadas para siempre. La lengua materna será la que nos enseñe lo que es el mundo. De adulto puedo aprender otras, pero todas ocuparán un lugar aleatorio. Aprendemos la realidad por lo que dicen los otros. También yo mismo soy lo que ellos afirman. Cuando llega la madurez y mi inteligencia, mi capacidad de comunicación, se ha desarrollado puedo hablar con todos. Entonces es el momento de decirles en su lengua cómo veo yo las cosas. Muchos psicoanalistas han apoyado sus interpretaciones en los estudios evolutivos sobre el sistema nervioso. Estos justificarían la importancia que le atribuyen a las experiencias precoces. Entre ellos debemos recordar a Rof Carballo, que puso especial énfasis en relacionar la biología y el psicoanálisis. Su planteamiento era correcto y laudable, sólo que no discutía las interpretaciones psicoanalíticas.

Es sumamente interesante analizar cómo se desarrolla la inteligencia humana. Su desarrollo coincide con nuestra integración en la interpersonalidad. Es una larga tarea, cuya exposición se escapa de lo que me propongo en estas páginas. Existe el cuerpo que estudian los científicos y la corporalidad, que es el cuerpo que vivo y toda mi psicología. El cuerpo cosificado entra en conflicto con la corporalidad vivida. Eso es lo que tenemos que relacionar. No me resigno a ser el cuerpo parlante que ven los otros, sino que quiero que acepten mi corporalidad. No lo consigo, pero lo intento en el amor.

Lo que tenemos que relacionar no es tanto lo psíquico con lo somático, sino el cuerpo con la corporalidad. La corporalidad, si se ha entendido bien, es nuestro psiquismo. Somos cómo vivimos en el cuerpo. La experiencia de la vida es un continuo resentirse de nuestra corporalidad. Si amamos podemos pensar que lo hacemos con el corazón y si pensamos con la cabeza. Podría ser lo contrario, como se creía en la Grecia clásica. Estar en la vida es estar en el cuerpo, un cuerpo siempre trascendido que nos informa de lo que somos y del mundo objetivo. Cuando ocurre algo que cambia bruscamente nuestra vida, como en las emociones, la corporalidad pasa a un primer plano, para dar fe de que algo está cambiando.

Ya hemos dicho que todos aceptan la existencia de componentes psicológicos en las enfermedades orgánicas más diversas. También hemos dicho que tanto médicos como psicólogos tienen dificultades para ponerse de acuerdo. Los médicos, llevados por sus prejuicios, consideran que toda enfermedad es una alteración del cuerpo. Los psicólogos sólo se ocupan de las alteraciones psicológicas, que explican según los prejuicios dominantes. Poner ambas cosas en relación resulta imposible, porque sus prejuicios conducen a visiones inconciliables. La consecuencia es que los médicos están ciegos para lo psicológico y los psicólogos para lo somático. Este divorcio podría evitarse si ambos pensasen en la corporalidad. El componente psicológico de una alteración somática se desvela cuando entendemos cómo el paciente vive su cuerpo. Su experiencia de la vida está corporalizada, y cuando tiene dificultades esta corporalización se distorsiona, lo que se traduce en una cierta alteración de la misma. Aunque todos tengamos un cuerpo parecido la experiencia de la vida se corporaliza en él. Nuestra corporalidad se ha ido constituyendo en la experiencia de la vida. Desde muy pequeños nuestras experiencias han configurado el funcionamiento de nuestro cuerpo; esas funciones

que pertenecen a mi vida. Cada uno configura su corporalidad según ha vivido, y cuando tiene dificultades esa corporalidad configurada es la que da muestras de desequilibrio y se altera. Los médicos sólo observan el cuerpo y no cuentan con los medios ni las ideas que les permitan aproximarse a la corporalidad.

No existen determinados problemas psicológicos que tengan un órgano. Si enfermamos de amor; no enfermamos del corazón que explora nuestro cardiólogo. Esta falta de correspondencia entre tipo de conflicto y órgano expresivo es lo que hace que la medicina psicosomática progrese poco. Estamos acostumbrados a poner cada cosa en un sitio definido, pero en la corporalidad no ocurre esto. Según he vivido mi cuerpo tendrá su sentido existencial. En unos será el estómago, en otros, los pulmones y en aquéllos, la piel. Cuando tengo problemas los vivo a través de esa corporalidad que he constituido en la que están ubicadas mis experiencias juiciosas, pero también mis prejuicios. Esto es lo que tengo que captar para entender la patología psicosomática de mis pacientes.

Cómo vivimos la corporalidad está bien lejos de las funciones que los psicólogos describen y pretenden ubicar en partes determinadas del cuerpo. Cada persona tiene su corporalidad. Por eso es diferente a todas las demás. Algunas funciones, ya lo hemos visto, están perfectamente ubicadas, como el lenguaje o las sensaciones corporales. Otras están mucho más imprecisamente localizadas, como los sentimientos o afectos. Pero la mayoría, lo que realmente somos, sólo puedo conocerlo investigando sobre mí mismo y mi corporalidad, entonces comprenderé qué sentido tienen mis problemas y en qué manera están comprometidos con mi corporalidad cuando padezco una enfermedad física.

En una enfermedad psicosomática la alteración del cuerpo da razón de los síntomas que observamos. Estamos ante un mecanismo alterado y sólo se le ocurre a los médicos el reparar la

avería o, por lo menos, evitar las peores consecuencias. El sistema parece funcionar, aunque no nos sorprenda que este mismo paciente llegue a los pocos días con otra enfermedad. Cuando el componente psicológico juega un papel importante, los pacientes vuelven una y otra vez al médico con la misma u otras enfermedades. Son esos amigos que todos tenemos y que siempre están enfermos o se quejan de algo. Así vivirán la vida y sus médicos se atarearán en mejorar sus funciones corporales. Nadie pensará en los problemas que les llevaron allí. Cuando se practica una medicina privada estos pacientes son clientes de por vida, lo que también le interesa al médico.

Está claro que para muchas personas es mucho mejor, o por lo menos eso creen, tener una alteración del cuerpo que problemas en la vida, cuando no ven la posibilidad de solucionarlos. Han transformado su conflicto vital en una alteración concreta del cuerpo que es preciso atender cuidadosamente, cuando su atención debía dirigirse a los problemas que, verdaderamente, tiene. El que vivamos la corporalidad de una u otra forma depende de las experiencias de la vida y también de nuestra constitución biológica. En determinados círculos familiares se tiene preferencia por unos u otros órganos para somatizar los problemas, lo que no impide que se trate de alteraciones psicósomáticas.

Podemos actuar sobre la corporalidad modificando el uso que damos a nuestro cuerpo. El ejercicio, las dietas o la relajación están en la mente de todos como algo saludable. Pero por mucho que actuemos sobre el cuerpo difícilmente modificaremos la corporalidad vivida. No todo vale para todos, es preciso actuar sobre la corporalidad, cosa que ya no es tan fácil. Lo que sí es cierto es que cualquier actuación sobre nuestro cuerpo tiene repercusiones en la corporalidad. Pero la reparación del mecanismo corporal tiene sobre la corporalidad consecuencias imprevisibles. Lesionar

al cuerpo tiene efectos sobre la corporalidad o cuerpo vivido, que es toda nuestra Psicología. Cuando pierdo un miembro de mi cuerpo, la corporalidad, como hemos visto, mantiene su existencia fantasma. Ha aprendido a utilizarlo en su relación con el mundo, y el cerebro, seguramente, aún no tiene noticias de su inexistencia. El sucesivo uso del cuerpo le enseñará que el miembro no existe aunque esté programado para su uso. La corporalidad está en el cerebro aunque nosotros la vivamos en nuestro cuerpo. Somos conscientes de que algo falla cuando nuestros hábitos de vida cambian. Creía poseer un brazo pero la experiencia juiciosa me va demostrando que ya no está allí. Tardaré en darme cuenta, porque podré sentirlo y moverlo, hasta que la experiencia juiciosa termine por imponerse.

El caso del miembro fantasma nos vale sólo como ejemplo de las relaciones cuerpo-corporalidad. También nuestro cerebro, en general, está habituado a que nos desenvolvamos en un mundo determinado, en el que nos comunicamos con la lengua materna. Esa comunicación interpersonal que es el origen de todo; del mundo objetivo, del otro que habla mi lengua y de mí mismo. Si se lesionan los centros del lenguaje cerebrales padeceré una afasia. Según el tipo de afasia, estaré incapacitado para entender la lengua o para poder expresarme. La conocida base cerebral donde se localizan las funciones verbales son imprescindibles para que yo pueda hablar. Mi Psicología, mi corporalidad, ha cambiado seriamente. Ya no podré dirigirme verbalmente a los otros, ni comprender lo que me dicen. Las alteraciones de mi lenguaje se explicarán por mis lesiones cerebrales. En estas lesiones de la corteza cerebral no es que tenga dificultad para pronunciar o haya perdido audición, es que estoy incapacitado para el uso de la lengua. La corteza cerebral se había adiestrado a lo largo de la vida para entender y hablar una determinada lengua. Hoy día sabemos

que el cerebro humano está especialmente preparado para hacer este aprendizaje, pero no hablará si alguien no le habla. Y si dejamos que madure por completo ya no hablará aunque se le hable.

Cuenta la tradición que zares, reyes y religiosos creían que los niños criados en el aislamiento terminarían por hablar la lengua de sus dioses y fundadores de su religión. Parece que, como cabía esperar, estos niños no hablaban nada. Son los otros que le hablan los que hacen que su cerebro se configure de una determinada manera. Si estamos faltos de lenguaje se acabaron las condiciones previas de toda psicología. Estos pacientes tendrán que comunicarse por signos, ruidos o movimientos significativos. Pero si la pérdida de los centros del lenguaje es masiva tampoco estarán en condiciones de hablar o comprender. Puede que en un principio sigan viviendo en un mundo parlante, pero poco a poco el fantasma del lenguaje irá desapareciendo. Las alteraciones cerebrales de los centros del lenguaje, que se conocen desde mediados del siglo XIX, son muy variadas, dependiendo de la localización y la extensión de las lesiones que afectan al hemisferio izquierdo.

Sabemos que existen otras formas de comunicación, como las de los sordomudos, que recurren a los signos visuales. Éste es otro lenguaje que vale, igualmente, para comunicarse con los otros y al que podemos aplicar los mismos razonamientos que hemos hecho para la comunicación verbal. Ellos se comunican; tienen sus prejuicios y pueden verbalizar sus experiencias juiciosas. La conclusión que debemos sacar de lo dicho es que la lesión de los centros en los que se asienta el lenguaje aprendido impide el uso del lenguaje. Este razonamiento podemos aplicarlo a todo lo psicológico. La cura de las afasias debería llevar de nuevo a las neuronas cerebrales las experiencias verbales para que aprenda de nuevo. Ésta ya no es posible porque, precisamente, se ha destruido el lugar cerebral que le servía de base. Todos los neurólogos

sabemos que tras un accidente cerebral que afecta al lenguaje existe un periodo como de unos seis meses en el que las neuronas limítrofes o poco afectadas pueden recuperarse y va mejorando el lenguaje. Después queda una lesión residual irreversible. Sólo en los niños hasta los tres o cuatro años, cuando se produce una alteración de los centros del lenguaje no dejan de hablar. Parece que el lenguaje aún no está localizado y se ubica en diversas partes del cerebro. Pasados estos años, hasta los ocho o los nueve, estas mismas lesiones le hacen perder el lenguaje, pero puede aprenderlo de nuevo, porque otras partes del cerebro, por su inmadurez, pueden retomar esas funciones verbales. Más tarde las lesiones cerebrales darán lugar a alteraciones irreversibles análogas a la de los adultos.

El estudio de las afasias ha interesado siempre mucho a médicos, neurólogos y psiquiatras. Pero lo que a mí me interesa ahora es poner de manifiesto las relaciones entre cuerpo y corporalidad y tomar el lenguaje, tan estudiado, como algo paradigmático de lo que defiende la otra Psicología. En primer lugar el cerebro está dispuesto a hablar. En segundo lugar es preciso que reciba los estímulos adecuados para aprender. Y en tercer lugar, que si no aprovecha los períodos de inmadurez para hacer el aprendizaje, ya no lo conseguirá nunca más correctamente.

Siempre nuestra psicología es un vivir en el cuerpo. Cuando nacemos somos un conjunto de sensaciones anónimas. Al final del primer año estas sensaciones, que no distinguen entre mundo interno y mundo externo, se ubican en un cuerpo material, que está en relaciones de reciprocidad con los otros objetos y personas que pueblan el mundo. He aprendido, y está gravado en mi cuerpo, el significado de las palabras. Soy lo que ellas dicen. Me ubican en prejuicios que yo no estoy en condiciones de juzgar y que van a configurar mi identidad y mi vida. Si tengo un nombre,

Federico, seré Federico. Si me dicen que soy inaguantable, seré inaguantable. Seré lo que otros me han dicho, aunque siempre, según me resienta, podré tener acceso a lo que quiero ser. Pero la palabra de los otros, los que yo califico de sabios de esta tierra, es tan poderosa, que yo no encontraré las adecuadas para expresar mi experiencia juiciosa. Tendré que esperar, por lo menos, hasta la llegada de la adolescencia para manifestarme como soy. Será muy difícil porque no me comprenderán y los prejuicios estarán siempre presentes.

Si bien toda acción sobre el cuerpo repercute en la corporalidad, esta repercusión es más destructiva que creativa. No podemos intervenir en el cuerpo dañado para poner al cerebro en condiciones de volver a hablar. Los aprendizajes están perdidos para siempre. La cura debería consistir, caso de ser posible, en aportarle al cerebro esas neuronas destruidas en estado de inmadurez para que pueda aprender a hablar de nuevo. Hoy día esto no es posible, pero si lo fuera estaríamos en los mismos estadios anteriores. Tampoco tenemos medicamentos que actúen sobre las neuronas y creen circuitos nuevos, ni siquiera podemos hacerlo en los sujetos normales. Ellos no hablarán mejor por muchos medicamentos que tomen. Puede que mejoren su fonética, pero eso no pertenece sólo al cerebro.

La enfermedad cerebral es una lesión del cuerpo que elimina los aprendizajes de las zonas afectadas. No aprendemos cosas nuevas, sino que perdemos lo que habíamos aprendido. Es posible que ciertos medicamentos mejoren la función de las neuronas indemnes, pero esta mejora lo más que puede conseguir es que nuestros aprendizajes verbales y el uso de la lengua que aún poseemos se mejore también. No existen medicamentos que mejoren la psicología humana y nos hagan más inteligentes. Por eso decimos que los retrasados mentales serán así siempre. La

experiencia, o el aprendizaje de nuestros psicólogos, sí puede cambiar algo, pero lo que están haciendo es lo mismo que todos hacemos; ejercitar algo para aprenderlo.

Todas las enfermedades orgánicas que afectan al cerebro afectan al aprendizaje. Si es en épocas precoces de la vida, el niño no puede aprender y se queda retrasado. Si es en la etapa adulta pierde una serie de habilidades aprendidas. No conozco ninguna enfermedad que haga de una persona normal un superdotado. Si la sufre de niño será un retrasado mental y si la padece de adulto un demente. Entre ambos existen todas las situaciones intermedias, pero en todas ellas se detectan deficiencias.

En una metáfora muy de nuestros días podríamos decir que una alteración del cuerpo lo es del *hardware* y tiene su repercusión correspondiente en el *software* o corporalidad. La alteración del objeto físico —*hardware*— desorganiza los programas —*software*— correspondientes. También es posible que nuestros programas se alteren por la llegada de un virus o de un uso inadecuado del ordenador. En el primer caso explicamos la disfunción por la alteración del objeto y en el segundo caso esta disfunción se comprende por el uso o las experiencias que hemos suministrado a nuestro ordenador. Metafóricamente, volviendo a mi terminología, en el primer caso explicamos las disfunciones por la alteración del aparato y en el segundo las comprendemos por las experiencias que hizo. Es preciso no llevar esta metáfora hasta sus últimas consecuencias, porque el ser humano, por mucho que se quiera, no es un ordenador.

La actuación de los psiquiatras, con sus medicaciones, lo es sobre el cuerpo, pero deben ser conscientes de que ellos lo que hacen es inhibir y excitar determinadas funciones que están implicadas en las experiencias de la vida. No las modifican, sino que tienden a eliminarlas. Pero eliminar algo es llevar a una experiencia

deficitaria de la corporalidad. Esto ocurre con los psicóticos. Excitar determinadas funciones del proceso de neurotransmisión cerebral activa lo allí existente. Pero en ningún caso están actuando sobre los motivos que llevaron a esa persona a deprimirse. También cuando tomo alcohol puedo, no siempre, sentirme alegre, lo que no impide que mis problemas sigan siendo los mismos. Es posible que encuentre en el alcohol la forma de huir de ellos, pero como no lo consigo, caigo en el alcoholismo. A nadie se le ocurriría pensar que beber resuelve los problemas, más bien pensamos que los aumenta. También cuando se toman antidepresivos indiscriminadamente no estamos resolviendo nuestros problemas, sino activando los circuitos cerebrales que controlan nuestros estados de ánimo. La droga nos hará estar más contentos, pero nuestros problemas seguirán siendo los mismos. Es posible que los problemas que nos han llevado a la depresión sean sólo ocasionales, en ese caso los antidepresivos nos ayudarán a afrontarlos y superarlos, pero también es posible que sean problemas auténticos difíciles de resolver. Entonces el drogarnos puede que empeore las cosas. En este sentido podemos decir que la administración indiscriminada de antidepresivos es la causa del aumento de las depresiones. Nos drogamos y no nos curamos.

Tampoco logramos curar a los esquizofrénicos, haciendo la salvedad de que bajo este término se ocultan realidades diversas. Los neurolepticos que utilizan valen para eso; para paralizar su sistema nervioso. Aunque no curen sí hacen posible que estas personas paralizadas puedan llevar una vida social más adaptada. También modifican sus síntomas más llamativos. Los medicamentos interfieren en los circuitos cerebrales que mantienen sus síntomas. No se curarán pero el tratamiento disminuye su locura, como también altera otras muchas funciones psicológicas relacionadas con ellos.

La nueva Psicología debe mantener siempre presente las relaciones del cuerpo con la corporalidad, entendiendo por cuerpo lo que todos pueden observar y estudiar, y por corporalidad la vivencia de la experiencia de la vida que está en vivir en el cuerpo. El cuerpo lo recibimos y la corporalidad la vamos constituyendo en el continuo diálogo que desde el comienzo de nuestra vida tenemos con los otros. En este diálogo aprendemos todo y las actuaciones sobre el cuerpo pueden deteriorar tanto nuestra ubicación en el mundo objetivo, como las relaciones con los otros y mi propia identidad.

Los psicofármacos son todos esos medicamentos que muestran efectos psicológicos. Tradicionalmente vienen clasificándose en psicosedantes, psicoestimulantes y psicodislépticos o perturbadores del funcionamiento psíquico. Su número ha ido creciendo en las últimas décadas. La clasificación deja bien claro cuáles son sus efectos y qué debemos esperar de ellos. Sedan, estimulan o distorsionan la actividad psíquica; es la misma que provocan en el sistema nervioso. Los tranquilizantes menores son los que tomamos habitualmente, los tranquilizantes mayores o neurolépticos tienden a paralizar el sistema nervioso. Los que distorsionan su funcionamiento distorsionan también la actividad psíquica. Todos ellos muestran bien a las claras cómo podemos influir en la corporalidad a través del cuerpo. Podemos activarla, paralizarla o distorsionarla; no crear una nueva corporalidad. Cuando tomo un tranquilizante me tranquilizo yo, pero la forma en la que afronto la vida sigue siendo la misma por mucho que me tranquilice. Si es un tranquilizante mayor o neuroléptico me he relajado tanto que difícilmente puede decirse que soy yo mismo. Si elimino el medicamento lo seré. Es la medicación que se aplica a los esquizofrénicos o locos. Eliminamos su funcionamiento psicológico y con ello muchos de sus síntomas. Si abandonan la medicación, vuelven a la situación anterior.

Entre los psicoestimulantes debemos incluir los antidepresivos. Potencian la actividad del sistema nervioso y pasamos de la inmovilidad a la actividad. Es posible que si se retira la medicación a tiempo los pacientes se normalicen. No debe sorprendernos. «No hay penas que cien años duren», sentencia el saber popular. Pero no cabe duda de que los problemas que tenga esa persona seguirán siendo los mismos. Por eso no es incorrecto decir que el aumento experimentado en las depresiones tiene mucho que ver con el uso indiscriminado de los antidepresivos. Los que distorsionan la actividad psíquica o psicodislépticos hacen posible la aparición de vivencias psicológicas imprevisibles. Pensemos en las drogas o los alucinógenos. Cuando dejamos de tomarlos seguimos siendo los mismos a no ser que por su abuso se haya afectado el cerebro de una forma irreversible. No debemos olvidar que todos los psicofármacos tienen efectos secundarios o indeseables. Mientras más psicoactivos se muestran estos efectos secundarios son mayores. Cuando excitamos las funciones cerebrales pueden manifestarse en la corporalidad náuseas, alteraciones vegetativas, dolores, excitabilidad, etc. Estos fármacos actúan también en las bases corporales de otras muchas facetas de la corporalidad. Lo ideal sería descubrir psicofármacos que actuaran sobre centros cerebrales específicos. Esto no es posible, porque el cuerpo y el sistema nervioso funcionan muy interrelacionados. Los esquizofrénicos cuando están bajo tratamiento están mucho más pendientes de los efectos secundarios que de los antipsicóticos. Si les preguntamos cómo se encuentran dirían que mal, porque no mantienen el equilibrio, tienen dolores musculares o náuseas. Su psiquiatra podrá comprobar que sus alucinaciones o alteraciones del pensamiento, que es lo que interesa, han disminuido. Un loco no sabe que lo está, por eso los efectos secundarios de los antipsicóticos los consideran indeseables y tienden a interrumpir la medicación.

Actuando sobre el cuerpo modificamos la corporalidad. Un científico podría decir que una acción cualitativa sobre el cuerpo sólo se manifiesta cuantitativamente en la corporalidad. Nuestra experiencia de la vida seguirá siendo la misma; la hemos elaborado a lo largo de nuestra existencia y está encarnada en el cuerpo. La corporalidad es la cara psicológica o vivencial del cuerpo y no podemos modificarla. Los cuerpos vienen a ser todos iguales, las corporalidades son todas diversas y nos identificamos por ellas. Una reflexión evolutiva nos llevaría a pensar que a lo largo de los siglos la vida llegó a tomar conciencia de sí misma para seguir desarrollándose y nosotros, los individuos humanos, vivimos nuestra peculiar aventura en esta evolución. Adquiere sentido en ella, pero la sobrepasa cuando yo, como individuo consciente, me he socializado tanto que soy capaz de distinguir, aunque sea con dificultad, lo que han hecho de mí y lo que, verdaderamente, me interesa, que es proponerme sustituir los prejuicios por la experiencia juiciosa.

Debemos concluir que las relaciones tradicionales de lo psíquico y lo somático deben ser concebidas como las de la corporalidad y el cuerpo, entendiendo ambos según hemos descrito.

ARTE Y LITERATURA

Arte y literatura son creaciones humanas, no existirían si alguien no las sacase de la nada. La Psicología de la que hablamos sabe que todo surge de la experiencia de la vida, en la que el diálogo con los otros es esencial. Lo que pasa es que determinadas experiencias de los demás sólo podemos conocerlas cuando nos las comunican. Puede ocurrir que estas experiencias nos resulten evidentes, como cuando nos hablan del mundo objetivo en el que estamos inmersos, pero también que se refieran a un mundo desconocido, entonces sabemos muy bien que todo diálogo con ellos es imposible. Si optamos por creerlos, como podemos hacer con los religiosos, es porque hablan de un mundo que nos afecta. Creer en este mundo imaginario parece apartarnos de la dura realidad. Es sólo una apariencia, pues seguimos haciendo nuestra vida en ese mundo objetivo.

Cuando un artista crea su obra está en nuestro mundo objetivo y comparte nuestros juicios y prejuicios. Pero se diferencia de los demás en que es capaz de verbalizar su manera de resentirse en la vida, de forma que da carta de realidad a mis resentimientos. No es que sea más juicioso que yo, sino que pone en su obra una manera de resentirse que viene a coincidir con la mía. Me siento impactado con su obra porque vive lo mismo que yo. Por lo

menos eso es lo que creo cuando observo el cuadro que pintó o la escultura que hizo. Un artista no es quien capta la belleza, como repetían nuestros clásicos, sino alguien que ha encontrado el lenguaje adecuado para transmitirnos algo. El valor de la obra de arte no está en ella misma. Sólo cuando la observamos se transforma en tal. El artista transmite su experiencia de la vida, poniendo especial énfasis en el resentimiento, lo que implica la existencia de un mundo objetivo determinado que la hace posible. Un supuesto artista sólo lo es si transmite algo.

Lo que decimos está de acuerdo con esa otra Psicología que defendemos y responde a la experiencia de la vida. Puede que para muchos esto les resulte obvio, pero, a poco que reflexionemos, nos damos cuenta de que coincide bien poco con las creencias o prejuicios que tenemos asumidos. Afirmamos que el arte no está en su obra, sino en la capacidad que ella tiene de transmitir algo. También cuando decimos algo la verdad no está en las palabras, sino en su poder de comunicación. Si nadie las comprende no hemos dicho nada, y para que las comprenda es preciso que mi experiencia sea comunicable y me desenvuelva en el mismo mundo objetivo. Soy sabio cuando encuentro las palabras exactas, lo mismo que el investigador en su laboratorio. Lo que el artista pone en su obra es cómo se resiente en la vida, lo que puede coincidir con mi resentimiento. Ambos estamos en el mismo mundo objetivo, que es el que posibilita la comunicación. Si un artista no comunica nada no es artista. Esta afirmación hace rebelarse a muchos supuestos artistas. Están convencidos de que lo son, tanto si los demás comprenden su mensaje como si no lo comprenden. No lo son, porque salieron de su laboratorio para no decir nada. Es posible que pasados los años, y ya fallecido, se capte su mensaje, pero mientras no se capte no podemos considerarle artista.

Según el concepto que hemos dado de sentimientos y afectos, podríamos decir que el artista es capaz de transmitir sus sentimientos. Pero estos sentimientos sólo tienen sentido en relación al mundo objetivo que compartimos. El hombre de ciencia intenta prescindir de los sentimientos cuando hace sus afirmaciones; el artista es de lo que sabe. Pero lo que conoce, el mundo objetivo, estará siempre allí presente dándole sentido a su arte. Esto explica que la expresión artística cambie con los tiempos. Alguien pensará, como nos han enseñado, que cambian las formas, pero el contenido, la belleza, permanece. Lo único que permanece es la comunicación de sentimientos, que sólo tiene sentido en función del mundo que comparte. Nos sentimos conmovidos por la obra de arte, porque nuestros sentimientos, nuestra vida privada, está allí presente ocupando un lugar en el mundo. Nos impacta nuestra grandeza interior.

El artista habla de sus sentimientos en un mundo que compartimos. Si visitamos un museo basta una mirada para saber del mundo del que nos hablan los artistas. En nuestros museos casi sólo vemos cuadros de reyes, nobles, dioses o religiosos. Ése era nuestro mundo hasta hace un par de siglos. Es algo que se daba por supuesto, lo mismo que hoy aceptamos la existencia de una belleza pictórica independientemente de los contenidos que utilice. Por eso los agnósticos y progresistas no tendrán inconveniente en proclamar la belleza de estas obras. Pero si reflexionamos y somos consecuentes, no podemos separar la transmisión de sentimientos de las formas que adquieren. Lo que se inventó la nobleza y los religiosos está reproducido con toda exactitud en los cuadros. Yo no puedo extasiarme ante nuestras inmaculadas, si estoy convencido de que el amor humano es parte fundamental de la vida. Tampoco podré maravillarme ante nuestros nobles que están hablando de una sociedad injusta. No es posible distinguir entre

el mundo objetivo y la manera de resentirse. Si mis prejuicios me llevan a conmoverme ante lo que rechazo, es que he renunciado a toda experiencia juiciosa. Muchos pensarán que, a pesar de todo, eran buenos pintores. No es cierto. No me dice nada ver cómo cuerpos humanos se queman en supuestos infiernos. Debe llevarme a la rebelión. A luchar contra los que han esclavizado a nuestros semejantes. La transmisión de sentimientos, que en otros momentos tenía sentido en relación a un determinado mundo objetivo, hoy no la tiene. O tiene otra muy diferente. El arte de otro tiempo se ha transformado en arqueología, puesto que nos enseña el mundo en el que se debatían nuestros semejantes. Es posible que sus obras nos conmuevan, pero sólo porque nos enseñan el poder constituyente de los prejuicios.

Estamos acostumbrados a oír que los clásicos descubrieron la belleza en sí misma. Somos nosotros los que nos hemos detenido allí durante siglos. Los prejuicios judeocristianos nos arrasaron, y fue preciso volver una y otra vez al mundo clásico, con sus prejuicios, para salvarnos. Sus esculturas y su arquitectura nos hablaban de una objetividad más mundana. Nos identificábamos más con este lenguaje que con otros etéreos. No existe ninguna belleza en lo clásico, es sólo un sistema de comunicación que, a diferencia de los cuadros de nuestros museos, no distorsiona la vida completamente.

Estamos hablando de las artes plásticas. En ellas el lenguaje que se utiliza es algo que vemos. También es preciso conocerlo para captar el mensaje. Si en las palabras van los prejuicios, en el lenguaje plástico también y son indiferenciables de ellos. Acostumbramos a expresar el amor en una virgen y el dolor en un crucificado. Es preciso entender esta lengua, pero, al mismo tiempo, tendremos una idea prejuzgada del amor y del dolor, que nos cegarán a nuestras experiencias juiciosas. Los que vienen de otros

continentes pueden no conocer esta lengua y observarán perplejos nuestras pinturas, lo mismo que nosotros observamos las suyas. Pero ninguno dudaremos que son obras humanas que adquieren su sentido en función de quienes las crearon y las contemplaron. Una persona supuestamente cultivada conoce bien estas formas de comunicación y puede captar los mensajes más diversos, tanto el que transmiten los religiosos como el de los maestros griegos clásicos. El pueblo llano sólo entiende formas de comunicación más simples. Nuestras vírgenes de la Macarena, del Rocío o del Pilar son capaces de transmitir todo. En realidad las utilizamos para vivir todo lo que se desvela en la experiencia de la vida. A veces se trata de esculturas mostrencas, pero existe el acuerdo, como en las palabras, de su significado. Otros lo han dicho y yo, sin crítica, lo asumo. Los prejuicios me han llevado a jugarme el sentido de mi vida con un trozo de madera. También detrás de ese trozo de madera está toda una organización que me manipulará. Muchos dirán que no son creyentes y que se limitan a vivir con su virgen el sentido de la vida, pero son otros los que le han dicho el lugar donde está.

El lenguaje artístico cambia con los tiempos y las culturas. En los tiempos clásicos de Grecia y Roma se utilizaba un lenguaje que aún podemos entender, no en vano estamos en esa tradición. Acostumbramos a decir que representan el clasicismo, puesto que nos hablan de la belleza en sí misma. También ellos transmitían sus prejuicios, lo que ocurre es que no los captamos. Lo que vemos es la naturaleza que nos habla del amor y del dolor. Por rechazo del lenguaje judeocristiano hemos intentado regresar una y otra vez a los clásicos. Si a partir del siglo XX lo hemos olvidado es porque su herencia la tenemos ya asumida. No hace falta citarlos más; hay que hablar de otra cosa. Esta herencia clásica nos pone más en contacto con el mundo que nos rodea y posibilita su

lenguaje artístico. Por eso podemos ver los museos y comunicarnos con mundos pretéritos. También penetrar en el sentir de sus habitantes.

A partir del siglo XX el lenguaje cambia. Ya no se trata de reproducir lo que observamos con la mayor fidelidad, sino de buscar las formas más adecuadas para comunicar sentimientos. Pensemos en nuestro Picasso. Es un lenguaje un tanto enigmático difícil de descifrar. Casi nadie discute que es un pintor genial. No cabe duda de que está transmitiendo otra cosa. Tampoco cabe duda de que lo que transmite es importante, por lo menos si atendemos a los precios que alcanzan sus obras. Es un gran artista porque transmite, aunque todos los prejuicios se hayan puesto de acuerdo en constatarlo. Yo me sentiría avergonzado de no comprender su mensaje.

El lenguaje es un sistema de comunicación perfecto, en el sentido que parece transmitir con exactitud lo que pensamos. Las matemáticas también lo son. El lenguaje estético es bastante indeterminado. Más allá de lo que dictan los prejuicios cada uno de nosotros reaccionamos de una forma diferente ante la misma obra de arte. Si decimos cómo nos sentimos afectados por ella coincidiremos poco unos con otros. Es muy posible que el mensaje recibido tenga poco que ver con lo que el artista me ha enviado. Se trata de mensajes abiertos que cada uno de nosotros completamos según nuestra experiencia de la vida. Ante la misma obra podemos, incluso, vivir afectos diversos dependiendo el momento en el que nos encontremos. Sólo yo puedo decir lo que evoca en mí. A poco que investiguemos nos damos cuenta de que estos sentimientos no son muy diferentes del resentimiento que constituye mi identidad. La diferencia con la vida cotidiana es que en ella me resiento respecto de un mundo objetivo que no puedo soslayar y ante la obra de arte me encuentro ante algo aislado que evoca mi

identidad misma. Esa identidad que me niega la vida y a la que yo aspiro. Ocurre algo parecido a cuando amo. Pero ante la obra de arte no me estoy jugando mi identidad con alguien que hace uso de su libertad, sino con algo indeterminado que está allí presente y puedo controlar. Incluso puedo tomar posesión comprándolo. Amar las cosas, si podemos utilizar la palabra amor, es más fácil que amar a las personas. Por eso los religiosos se apegan a las cosas. Pero las cosas exigen un cuidado que termina por esclavizarnos. Pensemos en los coleccionistas.

Está claro que el objeto artístico no debe cumplir con ningún requisito determinado. Depende de mí en relación con los otros el que unas formas me comuniquen algo o no. Incluso la ausencia de formas, como en el arte abstracto, puede conmoverme. Ahora bien, es preciso que yo esté convencido de que me están diciendo algo. También la naturaleza que está ahí y no tiene autor puede conmoverme. La luna, los atardeceres, los paisajes o el mar puedo contemplarlos de forma que me evoquen los sentimientos más diversos. La naturaleza tiene un lenguaje que entendemos aunque no esté libre de prejuicios. Los primeros cristianos se retiraron de ella. No querían saber nada de ella para poder contemplar a su dios. Cuando llega el Renacimiento lo vieron en ella. La vuelta a la naturaleza fue descubrir otro lenguaje de su dios. Nuevos prejuicios ofrecieron nuevos significados. La belleza de dios estaba en la naturaleza y podíamos contemplarlo en ella. También la belleza del cuerpo humano había que captarla así. Los pintores ponían a sus santos desnudos, aunque los creyentes debían ver a dios en ellos. Todo es posible en los prejuicios, pero mucho me temo que los conventos de entonces no se diferenciaban mucho de nuestros sex shops de ahora.

La música también nos transmite cosas. Existe la música culta y la música popular. No dudamos de que la clásica o culta es superior. La realidad es que representa el lenguaje utilizado por

las clases elevadas. También los sentimientos que evoca se corresponden con sus resentimientos. Se la llama clásica porque parece permanecer en el tiempo. Música de conservatorio o de conserva que se aleja de lo que vivimos en la vida cotidiana, pero que escenifica esa clase acomodada que sólo quiere conmovirse sin que ocurra nada. El prejuicio de considerarla propia de espíritus elevados hace que no la discutamos, aunque no nos diga mucho. La ópera le pone un argumento que transmite más.

La música popular es la que el pueblo vive y la que arrasa con sus éxitos. Las diferencias con la clásica no están muy delimitadas. Se influyen mutuamente. Ya vimos que en el flamenco sus letras expresaban todo el dramatismo de los prejuicios que arrasan el pueblo. No todos entienden su mensaje. La canción española sí. Nos cuentan historias de amor y, con más frecuencia, de desamor. Es lo que todos vivimos y podemos entender su mensaje con facilidad. Los amantes de la clásica no se dignan a escucharla; eso es para gente primitiva. Es para otras personas que tienen otros prejuicios. Si tenemos en cuenta el éxito que pueden alcanzar, nos damos cuenta de que retratan bastante fielmente nuestra vida. No hace falta mucho academicismo de conservatorio, es suficiente con que digan cosas simples. Si nos conmueven son obras de arte, por mucho que digan nuestros intelectuales.

Habíamos dicho que la Psicología era como una novela sin argumento. En ella se nos mostraría cómo el ser humano se resiente en la experiencia de la vida. En un determinado mundo objetivo en el que los prejuicios habían jugado un papel determinante. Si no atendemos mucho a su argumento podemos hacer este análisis en todas las novelas. Entre nosotros un buen ejemplo es el Cantar de los Cantares que nos ofrece la Biblia. Allí se narra una historia de amor en un contexto campesino, cuyos símbolos y metáforas no entendemos muy bien. No importa. Cuando llegaron

los cristianos todo cambió. Desde el colegio aprendimos que en este texto se escenificaban, más allá de la anécdota amorosa, las relaciones de Cristo con su Iglesia. Era emocionante leer el texto bíblico, tantas veces censurado, dejándonos llevar por la fantasía del encuentro de Cristo con el Cuerpo Místico que formábamos todos los cristianos. Aquí el amor a Dios adquiriría toda su realidad y conmovía nuestra corporalidad. Qué eran Cristo y la Iglesia, los supuestos amantes, lo conocíamos muy bien; nuestros prejuicios los constituían a la perfección. Cristo era amor y nosotros, corporalizados, también. En realidad estábamos alienados en las palabras que constituían nuestro mundo objetivo y nuestra manera de resentirnos. Hoy día, juiciosamente, sé que no se trataba de amor. Por lo menos como lo hemos conceptualizado. No tenía lugar ninguna relación íntima con nadie, que era lo que nos conmovía. También sabemos que más que ese cuerpo místico, formado por todos los cristianos, lo que existía era una iglesia terrena dispuesta a todo para conseguir sus fines. No importa, todos los prejuicios no eran capaces de silenciar nuestros sentimientos más íntimos. Éramos nuestros prejuicios y sólo a través de ellos podíamos comprendernos.

La concepción cristiana prejuizada del Cantar de los Cantares pasó por muchos avatares. Lo mismo que la historia. Nuestro San Juan de la Cruz hizo otra lectura. Vivió sus noches de amor haciendo otra interpretación: aunque se limitase a copiar. Era él el que iba en busca del amado. Los prejuicios nos decían que se trataba de una relación mística, lo que no impedía que nos sintiéramos conmovidos ante sus relatos de amor. Nosotros también éramos así; estábamos conmovidos porque compartíamos los prejuicios constituyentes. Con la llegada del Renacimiento Fray Luis de León hizo otra lectura del Cantar de los Cantares que escandalizó a la iglesia cristiana. Nos dijo que se trataba de una historia de

amor entre un hombre y una mujer, y que los recursos literarios maravillosos había que entenderlos en relación al contexto concreto en el que se desarrollaba ese amor universal. Era un amor real, tan real que dedicó el libro a su amante, que era una monja. Ni qué decir tiene que su actitud no gustó mucho a la Iglesia del momento. Fue encarcelado.

Los prejuicios cambian, pero no tanto como para que desaparezcan. Por eso no debe sorprendernos lo que aprendimos en el colegio analizado siglos más tarde. Hoy día nuestros sabios oficiales siguen ensalzando a nuestros místicos, a los que ubican en el núcleo de nuestra identidad. No les falta razón a nuestros académicos, pero ignoran que son sus prejuicios los que hablan por ellos y los que sienten por ellos. Una persona juiciosa encuentra todo ello sin sentido, lo mismo que podría decirnos alguien que viene de otro planeta. Yo no pienso que el amor tenga que ver con lo que dicen nuestros místicos, aunque, desgraciadamente, pueda conmoverme con la lectura de sus obras.

Si eliminamos todos los prejuicios no queda nada del amor. A lo más un cuerpo anónimo que ejecuta sus funciones. Pero esto es inconcebible. Somos nuestra corporalidad y ella sólo tiene sentido en el mundo que nos movemos. Por eso nuestros místicos buscan al amado por los campos o caen extasiados cuando toman contacto con él. Buscarlo está más en línea con el rol masculino; ser invadidos con el femenino. Otros tantos prejuicios que nos constituyen. Muchos pensarán que por encima de todos los prejuicios está el amor verdadero. El auténtico amor que aparece siempre disfrazado, pero que podemos identificarlo dando sentido a todos sus personajes. Cuando hablamos del amor dijimos que, dado el uso que se hace de esta palabra, debíamos referirlo a una relación íntima satisfactoria en la que me juego mi identidad o parte de ella. Lo decidimos así y es lo que investigamos. No está en ningún sitio, soy yo mismo el que

le doy contenido en la experiencia de la vida. Este concepto de amor responde mucho más a nuestras experiencias juiciosas, que ese otro del que nos hablan curas y poetas. Si estamos en lo cierto, ahora sabemos más que antes del amor. Esto no nos incapacita para entender lo que sentencian los prejuicios, pero, juiciosamente, buscamos otro amor más de acuerdo con nuestros deseos.

Los locos aman sus fantasías. Nuestro Don Quijote es un loco que ama a una Dulcinea inexistente. Es la que está en los libros de caballerías, pero no en la realidad. Todo él está constituido por los prejuicios caballerescos, lo que no impide que, de tiempo en tiempo, sea capaz de pensamientos juiciosos. Éste es el sentido de la obra; enfrentar los prejuicios más absurdos con la realidad juiciosa. Es tan entretenido como debiera serlo la Psicología que proponemos. Cuando Don Quijote habla de Dulcinea está hablando de él mismo. No ha habido encuentro de libertades. Estamos acostumbrados a que nuestros literatos nos hablen de amor y no nos damos cuenta de que casi sólo hablan de ellos. Todos lo hacemos. Por eso podemos romper con el amado y no queda nada. Nunca hubo nada en común. Entre las gentes sencillas se acostumbra a devolver las cartas y regalos cuando se produce la ruptura. Es lo único que, realmente, han intercambiado. Todo queda como antes estaba. Se puede empezar de nuevo. Si concebimos así el amor no cambiaremos nunca. Los mismos prejuicios nos arrastrarán a las mismas situaciones. Si queremos progresar en el camino juicioso, debemos aprender del amor cada vez que amamos. No son tan importantes los errores del amado, como los que yo cometo. Si me doy cuenta de mis errores puedo cambiar y afrontar de nuevo el amor para realizarme juiciosamente. Ello no tiene nada de romántico. Son dos libertades que se encuentran y deciden compartir íntimamente la vida. En la medida que conozco y acepto más a la otra persona es en la medida que amo más.

Nuestros literatos ponen especial énfasis en los fracasos del amor. Es algo terrible, en la medida que me alejo de la realidad del amado. Mientras más le conozco, más me doy cuenta de que no puedo satisfacer todos mis deseos con él. Estoy limitado por cómo es él y el uso que hace de su libertad. Es posible que no lo acepte y firme un contrato con él de que sólo la muerte nos separará. Las religiones lo sancionan. Pero por mucho que los prejuicios lo avalen, todos sabemos que no puedo tomar posesión del otro. Me traicionará o me engañará. Es la factura que debo pagar. Sólo si quiero que esté libremente conmigo, tendré la seguridad de que hace uso de su libertad en mi beneficio. Será suficiente que no quiera para que nuestra relación se rompa. El hecho de que pensemos que el verdadero amor es para siempre es un prejuicio que no discutimos. La realidad nos enseña que no es así. Todas las canciones, todos los poetas y literatos. No debemos concluir que no existía un verdadero amor, sino que se han modificado las circunstancias que lo hicieron posible. Pero lo más importante es que nos demos cuenta de que no nos lo jugamos todo en el amor. Si rompemos, el amado no se lleva nada. Esto es muy fácil de decir cuando existen bienes a repartir. También los hijos. Debemos amar corriendo los menos riesgos posibles. Para ello es preciso que sepamos estar solos. Siempre podremos volver a la dorada soledad cuando rompamos con el amado. Lo que me doy a mí mismo no me lo puede quitar nadie.

En la medida que tengo más prejuicios más dependo de los otros para encontrar mi identidad. Nuestros clásicos estaban muy preocupados por el honor; ese valor mío que hace que los demás me respeten. Pero, como hemos visto, estaba al alcance de todos. No sólo se deshonraba a la mujer, sino también a todos sus familiares cuando era violada. La manera de recuperar el honor consistía en destruir al que lo había robado. Ya no existía el testigo de mi

deshonor, lo había recuperado y todos deberían respetarme. Todos, como en *Fuenteovejuna*, se aliaban para conseguirlo. Había un acuerdo entre los portadores de los prejuicios para defenderlos. Era un caso extremo, lo más habitual era que se retase a muerte a quien me había deshonrado. Es lo que nos enseñaban los literatos, haciéndose eco del mundo en el que vivían. Antes sus dramas conmovían, ahora ya no. Tenemos otros prejuicios. Entonces si alguien me engañaba debía destruirlo. El cornudo era objeto de burlas interminables. No se censuraba a quien ponía los cuernos, sino al que los llevaba. Pero no había hecho nada especial, simplemente confiar en un amigo.

Vivimos continuamente pendientes de lo que los otros piensan de mí. Ellos son los que han creado el mundo y mi propio resentimiento vital. Tienen la llave de mi vida. Es preciso manifestarme como no soy para que me acepten y siempre estoy en trance de ser descubierto. Lucharé para ser como ellos me dicen y sufriré cuando no lo consigo. Si soy creyente me avergonzaré cuando no cumplo las reglas que inventaron. Me confesaré ante ellos, que dicen hablar en nombre de dios. Pero nunca seré transparente. No es posible. La hipocresía será mi norma de vida. En este caso ser hipócrita es más juicioso, que entregarse ciegamente a los prejuicios. Pero el tiempo que dedicamos a practicar la hipocresía lo estamos perdiendo para dar cartas de realidad a lo que se nos muestra evidente.

Los literatos han escenificado con exactitud el camino de la liberación de la mujer. De ser una posesión del hombre, que éste debía defender, hasta considerarla alguien libre. Si me engañaba, combatía al que había tomado posesión de ella. Estaba en condiciones de defender lo mío. Más tarde la sociedad toma conciencia de que las mujeres también piensan y son libres. *El Sí de las Niñas*. Es preciso que ellas quieran amar con libertad. Hay que oírlas y

actuar en consecuencia. Entonces empieza a ser posible el amor y también todos los problemas a los que estamos acostumbrados. En tiempos de Grecia y Roma se hablaba más de amistad que de amor. Cicerón insiste una y otra vez que la palabra amistad viene de la palabra amor. No estaba equivocado, en el sentido de que el amor sólo es posible entre seres libres. Si lo estaba, por mucho que hablase del amor entre amigos, cuando olvidaba el sentido íntimo de la relación amorosa. Nuestras canciones de amor actuales muestran todo su dramatismo jugando con la libertad de los amantes, pero dejándose llevar de los prejuicios que nos impulsan a querer tomar posesión del amado. No lo conseguiremos por mucho que lo pretendamos. El amado es libre de constituir a cualquiera como ser sexuado, que juegue un importante papel en su vida.

Los celos, que tanto han interesado a nuestros literatos, los vivimos todos con mayor o menor intensidad. Me tortura pensar que lo que pongo en el amado desaparezca cuando se relacione con otro. Tiendo a controlar sus relaciones. No es infrecuente que acepte todo menos que tenga trato íntimo con otra persona. Ahí está el engaño. Nuestros prejuicios han concretado lo que es traición en algo más controlable. Muchas veces las leyes nos apoyan. Si amo a otra persona libre, espero que ella me ame haciendo uso de su libertad. Si soy juicioso la dejaré libre, dando por supuesto que, como yo, irá constituyendo como seres sexuados a muchas de las personas con las que interacciona en su vida cotidiana. Pero a pesar de todo me amará. Decidirá libremente seguir conmigo.

Nuestros literatos no se proponen, como deberían hacer los psicólogos, tomar conciencia de los prejuicios. Constatan una y otra vez a los conflictos a que nos conducen y concluyen que un mundo así es poco deseable. También apuntan soluciones, pero

todo ello está muy implicado en el argumento de su obra. Narran acontecimientos de la vida pero no se proponen buscar otra forma de vivir.

Estamos en continua comunicación con los otros. Somos con los otros. Las formas que tenemos de comunicarnos son muy diversas. Nuestros gestos, la vivencia de la corporalidad, la moda que utilizamos, las preferencias gastronómicas, los hábitos sociales; todo manifiesta cómo vivimos nuestra identidad y nos resentimos en el mundo. El lenguaje es la forma de comunicación más perfecta, porque puede ser entendido por todos, aunque en ocasiones deba traducirse. Esto no supone que la lengua sea ajena a los mensajes que transmite. Allí están los prejuicios y las experiencias juiciosas. Nadie duda de que el español y el alemán, por ejemplo, hablan de mundos peculiares y tienen sus propios prejuicios. Pero tampoco dudamos de que podemos tomar conciencia de ellos con cierta facilidad. Basta con describir cómo cada una de estas lenguas verbalizan las mismas situaciones. Si eso ocurre en países muy próximos con una historia parecida, esto se caricaturiza cuando comparamos países lejanos. También sabemos que la traducción es siempre posible y todos tenemos acceso a las experiencias juiciosas.

Se ha repetido mucho que para hacer filosofía, en el sentido tradicional, es preciso utilizar el alemán. El francés simplifica, mientras el alemán se diversifica en los matices. Heidegger, por ejemplo, no hace otra cosa que reflexionar sobre el lenguaje alemán. Tenemos dificultad para comprenderlo, aunque nuestros intelectuales no dudan de haberlo asimilado. El hecho de que un verbo tan estratégico para la metafísica y la ontología como el ser o estar tenga dos acepciones tan implicadas, no cabe duda de que ha llevado a nuestros filósofos españoles a situaciones de compleja esterilidad. Reflexionar sobre ello es identificarse con unos

prejuicios que ocultan lo que debemos describir. Ortega es nuestro filósofo de España y el quinto de Alemania. Es más bien un sociólogo que, inmerso en sus prejuicios, es capaz de transmitir sus experiencias juiciosas. Yo no creo, por supuesto, que la llamada Filosofía sea la disciplina más importante. La realidad es que ella está mucho más comprometida con los prejuicios que la ciencia. Ésta apela una y otra vez a la experiencia y utiliza formas de comunicación, como las matemáticas, que están menos implicadas en los prejuicios.

Todas estas observaciones sobre nuestra comunicación con los otros tienen la finalidad de reubicar las formas de comunicación empleadas por nuestros artistas. También ellas, para ser entendidas, gravitan en una serie de prejuicios compartidos y las experiencias juiciosas. No es éste el lugar, ni me creo yo capacitado, para hacer una descripción de la historia del arte desde la Psicología que propongo. Sólo quiero centrarme en lo que llamamos arte clásico. En la Grecia clásica surgió una forma de expresarse artísticamente que estaba muy unida a su tradición. En el siglo IV antes de nuestra era alcanzó su máxima expresión. Esta tradición fue asumida por Roma y el Imperio Romano y permaneció casi hasta nuestros días. Los griegos, como sus filósofos, tendieron a buscar formas ideales bellas en sí mismas. Los romanos, más realistas, tendían a reproducir algunos aspectos más anecdóticos. Ambos tenían sus propios prejuicios, aunque coincidiesen en cierta medida en sus resentimientos. El éxito de sus expresiones artísticas no era independiente del dominio que ejercían sobre los demás. Los prejuicios los verbalizan los sabios de esta tierra.

Cuando el Imperio Romano se aliena en el cristianismo nuevos prejuicios hacen tambalear las formas de comunicación artística. Empiezan a ser los cristianos los sabios de esta tierra que sentencian sobre la realidad de la vida. Parecen estar más interesados

en lo espiritual que en lo material, lo que se manifiesta en sus formas de comunicación artística. El Imperio Romano se ha hundido. Ahora el mundo es un valle de lágrimas en el que sólo tiene sentido esperar a la otra vida. El prerrománico y el románico son sus medios de expresión. Las formas clásicas siguen allí deformadas y caricaturizadas, lo que cuadra bien con un mundo material deleznable. No obstante se transmiten experiencias espirituales que a no pocos sobrecogen y que terminan por triunfar en el arte gótico. Allí parece estar toda esa espiritualidad que los eleva a sus dios. No debemos olvidar que todas estas formas de expresión artística están ubicadas en la iglesia romana, que en este momento encarna a los sabios de esta tierra. Quiere decir que lo que conmovía de estas obras de arte era inseparable del mensaje cristiano verbalizado por la iglesia cristiana que estaba dispuesta a defender su poder.

La llegada del Renacimiento irrumpe en este mundo medieval. Esa naturaleza rechazable de la que forma parte el cuerpo humano empieza a ser atendida. La misma iglesia cristiana se hace protagonista de esta vuelta a la naturaleza. Esto supone hacer una amalgama entre la fe y lo que percibe la razón. Muchos cristianos se alejan de esta organización siguiendo sus experiencias juiciosas, que no eran independientes de la política. La vuelta a la naturaleza está íntimamente unida a la vuelta a los clásicos; a sus pensadores y a sus artistas. Empieza una época durante la que se repiten y copian los modelos clásicos, pero los sabios de esta tierra tratan de armonizarlos con sus prejuicios religiosos. Este clasicismo separado de su mensaje inicial termina por concretarse en el barroco de la iglesia romana. En algunos sitios como en España este barroco adquiere su máxima expresión. La naturaleza recuperada encarna en sus iglesias toda la riqueza que les conviene a sus dioses. La llegada del Renacimiento

coincidió, paradójicamente, con las persecuciones inquisitoriales. Era preciso eliminar a todo el que no aceptase los nuevos prejuicios del Renacimiento cristiano. Nadie debía pensar, sino que debía atender sólo a los sabios de esta tierra. Nuestros reyes hicieron uso de ello para sus propios fines.

El arte barroco no puede entenderse si no se comulga con los prejuicios que lo constituyeron, aunque siempre sea capaz de congobernarnos en algún sentido. El arte no es nunca un mensaje cerrado como las ideas, sino que deja siempre un margen de libertad. El final del barroco es una vuelta al arte clásico. Es lo que llamamos neoclasicismo. Un nuevo intento de volver a lo clásico desengañados de los sabios de esta tierra. En España, dadas nuestras características, estos cambios se manifestaron en toda su intensidad. En Italia y Francia, por ejemplo, no fueron tan caricaturescos. Como puede verse, un cambio en las expresiones artísticas no acababa de romper por completo con las anteriores formas de comunicación. Los prejuicios nunca pasan del todo. Nuestras semanas santas nos muestran cómo estamos ubicados en el barroco, lo que casa bien con nuestra historia y nuestros prejuicios. Nuestros santos, sus esculturas, nos conmueven, aunque no seamos conscientes de los prejuicios que hacen posible el mensaje conmovedor. Cuando nos sentimos afectados por nuestro santo patrón, son los prejuicios que nos constituyen los que hacen posible que nos conmovamos. Esto no quiere decir que acepte los dichos de los sabios de esta tierra que dieron carta de realidad a la religión en cuestión. Soy yo, que habiéndome conformado con lo que representa el santo, me conmuevo sentimentalmente. Pero el hecho de que ese trozo de madera haya hecho posible esto, quiere decir que acepto sin discusión lo que para mí significa, que no es muy diferente de lo que significa para los otros. Al conmovirme estoy dando la razón a los sabios de esta tierra que, según sus

prejuicios, dieron vida a un significado en el que yo mismo me alieno. Es cierto que muchas veces mi manera de conmovirme puede distanciarse, juiciosamente, de los prejuicios, pero también es cierto que éstos terminarán por triunfar. El mensaje enviado ha sido más fuerte que mi experiencia juiciosa. Los que presumen de seguir sus devociones sólo por la posibilidad de conocerse a sí mismos y vivir su vida ignoran que el mensaje puede con la experiencia juiciosa. Si aprovechan la visión de una inmaculada concepción para vivir su verdadero amor humano, están apartándose de sí mismos y de los otros que lo hacen posible. Contemplar el cuadro no nos enseña nada sobre nuestra relación íntima con el amante y el encuentro de dos libertades. Los prejuicios, por muy seductores que se presenten, terminarán por matar el amor humano. Estos prejuicios no fueron tan fuertes como para matarnos, pero sí para no dejarnos vivir. La contemplación de la inmaculada nos hizo conocer cómo amamos, pero nos impidió amar.

A finales del siglo XIX se rompe con la tradición y los prejuicios clásicos. Aparece un arte nuevo que utiliza otras formas de comunicación, pero que también transmite otros prejuicios. No deja de ser sorprendente que durante más de dos mil años hayamos tomado las formas clásicas de comunicación como la expresión misma de la belleza. No es cierto; sólo suponen mensajes que están más próximos al mundo que percibimos. La nostalgia por el clasicismo es la nostalgia por vivir en un mundo más en contacto con nuestro cuerpo. Los clásicos también tenían sus prejuicios, pero parecieron ser mejores que los de la tradición judeocristiana. Si ya hemos asumido su herencia y buscamos otra cosa, su mensaje carece de sentido. Es posible que alguien se escandalice y piense que los clásicos, como parece indicar su nombre, son eternos. No hay nada eterno, lo que ocurre es que al vivir nosotros en un mundo diverso los mensajes que transmiten, sus prejuicios, no

nos afectan tanto. Hoy día experimentamos un sentimiento de extrañeza ante los monumentos neoclásicos. No nos dicen nada esos objetos mudos. Son piedras frías sin sentido. Esas casas de los norteamericanos que tienen a su entrada un remedo de templo dórico o jónico. Está fuera de lugar. Sólo otros prejuicios consideraron que esto era arte.

Se da por supuesto que el cuerpo humano es bello. Lo hemos oído de siempre. Sólo los prejuicios nos llevan a encontrar belleza en algo deforme como el cuerpo humano. Como damos por supuesto que nuestros cuerpos son bellos, los percibimos como tales. Los pintores contemporáneos se aplican no a expresar una belleza prejuzgada, sino a cuerpos humanos que nos muestran la vida misma. También envían prejuicios con su mensaje. Son los otros los que dicen lo que es bello y nosotros debemos tomarlo como tal. Las formas pueden haber sido deformadas o desaparecidas; allí hay un mensaje que debo desentrañar que tiene menos argumento que los anteriores. También la vida humana tiene actualmente menos argumento. No son pocos los que consideran que el arte actual no es tal arte, sino algo convencional. Algo en lo que nos hemos puesto de acuerdo sobre su significado. Este acuerdo supone hacer un acto de fe en los prejuicios. Antes los artistas hacían una réplica de la realidad donde integraban los prejuicios, ahora han descubierto un nuevo lenguaje. Hemos aceptado que transmiten algo y muy pocos aceptarían que no es así. Ello sería un signo de incultura y, según dictan los prejuicios, debemos ser cultos. No lo dudamos, debemos ser así.

El arte, como toda comunicación, se constituye en los prejuicios, pero permite el acceso a nuestra intimidad. No deja de ser sorprendente que los países más poderosos son los que tienen los artistas más significativos. Está claro que son ellos, los sabios de esta tierra, los que imponen sus prejuicios y los demás no tenemos

inconveniente en asumirlos. Nos configuramos como ellos nos dicen. La música parece escaparse a mensajes concretos, pero no cabe duda de que surge en determinados contextos que tienden a imponerse a los demás. No dudamos de que la música culta es como los clásicos y la popular responde a situaciones anecdóticas concretas. Cada una envía su mensaje a los que están, por sus prejuicios, en condiciones de entenderlo. Cuando a la música se añaden las letras la comunicación se amplía. Son los cantantes los que hoy día más nos hablan del amor si bien para todos, salvo excepciones, el amor es un torturado enamoramiento que predica su insatisfacción. Nos conmovemos viviendo la grandeza y tragedia del amor y olvidamos que nos están hablando de otra cosa. De eso que han hecho de nosotros los prejuicios.

Debemos utilizar todas las formas artísticas para conocernos a nosotros mismos, pues sólo cuando nos conmovemos podemos tener atisbos de lo que, juiciosamente, podríamos ser. Nuestros psicólogos se ocupan poco o nada del arte, porque sus prejuicios les llevan por otros caminos. Este camino les hace ciegos, incluso, para entender lo que estamos escribiendo, algo que no presenta dificultades a otras personas. No pueden entender otra Psicología como no sea la que está en los libros que aprenden. Todo lo enmarcarán en esos prejuicios. Es una paradoja que el hombre de la calle sepa más psicología que nuestros psicólogos. Sus prejuicios, que son muchos, no les ciegan tanto para el conocimiento de ellos mismos.

LA CURACIÓN POR LA PALABRA

Al principio decíamos que la psicología era la disciplina más importante, pero, al mismo tiempo, la más irrelevante, ya que tiene poca repercusión en nuestra vida. Los psicólogos no nos ayudan a vivir mejor, aunque recurramos a ellos en las situaciones más diversas. En el mejor de los casos son nuestros amigos. Todas las investigaciones constatan que la relación que establecemos con ellos es decisiva para conseguir resultados. Son unos amigos muy especiales desde el momento que debemos pagarles sin que ello deteriore la relación de amistad. Pero soy yo mismo el que tengo que confiar en él. Esta confianza, dados los pocos fundamentos científicos que apoyan a nuestros psicólogos, la calificamos de sugestión o efecto placebo.

Para muchos los psicólogos, nuestros psicoterapeutas o modificadores de conducta, están en el uso de la palabra, en el sentido de que son capaces de decirnos lo que nos conviene para llevar una vida más satisfactoria. Son una especie de sabios de esta tierra ante los que tenemos que reorganizar nuestra vida. Su palabra viene a ser como el bisturí del cirujano que reorganiza nuestro cuerpo. Incide en nuestro psiquismo y es capaz de configurarlo de nuevo. En esto los psicoanalistas parecen ser los maestros. Hablan para descubrirnos el sentido profundo y rechazado de lo que

vivimos de forma que podamos asumirlo y reorganizarnos. Ya vimos que para conseguir algo era preciso creer en sus interpretaciones. Un acto de fe que no está justificado, pues carece de apoyo científico o psicológico. Interpretar es siempre darle un sentido imprevisible a nuestra vida. Si esta interpretación, como la que hacen las religiones, es falsa, nos alienaremos más. Es cierto que los psicoanalistas suelen considerar, como su maestro, que el hombre ha surgido de la tierra, lo cual ya supone un cierto progreso, pero también es cierto que nos exigen un acto de fe en algo inexistente, en la medida que no podemos comprobarlo. A esto añadimos que las investigaciones empíricas concluyen que sus tratamientos son poco o nada efectivos. En su caso el efecto placebo conlleva a una alienación psicológica extrema.

Otros psicoterapeutas tienen creencias según la escuela a la que pertenezcan, si bien siempre son deudores del psicoanálisis. No deja de ser curioso que las escuelas de psicoterapia también son deudoras de la tradición judeocristiana. El psicoanálisis representa el extremo de la ortodoxia, no en vano Freud estaba en esa tradición. O se está con él o se está contra él. Nuestros psicólogos académicos tienden a modificar nuestra conducta, según repiten ellos, a partir de los principios bien conocidos de la psicología del aprendizaje y también nuestros pensamientos a partir de sus ideas cognitivas. En todos la palabra juega un papel definitivo. Ellos no esperan, como los psicoterapeutas, que el cliente se convenza de sus teorías, sino que las ponen en práctica indiscriminadamente. Dicen apoyarse en la ciencia, ya vimos que no es cierto. Los trabajos empíricos muestran también la relativa efectividad de sus tratamientos y la importancia, como siempre, del efecto placebo.

Los psiquiatras, que no son psicólogos, utilizan su palabra para explorar a sus pacientes y hacer un diagnóstico correcto, como fase previa para establecer un tratamiento médico. Eso es lo

fundamental, aunque acepten que una buena relación con los pacientes es conveniente. Ya hemos visto que en su caso el efecto placebo puede medirse con bastante exactitud y el que atribuyen a sus medicaciones tiene bastante de sugestión. Ellos transmiten a sus pacientes que están, efectivamente, enfermos y que es preciso ponerlos en tratamiento. El paciente, en este contexto, califica sus problemas de enfermedad y toma el camino equivocado para resolverlos, que es el drogarse. Todos nos drogamos de alguna manera para mejorar nuestra vida. El alcohol es un buen ejemplo.

Si volvemos a nuestra Psicología, la pregunta que debemos hacernos es la posibilidad que ella tiene de ayudar a los demás. Con lo que ya sabemos es posible. No se trata de cantar victoria sino de, modestamente, ver en qué nos beneficia. En primer lugar estos nuevos psicólogos se caracterizan, aunque sorprenda decirlo, porque no saben nada de psicología. Es decir, cuando entrevistan a su cliente deben poner entre paréntesis todo lo que creen saber de psicología para atender a cómo se expresa. No se proponen diagnosticar ni evaluar nada; simplemente dejar que el otro se manifieste tal y como es. No buscando una identidad escondida, sino observando sus prejuicios y la forma de resentirse en la vida. Es posible que compartan prejuicios, no en vano hablan la misma lengua y viven en el mismo medio. Pero el psicólogo no sabe nada de psicología, porque para él la Psicología es un análisis de la experiencia de la vida. Ése es el análisis que tiene que hacer en su cliente procurando observar, sin prejuicios, lo que se manifiesta.

Parece un lugar común decir que nuestro psicólogo sólo sabe que no sabe nada. Sabe, a su manera, de sí mismo, y ha aprendido que para ello debió combatir los prejuicios con sus experiencias juiciosas. Es lo mismo que esperará de su cliente. Mientras su cliente sepa más de Psicología más progresará. Esta afirmación

contrasta con la de los demás psicólogos que se atribuyen a ellos mismos un conocimiento científico del ser humano. Lo único que sabe nuestro psicólogo es que es ese continuo enfrentamiento entre juicio y prejuicio forma parte indisoluble de nuestra identidad. Sabe que nunca se erradicarán los prejuicios, pues vivimos en la interpersonalidad constituyente, pero también sabe que los prejuicios pueden conducirnos a la infelicidad. Pensemos en un homosexual que reprime, por prejuicios, el sentido de sus experiencias amorosas. Será desgraciado. Bastará que las acepte para que su situación mejore. No se trata de hacerle cambiar de orientación sexual como solían pretender los psicoterapeutas. Hay que ser como se es. Pero los prejuicios no están sólo relacionados con la vida sexual como defendía el psicoanálisis. Somos todos nuestros prejuicios.

El psicólogo debe saber escuchar y observar. Es su cliente el que está en el uso de la palabra. Hay que observarle sin prejuicios y no interpretar su discurso. No es que el cliente tenga siempre razón, sino que tiene que ser él el que tome conciencia de sus prejuicios y de las experiencias juiciosas. Ya dijimos que estar sano es estar en el uso de la palabra para poder jugar un papel protagonista en el mundo que nos ha tocado vivir. El psicólogo le ofrece la posibilidad de estar en el uso de la palabra en la medida que le escucha y procura entenderle. Estar en el uso de la palabra con mi psicólogo no me ayuda. Es preciso que haga uso de ella en el medio que me aliena. Con mi psicólogo sólo estoy preparando las cartas para poder jugar en el momento adecuado. Liberarse de los prejuicios que nos ahogan conduce a una forma de existencia más libre.

Con el planteamiento que hacemos no existe posibilidad de que el cliente haga una transferencia emocional con su psicólogo. Pronto se dará cuenta de que sabe de él sólo lo que le dice. Sólo él es el protagonista y está relacionándose con alguien que no sabe

nada. Sólo sabe lo que le comunica y procura entenderlo. Es él el que tiene que curarse, si queremos emplear la terminología tradicional. Pero la realidad es que sólo él puede liberarse de sus prejuicios. En nuestra vida cotidiana cuando hablamos con otras personas e interaccionamos con ellas el encuentro es el resultado de ambos, teniendo dificultades para delimitar lo que me pertenece a mí y lo que es de ellos. Esto da lugar a discusiones o a que nos resignemos por no ser entendidos. Estas relaciones no suelen ayudarnos a conocernos a nosotros mismos. Nuestro cliente sólo hablará él y el psicólogo recibirá lo que manifiesta de sí mismo de forma que adquiera una mayor transparencia. Esto es así porque sólo habla él, y su psicólogo, que no sabe nada de psicología, le atiende sin prejuicios. Es posible que pueda escuchar así porque sabe lo que tiene que hacer.

La organización coherente del discurso hace posible que el cliente se conozca mejor. Yo más que de cliente prefiero hablar de aventurero, porque cuando nos liberamos de los prejuicios es bastante imprevisible lo que puede acontecer. No sabemos cómo reaccionarán nuestros padres y nuestros amantes si le decimos lo que, con toda exactitud, pensamos de ellos y del mundo. Es una aventura que hay que correr sin que sepamos muy bien cómo evolucionarán mis relaciones con ellos. Puede que acepten esas facetas más desconocidas y se alegren de sentirse más próximos, o que expresen su más absoluto rechazo. No suele ser tan simple, la aventura es ver cómo elaborarán mi sinceridad. La forma en la que reaccionan tendrá mucho que ver con su manera de ser y con la relación que mantienen conmigo. Eso es lo que tengo que descubrir, pero estoy seguro de que si estoy en el uso de la palabra con los sabios de esta tierra cambiaré yo y el mundo en el que me desenvuelvo. Cuando a alguien le digo, exactamente, lo que pienso mi relación con él nunca será la misma.

Nuestro aventurero al estar con el psicólogo sólo tiene, y ya es bastante, un acompañante. Alguien que le acompaña en la aventura de estar en el uso de la palabra, con el convencimiento de que lo que le hará más libre es protagonizarla con los sabios de esta tierra. Éstos son los que configuran un mundo objetivo en el que está inmerso. Ellos son los dioses que han sacado al mundo de la nada en el que debe ocupar un lugar. Al hacer uso de la palabra ante ellos para expresar lo que, juiciosamente, percibe, destruye el poder constituyente de su palabra. El resultado de la aventura puede mejorar sus relaciones o, por el contrario, establecer el diálogo con otras personas. El propósito del aventurero es sustituir los prejuicios por experiencias juiciosas.

Los psicoterapeutas repiten que es mejor que sus clientes no sepan nada de psicoterapia cuando inician el tratamiento; tampoco deben saber mucho de su psicoterapeuta. Suponen que de esta forma irán mejor predisuestos al iniciar el tratamiento. En el marco que actúan el aventurero y el acompañante esto es un gran error. Los psicoterapeutas atacan con su palabra a personas ingenuas que no pueden defenderse. El acompañante quiere que el aventurero sepa, con la máxima aproximación, qué nos proponemos. Debe conocer la Psicología o, por lo menos, tener una conciencia clara del papel de los prejuicios en nuestra vida. Si voy a aprender un idioma soy yo el que tiene que saber qué me interesa, lo mismo que si realizo cualquier tipo de estudio. El aventurero debe estar dispuesto a emprender su aventura y enfrentarse a situaciones imprevisibles. Hace uso de su libertad para iniciar la salida. Otro le acompañará. La gran mayoría de personas se sienten decepcionadas con este planteamiento. Sus prejuicios le dicen que el psicoterapeuta o el psicólogo académico les ayudará y están poco dispuestos a ser ellos los que emprendan la aventura. También desean, aunque no le conozcan, que su terapeuta sea

una persona excepcional y rechazarán a alguien que sólo sabe lo que él dice. Yo mismo he podido comprobarlo con mis estudiantes de psicología. A los que les interesan mis concepciones de la Psicología no tienen inconveniente de emprender la aventura, pero muchos se decepcionan cuando sólo se ven a sí mismos.

Los prejuicios no apoyan la curación por la palabra que propongo, aunque no pocos de mis lectores estén de acuerdo conmigo. Ni qué decir tiene que nuestros psicólogos académicos están poco dispuestos a hacer el papel de acompañante que no sabe nada de psicología. No les interesa, porque se conceptúan como directores de almas. En esto no se diferencian esencialmente de los sacerdotes. Ellos saben lo que nos conviene aunque no se tomen el trabajo de escucharnos. Casi nadie está interesado en que seamos libres, aunque la libertad, se repite una y otra vez, sea algo esencial en la vida. Nos conformamos con ser libres para votar si vivimos en un país democrático, pero rechazo la libertad en la vida cotidiana.

La palabra que cura, la que me hace más libre, es la mía. Es el aventurero el que se libera estando en el uso de la palabra. El acompañante sólo escucha. Esto tampoco gusta a nuestros psicólogos académicos. También debemos eliminar la expresión cura psicológica por la referencia que hace a lo patológico y la enfermedad. La verdadera enfermedad psíquica es vivir sometido a los prejuicios. Es posible que alguien acepte vivir satisfactoriamente en la esclavitud. También es posible que los prejuicios, pensemos en las religiones, satisfagan a muchos, pero debemos preguntarnos si sus prejuicios no perjudican a otros. Ya hemos dicho que el ser humano vive en la interpersonalidad. Es un ser social cuyos prejuicios repercuten siempre en otros. Un hombre machista puede estar satisfecho con su papel, pero habría que preguntarles a las personas que le rodean.

Nuestro aventurero es como los descubridores de un nuevo continente que no saben lo que encontrarán al día siguiente. Lo único que saben es que han optado libremente por la aventura. La Psicología que propongo pretende que seamos más libres. Siento que no sea muy original. Ser más libres es vivir más satisfactoriamente. El concepto que tenemos de libertad es hacer una u otra cosa aleatoriamente. Parece que puedo siempre elegir y eso debe ser respetado. Cuando voy a votar estoy eligiendo libremente, o, por lo menos, eso es lo que creemos. Pero ocurre que en la medida que estoy dominado por mis prejuicios son los otros los que han dicho lo que debo hacer. Yo no dudo en cumplir sus mandamientos y estoy convencido de que yo lo deseo así. No somos conscientes de los prejuicios por el convencimiento que tenemos de su verdad. La aventura es darle palabra a mis experiencias juiciosas, no tanto para imponérselas a los demás, como para que sepan cómo soy. Así seré más libre. Si en una democracia todos fuéramos lo suficientemente conscientes de nuestras necesidades, el estado representaría el bien común. Los prejuicios nos dicen lo que debemos votar dando la espalda a nuestros deseos.

Está claro que las personas dispuestas a emprender la aventura no tienen que ser las mismas de las que hablan psiquiatras y psicólogos. Es posible que muchas coincidan, pero también entrarán otras muchas que se las ignora. En principio todas las personas pueden beneficiarse de verbalizar sus experiencias juiciosas. Muchas no estarán en condiciones de verbalizar casi nada. Pensemos en los que viven sometidos a una religión, a una dictadura o, más cotidiano, a una determinada situación laboral. Si corren la aventura de verbalizar sus juicios serán expulsados. La realidad es que deberán estar en el uso de la palabra cuando no se prevean riesgos irreversibles. Pensemos que los sabios de esta tierra son nuestros prójimos, aquellos que están próximos a nosotros. Una

cosa es correr la aventura y otra suicidarse. El progresivo estar en el uso de la palabra nos mostrará hasta dónde podemos llegar. Pero a medida que avancemos eso hemos progresado.

Para correr la aventura de la que hablamos no es preciso contratar a un acompañante. Esta afirmación no ha gustado nunca a ninguno de mis compañeros, que veían en ella su desvalorización profesional. Lo cierto es que si nos proponemos luchar contra nuevos prejuicios para ser consecuentes con las experiencias juiciosas no necesitamos a nadie. Sólo hace falta que entendamos el sentido de la proposición. Por eso antes de emprender la aventura es preciso informarse en las fuentes adecuadas. Hace falta saber algo de Psicología, que viene a ser lo mismo que saber de la vida. Pero ocurre que nuestros prejuicios son tan radicales que erramos una y otra vez cuando tratamos de verbalizar nuestras experiencias juiciosas. Eso siempre acontece. Sólo en el caso de que estemos tan ciegos como para no ver nada, es preciso buscar el acompañante adecuado, sabiendo la aventura que se emprende. Encontrar el acompañante adecuado no es fácil, pues como hemos visto nuestros psicólogos están en otras coordenadas. Yo siempre he repetido a mis alumnos que si buscan a un psicoterapeuta no se fijen tanto en la asociación a la que pertenece, ni en su posible experiencia clínica, como en que sea una persona inteligente. Aun no sabiendo muy bien lo que es la inteligencia, lo que estoy queriendo decir es que sea alguien capaz de enjuiciar la vida.

Otro tema es el tipo de personas que podrían estar dispuestas a emprender la aventura de la que hablamos. Muchos de los que tratan los psiquiatras o los psicoterapeutas no están capacitados. Un psicótico, un loco, no lo está porque ha interrumpido el diálogo con los demás para constituir en el solipsismo su identidad y el mundo objetivo. Se ha entregado ciegamente a los prejuicios

y no está en condiciones de hacer uso de su libertad. Los mismos psicoterapeutas aceptan que sus métodos resultan poco efectivos con ellos. Si un esquizofrénico se cree Jesucristo, Napoleón o la Virgen María, ha aceptado ya, ciegamente, lo que dicen los otros y trata de ocupar un lugar destacado en ese mundo. No existe ninguna aventura para él, como no sea autodestruirse en los prejuicios. Cuando verbalice lo que considera sus experiencias juiciosas, los otros le calificarán de loco y dejarán de escucharle. Es lo contrario de lo que le acontece a nuestro aventurero cuando verbaliza sus experiencias juiciosas ante los sabios de esta tierra.

También muchos de los que acuden a un psicoterapeuta van con el prejuicio de que él conoce el sentido de sus problemas y que se aliara con él para darles solución. Creen que lo importante es contárselo a su psicoterapeuta sin que nadie tenga conocimiento de ello. Así no resolverán nada y asumirán todos los prejuicios que dimanan de la escuela a la que su terapeuta pertenece o de sus peculiares ideas. La decisión de ir al psicoterapeuta tradicional tiene de aventura el que se puede hablar de cosas que la vida cotidiana impide, pero el inconveniente de que ha puesto los sabios de esta tierra en su psicoterapeuta, con lo que su vida no cambiará nada. Sólo si esta persona es capaz de pensar en otra Psicología podrá emprender la aventura. Pero aunque muchos de los que acuden al psicólogo y al psiquiatra no estén en condiciones de emprender la aventura, otros muchos que nunca acudieron ni acudirán estarán dispuestos. En realidad la gran mayoría de personas se beneficiarían de eliminar sus prejuicios.

Muchos pensarán que lo que yo propongo es una filosofía y no una ciencia como dicen practicar los psicólogos. No contamos con ningún método definido de trabajo. Ya hemos dicho que la otra Psicología no rehúye la ciencia, sino que trata de hacerla más rigurosa. El acompañante debe saber escuchar, el aventurero conocer

el sentido de su aventura. Todo está previsto para hacer surgir lo imprevisible. Si imaginásemos qué podrían hacer nuestros psicoterapeutas actuales en otros tiempos pasados resultaría mucho más claro de entender. Ante una persona de la Edad Media que está angustiada por las amenazas del diablo y por sus deseos carnales, no dudarían en repetirle que ni el diablo está en ningún sitio ni sus deseos carnales son malos. Diría esto independientemente de la escuela a la que pertenezca. Es tan evidente que su paciente está equivocado, que se deja alienar en sus prejuicios, que es preciso llamarle a la razón. Hoy también seguimos estando en la Edad Media, en el sentido de que los prejuicios constituyen casi todo. La tarea es siempre la misma, aunque seamos más ciegos para observar a nuestros contemporáneos y a nosotros mismos.

Nuestro psicólogo acompañante escucha y sólo interviene para entender lo que se le dice. De esta forma el aventurero está practicando las palabras que hará uso ante los sabios de esta tierra. En ese momento cambiará el mundo en el que vive y él mismo. No es un loco, porque todos le entenderán y adoptarán las actitudes y acciones que se desprenden de su discurso. Es muy posible que muchos le den la razón, en el sentido de que ellos podrían decir lo mismo. También habrá otros muchos que sus prejuicios les impiden entender lo que están oyendo. Cuando un loco habla nadie comparte sus aseveraciones. Él cree que está descubriendo la verdad y, en realidad, se está apartando de ella. Nuestro acompañante no cura, es el mismo aventurero el que emprenderá la aventura de ayudarse a sí mismo y todos le entenderán.

La aventura no consiste en razonar nada, como proponen muchos psicólogos cognitivos, sino en decir la verdad. Manifestarse como uno es. Somos así y no hay nada que razonar. Pero resulta que cada vez que nos manifestamos como somos cambiamos. El método consiste en describir nuestra experiencia de la

vida distanciándonos de lo que los otros me transmiten. A diferencia del loco lo que afirma el aventurero es tan evidente que los otros no tienen más remedio que aceptarlo. Tendrán que aceptar que él es así y actuar en consecuencia. El método propio de la Psicología es la descripción. Describir sin prejuicios la experiencia de la vida. Si la descripción es correcta los demás asentirán, porque estamos utilizando para comunicarla, lo mismo que el investigador en su laboratorio, el lenguaje de los otros. Si mi lenguaje es incomprendible no estoy comunicando nada. Me aislaré en vez de aproximarme a ellos. Yo acostumbro a decir a mis alumnos cuando describo el amor o la envidia que no hay que razonar nada. Basta que ellos no lo vivan así para que lo que estoy diciendo sea falso. Estoy descubriendo algo universal. Si no fuera así la otra Psicología no sería posible. Nos limitaríamos a decir algo que pocos o nadie entiende y que, por lo tanto, no vale para nada.

El aventurero se propone decir la verdad. Comunica cómo es, con las palabras de los otros, para ocupar un lugar digno entre ellos. Ésa es la única norma a seguir y que todos deberíamos asumir. Si digo la verdad de cómo vivo el mundo, los otros me conocen mejor. Puede que me rechacen, pero no me importará porque quiero que me acepten como soy. Así seré más libre y feliz. Tendré amigos que compartan conmigo mi experiencia de la vida. Eso es la amistad. La satisfacción de compartir. No es que ame a mi amigo como se repite, sino que al compartir lo mismo estoy ampliando mis descubrimientos de la experiencia de la vida. No se trata tanto de que me tenga que sacrificar por los amigos, como que ellos forman parte de mi vida. En el amor existe algo parecido, pero la comunicación que tenemos es más íntima, entendiéndolo por ello la comunicación corporal. Nuestra Psicología se traduce en la ética de no mentir y decir la verdad.

No se trata de hacer un sacrificio que nos violenta, sino de que sabemos que por esa vía viviremos más satisfactoriamente. Ése es su gran mensaje.

Estamos acostumbrados a mentir continuamente. Los prejuicios que nos constituyen nos conducen a ocupar un lugar determinado en el mundo que otros constituyeron. Es muy frecuente oír que muchas veces es necesario mentir para no hacer daño. No es cierto. Es otro prejuicio que asumimos. A poco que pensemos nos damos cuenta de que a quien tratamos de no hacer daño mintiendo es a nosotros mismos. Le mentimos a nuestro amante para que no nos abandone. Es el caso típico del que oculta a su amante que tiene otro. El hombre que no le dice a su esposa que existe otra persona. No quiere hacerle daño, le comunica a su amante. Cuando esté seguro de haber descubierto un nuevo amor se lo comunicará y actuará responsablemente. Nunca lo dirá, porque tenía que haberlo dicho desde el principio. Como hacemos daño a los otros es mintiendo u ocultando la verdad. Si yo no miento no es por ser más bueno, sino porque es el camino de la libertad. En nuestras sociedades la gente miente como forma de vida. Muchos consideran que saber vivir es saber mentir. Lo cierto es que podemos aceptar muchas cosas que nos desagradan de nuestros amigos y amantes porque nos compensan. Lo que no aceptamos es que nos mientan. No existe disculpa posible porque nos damos cuenta de que nos habíamos estado relacionando con alguien que no existía. Le vivíamos de otra manera y cuando sabemos la verdad se transforma en un extraño que no nos interesa. Precisamente por habernos mentido.

El acompañante escucha con la intención de que el aventurero antes o después se irá acercando a la verdad. Alguno pensará que eso es lo que hace el psicoanalista. Freud nos dio una nueva visión del ser humano y fue de los primeros que se dedicó a

escucharle. Antes de él todos parecían saber cómo somos y se limitaban a predicarles lo que debían hacer. Todos debían saber hacer lo mismo. El psicoanalista escucha y pretende ser un espejo que devuelve la imagen que recibe. La teoría es correcta, pero la práctica no lo es. Sus prejuicios le llevan a, en último término, decirle a todos lo mismo. Escuchan mucho pero predicán mucho también. La psicología que utilizan está sumida en multitud de prejuicios que, como hemos visto, no encuentran ningún apoyo empírico. Es preciso hacer un acto de fe para creerlo. El psicoanalista interpretará una y otra vez para repetir, independientemente del relato de su cliente, lo que ya conoce. El propósito del acompañante es no hacer interpretación alguna y atender a las descripciones del aventurero.

Superar los prejuicios es dejar de creer en muchas cosas. Perder la fe en los otros para estar en el uso de la palabra y ser más responsable. Esto no significa que la vida deje de ser un valle de lágrimas para convertirse en un paraíso. La vida suele ser dura y vivirla de una forma más juiciosa no disuelve las asperezas. Debemos morir y hay que estar programados para ello. Es mejor aceptarlo que negarlo. Es posible que creer en la existencia de otra vida después de la muerte nos resulte atractivo. Pero no sabemos nada de ello, aunque toda suerte de prejuicios lo afirmen. Hoy está de moda hablar de las experiencias de las personas que estuvieron a punto de morir. Estaban muy relajadas y metidas en un túnel al final del cual había una luz radiante. Para muchos no cabe duda de que estaban contemplando la otra vida. Los trabajos empíricos que tratan de aclarar el tema ponen de manifiesto que sólo un porcentaje pequeño de personas en trance de morir tienen ese tipo de experiencias, que pueden ser explicadas por la situación de falta de riego sanguíneo y las creencias de los pacientes. La aventura nos enseña que vamos a

morir y no sabemos qué puede acontecer. Puede acontecer todo, pero también puede acontecer nada. Hay que vivir la vida como se presenta.

No pocos lectores se preguntarán si nuestro aventurero tendrá una alta o baja autoestima, algo que nuestros psicólogos consideraran decisivo. La aventura conduce a protagonizar y constituir la vida en la que vivimos. Eso se hace en el uso de la libertad y nadie puede arrebatármelo. Estoy muy seguro de mí mismo, pero no puedo negar los problemas de la vida. Decir que me estimo está fuera de lugar, porque la aventura consistió en retirarle la palabra a los sabios de esta tierra. Ya vimos que la autoestima, tal y como hoy se entiende, no es un signo de salud mental. Si no he salido de los prejuicios puede dañar a otros y alienarme en la omnipotencia. Para el aventurero todos los seres humanos son iguales, lo que no quiere decir que tenga que amarlos o escucharlos. Utilizará el lenguaje de todos, pero se comunicará con aquéllos con los que comparte sus experiencias de la vida. Aunque todos seamos iguales, porque hablamos la misma lengua, mi creativo diálogo constituyente lo hago con el prójimo. Con los amigos con los que comparto la vida. Todos los demás estarán lejos del escenario, aunque tengamos que tenerlos en cuenta. Ellos son iguales que yo, deben tener mis mismos derechos, pero vivo con mis amigos. Muchos amigos puede que estén muy lejos, como literatos, artistas o políticos, pero vivo con ellos también. El respeto que les tengo a todos es que comparto la misma vida. De toda la humanidad he seleccionado a mis amigos.

Ya dijimos que amar, según el uso preferente que se hace de esta palabra, debemos aplicarlo a una relación íntima satisfactoria con otra persona. También los amantes pueden y deben ser amigos como compañeros de la vida que son. La otra Psicología nos ofrece un recetario de normas que debemos cumplir. Cada uno

tiene que correr su propia aventura, y lo que es válido para unos puede ser perjudicial para otros, porque los prejuicios cambian siempre. Es preciso correr la aventura de luchar contra los propios prejuicios. Los otros deberán luchar contra los suyos y lo único que podemos hacer por ellos es decir la verdad y mostrarles cómo luchamos. No deja de llamar la atención que las personas más inteligentes suelen ser también bastante pesimistas. Mostraron su inteligencia en captar mejor el sentido de la vida, pero, al mismo tiempo, quedaron defraudados por su falta de sentido.

La palabra que libera es la que emplea el aventurero ante los sabios de esta tierra. Si traducimos esto al lenguaje de nuestros psicólogos deberíamos decir que la palabra que cura no es la del psicólogo, sino la del paciente. Esto siempre provocó mucha rebelión en mis alumnos, puesto que sus prejuicios daban por supuesto que es la palabra del psicólogo la que tiene un efecto terapéutico. No discutían que era así y esta ceguera les hacía difícil comprenderme. Lo que yo propongo es que nuestros psicólogos deben saber escuchar, dejando de lado todos sus posibles conocimientos de psicología. No de la Psicología, sino de la psicología que aprenden en nuestras universidades. También ellos deben emprender la aventura que proponemos si quieren hacer Psicología.

La novela sin argumento que es la Psicología que propongo nos enseña a hacer uso de nuestra libertad para ser más felices dentro del marco de nuestras posibilidades. También nos enseña que todos los seres humanos somos iguales. Todos queremos lo mismo y utilizamos la misma lengua en el sentido de que nos comunicamos. Y también que debemos buscar en los otros, amantes o amigos, compartir nuestra vida. Siempre la compartimos; nuestros prejuicios son una buena muestra de ello. Pero debemos compartirla con nuestros hermanos. Con aquellos que,

verdaderamente, tienen una experiencia análoga a la mía. En realidad todos tenemos la misma experiencia con argumentos diversos, si no la Psicología sería imposible. Al punto que hemos llegado parece que hemos confluido con las ideas revolucionarias de libertad, igualdad y fraternidad. Decimos algo parecido pero en un contexto diverso, lo cual no debe extrañarnos, sino reconfortarnos, puesto que todo lo que existe es producto de la experiencia humana.

La alienación en la interpersonalidad nos llevará siempre a buscar nuestra realización personal en el amor y la amistad. Es imposible concebir al hombre de otra manera y así nos lo han enseñado, con más o menos éxito, siempre nuestros intelectuales y humanistas.

La Psicología que propongo nos enseña a estar en el uso de la palabra para aproximarnos a la realización de nuestros deseos y ser más libres. No son los otros los que deciden mi destino, sino nosotros. Por muy equivocados que estemos siempre sabremos más de nosotros mismos que las personas que nos rodean. Basta ver cómo nos resentimos en la vida para saber lo que deseamos. Pero mis deseos y yo mismo están configurados por los otros. cuando pongo palabras a mis experiencias juiciosas corro la aventura de crearme a mí mismo. Pero los demás siempre estarán allí alienándome, por eso buscaré en el amor la realización personal que ellos me impiden. Nunca lo conseguiré, pero viviré en mis experiencias amorosas el sentido de mi identidad.

No hay ninguna receta para vivir la vida. Esa vida dura a la que estamos arrojados. El mundo objetivo estará allí siempre presente dando sentido a nuestros resentimientos. De la realización personal a la esclavitud; del amor a la alienación. Ésa es la vida. Es posible dulcificar la vida con los medios más diversos. Un buen ejemplo de ello es el vino, nuestra droga reconocida. Bajo sus efectos el mundo objetivo pierde sus aristas y yo me resiento más

libremente. No debemos cantar victoria, porque pasados sus efectos todo volverá a ser como antes. No cabe duda de que el vino juega un papel importante en nuestras vidas, puesto que nos permite tener la experiencia, ilusoria, de realización vital. Bajo sus efectos la palabra adquiere toda su omnipotencia, pero se trata de una aventura de la que no queda nada; sólo el sueño de realización personal. Por mucho que nos droguemos con vino u otras sustancias nuestra auténtica liberación estará en el uso consciente de la palabra. La Psicología puede ayudarnos.

CARMELO MONEDERO GIL

Curriculum vitae

LICENCIATURAS

- Medicina
- Filosofía y Letras
- Psicología
- Especialista en Neurología y Psiquiatría

DOCTORADOS

- En Medicina por la Universidad de Colonia (Alemania)
- En Filosofía por la Universidad de Sevilla
- En Medicina por la Universidad de Madrid

POR OPOSICIÓN

- Catedrático de Psicología Evolutiva por la Universidad Autónoma de Madrid
- Catedrático de Psicopatología por la Universidad Autónoma de Madrid
- Neuropsiquiatra de la Inspección Médico Escolar del Estado en Madrid
- Neuropsiquiatra de la Seguridad Social

PRÁCTICA PRIVADA

- Psicoanálisis y Psicoterapia
- Diagnóstico y Psicoterapia Infantil

PUBLICACIONES

- Numerosas publicaciones sobre Psicopatología, Psicología Evolutiva y Psicología Fenomenológica y Antropológica.
-

Este libro se terminó de imprimir en Madrid
en el mes de agosto de 2008

edición **personal**
www.edicionpersonal.com
